



4

Jorge Alonso

**la tendencia al  
enmascaramiento de los  
movimientos políticos**



colección  
miguel othón  
de mendizábal

*A Gaby, Carlos y Ma. Fernanda*

Para convertirse en poder los obreros conscientes tienen que ganar a las mayorías

*Lenin*

La tendencia al enmascaramiento  
de los movimientos políticos

Jorge Alonso

La tendencia  
al enmascaramiento  
de los movimientos políticos

El caso del Partido Socialista  
de los Trabajadores



*colección  
miguel othón  
de mendizábal*

Portada: Tufic Makhoulf sobre el original "Los manifestantes" de Gustavo M. Bermúdez  
Edición al cuidado de Marisol Schulz



Primera edición: 1985  
© Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social  
Ediciones de la Casa Chata  
Hidalgo y Matamoros, Tlalpan;  
Código Postal 14000, México, D.F.  
ISBN 968-496-068-9

## Índice

Introducción	11
I. La tendencia al enmascaramiento de los movimientos políticos	17
II. Una organización socialista más, en un periodo de crisis	69
III. Los buenos, los malos y el que "a buen árbol se arrima, aunque lo vean feo"	95
IV. De progresiones orgánicas y construcciones matemáticas	157
V. La tierra prometida y los votos cosechados	199
VI. De cobijos populistas a resguardos tecnócratas (una visión de lo orgánico, político e ideológico en el PST)	267
VII. El PST: madeja de contradicciones y posibilidades	311
Bibliografía	353

## Introducción

Los años setenta significan para México no sólo la llegada a una nueva etapa de su desarrollo económico (configurada por el auge petrolero y la crisis) sino también a un periodo diferente en la evolución de su vida política. Con la Revolución las masas convulsionaron el territorio y las instituciones; ya durante el cardenismo, irrumpieron en fórmulas organizativas. No sin violentos destellos a lo largo de tres décadas fueron domesticadas por burocracias para finalmente volver a emerger, aunque ahora desarticuladas y dispersas en el bullir de los setenta. El estrecho marco de cuatro partidos políticos desembocó en la angustia del 68. El poder, amenazado, no se olvidó de Maquiavelo y utilizó la fuerza para sofocar el descontento, abatir las aventuras foquistas y someter dirigencias y grupos reacios; posteriormente llegó a utilizar fórmulas institucionales de consenso, primero con la "apertura democrática" y luego con la Reforma Política. De esta manera es como ha mantenido el control el partido del Estado, pero ahora la profunda y prolongada crisis económica amenaza en convertir al manifiesto desgaste político por el que atraviesa el país en resquebrajamiento. Además, es debido también a esa Reforma Política que un partido comparsa desapareció "por muerte natural" y que la derecha extragubernamental se ha visto enriquecida con un nuevo partido (resurgimiento renovado del viejo partido sinarquista) que ha ido creciendo y avanzando por las vías electorales. A su vez, el papel de la izquierda ha sido el de mantener el

bastión electoral poslombardista, por una parte, y por la otra recuperar espacios de legalidad a través del Partido Comunista (que aglutina "desprendimientos" propios y cercanos en el PSUM). Es en ese espectro político nacional en el que surge una agrupación muy controvertida, el Partido Socialista de los Trabajadores.

El análisis de este partido; el desenmarañamiento de calificativos y encajonamientos que se le han adjudicado es lo que intenta el presente estudio. Uno de los problemas más difíciles con los que me enfrenté al elaborarlo fue pretender conocer un organismo que al mismo tiempo viene a ser "sus aspiraciones y realizaciones". Para tal fin había que tener en cuenta la imagen que el PST proyectaba de sí mismo para después ponerla a prueba con hechos. Se imponía la tarea de distinguir qué eran alardes declarativos y qué realidades populares existían en la realidad al amparo partidario. La dirección era objeto imprescindible de análisis, pero también lo era el sector de masas que se aglutinaba en torno a ella. No había que olvidar los impulsos externos que le daban aliento pero tampoco la dinámica propia que los trascendía. La lucha política al interior del propio partido sesgaba hechos y dichos, pero esto no lo eximía de un lugar en la correlación de fuerzas, en la lucha de clases del momento. A partir del conocimiento de la herencia de la izquierda de este país se tenía que dilucidar qué había de novedad y qué aspectos aunque se presentaban como innovadores sólo eran como sacar del arcón de la historia cosas viejas, tanto de la izquierda como del partido del Estado, para presentarlas como la "innovación partidaria". Si se aceptaba acriticamente que el PST constituía la "organización partidaria joven y emprendedora", cualquier proposición enfática que se reclamara como nueva y diferente respecto de las demás

organizaciones de la izquierda podía ser defendida como tal, sobre todo en una agrupación donde el estudio de la historia del país era un imperativo ético proclamado e impracticado, una culpa congénita. Por otra parte, también se requería atención para escuchar la tonada que iban encontrando y tarareando los sectores de masas involucrados con el partido, más allá de las partituras y trompetazos de la dirección que, por demás, no dejaban de ser hechos significativos para entender a esta organización política.

Virtudes y vicios públicos (política), vicios y virtudes privadas (vida cotidiana) de los directivos; aciertos y defectos políticos (correlación de fuerzas), concretizaciones, atrasos y aspiraciones diarias (nivel de conciencia y de organización) de los sectores de masas integrados o amarrados al partido, conformaban la madeja a la que había que encontrar el hilo conductor para que no quedara inextricable e inexplicable. A todo esto se añadía otro problema, no menos delicado, en vista a la objetividad: los diversos borradores del presente escrito se hicieron en un intento de acercamiento con el fin de propiciar una discusión política al interior del partido, misma que nunca llegó. Se pretendía asumir desde dentro una posición crítica ante un fenómeno político del cual el autor formaba parte. Sin embargo, conforme el mismo análisis avanzaba, se fue produciendo una distancia que terminó en rompimiento. Cercanía y ruptura no son buenos consejeros ni una garantía de objetividad; esto, obviamente, se notará en el texto. No obstante, se hizo un esfuerzo porque ni una subterránea justificación al principio ni una emocional condena al final oscurecieran más un objeto de análisis ya de por sí difícil y harto contradictorio. El intento de objetividad se hizo. El lector juzgará si se logró.

Las declaraciones y noticias de prensa y los documentos ya terminados no permitían ver lo que sucedía entre los cuadros medios y los sectores de la base partidaria. Aquello quedaba como dato; esto otro no era recuperable sino a través de la observación participante. Así, este escrito forma parte de un testimonio que fue complementado con una serie de entrevistas; se ofrece como un girón de la historia del país, a través de la conformación y desarrollo de un partido político de izquierda en el contexto de la Reforma Política de los años setenta. Debido a que el partido carece de un archivo completo (la única recopilación organizada de materiales fue la que se entregó a la Secretaría de Gobernación con el fin de obtener el registro legal), para la elaboración de este estudio se tuvieron que utilizar diarios de campo, notas sistematizadas de reuniones, asambleas y acciones, así como la revisión de periódicos partidarios, documentos, boletines y propaganda, desde septiembre de 1974 hasta junio de 1980.\*

\* El presente estudio nació de la inquietud por entender la participación política de un grupo de pobladores de la colonia Ajusco, DF, en el PST. Esto obligó a situar este partido a nivel nacional. El escrito pretende cubrir ese tramo. Venía después un círculo intermedio: la configuración partidaria en la ciudad de México. Lo correspondiente a esta parte se elaboró e integró al conjunto, pero a la postre se quedó en el cajón. Finalmente, el tema "culpable" de cientos de hojas (y varias versiones de lo que constituía al PST en lo nacional, regional y local), el correspondiente a la actividad partidaria de los pobladores de Ajusco, se sintetizó y publicó aparte con el título *Crepitar de banderas rojas*. Hay que hacer otra aclaración: la publicación impuso otras reducciones y modificaciones. Así, la larga lista y clasificación de los diversos documentos partidarios que integraron un archivo personal tuvo que regresarse a éste. La bibliografía agrupada temáticamente, que jerarquizaba la diversidad de los escritos con el fin de hacer más fácil la lectura y ordenar múltiples citas, se vio precisada a tomar la forma alfabética. De esta

Agradezco las críticas y sugerencias de los profesores Pablo González Casanova, Carlos Pereyra, Gilberto Giménez, Arturo Warman y Guillermo Bonfil. De manera especial, quiero destacar la discusión y las anotaciones que minuciosamente realizó el profesor Humberto Monteón a todos los manuscritos. Estos aportes mejoraron las diversas versiones. Muchos otros no cobraron forma en este escrito por deficiencias del autor.

El reconocimiento de la vital influencia de los compañeros de lucha y de trabajo común es la mayoría de las veces inexpresable. A la discusión del lector se ofrece una parte de la historia popular que se gesta en nuestro país, en la búsqueda del apremiante futuro del México de mañana que ya ha comenzado.

manera, en el texto aparecerá el apellido del autor y la bibliografía dará cuenta de la obra.

Finalmente cabe enfatizar que la intención de todas estas páginas es la de dirigirse tanto a militantes como a estudiosos de lo político. Esto incide en problemas no resueltos en la redacción. Así, existen tres clases de párrafos: unos que tienen en cuenta exclusivamente a militantes y que suponen su especial lenguaje; otros que, por su densidad y jergonza sólo atienden a los avezados a temas académicos y otros más que pretenden tener como interlocutores tanto a militantes como a politólogos. Un camino sugerido fue el distinguir bien las partes a la manera de un John Dos Passos con el fin de evitar confusiones. La tarea implicaba más tiempo, y sobre todo oficio, de lo que el que esto escribe reconoce carecer. Por esto el conjunto se presenta mezclado, y si de algo sirven, se piden disculpas de antemano.



## I. La tendencia al enmascaramiento de los movimientos políticos

### *La política y su análisis*

Desde la aparición de la fuerza racional en la historia de la humanidad la política irrumpe. La vida social, las normas de convivencia humana y las relaciones sociales expresadas en diversas formas históricas tienen que ver con la manifestación de la política. Así entendida, ésta irá cambiando según las variaciones de la múltiple evolución histórica de la transformación de la naturaleza a través del trabajo del hombre; pero mientras lo humano viva la política existirá. Más allá de la densidad oscura que por su misma complejidad evolutiva ha conducido al reduccionismo de lo político a la dominación y al poder —desde las primitivas sociedades no clasistas hasta el mundo futuro sin clases— el núcleo simple intuido por los filósofos antiguos e incluido en la definición de animal racional, político, permanecerá. Tanto la relación familiar en reglas de parentesco como la aspiración de utopía concreta en humanidad fraternal tienen el sello de una especificidad política.

Sin embargo, la política sin detentación de poder,<sup>1</sup> de dominación de unos sobre otros, tiene que ver con relaciones sociales nítidas. En la etapa actual, cuando el contenido de dichas relaciones se oscurece al máximo, debido fundamentalmente a la división social del trabajo y más directamente a la etapa monopolista de acumulación de capital, se hace indispensable un

instrumental analítico que permita penetrar el contenido de tales relaciones. Para desenredar la enmarañada madeja del acontecer social se ha visualizado un todo dividido en instancias interrelacionadas de lo económico, lo político y lo ideológico. Ha habido tendencias que han enfatizado a tal grado la división que han escindido totalmente lo político. Otras, al intentar no perder la conexión existente, han reducido lo político a lo económico. La dialéctica real persiste como reto a la interpretación.

Uno de los grandes obstáculos de los estudios políticos es su nivel teórico y consecuentemente su marco conceptual. La crítica en este sentido es ampliamente conocida (cfr. Fábregas 1976, Bruncan 1974, Laurin-Frenette 1976). La corriente clásica tomó prestados sus conceptos de la ciencia biológica. El modelo de referencia puso una trampa insalvable e impidió el análisis correcto de los movimientos sociales revolucionarios en el acontecer evolutivo histórico. La terminología tomada de la física y la química era proclive al mecanicismo. Acciones, reacciones, fuerzas, campos, etcétera, llenaron al vocabulario de los tratados políticos.

Las metáforas y las analogías invadieron su lenguaje: actores, escena, papeles. . . (cfr. Goffman 1971). El conjunto de conceptos de lo más avanzado de las ciencias sociales, la economía, cautivó a los analistas políticos, quienes perdiendo un poco la dimensión de la especificidad de cada campo, empezaron a utilizar la terminología de producción, circulación, consumo, recursos, etcétera, para analizar el fenómeno político. Aun los modelos matemáticos tentaron a los estudiosos de la política con no muy buenos resultados. La guerra, eminente expresión política, proporcionó la terminología más específicamente política: lucha, enfrentamientos, estrategia y táctica, avance, retroceso,

asedio, guerra de posiciones, guerra de movimientos, victoria, derrota, hegemonía, dirigentes, etcétera (cfr. Clausewitz 1943). No obstante, persiste una esperanza: la creación de conceptos propios para el análisis político.<sup>2</sup>

Platón y Aristóteles acuñaron conceptos filosófico-políticos que han perdurado hasta nuestros días. Maquiavelo y Hobbes hicieron estudios políticos cuya influencia persiste. Weber, Pareto, Sorel, Michels, Mosca, se han ganado un puesto en la teoría política. Actualmente son innumerables los autores que siguiendo su herencia han multiplicado las descripciones e interpretaciones de la política (cfr. Cole 1979, Chevallier 1979, Almond y Powell 1972, Deutsch 1976, Horowitz 1977). Pero quienes han aportado la veta más valiosa son los mismos revolucionarios que, presionados por su realidad y urgidos por la práctica, han hecho los análisis más penetrantes: Marx, Engels, Lenin, Gramsci. . . La exposición crítica de las principales corrientes teóricas se puede ver en otros escritos (cfr. Alonso, J. 1976 a y b, 1977). Se impone ahora presentar un marco conceptual que instrumente el análisis de un caso concreto de comportamiento político.

Los conceptos científicos son las herramientas de las ciencias sociales. Hay una constante: el afán por encontrar lo general, las leyes, las reglas que estructuran la actividad social. Hay también una aporía: la explicación de lo individual, de lo particular. La mera descripción de los fenómenos poco puede aportar. Ya la lógica formal había establecido que de dos proposiciones particulares no se puede pasar a una formulación de carácter general ("la conclusión de lo particular a lo general presupone el examen de los casos particulares como manifestaciones de leyes comunes". Acade-

mia de Ciencias de Cuba, Academia de Ciencia de la URSS s/d:77). Se han formulado varios métodos: desde la pregunta socrática, pasando por la *quaestio* medieval, hasta llegar a la comparación entre conceptos, entre hechos, entre conceptos y hechos, definidos éstos en sí mismos y no en sus engañosas apariencias. De las respuestas a las antiguas interrogantes nacen nuevas preguntas. La pregunta acerca de todas las condiciones de posibilidad, e incluso la pregunta sobre el propio preguntar se constituye el horizonte de toda investigación. Han surgido sistemas interpretativos y siempre ha saltado a la vista la desconfianza de lo esquemático. El problema de lo concreto y la validez de la abstracción hacen de su pugna la angustia científica. A las evidencias empíricas como criterio de verdad se han opuesto las dudas epistemológicas.

### *Política y vida cotidiana*

Si se tiene en cuenta que el hombre es el cúmulo de sus relaciones sociales, los conceptos de las ciencias del hombre más que referirse a objetos o cosas, tratarán de definir dichas relaciones. La fascinación de la realidad social reside en su carácter dialéctico. De ahí las posibilidades del fracaso en el intento de interpretación que se quede en la mera descripción de fenómenos reales, sin llegar a comprender su sustancia por no ver su complejidad contradictoria, o que pierda de vista uno de los polos de la contradicción por hacer énfasis en el otro. La dialéctica entre lo uno y lo múltiple, la parte y el todo, la unidad y la dispersión, estará presente en toda la vida social. Cuando la política con la aparición de las clases se confinó a especialistas, dentro de la sociedad apareció la gran contradicción entre

*política y vida cotidiana* que fundó la contradicción entre libertad-necesidad, Estado y sociedad civil. Por su parte, la teoría política se ha visto obligada a la intelección de la praxis, de la acción política, de la experiencia de lucha (cfr. Heller, A. 1972 y 1977, Kosik 1967, Bloch, E. 1977, Lefebvre 1958-1961, Lukács 1969, Horkheimer 1970).

Con la división social del trabajo la política se desgajó de la vida cotidiana. Ésta tuvo que ver con la reproducción de la vida material, de los hombres divididos en clases, de los hombres en su particularidad vital (en este sentido no habría total correspondencia con la definición que Lefebvre y Kosik dan de la vida cotidiana) donde la unidad de pensamiento y acción están alejados de la teoría y de la praxis. Con esta división social del trabajo nació el instinto de poder, la voluntad de poder, la política como la esfera de la dominación y de la lucha por el poder. Lo cotidiano quedó circunscrito al reino de la necesidad, al ámbito del trabajo de los individuos, a las necesidades físicas, biológicas y sociales determinadas por la jerarquización impuesta por el desarrollo de las fuerzas productivas, donde las necesidades sociales se han interiorizado dentro de un espacio valorativo e ideológico a través de los diferentes grupos de pertenencia. Lo pragmático y lo espontáneo son características fundamentales de la vida cotidiana, la cual es un lugar complejo y contradictorio: por una parte suele ser el caldo de cultivo de alienaciones impuestas por las clases dominantes a las masas, donde éstas expresan una concepción prestada y subordinada que siguen en tiempos normales; por otra parte es también el espacio para las acciones espontáneas de las masas donde se pueden captar elementos de una visión del mundo diferente (cfr. Alonso 81:2)

Hay una obvia diferencia en la vida cotidiana de las diversas clases sociales. La inmensa mayoría de las acciones de los individuos está estructurada por las necesidades sociales impuestas, reglas de parentesco, reglas de intercambio, normas ideológicas de conducta introyectadas por las clases dominantes. Pero también la cotidianeidad es el lugar de la expresión de las normas contrarias, propias del instinto de clase. Las clases dominadas al captar sus necesidades sociales como "no fatalidad" sino factualidad histórica, transforman su acción en política dentro de la dialéctica necesidad-libertad. La política se convierte en la mediación de las necesidades. Es en este sentido como la política tiene que ver con la toma de decisiones (en sus tres niveles: dirección, mediación, ejecución). Libertad, entendida como voluntad comprometida hacia el cambio revolucionario, dialéctica entre lo concreto y lo universal; conexión entre las necesidades de la clase histórica y develación del encubrimiento del bien particular de la clase dominante que se pretende presentar como bien general.

Así, las demandas, los objetivos de la lucha, versarán sobre las demandas de la vida cotidiana. Se generará una dinámica progresiva entre la lucha económica y la toma política de conciencia de clase en la transformación global de una sociedad estructurada en torno a los intereses de una clase minoritaria. Se sale de la atomización social individualizada a que tenía condenada la dominación hacia la asociación orgánica de clase emergente. Con esto se llega a una dialéctica de funcionamiento: la transformación de la vida cotidiana está mediada por la transformación política. La puerta de salida de la alienación es el cambio de lo cotidiano por la política, en virtud de que la política no es lo mismo que lo cotidiano. La política

mediada exclusivamente por lo cotidiano cae en aporías porque se deja guiar no por la ciencia, sino por los prejuicios. La interrelación obviamente tiene que ver con la solución política de las necesidades inmediatas, pero también con las necesidades esenciales de las clases emergentes por medio de la política. Ésta será juzgada y criticada a través de la transformación que realice de la vida cotidiana. Como dice Bahro, las necesidades inmediatas de las clases subalternas son siempre conservadoras y nunca anticipan por sí solas una nueva forma de vida. Pero la elevación política de la conciencia a raíz de la captación de esas necesidades conectadas con su solución de base, con el cambio total de la sociedad, une el sentimiento de esas necesidades con la política en un nivel superior. Así, la vida cotidiana influye en la configuración de la política.

Dado el proceso existente entre la crisis ideológica de la clase dominante y la nueva ideología que surge de las clases emergentes, en un corte histórico se podrían establecer niveles: a) la mera vida cotidiana de grandes capas sociales; b) tensión entre la vida cotidiana y la participación política de grupos; c) una total identificación de la política y la vida cotidiana de capas dirigentes con las de las clases emergentes. Los políticos profesionales viven sólo de la política y es ésta la que estructura su modo de vida. La vida cotidiana sufre la diferenciación de las clases sociales, según los polos de la explotación; la política de la clase dominante trata de encubrir las diferencias en el ámbito clave y la política revolucionaria asume las diferencias para destruirlas. Cuando la lucha política no trasciende la estricta satisfacción de las necesidades inmediatas, se agota y termina. Además, los estadios de vida cotidiana fuera de la política (alienación por las exigencias de la vida estructurada en torno al trabajo y

a las duras condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo); la interacción vida cotidiana-política (trabajadores que dedican el tiempo de su descanso a la acción política) y la identificación (momento en que todo el quehacer y la misma subsistencia depende de la acción política) no sólo se dan entre diferentes grupos de las clases subalternas, sino también en un mismo grupo e individuos. Hay momentos en que el individuo pasa por estos tres diferentes estadios según la presión de sus necesidades vitales (apremios económicos que obligan a horas extras para mantener a la familia; momentos de una acción política prolongada; situaciones en que la acción política se intensifica: huelgas, manifestaciones, invasiones, etcétera). En todos ellos el problema de lo individual y lo político está íntimamente conectado con el de la conciencia y la práctica. Entre los dirigentes la integración de la vida personal e individual a la política constituye un nuevo estilo de vida, aunque pueden darse contradicciones de requerimientos personales que hagan saltar a determinados cuadros a los otros estadios tipificados.

Otra forma como la vida cotidiana se inmiscuye en la política es el manejo de "chismes"<sup>3</sup> entre individuos poco politizados que se encuentran inmersos en una acción política. Estos y los rumores se manejan y su consecuencia es servir o entorpecer las motivaciones de las acciones políticas. Además, en la política tienen cabida las colisiones propias de la vida cotidiana (disputas, conflictos, enemistades) cuya explicación hay que buscarla en la competencia de intereses particulares.

La vida cotidiana no tiene que ser siempre alienada. La dialéctica entre política y vida cotidiana tiende a su unificación en la síntesis superior del quehacer común de una sociedad sin clases. En el análisis de esta dialéctica hay que recurrir al concepto filosófico-científico

acuñado por Bloch, la *esperanza*.<sup>4</sup> La humanización, la personalización del universo, de la sociedad, de la historia no es un sueño, ni una tarea irrealizable. La actividad revolucionaria, transformadora del mundo, empieza por humanizarse a sí misma. La especificidad de la política es su tarea de reconciliación total entre la actividad humana y la satisfacción de las necesidades sociales de la humanidad entera. De la seguridad o desconfianza en esta victoria dependerá el sesgo revolucionario u oportunista de la política. En los altibajos de la acción transformadora, que van del pesimismo paralizante, de la angustia que impide toda audacia, al optimismo militante, hay una fuerza vital: la esperanza. Se trata de un concepto combativo y revolucionario. Es el meollo de la utopía concreta que no se agota en fantasías políticas. Es movimiento anticipador de lo que hay que crear: la crítica del presente alienado, el impulso de la libertad. Su concreción se funda en la posibilidad de resolver los problemas que la humanidad se plantea en una etapa histórica dada. Teórica y prácticamente, la esperanza acerca al futuro. Las clases emergentes se lanzan a la lucha con la esperanza de conseguir una vida mejor.

El grado de esperanza que tienen para conseguirla es la condicionante para superar las dificultades que se presenten. "La esperanza del objetivo se encuentra necesariamente en discordia (. . .) con la hartura falsa, y en identidad con la radicalidad revolucionaria: lo torcido se pondrá derecho y lo que está a medias se llenará" (Bloch, E. 1977:333).

#### *La dialéctica entre Estado y sociedad civil*

Otra forma que toma la dialéctica entre política y vida cotidiana es la de Estado y sociedad civil.<sup>5</sup> La vida

política se presenta como una igualdad formal que encubre las diferencias de la vida civil en torno al trabajo y a la propiedad de los medios de producción y la dirección de la sociedad global en torno a los intereses de la clase poseedora. Esta dialéctica tiene que ver con el ámbito de la lucha de clases, donde la dominación y la lucha contra ésta se encuentran relacionadas con la combinación de la violencia a través de las instituciones y el consenso arrancado en favor del beneficio de una minoría, o su resquebrajamiento como toma de conciencia de lo que realmente conviene a la mayoría y su concreción en organización política alternativa.

Si bien es cierto que se puede hablar de la sociedad sin que ésta conlleve necesariamente como institución esencial al Estado, una vez aparecido éste, con las clases sociales, no se le puede entender separado de la sociedad. Tampoco hay que confundir Estado con nación. Ésta "pertenece a la categoría de la comunidad, el Estado a la de dominación" (Villoro 1982:2). En una primera aproximación, el Estado expresa y encumbra políticamente la lucha de clases que emerge de la sociedad. El Estado es producido por la sociedad y cumple un papel primordial en la reproducción de la sociedad clasista. En las primeras fases del capitalismo el Estado fungió primordialmente velando la acumulación capitalista "desde fuera", desde un ámbito estrictamente político que imponía un derecho igual a ciudadanos realmente desiguales. Intimamente conectado con la división social del trabajo, el estado capitalista fue creado y transformado por el grado de desarrollo de esa división y fue cobrando mayor papel en su configuración. El Estado dejó de ser la expresión puramente superestructural y pervadió la sociedad, no sólo tuvo que ver con la dominación y la ideología, sino que ha llegado a ser el principal gestor económico en

la etapa del capitalismo monopolista de Estado. No háy recoveco de la vida cotidiana en la que no inter venga el Estado: todo lo referente a la esfera laboral; nacimientos y defunciones, casamientos y separaciones, contratos y aun apuestas, educación y diversión, medios de comunicación y seguridad social, etcétera. La imbricación tan compleja del Estado con la sociedad civil impone un esfuerzo analítico para apreciar sus respectivas tendencias. Tanto el campo de la configuración de las clases como el de sus luchas obligan a tratar el problema del Estado desde el ángulo de la sociedad civil. El Estado podrá reglamentar a la sociedad civil, pero ésta no perderá su expresión propia. Su articulación con la sociedad civil no podrá ser escindida mecánicamente, por lo que una mayor presencia de una de estas dos instituciones no implicará necesariamente la menor participación de la otra. Pero la tendencia esencial es contradictoria. No obstante que la dominación clasista utiliza ambos ámbitos, la superación de clases, la preeminencia total de la sociedad civil y la desaparición del Estado, tendrá que recorrer la etapa transitoria de una nueva condición de clase, la de los trabajadores.

Al Estado no sólo le compete la función de reproducir las relaciones sociales, también ejerce un papel de dominio mantenido y reforzado, debido al conflicto inherente a la extracción de la plusvalía por parte de los poseedores respecto de los trabajadores. Y esto se halla combinado con las funciones civilizatorias, culturas y de organización global de la sociedad y de un territorio históricamente determinado a través de la dirección económica, política e ideológica. Entónces es importante reiterar que el Estado no debe ser confundido con gobierno porque se trata de una reducción; tiene que ver con las fuerzas represivas (máquina

de represión), con los institutos económicos del Estado, con la burocracia estatal (máquina burocrática), el parlamento, los tribunales, y los medios de difusión y culturales. El Estado se constituye como un aparato de poder en beneficio del conglomerado de fuerzas dominantes, donde existe una fracción hegemónica. Este conglomerado se vale, aunque no directamente, de la complejidad de los aparatos estatales para dirigir y guiar la sociedad. Se imponen los intereses de una clase sobre las demás; esto no convierte al Estado en un simple instrumento inerte (sin vida propia en manos de dicha clase) sin que haya determinadas circunstancias en que las clases dominadas puedan arrancar ciertas victorias a través de su lucha.

Las tendencias liberales han considerado erróneamente al Estado por encima de la sociedad, como su "cielo"; los críticos del marxismo vulgar, sorprendidos por la complejidad del Estado, comenzaron por anotar que éste no podía reducirse a función instrumental de la clase dominante y de ahí pasaron, sin advertirlo, a negar su papel instrumental. Le dieron vuelta a la imagen y así presentaron al Estado como "suelo", como el espacio de las clases de la sociedad (cfr. Bartra 1981:257). No está por demás enfatizar que si la relación instrumental no es la única constitutiva del Estado, sí es la fundamental, pues la clase dominante se organiza como tal primariamente a través del Estado (cfr. Therborn 1979:106), y que la hegemonía de la clase dominante, así como su dominación por la fuerza, se ejercen a través del Estado.

La dialéctica de la sociedad política y la sociedad civil se establece en la tensión que describió tan despiadadamente Pareto. La hegemonía de la clase dirigente se establece tanto a través del Estado como de las instituciones privadas dominantes de la sociedad civil.

Entre la coerción y la hegemonía, el consenso y la fuerza no hay una distinción tajante. No obstante, el Estado mantiene una autonomía relativa por su función de cohesionador de las diferentes fracciones de la clase dominante, que en ocasiones de crisis llega a ser mayor. La clase dominante puede abdicar momentáneamente a la dirección económica y política con tal de salvar la estructura capitalista que le permite su reproducción como clase. Esto ocasiona la fenomenología que generalmente presenta al Estado como independiente de la clase dominante, y en ocasiones incluso contrapuesto a ella (y aunque, a la larga, ésta pretenda prolongar la vida del sistema, evidencia que se ha producido algún debilitamiento en la correlación de fuerzas). El Estado no puede tener sino carácter de clase. Pero para ejercer su función específica en la sociedad, se ha estructurado de tal manera que no puede reducirse a simples relaciones de dominación. El poder de la clase dominante trasciende por su parte al poder estatal, el cual se reviste de una materialidad aparentemente propia para salvaguardar la reproducción ampliada del modo de producción capitalista. Vistas en su conjunto, las acciones del Estado tienen efectos específicos que ponen de manifiesto cuál es la clase dominante en una sociedad determinada. "La propia forma de organización del Estado es la materialización de un modo determinado de dominación de clase" (Therborn 1979:18).

El Estado no es una cosa sino una red de relaciones de fuerza y consenso, donde impera la clase dominante sin que esto equivalga a la desaparición de las fuerzas antagónicas en su mismo seno. Estas contradicciones permiten la imposición de ciertas demandas de las clases subalternas, victorias que aunque la clase dominante acepta de mala gana, no las deja ahí sino que trata de revertirlas a su favor.

Es en el Estado donde se concentra el poder de la sociedad, a través de él se ejerce el poder de la clase dominante. Así, poder y clase dominante están en íntima relación. El poder que realmente cuenta en la sociedad es el de la clase que impone al conjunto social sus intereses particulares. Caer en las disquisiciones que estiran el concepto de poder a todas las relaciones humanas (cfr. Foucault 1978), es vaciarlo de contenido: cuando el poder lo es todo paradójicamente ya no es nada.

El poder del Estado está mediado por un cúmulo de aparatos institucionales estatales que contienen un núcleo rector. A través de éstos interviene en la lucha de clases que se libra en las instituciones de la sociedad civil. La lucha de clases, en su expresión política, cobra la dimensión de la lucha específica por el poder. Tal combate no sólo va tras los aparatos estatales sino también tras los de la sociedad civil, aunque el poder no se esconde ni encierra en una institución en particular, éste tiene que ver con la imposición al rumbo de la sociedad de los intereses objetivos de una clase y por lo tanto tiene que ver con la relación de las fuerzas sociales. Las clases emergentes deben despojar a la clase dominante de la dirección de la sociedad y del Estado para reabsorberlo, eliminando la división social del trabajo en la sociedad políticamente dirigida por sus integrantes.<sup>6</sup>

### *Dirigentes y dirigidos*

La dialéctica Estado-sociedad civil revela otra contradicción: la de dirigentes y dirigidos. Esto ha llevado a muchos a ver la política sólo en los términos de la lucha de clases, del conflicto, del cambio social dentro de los límites históricos de las clases, del poder como

la capacidad de imponer a la sociedad global los intereses objetivos, específicos de una clase, de la participación en los asuntos estatales, de la desigualdad social como fuente de lo político, del dominio, de la manipulación y compromisos, del engaño: de esta forma se ha llegado a fetichizar la política, a desvirtuarla, a encajonarla en la ideología de que es privilegio, don y competencia de unos cuantos. Así considerada, la política está íntimamente vinculada con el dominio de unos sobre otros, a la habilidad de, con propósitos inconfesables, manejarse dentro de un contexto de bien común y buenas intenciones: el Maquiavelo de los iniciados y no del pueblo. Esto se problematiza más con la constatación de que aun dentro de una misma clase y de los diversos grupos aparentemente homogéneos exista la división entre dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. Aquí aparece otro concepto clave para los análisis políticos, el de iniciativa política: esa audacia, astucia, capacidad para hacer confluír a fuerzas sociales determinadas en el sentido de sus necesidades cotidianas sentidas. A pesar de todo esto, la tendencia histórica es que las clases subalternas arrebatan la política de las manos de la minoría; de que cada vez más vayan asumiendo la iniciativa política; de que ésta no sólo la quitarán a la clase dominante sino que la asumirán también de sus iniciales dirigentes para dejar de ser clases dominadas. El sentido de la historia es que las mayorías dirijan, tomen decisiones y las ejecuten, que la contradicción entre dirigentes y dirigidos vaya desapareciendo.

### *La compleja dialéctica de la política*

Hasta aquí se ha visto la dialéctica mayor entre política y vida cotidiana, una de cuyas manifestaciones en



las sociedades clasistas es la dialéctica entre Estado y sociedad civil, que a su vez es tensionada en ambos polos por las contradicciones existentes entre dirigentes y dirigidos. Ahora toca puntualizar más el carácter de esta serie dialéctica; precisar las oposiciones que se generan entre los mismos dirigentes; examinar la tendencia histórica de los movimientos sociales a personificarse en un dirigente, y tocar así al fenómeno de la organización política de las sociedades democráticas capitalistas: el partido de masas que se integra con la finalidad explícita de transformar la dialéctica existente entre el estado capitalista y la sociedad civil dominada por la burguesía.

Mientras las clases sociales no sean eliminadas en una síntesis histórica superior, la política estará dinamizada por una dialéctica compleja que no se puede circunscribir al trazo horizontal entre dos polos, o a una red con su trama horizontal-vertical. De hecho tendrá que ver más bien con una analogía que nos recordaría la imagen del campo de fuerzas de un átomo, que pese a lo provisorio es mejor que el término más rudimentario y mecánico de "nudo".<sup>7</sup>

La fuerza histórica fundamental establecerá las contradicciones esenciales en el antagonismo capital-trabajo, imperialismo-pueblo-nación. Mas la percepción de estos polos estructurantes de la vida social en el capitalismo, modificados según las etapas de acumulación de capital, originará enfrentamientos al seno de la burguesía y al seno del proletariado. Las expresiones políticas de la correlación de fuerzas sociales se darán en un ámbito de *oposiciones* asumidas por los diferentes grupos en enfrentamientos por mantener, acrecentar, usurpar o arrebatar la dirección de la sociedad, el poder. Esto nos llevará a la serie dialéctica estructura-coyuntura, clase-conciencia de clase, orga-

nización-espontaneidad, partido-masas. Como se ve, no se puede hacer un enlistado y tratar que los diferentes polos coincidan en una lectura de equivalencias. Tienen que ver entre sí en una esfera de interrelaciones y confluencias, pero cada fase tiene su propia dinámica. A su vez, se podrá profundizar en cada uno de los elementos contrapuestos de cada binomio y encontrar su propia dialéctica interna configurante como sería en uno de los puntos que más nos interesa para instrumentar nuestro análisis, el del partido. Ahí encontraremos en diferentes niveles de composición, regidos por un mismo núcleo la siguiente serie: teoría-práctica, estrategia-táctica, centralismo-democrático, participación-dirección, cuadro profesionales-base militante. Si por su parte analizamos alguno de estos términos, por así decirlo, menores, hallaremos también su propio campo estructurante contradictorio: por ejemplo, en el caso de la táctica surge la serie de acción parlamentaria-acción no parlamentaria, negociación-movilización, avance-retroceso, acción pacífica-acción violenta, etcétera.<sup>8</sup>

Según sean las clases sociales serán sus necesidades objetivas. Sin embargo, según sea la captación que las clases tengan de esas necesidades, dichas clases se moverán hacia la satisfacción de tales necesidades. Esto llevará a la oposición consciente y orgánica. La oposición tiene su base y fundamento estructural pero adquiere un ropaje propio político en la lucha concreta. Dichas necesidades se codificarán en demandas y se expresarán por grupos de parentesco, de origen, de adscripción religiosa; por grupos de opción política determinada, etcétera. La oposición puede darse en grupos afines e incluso en enfrentamientos violentos por la competencia entre adherentes y simpatizantes a su propio programa y objetivo concreto de lucha. De

esta manera, contradicciones objetivamente secundarias se vuelven subjetivamente principales. Estas oposiciones tienen también su propia dinámica, pero no hay que perder de vista que más allá de sus intenciones percibidas se pueden inscribir en la dirección de las contradicciones de clase, y que determinadas acciones más allá de los propósitos explícitos sirven a intereses objetivos contrarios. En el campo de las oposiciones más que los intereses objetivos, el factor determinante lo tiene la percepción de los propios intereses. Por esto se puede llegar a la oposición estridente entre cercanos, por pertenencia, *adscripción* y *distinción*. Y no sólo entre grupos, también en el interior de los mismos grupos se puede generar otro tipo de oposiciones de diverso grado por otra forma de competencia: la preeminencia individual (o grupal) en la lucha. Esto puede crear, a su vez, grupos rivales, fracciones, fricciones y pugnas abiertas o subterráneas, que podrían denominarse *Oposición por la Areté* (para profundizar en el significado de este concepto véase Jaeger 1978: ese deseo de gloria personal, de reconocimiento de los méritos en la lucha, de oposición por preeminencia entre otros luchadores reconocidos).

La virulencia de los ataques entre grupos e individuos cercanos con un mismo fin explicitado podría describirse a través de una especie de complejo **Cainico** de prosecución de un mismo fin por diversos medios y la necesidad de la desaparición del cercano por rival. Esto ha dificultado la unificación de los diversos grupos políticos de izquierda aun ante embates cerrados de sus enemigos. Obviamente, ese mecanismo se reviste de una serie de razonamientos y justificaciones políticas que lo llegan a encubrir totalmente, lo cual no quiere decir que las divergencias entre métodos y en la categorización de los momentos particulares his-

tóricos no sean reales aunque, muchas veces ciertas divergencias se extreman por el afán de mantener preeminencias. No hay que perder de vista que como todo complejo, éste también es superable por la madurez política que abre posibilidades de avance y de procesos unitarios. El curso de los acontecimientos y la emergencia masiva del pueblo en la lucha logran disipar tales oposiciones y encauzar el movimiento haciendo concordar los intereses objetivos con los percibidos.

Ahora bien, esta oposición tiene relación con una tendencia que se puede denominar "*hipóstasis*" (o personificación) de los movimientos políticos. Se utiliza el concepto "*hipóstasis*"<sup>9</sup> por sus dos acepciones históricas: la primera se refiere a la máscara representativa que utilizaban los actores griegos en las tragedias; la segunda tiene que ver con su derivación hacia el significado de persona. Las máscaras siempre han contenido un dejo de misterio que las conecta con los mitos; su interpretación va más allá de ellas mismas. Su mensaje, significado y connotación conducen a elementos de origen y a expresiones rituales: afirman y niegan; expresan y excluyen (cfr. Lévi-Strauss 1981). Entre los actores griegos las máscaras tenían también otra función importante: hacer que se oyeran los parlamentos de lo que se estaba representando.

De manera análoga, los movimientos políticos han tenido históricamente la necesidad de utilizar máscaras. En todo movimiento político se da la necesidad de "hipostasiarse" en una personalidad, o al menos en un símbolo, que tiende a configurarse como tal personalidad. Ésta imanta de tal manera al movimiento, que le da su nombre y lo caracteriza. En este primer momento, la personalidad tiene tal peso específico que si llegara a desaparecer, el movimiento se vería en peligro de morir. También existe la tendencia a con-

formar elementos orgánicos que permitan al movimiento perdurar tanto como su personificación. En su principio, tales elementos no pasan de ser formalidades, y conforme el movimiento se consolida, lo orgánico cobra fuerza y en torno a él continúa el movimiento; pero la personificación también se enraiza. El movimiento sigue teniendo necesidad de la personificación, a pesar de haber logrado un carácter más formal.

El que muchos historiadores hayan narrado en torno a grandes personajes las gestas históricas puede tener en esto su explicación. También en esta tendencia encuentra explicación el por qué las masas socialistas, pese a la conciencia de que son ellas quienes realizan la historia, mantengan el impulso personificador de sus movimientos políticos. Y esta tendencia, con sus modificaciones históricas, aparece como constante: existe la necesidad de hipostasiar en un individuo o símbolo unitario la aspiración colectiva. A menor grado de organización y conciencia política la individualidad totaliza; a mayor politización se relativiza sin que deje de subsistir formalizada. De esta manera se explican las figuras de Marx, Engels y Lenin en las revoluciones socialistas, del mismo modo que en China, con el culto a la personalidad y aun con su lucha en contra de él, la imagen de Mao perdura (cfr. Zchichao 1981). En Cuba, no obstante la dimensión de los instrumentos colectivos del partido, del poder popular, de las organizaciones de masas, etcétera, y aun pese a sí mismo, la figura de Fidel sigue siendo fuerte. A su vez, en Nicaragua los revolucionarios se tuvieron que unir bajo la figura de Sandino, y en El Salvador bajo la de Farabundo Martí. Ni los movimientos progresistas ni los retardatarios se salvan de esta tendencia. Cuando un símbolo unitario no cobra una dimensión tan personificante tiende a diluirse. Y aunque nos

hemos referido a las grandes figuras, esta tendencia se repite incluso en líderes menos mayoritarios (figuras de partidos políticos, de movimiento de barrios, etcétera). Aquí también podrá encontrarse una explicación de la difícil unidad de la izquierda.

Obviamente, esta perspectiva difiere de la óptica weberiana cuya sociología política se centra en el ángulo de la dominación como manifestación concreta del poder, entendido como la capacidad de hacer prevalecer la propia voluntad ante el comportamiento de los demás. Weber visualiza el mando como elemento organizativo; estudia las diferentes maneras cómo la dominación despierta la fe en su legitimidad, ya sea por medio de las formas legales, tradicionales o carismáticas. No hay que olvidar que lo carismático lo contempla como una forma transitoria, intermitente, de período de crisis, basada en cualidades extraordinarias de una persona y en la identificación que con dicha persona tienen sus seguidores, la cual posteriormente llega a formas estables y por lo tanto *desaparece*. Este autor tocó parte del fenómeno, pero desde otra óptica y otra metodología. A los estados modernos los encuadraba en el ámbito del orden legal y de la burocracia, y no atendió al hecho de que no sólo en los momentos carismáticos, sino aun en los períodos legales y burocráticos persiste una necesidad de hipostasiarse de los movimientos políticos (cfr. Weber 1969, T.I.:197 y ss).<sup>10</sup>

Una vez descrito el fenómeno hay que pasar a su explicación. En primer lugar se debe tener en cuenta que las masas sienten (en acepción gramsciana) la expresión de sus necesidades más acuciantes (según los modos de producción, formaciones sociales, coyunturas económicas, políticas y sociales) en las formulaciones activas de una personalidad; confían a ella toda su

esperanza de solución; subliman en ella su triunfo; se aferran a ella como garantía y seguridad de alcanzar lo propuesto; simbolizan en ella su fuerza y se identifican masivamente en un conglomerante unitario. Hay una identificación operante y militante que sustenta y exalta al movimiento. Las masas se personifican colectivamente y se individualizan, dando un significado que implica posesión. El movimiento se congutina en torno a una personificación cuyo papel es conjurar la individualización para evitar así la posible dispersión. De esta manera se concreta un cúmulo de relaciones masivas que cobran subsistencia y persistencia. Esa personificación dignifica la serie de acciones distintas y con ello el movimiento adquiere características globalizadoras. No hay que olvidar que en el plano político no operan únicamente las clases, en sentido económico, sino actores sociales. Éstos no pueden constituirse como tales ni operar si no hay una autoconciencia de identidad, que requiere de la presencia de emblemas, de signos, de referencias significativas de autoidentificación.

En los inicios de la formación de un actor social nuevo, carente de tradición y conciencia colectiva previa, uno de los emblemas o significantes de la identidad fundamental —que hace posible el efecto de autorreconocimiento— viene a ser la figura de un líder fundador, de un profeta, etcétera, el cual representa ese papel no tanto por sus características personales sino por su capacidad coyuntural de materializar una serie de aspiraciones, necesidades y frustraciones colectivas. El punto nodal se encuentra no tanto en una personalidad con cualidades, por un lado, y en el movimiento con esas aspiraciones, por el otro, sino en la síntesis de ambas partes; sólo ésta da origen a los movimientos que se personifican. Esos líderes funcionan con “ban-

dera”, como signo de identidad, a través del cual se logra el reconocimiento, como fenómeno ideológico de conciencia grupal identificada. Análogamente, se dan niveles comparables a los que explican el reconocimiento del padre en el psicoanálisis: no cualquiera puede convertirse en tal. Para que un grupo pueda reconocerse en un emblema requiere de la capacidad de un líder para recopilar, compendiar sus aspiraciones y necesidades latentes. Sólo así viene a ser un símbolo vivo y llega a articular el discurso social difuso de un grupo. A partir de este hecho surge la memoria social de ese grupo. A su vez, ya que la identidad formada es imprescindible para actuar, el líder puede aprovechar ese papel para convertirse en figura indispensable e incuestionable y forjar así su poder personal: de aquí a una expresión falsa de las necesidades grupales que en realidad atentan contra su genuina expresión puede haber un paso. La formación de caudillos radica precisamente en eso. Se aparenta responder a lo que el grupo plantea cuando en realidad se responde al control y a las aspiraciones personales o de un grupo reducido en torno al líder. Este desgaste perdura mientras las masas que conforman el grupo no llegan a estar conscientes del hecho de que no se les representa, y entonces pierden la esperanza de alcanzar aquello por lo cual se encuentran unidas.

Por un lado, las masas tienen referencia de identidad con una figura; por otra, ésta articula la identidad colectiva y al cumplir ese papel se aferra a él, asume su función personificadora. Así se genera la posibilidad de la oposición por la *areté* que expresando diferencias se genera en similitudes que atentan contra el elemento personificador. A partir de ahí se articula una red de oposiciones. La unidad implicaría el que determinado líder (o líderes) renunciara(n) a su papel y esto

requeriría de una enorme madurez política para responder a las necesidades mayoritarias y no a la expresión concreta que encabeza(n). De ahí la dificultad que tienen para unirse grupos muy afines entre sí, pero encabezados por líderes fuertes; de ahí también el que la unidad que se pueda realizar peligre mientras los grupos no adquieran una conciencia mayor y dejen la identidad grupal con la que entraron a esa unidad. La oposición por la *areté* (la preeminencia) se convierte en lucha por el prestigio; los líderes o los que ven posibilidades de unificar a determinados grupos se revisten de su función personificadora; entran en competencia con los que pretendan lo mismo, por lo que tratarán de minimizar las coincidencias y de exagerar las divergencias. Son por la oposición, existen personificando y asumen y promueven esa personificación.

La tendencia a la hipóstasis de los movimientos políticos tiene diferentes expresiones según la situación histórica en que tales movimientos surgen. Como toda tendencia, se refiere a una generalidad que admite excepciones. Además, puede ser utilizada en propio beneficio por parte de los líderes fuertes, o contrarrestada por medio de elementos simbólicos y colectivos. La abstracción con la que se ha presentado parecería indicar una constante "transhistórica" y propia de cualquier grupo humano. Sin embargo, hay que hacer dos precisiones. La primera, que este concepto se refiere a movimientos políticos sobre todo del período de masas actual; la segunda, que es susceptible de ser controlada y, como todo fenómeno social, sujeta a modificaciones y a su misma desaparición.

Tanto las oposiciones como la tendencia a "hipostasiarse" se sitúan en la corriente dialéctica expresada en la estructura-coyuntura. Cada grupo opositor, cada movimiento hipostasiado, tiene una finalidad que ob-

jetivamente se mide al situar sus acciones en las coyunturas históricas que dependen a su vez de la estructura en las que se encuentran o que pueden romper (cfr. Alonso *et al.* 1976, Portantiero 1977 y 1979, Delich 1979, López 1979). La política, como lo ha enfatizado el analista más sugerente, Gramsci, es a la vez ciencia y arte. Tiene que ver con análisis rigurosos y con intuiciones sagaces para el cumplimiento de un programa, de un proyecto político. Los análisis estructurales y coyunturales se implican; tienen que ver con la lucha de clases en el gran movimiento histórico, los primeros, y con la conjunción de múltiples contradicciones y oposiciones en un momento dado de la historia, los segundos. En los últimos no sólo cuentan las clases, sino los grupos y sus oposiciones e incluso ciertos errores o aciertos de los líderes, así como la conjunción de las acciones de grupos e individuos. En el largo alcance, las fuerzas apuntan al cambio social revolucionario, pero en las situaciones concretas las acciones políticas se inscriben dentro de otra contradicción: revolución-contrarrevolución. La revolución necesita una maduración histórica estructural, que se da cuando coinciden tanto la crisis del sistema como el auge de las fuerzas revolucionarias que han de efectuar el cambio estructural. Las situaciones objetivamente revolucionarias<sup>11</sup> se dan cuando la crisis se ha instalado no sólo en lo económico, sino también en lo ideológico y en lo político, cuando las clases en el poder no pueden seguir gobernando sin cambios y el descontento de las clases subalternas va en aumento. Pero se necesita la intervención certera de estas clases para transformar esa situación en revolución. En este contexto es importante el análisis coyuntural, ese saber descubrir cómo están enfrentadas las fuerzas que se contraponen, ya que del choque y victoria de una de

ellas resultará o bien el cambio social o la prolongación de la explotación renovada.

Sin embargo, no toda situación revolucionaria desemboca en la revolución. La ausencia o incapacidad para determinar que se vive en una situación revolucionaria es responsabilidad histórica de los partidos que se declaran revolucionarios, en el sentido de que intentan transformar las estructuras sociales.

Las crisis por sí solas no desembocan en el derrumbamiento del sistema capitalista. Hacen falta fuerzas sociales activas que realicen la transición al socialismo. El sistema capitalista es hábil para encontrar salidas a sus males; no obstante, la mayor limitación a esa renovación capitalista se debe a la actuación de las clases subalternas en su lucha por dejar de ser tales.

El análisis coyuntural permite saber acumular fuerzas y no atacar a posibles aliados. Sin una perspectiva histórica, parecería que el capitalismo es hábil en recursos para renovarse siempre; pero desde el punto de vista de la formación y fortalecimiento de las clases subalternas, se podrá apreciar que esta capacidad de renovación capitalista es limitada. Según las crisis de la coyuntura la clase dominante puede avanzar renovándose o perder terreno y aun retroceder. Por supuesto, en correlación con las fuerzas que se le enfrentan. Las coyunturas marcan los momentos oportunos de acumulación de fuerzas, de avance o de resguardo de las clases populares. Los análisis coyunturales obligan a "hilar delgado": hay que saber percibir el grado de conciencia, homogeneidad y organización, así como los niveles de lucha de cada una de las clases y grupos en un momento dado. Para esto se debe tener en cuenta el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la fase por la que atraviesa la acumulación de capital (dada la dominación de lo económico en toda la socie-

dad capitalista). Pero no hay que perder de vista que lo político, aunque dependiente de lo económico, tiene su ámbito propio y que en determinadas coyunturas adquiere el carácter principal. Es decir, la lucha de clases inscrita en la determinación económica posee su expresión y autonomía política relativa. El análisis estructural calibra las interrelaciones en el todo social; el coyuntural privilegia lo político, la producción de los hechos políticos que influyen en el acontecer de la lucha de clases.<sup>12</sup>

Si se tiene en cuenta su inserción en la estructura, el análisis de coyuntura descubre la conjunción de conciencia y organización y la generación de los diversos grados de solidaridad: *grupal, clasista, partidista...*

Por lo anterior, se puede sopesar la importancia que tiene en la política el rejuogo de intereses condicionados estructuralmente pero asumidos *voluntariamente*, lo cual nos lleva a analizar la tensión existente entre clase y conciencia de clase (para la discusión del concepto de clase, véase Alonso 1976a). Entre la necesidad objetiva, entre el interés objetivo de clase, su captación y expresión hay muchas mediaciones a través de la conciencia: desde el instinto de clase, pasando por la cultura popular, hasta la cultura específicamente proletaria y a la lucha política con el proyecto propio de la clase emergente. Los niveles de solidaridad y el ámbito de oposiciones tienen una relación directa con los grados de conciencia. Por lo mismo, la lucha política tiene que ver con el nivel de concientización que alcanzan los individuos más claros y avanzados de una clase en comparación de sus demás integrantes.

La conciencia está íntimamente ligada a la vida cotidiana. La transformación de la conciencia tiene que ver con la vida concreta en su superación inmediata e implica la transformación de esa misma vida. La con-

ciencia es fundamental en la política: la agitación política va a despertarla; la propaganda a situarla y movilizarla, y la educación la elevará para que venza todos los obstáculos y mistificaciones ideológicas que se interponen entre los intereses objetivos de la clase emergente y el *insight* vital que los conecta con la acción específica de los grupos sociales. No son las ideas las que forman la acción de los hombres sino la conjunción de los propósitos con los intereses de clase.

Es a través de la conciencia como se puede abordar las acciones individuales y colectivas y confrontar sus intenciones y resultados. Sólo por la conciencia los grupos humanos hacen suya la necesidad fundamental de hacer su propia política y dejar de ser manejados en favor de los intereses clasistas contrarios. La conciencia es el elemento dinamizador de la esperanza (utopía concreta) en contra de toda decepción (mecanismo introyectado en las clases subalternas para impedirles que participen en la transformación social).

A pesar de que el capitalismo ha unido a los obreros en las fábricas y ha propiciado que lleguen a entender el hecho de que son una unidad con capacidad de combatividad en la lucha por defender sus intereses, en los países dependientes —donde se multiplican nuevas formas para acumular capital— hay una situación que dispersa a las clases trabajadoras (cfr. Alonso ed. 1980). Es así como la conciencia se configura también como factor unificador.

La conciencia eleva las demandas sentidas inmediatas (generalmente clasificadas como conservadoras o reformistas) al nivel de la alternativa política clasista. Hace de la política la esfera de los intereses percibidos, asumidos y defendidos. Es debido a la conciencia que se da la conexión entre el interés particular y el interés común; se rompe con toda la "imagería" que impo-

nía la situación de explotación, sujeción y dominación como algo natural, y se llega a entender como es en realidad: algo ajeno y hostil. Por la conciencia se posibilita echar a andar y utilizar los instrumentos combativos para luchar por los intereses históricos objetivos. Por la conciencia el sentir popular se convierte en entender y en pasión política.

La conciencia es el resorte nuclear en el embate revolucionario contra el capitalismo, indispensable en el período de transición y en las fases de construcción y consolidación del socialismo (cfr. Casimir s/d, Cirese 1979, Broccoli 1977, Lukács 1969).

El problema de la conciencia es tan importante que veinte años después de una revolución socialista triunfante se enfatiza su papel en la construcción de la nueva sociedad. El cambio de estructuras no genera por sí mismo una conciencia consecuente. Ésta debe cultivarse por medios específicos. Así, Fidel Castro enfatizó: "A mi juicio, el desarrollo de la sociedad comunista es algo en que el crecimiento de las riquezas y de la base material tiene que ir aparejado con la conciencia, porque puede ocurrir, incluso, que crezcan las riquezas y bajen las conciencias [. . .] Hay experiencias de países revolucionarios donde la riqueza avanzó más que la conciencia [. . .] y puede haber, quizás, sin muchas riquezas, mucha conciencia" (1982:99-100).

#### *La dinámica del partido revolucionario*

En base a los diversos grados de conciencia materializada en organización se llega a la dialéctica política que existe entre movimiento espontáneo y movimiento organizado.<sup>13</sup>

La desorganización de las grandes masas populares y su pasividad agudiza su dominación política. Estas

masas están compuestas por las clases subalternas, y éstas a su vez por grupos desligados así como por un buen número de individuos aislados, quienes sufren explotación, opresión y dominación en su conjunto. Según se logre un primer grado de conciencia, en algunos grupos se generan rebeliones espontáneas contra esa situación, pero dado el carácter de sometimiento ideológico, no llegan a plantearse espontáneamente el cambio estructural, se limitan a tratar de mitigar el alto grado de deterioro de los niveles de vida a los que se ven confinados. Esta expresión grupal de descontento crea un espacio político y origina fuerzas políticas. La situación objetiva en la producción y en la vida ciudadana permite un arribo a la captación de la realidad.

A través de la lucha con sus limitaciones, los grupos van adquiriendo una conciencia más perspicaz acerca de su lugar en la sociedad y de su misión histórica. Aunque no hay un paralelismo entre la crisis objetiva y la conciencia, ni un proceso lineal hacia la conciencia de clase, —a pesar que la hegemonía de la clase dominante persiste por el consenso arrancado a las grandes masas sociales—, las contradicciones objetivas del capitalismo posibilitan los movimientos reivindicativos. Estos a su vez adquieren la enseñanza de la necesidad de una dirección atinada. Además, se da un proceso en el que los individuos más lúcidos de las clases subalternas, en interrelación con elementos intelectuales que han hecho una opción de clase, por el proyecto objetivo de esas mismas clases, llegan a postular una teoría revolucionaria. Esto dinamiza, no mecánicamente sino con rupturas y costosos desbloques, el movimiento que va del instinto a la conciencia de clase. De esta manera se plantean las diversas luchas más allá de los intereses inmediatos de

los diferentes grupos en dirección de los intereses específicos de clase.

A este respecto, ahora hay que entrar al planteamiento de una de las instituciones más importantes para la lucha política de nuestro tiempo: el partido político. Se puede afirmar que el fenómeno de los partidos estrictamente hablando surge en el ambiente de la democracia burguesa. Como advierte uno de los clásicos en el estudio de los partidos políticos, Maurice Duverger, (1979:15) el término "partido" es susceptible de ser utilizado erróneamente, ya que con él se han denominado las facciones de las repúblicas antiguas, los clanes de un condotiero en la época renacentista, así como los comités que preparaban las elecciones censatarias en las monarquías constitucionales. No obstante, estas formas orgánicas están muy lejos del nuevo significado que han adquirido las organizaciones populares en las democracias modernas. La democracia burguesa ofrece a diversos grupos políticos la posibilidad de intervenir en el ámbito parlamentario; estas agrupaciones se van inscribiendo en diversas corrientes: las que pretenden mantener el orden establecido (entre las que se cuentan tanto las que están en el poder como las que aspiran a gobernar); las reformistas, generalmente de oposición moderada, y las que intentan la transformación radical de las estructuras sociales, es decir, el cambio revolucionario. Éstas, aunque de hecho intervienen en el ámbito parlamentario, no deben a él su existencia. Los partidos políticos revolucionarios nacieron al abrigo de la clandestinidad y en un principio se circunscribieron a un reducido grupo que poco a poco fue conquistando legalidad.

En forma un tanto esquemática se puede afirmar que hay diversos tipos de partidos. Unos se quedan en partidos de opinión a través de alianzas de grupos de



presión (generalmente los partidos tienden a ganarse el apoyo de un gran número de adherentes). Los hay que generan adeptos por métodos puramente propagandísticos. Otros se basan en la organización de sus agremiados, entre éstos se encuentran los que agrupan a numerosos contingentes de trabajadores. Estos partidos pasan a ser partidos de movimientos sociales (cfr. Fossaert 1978:140 y ss).

Los partidos autodenominados revolucionarios se constituyen por un conjunto de relaciones dialécticas entre las que la principal, en el interior de la organización, es la de dirigentes-dirigidos, que a su vez estructura la serie de participación-dirección, profesionales-base militante, centralismo-democracia; al exterior del partido son fundamentales las relaciones entre partido y clase así como la de estrategia y táctica.<sup>14</sup> Hasta la fecha ha sido una verdad histórica el que las fuerzas populares sólo han podido conquistar —y sobre todo mantener— el poder a través de un proceso que, tarde o temprano, se configura como partido político. Pero la dialéctica estructuradora de tales partidos, que se expresa en la relación básica entre dirigentes y dirigidos, es la que ha propiciado la mayor parte de las críticas a los mismos. Las corrientes anarquistas han criticado el hecho de que el esquema organizativo partidario sea transferido al conjunto de la sociedad. Por su parte, otro estudio clásico de los partidos políticos ha llegado a conclusiones tan drásticas como la de que es la organización misma la que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, y a que el proceso, por más democrático que sea, desembogue irremediabilmente en la oligarquía (cfr. Michels 1973). Ante esto se ha respondido que sólo una práctica política contraria podría refutar tales acusaciones. Importa, por demás, calibrar lo que implica el ele-

mento básico de dirección. Además, como el partido que estudiaremos se ha calificado como marxista leninista, también se hace imperativo el situar las características de un partido de esa naturaleza.

Al igual que sucede con otros tantos términos marxistas, el concepto de partido no está bien precisado. Marx maduro parecía concebir al partido como la clase organizada (cfr. Hobsbawn *et al.* 1978). Los pensadores socialistas posteriores precisaron más. Para Rosa Luxemburgo el partido era el resultado de un proceso al interior de la misma clase, mientras que para Lenin el elemento fundamental radicaba en los cuadros que dirigían el movimiento de la clase. Muchos consideran que el aporte específico de Lenin a la teoría marxista radica precisamente en la concepción integral que él elabora sobre el partido marxista; en la definición que hace del papel del partido para conseguir la hegemonía del proletariado en la revolución; en la definición de la función dirigente del partido, y en la especificación de los principios organizativos, políticos e ideológicos, para la conducción del proletariado hacia la nueva sociedad (cfr. Bensaid *et al.* 1979).

Lenin afirma que la toma de conciencia no basta; se requiere de una organización política que la guíe, le dé dirección. Esta organización es el partido político de clase, que, armado de una teoría, tiene el cometido de marchar a la vanguardia del movimiento obrero; está integrado por los más aptos, y no puede diluirse en la masa. Es el partido el que realiza la mediación entre el fin y la realidad. Se trata de una organización rígidamente centralizada que no puede quedarse en una confederación de organizaciones locales vinculadas ideológicamente. En la medida en que el instinto de clase no es infalible, que requiere de una organización de revolucionarios que, ligados a las masas, por

su conocimiento de la sociedad en su conjunto hagan llegar a éstas la explicación de la opresión política y puedan responder a las reivindicaciones inmediatas, subordinándolas al objetivo final de acabar con la explotación. Por eso es básico extraer dirigentes de las masas y tener una política que contemple medidas para proteger a los dirigentes. Entre el partido y la clase se da tanto unión como distinción e interacción. El partido dirige, pero se da tanto unión como distinción e interacción. El partido dirige, pero no introduce a todo el pueblo, ni a toda la clase en su seno.

Así, el partido se visualiza como una forma superior de organización con teoría y experiencia. A su vez, por la acción del partido, el proletariado puede asimilar el sentido de organización política. No tiene otra arma en su lucha por el poder que la organización. Lenin presenta al partido como el organizador disciplinado que dirige la lucha revolucionaria, determina la estrategia y la táctica, y conduce efectivamente a las masas hacia la revolución, educándolas a partir de su propia experiencia. La categorización que coloca al partido leninista en partido de cuadros y a los actuales en partidos de masas comete una simplificación. El que un partido sea de cuadros o de masas lo determina una situación política concreta que tiene que ver con el régimen que gobierna y con la correlación de fuerzas dadas. Así, en 1902, por las condiciones políticas de Rusia, el partido leninista era una organización clandestina de cuadros selectos (mientras las organizaciones de masas tomaban la forma sindical, extensa, lo menos clandestino posible). En 1905 con la relativa libertad conquistada y con el ascenso del movimiento obrero (aunque se mantiene el aparato clandestino) el partido desarrolla una forma legal y más abierta. Agotado el ascenso de las masas, en 1907 se impone al

partido una etapa caracterizada por el cierre de sus puertas y por una depuración interna. Para 1917 el movimiento, aunque integraba cuadros selectos, se había ampliado: así en febrero contaba con 24 000 miembros, en abril con 80 000; entre julio y agosto con 240 000, y a la toma del poder se llegó con 350 000 miembros partidarios. Para esta época ese partido era un partido de masas dirigido por cuadros (cfr. Bambirra y Dos Santos 1981; R. Rossanda *et al.* 1979; Cerroni *et al.* 1978; Lefebvre 1957).

Lukács avanzó en clarificar lo concerniente a la conciencia: "Introdujo la distinción entre conciencia 'empírica' e 'imputada' (. . .), es decir aquello que el proletariado *pensaría* si tuviese nítida conciencia de su posesión objetiva. Su teoría construía entonces un puente entre la conciencia empírica e imputada afirmando que el partido era la corporización de la 'voluntad colectiva' del proletariado. La posesión de la teoría correcta hacía del partido el vocero legítimo, la vanguardia de la clase revolucionaria. El partido se distingue del resto del proletariado 'porque posee una visión de conjunto del entero camino de la clase obrera en su totalidad'. Se constituye en el eslabón mediador en el órgano donde convergen teoría y praxis." (Buck-Meress 1981:78).

Sin embargo, la derrota de los partidos obreros por el fascismo, entre las dos grandes guerras, introdujo un sentido pesimista entre algunos de los pensadores marxistas de Occidente. De esta manera, en lugar de adelantar teóricamente en lo concerniente a los partidos de masas revolucionarios se empezó a considerar al término "masas" en una acepción peyorativa. La escuela de Frankfurt veía en este concepto ya no al proletariado industrial como se había hecho a finales del siglo pasado, sino a la clase degradada, atomizada,

carente de organización política propia, conformista, pasiva (cfr. Swingewood 1979).

No obstante, Gramsci, un pensador clásico, víctima del fascismo y dirigente de un partido revolucionario de masas, avanzó en la teoría del partido de masas: los partidos políticos no son sino un reflejo y una nomenclatura de las clases sociales, surgen, se desarrollan, desaparecen o se renuevan en función de la lucha de clases. Según sus fines y acciones son de carácter progresista o regresivo; según sus métodos organizativos son democráticos o burocráticos. Cuando un partido se forma, tiene una tarea precisa y permanente; nunca termina de formarse, y en su desarrollo surgen nuevas obligaciones y tareas. El partido proletario de masas es la jerarquía superior del movimiento de masas (tanto en conciencia como en organización), que pretende organizar a los obreros y demás trabajadores para conquistar el poder y crear el estado obrero. El partido dirige a la clase penetrando en todas las organizaciones donde se agrupa la masa trabajadora y formulando y agitando un programa de reivindicaciones para con ello unificar a toda la clase. En este sentido es el organizador de la hegemonía del proletariado, el intelectual colectivo que educa, organiza, y vincula pensamiento con acción. Para que surja un partido de esta naturaleza se requiere de un núcleo dirigente. Hay un momento en que puede existir o no. La necesidad del partido no es perentoria sino que en gran parte depende de la existencia de personas de extraordinaria voluntad, y llega a ser históricamente necesario cuando las condiciones de indefectible conversión del partido en Estado están dadas.

Otro elemento que Gramsci introduce es la clasificación de los tres tipos de elementos que se requieren para que un partido revolucionario de masas se consti-

tuya: uno, el difuso, el de hombres comunes que participan con disciplina y fidelidad; otro, que centralice, organice y discipline, el que da fuerza y cohesión. Aquél es el de los militantes, éste es el de los capitanes. El primero sin el segundo no forma partido; el segundo sin el primero, aunque se disperse el elemento primero, tiene la capacidad de volver a aglutinarlo. Finalmente existe otro más: el que articula al primero con el segundo. Una buena proporción en estos elementos constituyen y hacen un partido eficaz. En esta corriente, la masa ya no sólo designa al proletariado industrial sino que tiene que ver con las amplias capas de trabajadores y de categorías populares: incluye a los obreros pero también a los campesinos, a las mujeres, jóvenes, niños, estudiantes, etcétera. La categorización de "partido proletario" se debe a que se visualiza a esta clase como la conductora natural para el cambio revolucionario del capitalismo al socialismo (cfr. Gramsci 1973).

Toca ahora incursionar más detalladamente en las características que los partidos revolucionarios de masas, autodenominados marxistas leninistas, han venido enfatizando como el modelo a seguir para su organización y acción. Dado el desarrollo de las fuerzas productivas en la actual etapa de acumulación de capital y su concomitante dominación hegemónica no exenta de crisis (fuera de los casos de excepción donde la democracia burguesa se ha restringido y donde se han entronizado formas dictatoriales, cosa que ha obligado a anteriores partidos de masas a concentrarse en cuadros selectos y clandestinos) se han multiplicado los partidos de masas que incorporan tanto a cuadros políticos como a agrupamientos masivos en una estructura orgánica partidaria. Cualquier partido de este tipo pretende crear esa voluntad colectiva del

pueblo-nación, y por lo tanto plantea como tarea básica el convertirse en el educador que enseñe a las masas a irrumpir en la vida política, a luchar y prepararse para la toma del poder.

Un partido así se presenta como una importante instancia crítica de la sociedad de explotación y como el medio para llegar a la nueva sociedad; se considera el germen del nuevo Estado. Un partido de este tipo tiene la conciencia de que en este proceso no se puede sino estar a la cabeza del movimiento, pues si su actuación lo llevara muy adelante o si fuese rebasado por la acción de las masas, estaría descalificado. Se propone meterse en las masas para conquistar la dirección a través de la lucha.

En este sentido, una de las graves dificultades con las que se encuentran las masas es el hecho de que son varios grupos con programas parecidos (aunque con métodos diversos) los que se presentan ante ellas como los auténticos inspiradores del movimiento liberador.

A su vez, el grupo partidario, dado que tiene como finalidad el penetrar e influir en las clases subalternas, cuando ve ante sí tanto cuadros políticos como grupos importantes a los que no ha integrado, se considera incompleto y en formación. Esto lo lleva a intentar constituirse como un lugar de encuentro y elevación de las reivindicaciones de las clases subalternas y sus grupos; una organización central y disciplinada que se propone agrupar, educar y dirigir a las clases trabajadoras hacia el interés específico y objetivo de dichas clases. Si este partido no logra aglutinar a las clases trabajadoras, se verá reducido a un grupo que ciertamente no obtendrá los fines que proclama perseguir, pues no conseguirá organizar y encabezar a las fuerzas revolucionarias para poner en jaque al bloque domi-

nante. Un partido de esta naturaleza siempre se verá presionado por la dialéctica existente entre partido y clase, entre partido y masas, pues va vinculando a un obrero con otro obrero, a los obreros con otros trabajadores, dentro de la estructura del capitalismo. Une a diversos grupos en lucha de región a región; posibilita la intercomunicación de experiencias; cohesiona y dirige diferentes luchas según los grupos a los que va penetrando. Así se va constituyendo en una agrupación de masas donde se encuentran sectores de diferentes capas trabajadoras y donde también se articulan los diversos intereses de esas capas. Es de esta manera como el partido se presenta como mediador entre los individuos, los grupos y su interés colectivo. Y siempre persiste la pregunta: ¿es el partido realmente el instrumento de sus agremiados o bien las capas dirigidas instrumentan a las bases partidarias por los intereses de esa cúspide?

Otro elemento que debe mencionarse es el que corresponde a la actividad de sus integrantes. El partido autodenominado de "nuevo tipo" trata de convertir a sus agremiados en militantes activos, integrados a una organización partidaria unitaria que no puede reducirse a simple adscripción, cotización o actividad electoral.

Para el partido es vital que su organización influya decisivamente en la lucha de las clases emergentes, y que esta lucha sea organizada, planeada, consciente y eficaz. En esta organización centralizada los problemas de organización concreta se convierten en problemas eminentemente políticos. El partido revolucionario se proclama como organización en continua referencia a una teoría revolucionaria de la sociedad que trata de poner a prueba en la praxis. La primera constatación es de tipo organizativo. El análisis de la

realidad y el diseño de los medios para transformarla radicalmente son los que conducen a los planteamientos concernientes a la forma de organizarse. La primera respuesta al quehacer revolucionario es de tipo organizativo. La vida organizativa interna del partido revolucionario implica otra tensión más: el centralismo democrático. La fuerza del partido radica en el consenso, en la autoridad ideológica (por lo que el aspecto coercitivo se hace excepcional y prácticamente aplicable en las sanciones estatutarias a los indisciplinados y contumaces). La dialéctica real entre el centralismo y la democracia incorpora y unifica las aportaciones de sus miembros, el proceso de designación de sus dirigentes, la discusión de problemas y acuerdos con la centralización de la dirección única. El centralismo democrático tiene que ver con una participación activa de los militantes y con la supeditación de la minoría a la mayoría en la aceptación de la voluntad común en unidad de acción. La democracia partidaria intenta abrir la potencialidad de abajo hacia arriba. La corriente de arriba-abajo tiene como fin unificar, cohesionar y dar dirección a un movimiento único. Sin el momento democrático, el centralismo se convierte en burocracia y represión; sin dirección centralizada, el movimiento tiene el peligro de estancarse y dispersarse. Con el centralismo democrático, los partidos de masas que enfatizan que todavía defienden este concepto, se intenta que la base llegue a la dirección no sólo en cuanto a impulso sino integrando elementos dirigentes. Otro elemento relacionado con este principio es el referente a la información. Una información sólo centralizada se convierte en privilegio de dirigentes e impide la participación consciente y democrática de la base, cuya actuación se reduce a simple elemento operativo. Para que sea realidad y no fór-

mula el centralismo democrático tiene que convertir a la asamblea en todos sus niveles (local, regional, estatal, nacional) en un órgano efectivo de participación, dirección y gobierno, tanto por medio de la elección (y revocación) de los dirigentes como por medio de la toma de decisión y consecuentemente de dirección de la actividad planeada. A este mecanismo la ética partidaria le añade otro apoyo: el que concierne a la vigilancia revolucionaria, tanto en la vida interna del partido como en su acción hacia fuera: el de la crítica y autocrítica. Ciertamente, un elemento clave para calibrar la solidez de un partido es su actitud ante sus errores: si es capaz de reconocerlos, analizar sus causas y poner los correctivos pertinentes. Aquí es donde el análisis de un partido tiene que hilar delgado para saber diferenciar lo que realmente es autocrítica de las justificaciones e ideologizaciones envueltas en un "ropaje autocrítico".

En el centralismo democrático se concreta la tensión entre participación-dirección. La multitud de agregados de una masa puede pasar al nivel de masa actuante políticamente y finalmente a militantes debido al vínculo orgánico que se establece entre los participantes. Según sea la relación entre participación y dirección se pueden distinguir los diversos grados de desarrollo de un partido. Una etapa puede anquilosarse sin que se evolucione a niveles superiores. En términos generales se podría hablar de grado incipiente, medio y desarrollado, dependiendo de dónde y por quiénes se toman realmente las decisiones y se ejerce la dirección. El partido político de masas, como movimiento social, no está exento de la tendencia al enmascaramiento descrito páginas atrás. El grado de enmascaramiento y el momento de influencia personificante inciden en el nivel orgánico partidario. La figura personificante

puede ser tan totalizadora que formalice las instancias orgánicas; el movimiento organizativo puede haber superado esto y radicar en sus propias instancias habiendo pasado a la formalidad cierto enmascaramiento necesario. Este fenómeno *mutandis mutatis* se puede producir en los niveles organizativos medios y de base. En un partido de masas no es raro el que se integren masas imantadas por un líder natural. Este tipo de líderes funge como mediador indispensable entre las demandas inmediatas de las masas que comanda y su solución. Si al integrarse al partido no se opera un cambio orgánico y la estructura prosigue, las masas no se procesan partidariamente y simplemente adoptan una actitud de "maniobra".

Para llevar a las masas a participar en la elaboración de las decisiones se requiere de una amplia educación práctica y de un auténtica determinación de permitirlo e impulsarlo. Cuando en un partido sólo un reducido número de personas es el que piensa y diseña las acciones, y el resto permanece como ejecutor, se cae en una dirección administrativa, impositiva, ajena a lo proclamado por los fines de partidos de este tipo. Esto tiene su contraparte: una masa que no ha participado en la elaboración de decisiones clave no llega a asimilarlas. Los cuadros intermedios, también excluidos del proceso, tampoco pueden servir realmente como "correas de transmisión". En este rejuego de participación y dirección existe una articulación de presiones: las que provienen de las bases por la solución de sus demandas sentidas y las que emanan de la dirección para coordinar las acciones de la base en unidad de acción. Dentro de la misma organización pueden generarse choques y fricciones según los diversos grados de conciencia partidaria. Donde el elemento directivo es el único diseñador de políticas, ahí se dará la discu-

sión política; la base se moverá en cuanto perciba que lo mandado puede tener alguna relación con sus demandas, y los cuadros intermedios, por la presión que sufren de arriba, tratarán de convencer a la base de implantar las acciones diseñadas, y a su vez, recibirán y transmitirán la presión de las masas en torno a la solución de sus demandas. Así la lógica partidaria y la lógica de las masas van en contrapunto.

Los partidos de masas, tanto hacia el interior del partido como hacia el exterior, se plantean la labor de agitación (llamar la atención sobre algún problema que se le presenta a la clase), de propagandizar (esa profundización de la situación concreta, su esclarecimiento político), y de educar (intentar elevar la conciencia de los militantes y de las masas en general), que se traducen en una labor organizativa. En todo esto se requiere el apoyo de la llamada prensa partidaria. Otro elemento imprescindible es el de las finanzas partidarias. La manera como un partido hace acopio de ellas demostrará su grado de desarrollo. Finalmente, la acción del partido tiene que ver con las luchas concretas de las masas: sus huelgas, mítines, marchas, tomas de tierras, campañas políticas electorales, etcétera.

La dialéctica estructuradora de la acción de todo movimiento político, y obviamente del nivel partidario, es la que se establece entre estrategia y táctica. Estos conceptos, tomados del arte de la guerra, se relacionan entre sí; el primero se refiere al diseño requerido para ganar una guerra; el segundo, a la organización y dirección de los elementos parciales con el fin de cumplir los objetivos estratégicos. En política la estrategia tiene que ver con el programa revolucionario, que no es un tratado sistemático sino una guía para la acción, para producir la revolución. Delinea lo

general de la lucha, las metas generales y las diferentes etapas que hay que recorrer para llegar al socialismo; define el carácter de la revolución, sitúa tanto al enemigo principal como al sujeto histórico de la nueva sociedad y su objetivo; evalúa las fuerzas con que cuenta el partido, clarifica la clase que representa, los aliados con que cuenta y encamina la lucha hacia la toma del poder. Las alianzas tendrán que ver con la cantidad necesaria de fuerzas para derrotar al enemigo; la dirección aportará la calidad transformadora.

Una cuestión que de principio se hace necesaria es la clarificación tanto del tipo de aliados como de la etapa de lucha que se sostiene en relación con el objetivo final. Por su parte, la táctica incluye una gran cantidad de elementos que tienen un alto grado de variabilidad. La táctica determina los instrumentos, las formas y los métodos de lucha requeridos en un momento preciso para lograr el objetivo estratégico. La táctica se va enriqueciendo a través del propio proceso. Del análisis correcto de una situación determinada nacen las consignas correspondientes. Hay acontecimientos políticos que se imponen; otros a los que se tiene que responder; otros más que se preparan y realizan según las posibilidades o urgencias. Aun las derrotas aportan lecciones importantes para el futuro (cfr. Bambirra y Dos Santos 1981). A todo partido que se precie de ser revolucionario se le demanda sensibilidad y capacidad para saber dirigir las acciones concretas y cambiar en el momento oportuno, ya que una táctica equivocada entorpece el movimiento. La táctica define cuándo corresponde el avance y cuándo el retroceso, cuándo la acción legal y cuándo la clandestina; en qué oportunidad tocan medios pacíficos, en qué otra los violentos; en qué tiempos convienen diferentes tipos de organización. . . Es cuestión de táctica

decidir llevar adelante la acción parlamentaria o alejarse de ella. Los términos no son tan excluyentes y algunos se pueden combinar. La táctica es la que enseña a situar los compromisos y la que induce a caminar al filo de la navaja, que implica afrontar un realismo político que no traicione principios estratégicos. La táctica ve tanto los tipos de movimientos como los ritmos de los mismos. A la estrategia le compete el proceso global; a la táctica el quehacer cotidiano, que requiere de gran habilidad política. Una táctica no asimilada puede convertirse en empirismo y trampa. La flexibilidad de la táctica la obliga a no ser igual en momentos desiguales. La táctica estará guiada por el propósito de acumular fuerzas, aislar al enemigo y derrotarlo. En su lucha, el partido de masas está requerido a tener la capacidad no sólo de dirigir sino también de percibir y aprender del arsenal táctico de las masas. La relación entre la táctica y la estrategia es de subordinación de la primera a la segunda. De la combinación entre estrategia y táctica surge la llamada línea política de un partido. Ésta tiende a unificar a las fuerzas requeridas para la victoria en torno al núcleo dirigente. Sólo la praxis histórica juzgará si una determinada línea resultó "justa" o equivocada.

De todo lo anterior se desprenden algunos imperativos metodológicos para el análisis de partidos de este tipo. Hay que buscar al núcleo que le dio origen; estudiar el crecimiento y estructuración interna del partido, así como su desarrollo organizativo. La estructura orgánica de un partido se debe calibrar en su especificidad propia, en tanto que su fuerza material dependerá del número de integrantes, del grado de cohesión y organización real que tenga, de su capacidad de movilización y de combatividad, y de sus méto-

dos de lucha. Habrá que distinguir entre la organización formal estatutaria y las formas reales de funcionamiento, estructuración y dirección política. Habrá que analizar los intereses concretos que tal partido representa, su influencia y prestigio entre las masas. Habrá que estar muy cautos al comparar las finalidades generales de la organización y las de determinadas acciones concretas; las motivaciones reales de la dirigencia, de los cuadros medios, de la base militante, y su articulación.

Obviamente el estudio de un partido no puede limitarse a eso. Hay que situarlo en el contexto de la vida política en la que se encuentra inmerso y constatar la influencia que haya adquirido del movimiento de masas y del conjunto de fuerzas, en un momento determinado. La problemática de la vida interna de un partido hay que contextualizarla dentro de la dialéctica mayor de la lucha de clases. Sería una "miopía" del análisis tratar de explicar todo por medio de oposiciones internas o por deficiencias reales sin ver la dirección del proceso histórico y su orientación precisa en el enfrentamiento de las fuerzas sociales. Las diferentes etapas de formación de un partido y su influencia en la historia de una nación hay que situarlas según la pertenencia de clase de los grupos que la integran; el número de militantes; el grado de conciencia partidaria que tenga, y la organización real alcanzada tanto cuantitativa como cualitativamente. El carácter real de un partido dependerá tanto del análisis que realice de las diversas situaciones del país como del tipo de luchas que suscite y dirija, así como de su resultado en la correlación de fuerzas.

En virtud de que un partido político revolucionario "es una superestructura contractual antinatural —una organización voluntaria creada en contraposición de

la trama de la sociedad", y que su estructura inicial "está orientada hacia el futuro" (cfr. Anderson 1978b:66), mientras no conduzca a ese futuro, en su estructura presente corre el peligro de ser totalmente asimilado por la sociedad y de pasar a ser agente del *status quo*. Sólo a través de la praxis se podrá evaluar el auténtico carácter revolucionario del partido: es decir, si dinamiza a los trabajadores a que realicen su propia política, a que aprendan a dirigir la revolución y a crear una nueva sociedad sin explotadores ni explotados.



## Notas al capítulo I

<sup>1</sup> El poder, como dice Giménez (1980) es un concepto "relacional" (no se refiere a una cosa, a un objeto), determinado históricamente. No es reductible a relaciones puramente intersubjetivas; tiene que ver con una capacidad y su ejercicio con la dominación (fuerza) autoridad (consenso) y dirección, inscrito objetivamente en la estructuración de toda sociedad disimétrica. Capacidad de hacer funcionar la totalidad en beneficio de la clase dominante. Como bien lo ha anotado León Rozitchner (1982:33) "el sistema no utiliza sólo el poder de su fuerza para dominarnos; sino también las fuerzas de los dominados mismos", en cuanto se asumen y se convierten en dominados.

<sup>2</sup> Consultar Lenin *et al.* (1979). En esta obra se destaca cómo Clausewitz consideraba la guerra como la continuación de la política por otros medios, en concreto, la violencia. En esta forma, además de estudiarse la guerra como un proceso dialéctico, de destacar el carácter clasista que lleva dentro, se ofrecen los elementos que hacen de la guerra un parangón de la misma política. Lenin enfatizó que el escrito de Clausewitz no sólo servía para analizar la acción armada en sí, sino también para adentrarse en toda acción política.

<sup>3</sup> Hugo Hiriart, en un editorial titulado "Antología del rumor" (*Uno más uno*, 21 de agosto de 1982) hace referencia a Tanotsu Shibutani, quien define el rumor como "una forma recurrente de comunicación mediante la que los humanos atrapados juntos en una situación ambigua, intentan construir una interpretación significativa de ella conjuntando sus recursos intelectuales." Aclara que por el rumor se explican y descargan tensiones del grupo. También cita a Allport y Portman para explicar que el rumor surge por la profunda preocupación del destino de un grupo de gente, y que aún la forma más trivial del mismo, que es el chisme, se ocasiona por la búsqueda que hace un grupo de un acuerdo en la caracterización de una persona o para fijar la posición que determinado individuo va a guardar en la acción u opinión del mismo grupo.

<sup>4</sup> Con la esperanza, los comuneros franceses asaltaron el futuro y lo poseyeron durante 72 días. Con esa misma esperanza los bolcheviques, los cubanos, los sandinistas y muchos más irrumpieron al poder.

<sup>5</sup> Cfr. Marx y Engels (1971), Lenin (s/d y 1971), Krader (1972 y 1976), Evers (1979), Poulantzas (1979), Portelli (1972), Buci-Glucksmann (1975), Taxier (1975), Sonntag y Valencillo (1977), Lojkin (1979), Fossaert (1977 a y b, 1978, 1980), Pappenheim (1965), Percyra (1979), Gramsci (1975 a, b, c, 1976, 1977), Gruppi (1978), Portantiero (1979), Sampson (1975), Peralta (1972), Pizzorno *et al.* (1970), Butzi (1969), Piotte (1972), Macciocchi (1974), Salomon (1974), Deutsch (1976), H. Heller (1971), Moulin (1967), Anderson (1979), Kaplan (1980), Miliband (1978), Laclau (1978), y Bahro (1979 a y b).

<sup>6</sup> Para el tratamiento del estado mexicano véase Alonso (1981).

<sup>7</sup> "Gran parte de las ciencias consiste de cosas invisibles [. . .]. De hecho, ninguno de estos fenómenos es literalmente lo que decimos que es [. . .]; un átomo no salta literalmente de un estado cuántico a otro, ni los neutrones giran alrededor del núcleo atómico en órbitas. Las palabras que usamos son sencillamente metáforas". Aunque "pueden resultar útiles modelos mentales aproximados o inexactos". Estos modelos son necesarios para avanzar. (El átomo de Bohr modificó el modelo planetario de Rutherford "combinándolo con una imagen musical de ondas estacionarias"). Visualizamos para comprender, para entender lo inconcebible. Aunque a veces la búsqueda de imágenes en la ciencia va demasiado lejos. Si la imagen es apropiada se puede usar siempre y cuando se tenga en cuenta sus límites que tienen que ver con que el modelo es una versión de la realidad, una fachada (Cole K.C. 1982).

<sup>8</sup> La lucha por el poder en la sociedad capitalista se instrumenta a través de los partidos políticos. Estos se mueven en la serie dialéctica enunciada.

<sup>9</sup> Karl Korsh (1979:12) utiliza el concepto en el apartado "Hipótesis del modelo soviético en la transición de la socialdemocracia al leninismo" en el sentido de "hacer como en Rusia [. . .]. Tomar los instrumentos teóricos y organizativos de la experiencia bolchevique", es decir, intentar trasladar a Alemania la experiencia rusa. El término más apropiado para esto no es tanto *hipóstasis* como *mimesis*. Umberto Cerroni en la pág. 53 de su *Léxico Gramsciano* (1981) destaca el término *hipóstasis* que utiliza Gramsci en un fragmento de los *Cuadernos de la cárcel*. Pero se trata más bien de una contraposición entre *hipóstasis espíritu* e *hipóstasis materia*, donde se polemiza contra los que "divinizan" la materia. En este sentido dicho término se utiliza según una acepción teológica y no en su significado original.

<sup>10</sup> No habría que dejar de lado el concepto de democracia plebiscitaria del líder, utilizado por Weber en su búsqueda de superación del proceso universal de burocratización a través de la expresión de

un carisma individual. Esta categoría lo aproxima a situaciones que han sido calificadas como bonapartismo y cesarismo. Se ha recalcado que Weber fue "el primero que reconoció la tendencia a la personificación del poder" en la democracia de masas" (Mommsen 1981:81). Sin embargo, sus concepciones se acercan más a las de Mosca y Pareto al centrarse en las cualidades del líder desde una concepción aristocrática "que valoraba exageradamente el papel de los 'líderes' en el proceso social" (Mommsen 1981:56). Su visión era desde el dirigente. Sus estudios políticos del acontecer contemporáneo descalificaban a las masas. En esta forma subrayó: "no es la masa 'pasiva' la que da a luz al conductor, sino que el conductor político es el que procura atraer a sus partidarios y obtiene el favor de las masas a través de la 'demagogia'" (citado por Mommsen 1981:56). Así, llegó a analizar ese tipo de liderazgos capaces de "enmascarar" movimientos; pero se cerró el paso a captar la tendencia objetiva de este enmascaramiento que parte del movimiento mismo de las masas. Weber deslumbrado por los aspectos carismáticos desconoció y negó enfáticamente el impulso proveniente desde abajo para crear líderes, utilizarlos y aún trascender su período vital como identidad por parte de las masas.

<sup>11</sup> En "El marxismo y la insurrección" Lenin (1961 b. T. II:393-398) dice que para poder triunfar la insurrección no debe apoyarse en una conspiración sino en la clase avanzada, que a su vez debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Aclara también que se da "en un momento ascensional" en el que la actividad de la vanguardia del pueblo es mayor cosa que corresponde a mayores vacilaciones en las filas de los enemigos.

<sup>12</sup> Una anotación clave es la que previene para no tomar la prensa y los medios de comunicación en general como un lugar neutro de recibir la información para hacer análisis de coyuntura. Dichos medios son a su vez agentes en su lucha de clases y están situados en el ámbito de oposiciones.

<sup>13</sup> Michels (1973), Duverger (1979), Mandel (1971), Lenin (1950, 1961 y 1973), Almeyda (1976), Cerroni *et al.* (1978), Bensaid *et al.* (1979), Rossanda *et al.* (1979), Gramsci (1973), Carlo (1976), Lefebvre (1957), Hobsbawn *et al.* (1978).

<sup>14</sup> Para todo tratamiento del partido revolucionario consultar Lenin (1973), Gramsci (1973 y 1975a), Bambirra y Dos Santos (1981). Son conceptos importantes para comprender a un partido revolucionario los que tienen que ver con la dialéctica de lo subjetivo y lo objetivo, con el ascenso revolucionario y con el reflujo. Para mayor profundidad en esto se puede consultar a Bambirra y Dos Santos (1981), y a Arismendi (1976).

## II. Una organización socialista más, en un periodo de crisis

### *Algunos elementos a tener en cuenta*

La fuerzas políticas no nacen por generación espontánea. Las banderas que enarbolan, por nuevas que sean, reclaman la herencia de movimientos anteriores. Avizorando el ocaso de este siglo la política mexicana tiene forzosamente que referirse a sus albores.

Sin entrar a la polémica de la interpretación de una septuagenaria revolución sobre la que ha corrido tanta tinta como sangre, esbozo una línea que en pocos trazos describe lo que, a mi parecer, es fundamental tener en cuenta para situar el nacimiento de un partido político en la década de los setenta.

Una regla hermenéutica para terminar con formulaciones miopes sobre nuestra historia ha sido la de calibrar las contradicciones de un proceso que muchas veces se presenta unificado y casi monolítico. En este sentido, tienen bastante razón los que dicen que la revolución mexicana fue un cúmulo de guerras, según la composición de los grupos, sus fines y sus alianzas. Y se podría suscribir la afirmación de Gilly que precisa que en la revolución prácticamente había dos guerras, la política y la social de clases (cfr. Gilly, 1979:39). A esto se podría agregar que en la guerra política se van configurando dos tendencias: una buscando el apoyo de las masas populares al responder a sus demandas, y otra en espera de su propia consoli-

ción para someter el emerger popular. Ambas guerras y las dos tendencias configuran al Estado que nace de la revolución. Ninguna de las clases pudo imponer un único proyecto propio. La burocracia política, necesitada del apoyo de las clases populares, delineó sobre sus espaldas un proyecto de desarrollo capitalista. Configuró e hizo crecer a la nueva burguesía interna; supeditada a su vez a los límites políticos que el pacto social impuso. Como dice Pablo González Casanova (1980:7), "de la sociedad mexicana y de las luchas de clases y coaliciones durante la etapa armada surgió la Constitución de 1917, y de la forma en que insertó esa Constitución en la lucha de clases posterior al momento en que fue promulgada, surgió el Estado mexicano, coalición dominante de origen popular, inserta en una sociedad de clases y en un proceso de acumulación y explotación capitalista".

La guerra campesina fue controlada tanto por el "descabezamiento" o cooptación de sus líderes como por una escasa entrega de la tierra demandada. La élite de la burocracia política creó las condiciones de su aburguesamiento, aunque como reproducción de burocracia quedó circunscrita a las reglas políticas heredadas y renovadas por el pacto social del bloque de fuerzas triunfadoras en la revolución. La nueva clase obrera fue creciendo y fortaleciéndose con el desarrollo industrial modernizante; una parte importante de ella se fue encuadrando dentro de los lineamientos jurídico-políticos de una alianza con el estado mexicano, que a lo sumo se sacude las tendencias más antipopulares de la burocracia política pero sin salirse del pacto social que se configura con mayor fuerza y mayores estridencias y contradicciones conforme avanza el proceso de acumulación ampliada de capital. En este contexto habría que visualizar el enfrentamiento entre el

cardenismo y el callismo, y esto aclararía también la opción centrista en la sucesión de Cárdenas. Los grupos que pretendieron un proyecto alternativo fuera de ese bloque o pacto se vieron segregados o enfrentados al conjunto y consecuentemente derrotados en todas sus opciones tácticas: desde la violencia de las armas cristeras o golpistas hasta las democráticas o electorales (Escobar y Cedillo por un lado; Almazán y Henríquez, por el otro). El partido político nacido en ese proceso aglutinó primero grupos y posteriormente clases y sectores organizados, lo que le dio marco institucional al bloque y al pacto. Los grupos políticos que se incorporaron al partido oficial tuvieron cauces: los que se separaron se raquitizaron. En este sentido habría que situar las diferentes actuaciones y fuerza del PCM y de figuras como Lombardo Toledano. Dentro del pacto prevalecieron el auge de algunas demandas populares, o su represión. Las clases populares fueron el principal sostén, pero siempre estuvieron supeditadas. La clase obrera creció, se consolidó como clase y llegó a la mayoría de edad dentro de cauces orgánicos e institucionales comandados por ese pacto. Encajonado en una estructura prehecha que lo integraba, aunque con precaria relativa autonomía del Estado, el sindicalismo mexicano perdió unidad y democracia. Entonces surgieron tendencias separatistas que plantearon la lucha contra la burocracia sindical: una mayoría de ellas siguió condicionada por el pacto, en tanto una minoría proponía su ruptura. Los partidos políticos de izquierda oscilaron entre la aceptación de la dinámica del pacto, donde perdieron la pretendida hegemonía del proceso, o la separación del proceso, con lo cual se condenaron a una vida reducida, separada de las grandes masas, y llena de problemas burocráticos.

El proceso político mexicano se fue endureciendo y perdiendo legitimidad. La desconfianza congénita del pueblo en las elecciones, ya señalada por funcionarios del gobierno desde los años veinte, se fue confirmando con los sonados fraudes electorales. Las innumerables enmiendas, reformas y correcciones a la legislación electoral no tenían otra intención que la de renovar continuamente el control y reglamentar cierta disidencia. La crisis que se venía gestando tuvo un repunte con el movimiento ferrocarrilero de fines de los cincuenta que fue reprimido; así como con un bullir campesino y de grupos profesionales a mediados de los sesenta que no encontraron otras respuestas que la represión, para finalmente explotar en una fuerza espontánea llena del romanticismo pequeñoburgués de las capas medias, insuficiente para llevar a un triunfo popular, pero que despertó grandes simpatías entre las grandes capas del pueblo: el movimiento estudiantil del 68, que ha sido calificado por algunos como un movimiento "estudiantil-popular" en búsqueda de una sociedad más justa (cfr. Zermeño 1978).

El Estado que nació de la revolución recibió de ésta su carácter y su impulso; adquirió de las masas el consenso, y utilizó la fuerza cuando los focos disidentes pretendieron disputarle el poder. Sin caer en la mecánica interpretación del péndulo, cuando la tendencia de la burocracia política más atenta a las demandas populares afectó con sus medidas el modelo de acumulación, tuvo la respuesta agresiva de la burguesía que se iba consolidando y se vio obligada a enmendar las formas que alentaban la participación de las capas populares. Pero cuando el modelo de acumulación (crecimiento económico con devaluación e inflación, imposición de los instrumentos del desarrollo estabilizador) expolió desmesuradamente al cam-

pesinado, caló en la creciente clase obrera, y repercutió en el reparto social con una desmedida concentración de la riqueza que obviamente desencantó a las clases medias, e influyó en el estallido del 68 (pese a su contenido limitado), se vislumbró que el proceso no podía continuar sin enmiendas. Las alternativas ilegales y armadas parecían a no pocos la única salida. El régimen se vio en la necesidad de revisar el pacto social: o renovaba el apoyo de las capas populares o no tendrían más remedio que sostenerse en base a las bayonetas. Económicamente, la inequitativa distribución del ingreso, los desequilibrios regionales, el agobiante peso de la deuda externa y el creciente desempleo entrapaban el mismo proceso de acumulación capitalista. Se imponía un cambio en los instrumentos económicos y en la forma política.

La dominación burguesa del estado mexicano fundada no en pura ideología, la hegemonía del Estado apoyado en el sector público de la economía, en las organizaciones armadas, pero sobre todo en las bases populares (asumiéndolas en subordinación; pero no excluyéndolas de la participación político-social), ha sorteado las dificultades políticas y ha mantenido, enmarcados dentro de la estructuración jurídica de la Constitución de 1917 tanto el crecimiento de la burguesía y del proletariado, como de los grupos políticos. Así ha enfrentado la contestación y la disidencia. Una fracción de la burguesía ha sabido adaptarse y ha medrado con esto sin extremar los conflictos. Otra fracción, sin haber dejado de enriquecerse a causa del patrón de acumulación imperante, ha entrado a la confrontación ideológica con el Estado. Las dos piernas políticas que han hecho caminar a este Estado han sido el presidencialismo, por una parte, y el partido del Estado, por la otra. El primero ha concentrado tal

poder que las decisiones personales (condicionadas por la correlación de fuerzas) de cada sexenio cobran relevancia política en la vida del país. Mientras las clases integrantes del pacto (las clases populares como las manifiestamente comprometidas; la burguesía al resguardo, entre bambalinas, la más favorecida) no impongan un proyecto que necesariamente excluya a la clase antagonica el pretendido arbitrio político del Estado, inclinado según se desarrolla la lucha de clases, influirá necesariamente en la configuración política de tal Estado. La intervención directa del Estado en la economía ha favorecido el crecimiento de las empresas privadas internas y de capital extranjero. A finales de los años sesenta se había acentuado el proceso de monopolización y de dependencia; 1968 marcó también un hito político en la configuración de la tendencia a organizarse fuera de la tutela del Estado y de disputarle a éste directamente el poder. Grupos de la pequeña burguesía radicalizada cayeron en prisión; mientras que otros intentaron las vías de la guerrilla urbana y campesina.

Desde la campaña electoral de Luis Echeverría se notó que la elección política no se había resuelto hacia el endurecimiento político total. El candidato criticó el modelo de desarrollo seguido; se empezó a tolerar la denuncia de abusos, y una vez en el poder, a finales de 71 se liberaron presos políticos del 68 y se empezó a intentar la llamada "apertura democrática". Se intensificó el método de captación de líderes; se extremaron los tonos del "nacionalismo revolucionario" en las declaraciones oficiales; se delinearon nuevos instrumentos que proclamaban pretender la redistribución del ingreso, pero prosiguió el subsidio a las empresas privadas y sobre todo al capital extranjero. La crisis económica interna aunada a la crisis del capitalismo

mundial impidió los buenos propósitos. Ante el desgaste del control político se reformuló la organización de las clases populares (sobre todo del campesinado) para renovar la base de apoyo popular. Se intentó un relevo de la dirección obrera, pero esto propició un enfrentamiento tal que el gobierno tuvo que ceder ante la fuerza real de la burocracia sindical. La apertura democrática implicaba abrir cauces a las corrientes críticas y una actitud que intentaba quitar la "mano dura" ante la oposición política. Lo electoral estaba en franco deterioro. Creció la tendencia hacia la organización independiente. La fracción de la burguesía más reaccionaria intentó nuevos cauces de organización social con la que se pudiera sacudir el tutelaje del Estado, que por cierto se había impuesto a las masas, aunque había quedado condenado a requerir su apoyo. A pesar del hecho de que ese Estado había servido a la burguesía, una parte de ella quería modificarlo. Así es como se produce el entrecruzamiento de una serie de contradicciones que se concretan en lo cotidiano de la lucha de clases. Por su parte, el capital monopolista comanda el actual modelo de acumulación. El Estado, igual que representa a esta fracción tiene que cuidar al mismo tiempo el interés de otras fracciones capitalistas. Aunque las relaciones capitalistas imperan, no tienen una expresión política lineal; en el poder político las fracciones de la burguesía tienen injerencia pero no un dominio absoluto. En él se encuentran presentes los intereses de la camarilla sindical que tienen que velar, en cierto modo, por sus bases para seguir subsistiendo en la dirección. El capitalismo de México es dependiente; impera y domina el capital trasnacional, y políticamente se imponen un estilo, una ideología e incluso acciones en las relaciones internacionales de corte nacionalista. El desarrollo

del capitalismo ha ido desplazando en su importancia política a los caciques regionales. No obstante, las medidas políticas centrales no se adaptan de igual manera a todas las regiones y los intereses caciquiles todavía tienen recursos para imponer sus intereses en determinadas regiones. A pesar de que la diferente etapa de acumulación de capital ha configurado de manera diferente a las clases y sus enfrentamientos, éstos todavía se tiñen de la herencia de la Revolución.

### *Largos años de crisis sobre los trabajadores*

La década de los setenta y los primeros años de los ochenta se han caracterizado por una crisis del mundo capitalista que se ha ido haciendo perenne y global, con leves recuperaciones económicas y graves caídas en lo que se podría llamar la última fase: la del capitalismo monopolista de estado. Se ha conjuntado una inflación galopante con estancamiento y recesión. Década en la que las medidas monetarias aceptadas después de la segunda guerra se han quebrado. Década que será recordada como de enfrentamiento brusco de la humanidad ante una crisis de la que parecía no haber tenido noticia. Años de deterioro de la hegemonía política del imperialismo norteamericano y de renovación de la guerra fría ante el avance de las luchas de liberación nacional y ensanchamiento del campo socialista. Década que en México ha influido también en profundos cambios y desequilibrios.

Los setenta comienzan en nuestro país con el reconocimiento del fracaso del llamado desarrollo estabilizador. El preconizado milagro mexicano se había desvanecido ante los problemas económicos que entorpecían el desarrollo del país, y ante el creciente

descontento popular que alcanzaba tonos cada vez más apremiantes y en ocasiones de confrontación armada. Las políticas de ese modelo de desarrollo estabilizador habían llevado a desestabilizar a las bases sociales que se han considerado el apoyo del régimen. A nivel de declaración "de enmienda" se anunció un "nuevo modelo" que corregiría todos los males: el desarrollo compartido. Este tenía que proseguir conforme el desarrollo del capitalismo, pero con una mayor distribución del ingreso que había llegado a concentrarse a grados alarmantes. Había que volver a una política que privilegiara el bienestar social. Como instrumentos para ello se preveían la estabilidad de precios, la expansión de la producción y el mantenimiento de la paridad cambiaria del peso mexicano frente al dólar. Para la obtención de recursos el régimen proclamó la necesidad de llevar a cabo una reforma fiscal a fondo y de mejorar la balanza de pagos. Se pretendía un crecimiento estable y equilibrado; un saneamiento de la estructura financiera del gobierno que tenía más gastos que ingresos y que por lo tanto había caído en una espiral de endeudamiento. No obstante, las contradicciones inherentes a los cauces de acumulación de capital en el interior, aunadas a las graves contradicciones de la crisis mundial, no sólo no remediaron el panorama sino que lo agravaron. La deuda pública externa en 1975 duplicaba a la de 1970. En el mismo lapso el déficit en la cuenta corriente aumentó en un 400% (cfr. *Estrategia* 1976:41).

Los créditos del exterior en esos mismos años financiaron un 79% del déficit en cuenta corriente. Se tuvo que recurrir a la emisión primaria de dinero, con lo que empezó a agravarse la inflación. Mientras que de 1965 a 1970 el índice de la inflación había sido de un 4%, en los primeros años de los setenta éste había al-

canzado la cifra de 16%. Se vio la salida en el hecho de beneficiar el capital con nuevos alicientes fiscales para que invirtiera. El panorama no podía ser más desolador: subía el índice del desempleo, se concentraba cada vez más el ingreso y los niveles de vida de los trabajadores se deterioraban día a día. De 1973 a 1976 los precios al menudeo subieron en un 60%, y aunque hubo aumentos salariales nunca alcanzaron el paso de la carrera "alcista" de los precios. Todo parecía indicar que las medidas adoptadas resultaban contraproducentes. Los índices de desempleo y subempleo subieron cerca del 50%; la inversión del capital interno no se veía; la inflación y la recesión iban de la mano. Crecía la dependencia tecnológica y la inversión extranjera en las ramas más dinámicas. Esta última aumentó un 80% de 1970 a 1974 (*op. cit.*: 43). "En 1971-75 los dividendos y regalías de las empresas extranjeras establecidas en México enviados fuera del país ascendieron a 2 696 millones de dólares y los intereses de la deuda externa oficial a 2 244 millones, contra 1 594 y 841 millones en el sexenio 1965-70 (*op. cit.*: 79). Se tuvo que recurrir a la devaluación en 1976, lo que aumentó en un 60% la deuda externa (*op. cit.*: 43). Fue entonces cuando el FMI intervino y contuvo tanto el gasto público como los salarios.

En 1976 la caída de la tasa de crecimiento se desplomó de 7.6 que tenía en 1973 a 1.9%, y esto se agravó con una aparatosa fuga de capitales. Los dos pilares de la "estabilidad" económica mexicana se habían quebrado: la moderación del alza de los precios y la paridad monetaria fija con el dólar. Esto incrementó el descontento popular; empezaron a multiplicarse las huelgas, las manifestaciones campesinas, los movimientos populares independientes. Por su parte, la burguesía había aumentado su nivel de confrontación

con el régimen a finales del sexenio de Echeverría, molesta no tanto por las enormes ganancias que le había dejado ese período sino por los tonos agresivamente populistas del régimen y por ciertas medidas de aumentos salariales y afectaciones de algunas grandes propiedades (no las mayores) en el noroeste. Sobre todo las fracciones comandadas por el grupo Monterrey (empresarios y terratenientes del noroeste, Guadaluajara y Puebla) fueron las más contestatarias. Se creó un clima de rumores y de desconfianza.

La crisis económica amenazó con convertirse en política (aunque el gobierno no llegó a perder la iniciativa.) Con la subida de López Portillo al poder, se tuvo que negociar con el sector empresarial "la confianza" que éste depositaba en el régimen y revisar y modificar los mecanismos económicos y políticos. Se propuso la Alianza para la Producción, con moderación en las demandas de los trabajadores y en el gasto público, según lo imponía el FMI. Se hizo una campaña en contra de la corrupción de algunos funcionarios del gobierno saliente; se empezaron a cerrar empresas del Estado consideradas ineficientes. Se logró salvar en parte lo coyuntural (pues la crisis estructural proseguía). El descubrimiento de ricos yacimientos de petróleo permitió aumentar su explotación, lo cual incidió en gran medida en una recuperación económica. A finales de 1977 había bajado el déficit del gobierno, pero la inflación y el desempleo continuaban. A principios de 1978 se renovó la inversión privada y para 1979 el crecimiento había llegado al 8%, superior al de los últimos once años (cfr. Banco de México 1980:253).

Empero, el auge anunciado sólo fue para el capital, pues los trabajadores siguieron sufriendo el alza inmoderada de los precios en los artículos de primera necesidad; la contención de salarios reales, el desempleo y



por lo tanto un grave deterioro en sus niveles de vida. La inflación y el desempleo se hicieron crónicos. Los salarios reales, pese a ciertos quebrantamientos en los topes salariales más drásticos, iban a la baja. Aumentó la concentración de capital y la inequitativa distribución del ingreso. A 60 años de la reforma agraria se reconocía que el 56% de la superficie nacional estaba pendiente de regularización (cfr. López Portillo 1979:154-155). La contrarreforma agraria perpetrada por Alemán con el amparo agrario beneficiaba a los latifundistas y perjudicaba a miles de campesinos que tenían los decretos presidenciales sin ejecutarse. La inversión al campo, ofrecida como compensación por la expropiación tan despiadada de que habían sido objeto los campesinos no llegó a ellos. Se instaló la agroindustria transnacional que dictó medidas e impulsó un modelo que condujo a una dependencia alimentaria del país respecto a compañías transnacionales y del mercado estadounidense que cada vez se encontraba más "agresivo" hacia México. En síntesis, este conjunto de medidas privilegió al capital monopolista y golpeó fuertemente a los trabajadores del campo y de la ciudad (Perzabal 1979:124; Romo 1980a).

Al finalizar la década, según cifras del Instituto Nacional del Consumidor, un 30% de los hogares más pobres sólo percibía el 6.5% de la renta nacional, mientras el 50% de las familias de ingresos medios alcanzaba el 38% del ingreso total, y sólo el 20% de las familias de más alto nivel gozaban del 55% del ingreso. Había quienes afirmaban que un 10% de la población manipulaba el 70% del ingreso nacional.

La inflación, que ha vapuleado duramente a las capas trabajadoras, en 1978 fue de 17.5%, en 1979 subió al 20% y en 1980 llegó alrededor del 30%. Según Nacional

Financiera el salario mínimo se depreció un 26.3% en 1980 respecto al año anterior, lo que significó la erosión más grande del poder adquisitivo en esos últimos años. Una investigación del Centro de Estudios Económicos del Sector Privado indica que de junio de 1977 a enero de 1981 el alza de precios fue del 89.7%. Los desplegados de varios sindicatos hacían ver que los aumentos salariales no permitían a los trabajadores recobrar el ya deteriorado poder adquisitivo de años anteriores y declaraban que, al menos, se conformarían con recobrar el poder adquisitivo que tenían en 1977.

Todos estos índices se vieron rebasados al año siguiente, cuando los efectos de la crisis resurgieron agravados. Los precios del petróleo empezaron a caer, la fuga de capitales se incrementó y vinieron sucesivas devaluaciones. La corrupción gubernamental era alarmante. La enorme deuda externa (de las primeras en el mundo) y la falta de divisas pusieron al país en quiebra financiera; los precios se desbocaron; pequeñas y medianas empresas quebraron. El desempleo, según cifras de *Bancomer*, alcanzaba un 8%, el subempleo un 50%.

De acuerdo con las cifras oficiales, la inflación de 1982 llegó a un 98.5% y sólo el mes de enero de 1983, según afirmaciones de la CTM, alcanzó un 29%. Los precios de artículos de primera necesidad rebasaban con creces el índice del 100%. El salario en 1983, con todo y los aumentos de emergencia del año anterior y los incrementos relativos al nuevo año, sólo alcanzaba un 65% (si enero del 82 se consideraba como 100%) (cfr. *Proletario*, 17 de enero de 1983). El gobierno mexicano tuvo que acudir de nuevo al FMI y las medidas antipopulares se recrudecieron. Según se dijo en un foro sindical que reunió a sindicatos independientes y

“oficiales”, la política del nuevo gobierno, encabezado por Miguel de la Madrid era la más antiobrera que había vivido el país desde la época de Miguel Alemán.

La nacionalización de la banca fue un destello desde la cúspide del gobierno de José López Portillo, que se llevó a cabo con el fin de frenar la salida de divisas y para reivindicar su ya muy gastada figura presidencial. Esto duró poco: pronto se tuvo que buscar una fórmula que diera cabida y reconciliara a la así golpeada oligarquía. La crisis en que se sumió el país, estructural (cuyo principio no era reciente, pues ya se había instalado pese a que el auge petrolero postergó un poco sus peores efectos —la misma caída petrolera no es más que otro síntoma de la misma crisis—), y cuyas consecuencias, como las de toda crisis capitalista, han estado golpeando duramente a los obreros, a los campesinos y al pueblo en general, ha agudizado la lucha de clases. El imperialismo y la gran burguesía han aumentado su agresividad. Ante esta situación el gobierno de Miguel de la Madrid comenzó a actuar con un programa “anticrisis”. Hay rasgos que indican, sobre todo en lo económico, una supeditación peligrosa a los modelos monetaristas, que aun desde sectores del partido del Estado han sido calificados como poco eficaces y de alto costo social. Asimismo, se ha incrementado el coqueteo del actual grupo gobernante con la gran burguesía interna, el cual tampoco ha querido perder bases de apoyo de las organizaciones de masas que mantiene controladas.

Además, a principios de 1983 todavía se mostraba con esa fuerza que permitió al anterior presidente, desde la cúspide, decretar la nacionalización de la banca, (acto que encontró apoyo en esa base social) y mediante la cual ahora también le era posible dar marcha atrás (aunque parcialmente) y seguir teniendo

prácticamente apoyo de esa misma base. Es decir, políticamente el Estado aún actuaba más de prisa y con mayor fuerza que la sociedad. No obstante, la crisis ha agudizado sus contradicciones internas y se encuentra más fácilmente a merced de presiones de la gran burguesía. Ésta se ha beneficiado y busca mayores ganancias. Por su parte, la estructura de apoyo del Estado en las organizaciones de masas se va erosionando conforme el programa anticrisis contiene y reprime laboralmente las demandas de los trabajadores. Parecería que el Estado busca una modernización tal que pretende fincarse en la tecnoestructura, teniendo como un recurso todavía no del todo manifiesto, pero sí a la mano de la fuerza. Como si hubiera apostado a que la inercia de los antiguos mecanismos masivos pudiera seguir funcionando por algún tiempo.

Por su parte, y no obstante iniciales resistencias, el movimiento obrero organizado (oficial) se encuentra arinconado y a la defensiva; sus armas son la exigencia de salarios más altos, pero ni siquiera han frenado la escalada de precios y ya no amedrentan a los agresivos empresarios. Éstos han sabido sacarle la vuelta a ese juego de declaraciones y empujan la dinámica hacia hechos que los beneficiarán más. El partido del Estado teme debilitarse y trata de hacer organismos de defensa y de aglutinamiento de masas. El conjunto agudiza las contradicciones no sólo de la sociedad sino en el interior del partido del Estado. Ante esto, entre agrupamientos independientes, se empiezan a dar signos de unidad. Dos frentes aglutinados en torno a diferentes fuerzas de izquierda y democráticas empiezan a buscar fórmulas de unidad; se realizan foros de análisis de la crisis y de diseño de tácticas comunes entre sindicatos oficiales e independientes y se ha llegado a la constitución de la llamada Asamblea Nacional

Obrera, Campesina Popular (ANOCF) que ha llevado a cabo acciones nacionales de protesta. Si toda la década anterior estuvo marcada por un clima de lucha popular con ascensos y reflujos, la agudización de la crisis abre las fuerzas populares la posibilidad de una redefinición de su estrategia; de encontrar fórmulas unitarias y alcanzar el auge de la lucha, que la agresividad de la crisis y de las medidas gubernamentales ha puesto en un nivel defensivo. En este contexto, el espectro de la represión también reaparece con fuerza.

### *Apertura y Reforma Política propician un nuevo partido*

En el contexto de la crisis y en las salidas políticas buscadas por el régimen a sus primeros indicios —inicialmente con la apertura democrática y posteriormente con la Reforma Política— hay que situar la formación y desarrollo del Partido Socialista de los Trabajadores.

No obstante la represión que utilizó el gobierno como respuesta, y de un primer reflujo, el movimiento del 68 fue el catalizador de acciones y de formación de grupos. Se desencadenaron "chispazos", primero estudiantiles, posteriormente campesinos y obreros, que planteaban demandas relegadas. Como salida a toda esta tensión el gobierno de Echeverría propuso la llamada "apertura democrática", y ante el deterioro cada vez mayor de la vía electoral, se reformó de nuevo la ley: el porcentaje requerido para obtener diputados de partido disminuyó al 1.5% y se intentó dar una oportunidad a la formación de nuevos partidos, reduciéndose también el requisito de afiliación a 65 000 miembros. Esto alentó a algunos grupos, pero no fue suficiente.

Al llegar López Portillo al poder, tanto el aparato electoral del Estado como la participación política acusaban una situación política muy delicada. Como salida se planteó la Reforma Política. Muchos, anotando sus limitaciones, reconocieron que era un cauce para la expresión y la organización popular.

A pesar de que la lucha de clases no se refleja de una manera directa en la justa electoral, el abstencionismo en aumento indicaba más que lo encerrado en el aforismo de que "el que calla otorga": el escepticismo y el descontento popular ante una vía que nunca había sentido ni suya ni respetada. Ciertamente, la Reforma Política fue una iniciativa del gobierno ante esa situación, pero respondió a una presión popular por una parte y por otra a una decisión de no gobernar por el camino de la mano dura e intolerante al que pretendían empujar sectores empresariales y grupos internos del gobierno. Con dicha reforma, por una parte se le daban reglas a la disensión y por otra se obligaba al partido del Estado a una renovación. Antes de reglamentar la forma política se abrió un espacio de opinión: algunos expresaron que el enemigo era el gobierno; otros que el imperialismo. Unos enfatizaban que el capital era el enemigo de los trabajadores y que el gobierno era su representante político; otros más sostenían que dentro del gobierno había fuerzas progresistas y que en lugar de aislarlas y atacar al gobierno como un bloque, había que diferenciar las fuerzas antiimperialistas y actuar en alianza en contra del enemigo principal del pueblo trabajador. La reglamentación principal de la Reforma Política venía a ser la posibilidad de participación de nuevos partidos políticos que actuarían con registro condicionado, el cual se haría definitivo en caso de que en las elecciones federales en las que parti-

ciparan obtuvieran el 1.5% de la votación. Se amplió y modificó lo concerniente a los diputados de las minorías: habría 400 diputados, 300 por distritos uninominales y 100 de representación proporcional elegibles por una votación especial en tres circunscripciones que después fueron modificadas y ampliadas a cuatro. Estrechada en lo electoral, no fue suficiente para restaurar la credibilidad en los comicios y pese al repunte de las elecciones federales de 1982, el abstencionismo se ha ido incrementando alarmantemente a nivel local (cfr. Alonso 1982b).

La Reforma Política se crea en un momento en que el régimen pretende restaurar algún prestigio. Esto hace surgir también nuevas contradicciones y abre las puertas a nuevas luchas y alternativas políticas. En la burocracia política, después de tantos años transcurridos desde la revolución mexicana, persisten las dos tendencias anotadas arriba: la abiertamente antipopular, y la que de alguna manera intenta hacer concesiones a las bases populares de apoyo político. Así, han ido prevaleciendo rasgos de una sobre la otra, según han sido las presiones de la lucha de clases. Los setenta ofrecen un panorama de una recomposición de fuerzas en el bloque gobernante y de un resurgimiento del "nacionalismo revolucionario" expresado en proclamas de defensa de la soberanía nacional. Esto ha influido en que en no pocas ocasiones fracciones de la burguesía han demostrado desconfianza ante las verbalizaciones políticas del Estado; ahí también se fincan las ilusiones de líderes obreros y de izquierda que han sido llevados a juzgar que es posible utilizar a ese Estado como "instrumento revolucionario". En los setenta se dan las dos tendencias en pugna: la que se quiere encauzar en la lógica del proyecto de la revolución mexicana, que requiere de las bases populares

como sostén (con sus limitaciones de clase burguesa), y la que trata de imponer un proyecto francamente represivo. Mientras las clases sociales no tuvieron la suficiente fuerza para imponer cada una su modelo, el Estado pudo sostenerse con esta contradicción interior. Una vez que las clases se han visto fortalecidas con la política tutelar del Estado, dicha modalidad se ha renovado aunque no por mucho tiempo. Se tiene que llegar a una definición y al cambio de caracterización de este Estado. El primer semestre de 1983 apunta a que este cambio ya se echó a andar, y no en el sentido de las masas populares.

Las coyunturas ofrecidas por la apertura democrática y por la Reforma Política fueron aprovechadas por un grupo que avanzó en la organización de un partido: El Partido Socialista de los Trabajadores nace y se desarrolla en medio de la ebullición, del emerger de la insurgencia popular de la década de los setenta. No pocas luchas campesinas y populares cobraron forma y fuerza a través de esta organización partidaria.

#### *El antecedente inmediato*

Rafael Aguilar Talamantes nació en Santa Rosalía, Baja California, a finales de los años treinta. Siendo estudiante de secundaria participó en la organización de la Federación de Estudiantes Bajacalifornianos dentro de las juventudes del Partido Comunista. A su ingreso a la Escuela de Economía en la ciudad de México, formó una célula partidaria y fue de los principales dirigentes en el proceso de la organización de las juventudes comunistas en todo el país a través de la CNED (Central Nacional de Estudiantes Democráticos). A mediados de los sesenta la organización juvenil

prendió sobre todo entre los estudiantes de las escuelas rurales. El campo mexicano era el que estaba pagando los sonados beneficios del llamado milagro mexicano. El aparente desarrollo se basaba, sobre todo, en la explotación de los campesinos. Esto influiría en muchos maestros rurales quienes llegarán hasta el enfrentamiento armado contra el sistema. Talamantes encabezó la organización de la Federación de Estudiantes Socialistas Campesinos de México (FESCM). En el primer encuentro de estudiantes, celebrado en Morelia en 1964, estuvieron presentes participantes de Sinaloa, Nuevo León, Puebla y Jalisco, principalmente. Dos años después, en la capital de Michoacán, emergió un fuerte movimiento estudiantil contra el gobernador Arriaga Rivera. La universidad había sido el foco de lucha, en un principio contra el alza del transporte, y posteriormente, con motivo de la muerte de un estudiante, asesinado a mansalva por la policía, se desató un movimiento popular que planteó el desconocimiento a Arriaga Rivera como gobernador. Creció la represión y Talamantes cayó preso. Al respecto, Valentín Campa narra: "A fines de 1967 la Juventud Comunista de México y otros estudiantes de izquierda organizaron 'La marcha de la libertad' que haría el recorrido de Dolores Hidalgo, Guanajuato, a Morelia, Michoacán. El objetivo era luchar por las demandas de los estudiantes, incluyendo las de las normales rurales, y por la libertad de universitarios en prisión, concretamente de Efrén Capís Villarreal y Rafael Aguilar Talamantes, presos en la penitenciaría de Morelia. En plena agitación y preparativos para realizar esa marcha, se presentó en la penitenciaría de Santa Marta, del DF, un agente de la policía federal de seguridad, quien me entrevistó para decirme que los altos funcionarios de esta Secretaría estudiaban la solicitud

de libertad preparatoria que yo había presentado y le habían dado instrucciones de hablar conmigo para darme a conocer la intención de resolverla favorablemente. Pero para esto, se tenía interés en que yo influyera en 'La marcha de la libertad', que se iniciaba en Dolores Hidalgo, a fin de que se suspendiese y, en todo caso, que esta influencia se ejerciera para evitar que en la movilización se lanzaran ataques al gobierno. En resumen, el agente iba en plan de chantajearme. Le contesté con serenidad, pero con energía, que yo no tenía ninguna relación con la marcha y menos influencia en quienes la organizaban. Me interrumpió para decirme que los estudiantes que se agrupaban en ella expresaban una gran simpatía hacia mí y planteaban entre sus demandas la libertad de Vallejo y la mía. Le reiteré que yo no tenía posibilidad de influir en la movilización, pero que de una buena vez aclaraba que, de tenerla, sería para exhortar a los muchachos y muchachas a que se agruparan lo mejor posible, y, sin estridencias, pero con firmeza, elevaran lo más posible la combatividad de sus banderas. El agente se fue muy disgustado" (Campa 1978:285-286). El ejército detuvo el contingente de la CNED en Acámbaro. Posteriormente, Talamantes se separó del Partido Comunista por desacuerdos en torno al 68. En la cárcel, Talamantes elaboró unas notas a propósito de la lectura de algunos libros marxistas; tuvo encuentros de discusión con el gobernador Gálvez Betancourt quien le mostró respeto y afecto. Finalmente, con las medidas de la apertura democrática, después de cinco años salió de la cárcel. Volvió a la UNAM para inscribirse en la Escuela de Derecho, donde se integró al Comité de Lucha y entabló contacto con líderes del 58, y del Movimiento de Liberación Nacional y del 68, que también acababan de salir de la cárcel y que manifestaban

el propósito de reagrupar a antiguos luchadores que la represión había dispersado. La pequeña burguesía radicalizada había comprendido que se tenía que unir a la lucha obrero campesina para lograr el cambio de las estructuras del país. En septiembre de 1971, el ingeniero Heberto Castillo, el líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo, el catedrático Luis Villoro y los escritores Carlos Fuentes y Octavio Paz firmaron un llamamiento al pueblo de México en que expresaban la necesidad de crear un nuevo organismo político. Dicho llamamiento convocaba a los que estaban convencidos de la lucha, a reunirse para definir la naturaleza, el programa, los objetivos y la forma de tal organismo (movimiento o partido) para aglutinar a todos los que a lo largo y ancho del país combatían por la justicia social y la libertad política.

En noviembre de 1971 en la ciudad de México se reunieron alrededor de 200 personas provenientes de once estados entre las que se encontraban además de los mencionados, Rafael Aguilar Talamantes; el líder de campesinos César del Ángel y Cervantes Cabeza de Vaca, líder del movimiento de 1968. Fue designado un Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (CNAC). La situación económico-social había influido en la proliferación de grupos en lucha en todo el país; pero la situación política los había mantenido debilitados. Había que aprovechar la coyuntura planteada por la apertura democrática para aglutinar esfuerzos. La idea no estaba todavía bien perfilada, pero ya bullía la idea de crear una nueva organización, una nueva fuerza política, un partido político independiente de corte revolucionario y por lo tanto con fuerte apoyo popular. La primera tarea se perfilaba como la configuración del grupo dirigente. Éste se daría a la labor de consultar a las bases populares, conglutinar-

las, y llegar con su anuencia a la constitución de ese nuevo organismo político. El CNAC calificaba la situación política como favorable, debido al cambio de la política gubernamental, y propicia, dado el descontento popular. Era el momento de desatar movilizaciones populares de obreros, campesinos y estudiantes, y de organizar un instrumento político que sirviera al pueblo para conseguir victorias. No había euforia al calificar los cambios del gobierno. Las reformas anunciadas por Echeverría se veían como limitadas: los cambios eran de forma, porque las estructuras económicas y políticas permanecían intactas. Sin embargo, había un espacio nuevo, un nuevo aire, que en parte ventilaba lo asfixiante de la represión anterior.

El CNAC llevó a cabo en toda la República recorridos, reuniones, conferencias, etcétera, con el fin de auscultar a la población al respecto. A veces las plazas se llenaban con dos y tres mil personas. En mayo de 1972, en Mexicali se presentó un plan de organización y un programa de lucha. Se llegó a la conclusión de que había la necesidad de crear un nuevo partido político integrado por comités de base. Esa decisión implicó que los miembros del Frente Auténtico del Trabajo se separaran del CNAC porque preferían una organización más amplia a un partido. En julio de 1972 hubo otra escisión, la del Movimiento de Acción y Unidad Socialista. Este grupo estaba formado en su mayoría por exmilitantes del PCM y del PPS, quienes sostenían la necesidad de no aislar a ninguna fuerza de los socialistas y se proponían la unidad de todos. Al parecer, esta escisión tuvo sus raíces en tratamientos personalistas de Heberto Castillo, pues en documentos del MAUS se lee: "Deshecho el CNAC por proposiciones de Heberto Castillo, el MAUS prosigue sus actividades" (cfr. Velasco 1976).

En agosto de 1972 salió a la luz pública el primer número del periódico del CNAC: *El Insurgente*, en cuya dirección se encontraban, entre otros, Luis Villoro, Julio Labastida y un líder estudiantil del 68, proveniente de la Universidad Iberoamericana, Rafael Fernández. El CNAC participó en las jornadas de solidaridad con el Sindicato de Electricistas de la República Mexicana, dirigido por Rafael Galván; en la lucha de grupos ferrocarrileros, y en la de los tabacaleros de Alamo, Veracruz. A finales de 1972, Rafael Aguilar Talamantes, responsable de organización, propuso y logró el cambio de nombre a Comité Nacional de Auscultación y Organización (CNAO). Talamantes, en un artículo de *El Insurgente* insistía en que la constitución de un partido de masas llevaba implícita la tarea de luchar diariamente en los frentes político, económico e ideológico al lado de los trabajadores y del pueblo. En el número 5 de este periódico, en cuyo directorio aparecían los nombres de Rafael Fernández y Arturo Salcido y en el que escribía Roberto Jaramillo, antiguo militante del PPS, apareció un documento en el que se explicaba por qué un grupo se separaba del CNAO y se quedaba con *El Insurgente*. Dicho documento estaba firmado por Rafael Aguilar Talamantes, Jorge Abaroa (proveniente de las luchas del 68 y que había estado preso), Graco Ramírez, quien en el período de Madrazo había pertenecido a las juventudes del PRI, en el 68 había sido miembro del Consejo Nacional de Huelga y en el CNAO había venido desempeñando el cargo de responsable de la comisión de relaciones juveniles junto con Amparo Castro quien también firmaba el documento. A este grupo se añadieron, de la comisión de finanzas del CNAO: Juan Ignacio del Valle, Teresa Bécman, José Pérez Moreno; y del comité promotor del DF, Rafael Fernández.

La crítica fundamental en que se basaba el argumento para escindirse del CNAO se centraba en que las actividades que se habían venido realizando no estaban encaminadas, en realidad, a la formación de un partido político, sino que equivalían a la configuración de un grupo permanente de presión, condenado a actuar esporádicamente en la solución de problemas que lo encajonaban en una concepción populista y economicista. Se esgrimía el hecho de que no hubiera existido una plataforma mínima de principios en torno a los cuales se hiciera la organización. Se decía que el CNAO se había desarrollado alrededor del magnetismo de las personalidades, y que esto había llevado a los dirigentes principales a procedimientos personalistas y no a la formación de una dirección media y superior, indispensable para la creación de un partido político revolucionario de clase e independiente. Se criticaba, además, el que por exclusivismo intolerante el CNAO se hubiera aislado de corrientes y grupos que tenían el mismo objetivo: el cambio revolucionario de la sociedad. Todo lo anterior había generado frustración y confusión entre personas del CNAO. Por otra parte, se recordaba que el pueblo había logrado a través de su historia conquistas políticas que se hallaban plasmadas en la Constitución y que posibilitaban "la lucha revolucionaria sin salirse de los marcos legales". Estos derechos inalienables, aunque conculcados, había que saberlos ejercitar; pues si había una violación constante de las garantías individuales y sociales era porque el pueblo no las conocía y no estaba organizado para hacerlas respetar. Se diseñaba la organización que había que crear como una organización nueva, con un lenguaje "no acartonado" ni "libresco" sino que llegara al pueblo, un partido de nuevo tipo en el que imperaran los métodos democráticos de tra-

bajo y de dirección. El grupo firmante terminaba con un llamado a los trabajadores manuales e intelectuales, a los campesinos y estudiantes, al pueblo en general, a engrosar las filas de los constructores de un nuevo partido político nacional que luchara por la liberación plena de la nación mexicana, y citaba a la Primera Asamblea Nacional de Intercambio y Consulta para los días 24 y 25 de marzo de 1973, en la que se discutiría la situación nacional del país, y la consecuente necesidad de crear un nuevo partido político, así como la forma para instrumentar su proceso.

### III. Los buenos, los malos, y “el que a buen árbol se arrima, aunque lo vean feo”

#### *Las líneas fundamentales del análisis del PST*

A través de los años el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) ha ido elaborando una línea política producto de una toma de posición ante los acontecimientos nacionales e internacionales. Esa línea, diseñada fundamentalmente por la figura central del partido, Rafael Aguilar Talamantes, ha tenido algunas variaciones, pero su núcleo principal, que pronto cobró forma, se ha mantenido.

Los análisis aparecen tanto en convocatorias a importantes actos partidarios (Asamblea de Balance y Consulta para formar el partido en 1973; Conferencias Nacionales de Organización del PST, Asambleas Nacionales, Consejos Nacionales de Dirigentes, Conferencias Nacionales para el Trabajo Obrero Sindical, comparecencia ante la CFE, etcétera) como en documentos declarativos como el denominado Alianza Popular Revolucionaria (APR). Los documentos que explican la táctica electoral del partido, y de manera especial los documentos básicos, son los que contienen los elementos esenciales de esa línea. Buena parte de los plenos del Comité Central (CC) se dedica a examinar la situación nacional y a acordar acciones pertinentes.



La participación de Aguilar Talamantes en la elaboración de los documentos importantes ha sido decisiva. Fuera de las ocasiones excepcionales en las que dichos documentos han sido entregados previamente para ser discutidos, generalmente se ha seguido este procedimiento: Se abre el debate en el punto del orden del día correspondiente al análisis de la situación nacional e internacional. En ese momento la inmensa mayoría de los participantes casi no tiene información, y unos cuantos se atienen a los datos de la prensa en tanto que una minoría de la Comisión Ejecutiva es quien ofrece y maneja la información. Una vez iniciadas las intervenciones se puede dar el caso de que alguien manifieste desacuerdo con las interpretaciones centrales. La mayoría de los cuadros del CC son llevados a aceptar las formulaciones emitidas por Aguilar Talamantes y el grupo que lo rodea. Más por mecanismos oratorios que por manejo de análisis profundos (sobre todo en lo referente a la economía en donde campean las frases y escasean los datos, ya que generalmente la materia prima para "los análisis" son las afirmaciones o declaraciones de la burocracia política).

En no pocas intervenciones aparece una velada esperanza de que el rumbo del caracterizado grupo nacionalista-revolucionario triunfe pero el esquematismo en el análisis ha sido recurrente y finalmente triunfa la interpretación central, basada en las intervenciones de Aguilar Talamantes o de alguno de los cuadros centrales. Por último se suele designar una comisión para redactar un documento a la que se integran, si los hay, quienes proponen otra interpretación. Por regla general dicha comisión no llega a reunirse; si se emite un documento de nuevo, éste es elaborado por Aguilar Talamantes o por el núcleo dirigente que lo rodea. De esta forma se ha ido fraguando una línea cerrada de interpretación de la realidad nacional.

La situación internacional no se analiza con frecuencia. Ante acontecimientos relevantes se maneja la contradicción imperialismo-socialismo, crisis y decadencia del primero, y avance y auge del segundo. Como norma hermenéutica se propone que una vez localizado el enemigo principal se debe dar todo para debilitarlo, no hacer nada que lo pueda fortalecer.

Estructuralmente, los elementos de análisis manejan la contradicción nación-imperialismo. Las líneas estructurantes de los análisis del partido se encuadran en el siguiente marco:

La contradicción fundamental en el presente período de la historia del país no se encuentra entre el capitalismo y el socialismo, sino entre la nación y el pueblo, por una parte, y el imperialismo y la burguesía, por la otra. La alternativa que esta confrontación abre es o gobierno popular revolucionario (que sé encamina en beneficio del bienestar de los trabajadores apoyado en las masas) o gobierno gran burgués (oligárquico, represivo, fascista, de temor, a favor de la concentración del capital y apoyado en las bayonetas). Los contendientes se integran de la siguiente manera: por esta última parte, el imperialismo, un sector del gobierno proimperialista, oligárquico, al servicio de los intereses de los monopolios extranjeros con grandes posiciones de poder pero no hegemónico dentro del gobierno, y la gran burguesía financiera, industrial, comercial y terrateniente vinculada estrechamente al imperialismo norteamericano.

Por su parte, el pueblo como categoría más amplia que la de clase, incluye al proletariado industrial y agrícola, a los trabajadores intelectuales, a pequeños comerciantes, a sectores de la pequeña y mediana burguesía, a los empresarios nacionalistas, a las fuerzas progresistas, democráticas y antimperialistas, milita-

res patrióticos y antimperialistas, así como al sector progresista liberal nacionalista del gobierno, aliado histórico de los trabajadores. De este sector, también llamado nacionalista-revolucionario, izquierda del PRI y expresión de la corriente que pretende aplicar lo más avanzado de la revolución mexicana, es del que se dice que refleja de manera indirecta y a veces directa los intereses de los trabajadores a los que se califica de imposibilitados para gobernar por ahora. La ideología del nacionalismo revolucionario se caracteriza como esencialmente burguesa, reformista burguesa, y con limitaciones de clase. Se dice que entre las limitaciones que ese sector tiene está la de querer enfrentar aislado al imperialismo, por estar separado de las masas y por tener miedo de ellas. Esas limitaciones lo llevan a hacer concesiones a la burguesía y al imperialismo y aun a tomar medidas antipopulares. La dirección del PST plantea remontar esas limitaciones haciendo que ese sector se vea obligado y atraído a marchar junto con el pueblo, a que el gobierno no tenga más alternativa que apoyarse en el pueblo para gobernar. Es a este sector al que se debe atraer hacia las posiciones de los trabajadores guiados por su partido, el PST, a través de un programa popular revolucionario. No hay que atacar a ese grupo, se enfatiza; tampoco aislarlo, pero se debe tener cuidado de no supeditarse a él. Apoyarse en él, no apoyarlo, es un *slogan* que la dirección pesetista ha acuñado.

Así, el análisis que el PST hace del Estado señala que no se trata de un simple instrumento de la dominación burguesa: el Estado en alianza con los trabajadores puede dar una respuesta popular y democrática a la burguesía afectando al gran capital: se dice que entre el Estado y el movimiento obrero hay una vinculación histórica y que esta vinculación es un avance para

lograr un gobierno popular revolucionario; que es necesario un gobierno fuerte, apoyado en el pueblo (se insiste también en que la institución presidencial es un dique, una muralla contra el imperialismo, "cualquiera que sea la personalidad del presidente", pues la institución predomina), que hay que elevar el papel social de los trabajadores y aumentar el peso de éstos en la estructura del Estado, que para que la clase obrera conquiste la hegemonía y lidereé políticamente a todo el pueblo, primero tiene que conquistar posiciones de poder en el seno del aparato del Estado, que los trabajadores deben influir de manera creciente en el gobierno para que inviertan progresivamente los términos de vinculación entre el Estado y las masas obreras y campesinas para evitar el proyecto del capital monopolista de la gran burguesía que pretende apoderarse del control total de ese aparato para ponerlo totalmente a su servicio. Se afirma que el Estado no puede seguir manteniendo "su pretendido papel de árbitro" de la sociedad, dado que tanto las exigencias de la burguesía como del proletariado son cada vez mayores.

Este análisis lleva a postular la necesidad no de una política de unidad nacional (que es capitalista y reaccionaria y atenta contra los derechos constitucionales del pueblo propiciando mayor explotación y opresión del movimiento obrero y popular) sino de Alianza Popular Revolucionaria (APR). En esta alianza están todos los categorizados como pueblo-nación y se enfrenta al imperialismo y a la gran burguesía. Se dice que dicha alianza es la única capaz de abrir un espacio de desarrollo democrático y de restituir a la nación y al pueblo sus derechos. Tal alianza implica acciones nacionalistas, democráticas, y populares en un programa antimperialista. En esa amplia alianza que implica

aun a grupos antagónicos los trabajadores irán adquiriendo cada vez más un papel dirigente, enfatiza la dirección del PST.

Afirman los documentos del PST que la puesta en marcha de esta alianza requiere de la movilización combativa y constante del pueblo contra sus enemigos. Y aclaran que la APR es independiente; se encuentra separada de las sujeciones burocráticas y no requiere de acuerdos ni pactos firmados; su expresión es la coincidencia en la lucha diaria (no significa la integración de organismos políticos que coincidiendo en sus programas constituyan un frente nacional). En base a esta alianza es como se conseguirá un gobierno popular revolucionario, donde la dirección del proceso la tomará la clase obrera y los trabajadores agrícolas. Este tipo de gobierno corresponde a una etapa de transición hacia el socialismo. El gobierno, no teniendo más remedio que apoyarse en el pueblo para gobernar, afectará a los intereses del imperialismo y de la gran burguesía (con la nacionalización de empresas extranjeras, la liquidación del latifundismo, y el respeto a la ampliación de la libertad política de los trabajadores).

De esta manera el pueblo irá conquistando posiciones de poder y cada vez mayores posibilidades de asumirlo totalmente. En el gobierno popular revolucionario habrá ciertamente contradicciones que se reflejarán en las decisiones políticas entre las fuerzas nacionalistas revolucionarias y las populares revolucionarias, pues aunque el sector nacionalista revolucionario es la expresión de la corriente que pretende aplicar lo más avanzado de la revolución mexicana, se recalca que no hay que confundir la ideología de ésta con la de las fuerzas populares revolucionarias. Se

acepta que la política nacional revolucionaria es burguesa, que ayuda en el presente pero niega el futuro y que ese carácter de clase le implica fuertes limitaciones. Los documentos recalcan que dado que en esa alianza la hegemonía la tendrá el proletariado, esto garantiza que el proceso sea conducido hacia el socialismo.

El hecho de que el gobierno necesite del pueblo para avanzar, de que se vea obligado a afectar al gran capital y al imperialismo, da pie a que se sostenga la posibilidad de marchar hacia un régimen popular revolucionario que incluirá al sector nacionalista, pero supeditado a la hegemonía del proletariado.

De esta forma, la línea del PST se resume en que el objetivo estratégico es la conquista de un gobierno popular revolucionario; la táctica se encaminará a sumar aliados y no "el sumarse a ellos". Para llegar a ese objetivo se requiere un partido de trabajadores fuerte. En este contexto se establece la "vía constitucional al socialismo", que se traduce en la utilización de la legalidad como escudo de la insurgencia de los trabajadores para ir conquistando posiciones de poder dentro del Estado e ir invirtiendo progresivamente los términos de la vinculación entre el Estado y las masas trabajadoras; éstas impondrían sus intereses para hacerse hegemónicas. En un principio la hegemonía dentro del aparato del Estado la mantendrá el sector nacionalista revolucionario, "pero luego la ganarán los trabajadores al fortalecer sus posiciones con la política de ese sector, que empujado por el pueblo, no podrá menos que echarse a andar con medidas populares revolucionarias".

La vía constitucional al socialismo pretende que no se "ilegalicen" las acciones del pueblo, sino las de sus

enemigos: la gran burguesía y el imperialismo. Luchar por el socialismo no es anticonstitucional: en el artículo 39 de la Constitución se fundamenta que el pueblo tiene el derecho de darse el gobierno que quiera.<sup>1</sup> En este sentido, ante ejemplos de acontecimientos como el de la intervención del imperialismo en Chile, se proclama que aun en el remoto caso de un golpe fascista en México, las banderas del PST y su programa de lucha ondearán llamando a los trabajadores a luchar por el retorno a la legalidad. Se explica que la legalidad representa una fuerza pacífica que hasta la fecha sólo ha sido aprovechada por los explotadores y los enemigos del pueblo en contra de él.

La línea política la fundamenta el partido en dos grandes pilares: sus tesis históricas y las lecciones sacadas de la experiencia en la lucha.

Las llamadas siete tesis acerca de la historia del movimiento obrero en México, planteadas a finales de febrero de 1976 en la Primera Conferencia Nacional para el Trabajo Obrero Sindical, postulan lo siguiente: La Revolución tomó inmadura a la clase obrera: "El estado mexicano, para consolidarse, se ha apoyado en el movimiento organizado de obreros y campesinos, así como en el sector público de la economía que le sirve de base material para mantener su relativa autonomía frente a la burguesía y el imperialismo, teniendo por lo tanto capacidad de negociación para conservar su base económica y política de sustentación[. . .] "Esta necesidad histórica de legitimarse gobernando también en mayor o menor grado en favor de los trabajadores explica la existencia en el seno del aparato de Estado de los intereses de las dos clases antagónicas, el proletariado y la burguesía, a la vez que también explica la diferenciación dentro de la burocracia política de un sector oligárquico, represivo y pro-imperialista".

"Esta vinculación histórica entre el Estado y el movimiento obrero organizado representa un avance en la lucha por conquistar un gobierno de los trabajadores". Sin embargo, también se dice que actualmente la clase obrera está subordinada y no tiene un papel dirigente debido al sistema de la *burocracia sindical* y por el bajo nivel ideológico y político de importantes núcleos de trabajadores. "Para los intereses de los trabajadores lo importante no es destruir esta vinculación histórica orientándose por lograr la independencia orgánica frente al estado, sino que debemos luchar por invertir los términos de esta relación". Es decir, subordinar al Estado de acuerdo con los intereses de los trabajadores

En el frente obrero sindical se proponen tres lineamientos básicos: luchar por la solidaridad, la unidad y la democracia sindical. "La independencia del movimiento obrero no debe plantearse como la separación de éste frente al Estado al cual se encuentra unido históricamente, sino que debe aprovecharse este vínculo para que sean los trabajadores los que influyan y determinen el rumbo del Estado y conquisten un gobierno de los trabajadores".

Un año antes, en la II Conferencia Nacional de Organizaciones, en febrero de 1975 se declaró:

"Nuestro partido ha descubierto que en el gobierno hay funcionarios que sirven con su política al enemigo principal, es decir, a los inversionistas norteamericanos, a las empresas extranjeras, a los banqueros, a los latifundistas, a los acaparadores; pero también hay en el gobierno funcionarios progresistas que se enfrentan al imperialismo norteamericano". De esta manera unos forman parte del enemigo principal, mientras los últimos son posibles aliados frente al enemigo.

En consecuencia, si se mantiene que frente al imperialismo norteamericano y a la gran burguesía interna la clase obrera es la única capaz de disputar con posibilidades reales de éxito el gobierno del país, se debe entender que la clase obrera no se puede aislar; tiene que integrar un bloque mayoritario de fuerzas dado que la construcción del socialismo ciertamente pertenece a la clase obrera, pero no como tarea única y exclusiva, ya que también es tarea de todo el pueblo trabajador.

La acumulación de fuerzas, la conversión de la clase obrera en fuerza hegemónica, y el aislamiento del enemigo principal configuran una fase del desarrollo histórico del país calificada de popular revolucionaria, que implica la presencia de un aliado fundamental: el sector nacionalista revolucionario, lo cual se ha recalado de diferentes formas en las reuniones partidarias. Como tema recurrente se ha dicho que si el sector democrático del gobierno se aísla, será derrotado, pero si es empujado por la lucha del pueblo a pelear al lado de los trabajadores, se inaugurará un periodo nuevo en la vida de México donde la alianza popular revolucionaria desplazará del poder a los intereses del gran capital.

El PST considera que el grupo nacional revolucionario está enfrentando al imperialismo (desde posiciones de clase no antagónicas), pero con la ilusión política de poder hacerlo solo. Se insiste en que sólo habrá victoria si se establece alianza con las fuerzas populares. No obstante sus limitaciones burguesas, este sector es un aliado fundamental, se dice una y otra vez. Aislarse de él es quedar debilitados ante el enemigo principal. Se ve como imprescindible que las fuerzas populares, controladas por el gobierno (cetemistas, cenecistas, priístas, etcétera) e imbuidas de la ideología bur-

guesa de la revolución mexicana, se empiecen a mover en torno a un programa de APR en cuya lucha se irán librando de esa ideología para adquirir una propia. De esta forma los dirigentes del PST sostienen que no se puede decir que el gobierno en su conjunto sea el enemigo principal: no se tiene que enfrentar globalmente al PRI. Es más, se ha llegado a afirmar varias veces que la única izquierda que en esta época tiene capacidad de gobernar es "la izquierda del PRI". Con esto se ha querido decir que (en las circunstancias de la década de los setenta) ningún otro grupo de izquierda cuenta con la fuerza social necesaria para imponer su proyecto. Se aclara que al sector de la burocracia política se le atribuye un papel "revolucionario" a pesar de él mismo, pues, no obstante su posición de clase, contribuye al avance del proceso revolucionario.

Toda esta línea y este análisis ha encontrado fuerte resistencia entre los intelectuales que se han acercado al PST. Ha habido discusiones, pero pronto se han hecho a un lado. Entre la base también ha habido resistencia. Así, en las reuniones de candidatos durante la campaña de 1979, algunos dijeron que lo que el PRI construía con su izquierda lo destruía con su derecha. No obstante, esta línea se defiende como el aporte del PST.

### *La alternativa*

Durante toda esta época la dirección partidista comienza o termina el análisis de cada una de las situaciones con la proposición de que el país se encuentra en un dilema, en una encrucijada, ante una alternativa: o gobierno gran burgués o gobierno popular revolucionario. Las acciones que se proponen se dicen encaminadas a impedir el primero para provocar el se-

gundo. El PST afirma reiterativamente que en el seno del gobierno existen dos sectores que se disputan la hegemonía: el proimperialismo y el nacionalista. No obstante, aunque en disputa, la hegemonía y la iniciativa es atribuida al sector nacionalista revolucionario encabezado por el presidente en turno (Echeverría, López Portillo, De la Madrid). Para el PST el gobierno no es el de la gran burguesía. Por esto la dirección ve condiciones de arribar al gobierno popular revolucionario, pues tal gobierno tendrá que estar en un primer momento y de manera transitoria bajo la dirección del sector democrático de la burocracia política, apoyado en el pueblo, afectando al gran capital y abriendo cauces a un amplio desarrollo democrático de la propiedad estatal y social que servirá de base para elevar el papel social de los trabajadores encabezados por la clase obrera.

En determinadas situaciones se llega a decir que el equilibrio producido por esa disputa está a punto de romperse con un paso hacia adelante (medida popular) o hacia atrás (medidas gran burguesas), que está a la puerta del desenlace de una contradicción. Ante la crisis agudizada a mediados de 1976 se plantea que la alternativa se está polarizando; ante las elecciones de 1979 se dice lo mismo y se afirma que con las votaciones se resolverá y que el país marcha hacia la encrucijada. Posteriormente, se puntualiza que la política de JLP quiere retardar tal encrucijada.

En 1980 se afirma que la lucha se está dando en lo político en torno a los dos modelos de sociedad; que la contradicción entre nación e imperialismo se agudiza ante el avance de la revolución en el mundo, las reservas petroleras cada vez más apetecidas por Estados Unidos y por el desarrollo ideológico, político y organizativo de la clase obrera. Esa contradicción es la

principal de la lucha de clases. Ante esto cualquiera otra categorización, como avance del capitalismo monopolista de estado, es rechazada. Lo único válido para el PST es sostener que la contradicción nación-imperialismo existe y que tiene en el interior del gobierno la lucha de dos fuerzas.

Finalmente, en el documento llamado Plan de Consolidación y Desarrollo Núm. 2, publicado a finales de 1980, se declara que el análisis del grado de desarrollo capitalista alcanzado por México ha llevado a la certeza de que se ha entrado ya a una etapa definitivamente nueva por el interés concreto surgido entre las clases fundamentales. Se afirma que se puede establecer con "absoluta precisión científica que hemos llegado al punto histórico en que se vinculan estrechamente, casi al grado de confundirse, la tarea emancipadora nacional con la tarea de emancipación social". Esto significa que la tarea de liberar a México del imperialismo está íntimamente ligada con la de liberar a la clase obrera de la explotación capitalista.

### *El enemigo principal?*

Según el esquema interpretativo del PST, los enemigos del pueblo mexicano y la nación son el imperialismo y su aliado la gran burguesía. La estructura capitalista del país propicia una penetración imperialista. Por su parte, el sector público de la economía subsidia a la burguesía industrial cuyos grupos más poderosos se han entregado al imperialismo y están luchando por controlar tanto el aparato del Estado como las empresas del sector estatal. Primero pretendieron que el régimen de Echeverría no se inclinara a la izquierda; después lanzaron una escalada de provo-

caciones en contra de las reformas propuestas por el régimen, hasta llegar al enfrentamiento con el propio presidente de la República. En esta forma, en noviembre de 1976 el PST denunció que el "grupo Monterrey" pretendía llevar hasta sus últimas consecuencias su desafío histórico en contra del Estado para instaurar en México un gobierno "gran burgués" de corte fascista. Con esa finalidad, esa burguesía llevó la conducción de la fuga de capitales, la campaña de rumores, etcétera. "A plazo inmediato su propósito ha sido debilitar la capacidad del actual grupo gobernante para tomar decisiones importantes de carácter popular mientras no termine su mandato [ . . . ], tratar de obligar al próximo presidente de la República a que gobierne a favor del gran capital apoyado en una política represiva".

Así, el último semestre de 1976 la acelerada y aguda lucha política de este enemigo en contra de la nación se había centrado en la política económica. La devaluación del peso hacía estragos.

La dirección del PST, sin entrar en consideraciones técnicas sobre el asunto, señaló: "La devaluación del peso ha venido a demostrar la magnitud del saqueo y la explotación imperialista y gran burguesa de nuestro país". Se dijo que la crisis se desbordaría "si no se gobierna con una política que se apoye en el pueblo para afectar los intereses del gran capital". El PST situaba la crisis no como el resultado de las últimas reformas del gobierno (como denunciaban la burguesía y sus voceros) sino como el producto de la política del desarrollo estabilizador que había beneficiado con creces al imperialismo y a la gran burguesía.

Entrado el año de 1977 en el partido se veía que el imperialismo trataba de agudizar la ya grave crisis para imponer un régimen represivo antipopular y des-

plazar, al sector nacionalista revolucionario. Éste se alegaba, mantenía aún su posición hegemónica, pero la oligarquía siguió elevando su papel político, lo cual era probado, entre otras cosas por las concesiones hechas al grupo de Hank González, al grupo Monterrey y a las transnacionales. El regente estaba llevando a cabo una política oligárquica y represiva hacia los trabajadores, en contraste con las grandes ventajas que ofrecía a los fraccionadores y compañías constructoras.

A finales de agosto de 1977 la Comisión Ejecutiva del PST declaró que la situación política se estaba tornando cada vez más difícil, sobre todo por la ofensiva que la gran burguesía había desatado en vísperas del informe presidencial, y que el gobierno había dado muestras de debilidad con la autorización del alza de los precios del pan y de la leche.

Se hacía ver que no obstante la estructura peculiar de la economía mixta, el gobierno era ineficaz para enfrentar y superar la crisis de una manera favorable a los intereses del pueblo y la nación. El modelo de desarrollo había llevado a que el Estado se endeudara en favor de las empresas privadas, a cuyo servicio había puesto al sector público de la economía. El imperialismo pretendía convertir la crisis económica en crisis política, pues planeaba para México el mismo esquema económico y político que imperaba ya en la mayor parte del continente americano. De conseguirlo, la gran burguesía local se encargaría de orientar la vida del país al servicio de los intereses imperialistas, con lo cual se desplazaría del gobierno al sector nacionalista revolucionario, se quebraría su proyecto político y así los trabajadores y el pueblo se verían sumidos en la miseria más extrema y en la represión política más encarnizada.

Después de las elecciones de 1979 la dirección del PST declaraba que la segunda fuerza electoral (el PAN) era proimperialista, lo que implicaba un asedio de la burguesía y del imperialismo al Estado. Tal asedio se traducía, entre otras cosas, en las presiones que ejercía para que México ingresara al GAAT; en la inhibición al desarrollo del sector social, y en el crecimiento vertiginoso del capital monopolista alimentado por la inversión pública. Todo lo cual favorecía al objetivo estratégico del capital monopolista: apoderarse del Estado para ponerlo totalmente a su servicio. Además, los sectores gran burgueses aprovechaban todo; junto con el sector gran burgués incrustado en el aparato de Estado, buscaban elevar el papel social de las fuerzas policíacas y militares afines a sus intereses.

La existencia en el interior del aparato del Estado de una poderosa fuerza represiva con características fascistas, que había permanecido enquistada (controlada por la autoridad presidencial, por la Reforma Política), se hacía cada vez más palpable la continua represión selectiva que podía convertirse en indiscriminada. La ofensiva de la gran burguesía proimperialista, alentada por las ganancias del petróleo, seguía intensificándose y se hacía peligrosa al comenzar la década de los 80.

A principios de 1983 en el documento "Proyecto de Táctica General del PST" se decía que la ofensiva abierta de la gran burguesía mexicana y el capital transnacional para hacer fracasar el proyecto de desarrollo económico delineado por JLP era la base de su estrategia para la toma de poder. "Estado y sector privado de la economía principalmente, posibilitó el avance de la estrategia de la gran burguesía y el imperialismo" que descansó "en canalizar la riqueza generada por el acelerado crecimiento económico hacia las arcas de la

gran burguesía y las empresas transnacionales". En este contexto, el sector oligárquico en el seno del Estado avanzó. No obstante, una y otra vez la dirección pesetista adujo que el sector nacionalista retomaba la ofensiva política así como su papel de vanguardia en la defensa de los intereses nacionales y populares. El PST refiere que persiste la alternativa del rumbo hacia una economía "nacional e independiente" en base al fortalecimiento del pueblo que puede empujar hacia un gobierno popular revolucionario.

*El partido, los presidentes y la "buena sombra que cobija"*

Los análisis de coyuntura se han centrado demasiado frecuentemente en la figura y las actuaciones e implicaciones del presidente en turno, quien ante cualquier medida gubernamental invariablemente es caracterizado como el jefe del grupo nacional revolucionario hegemónico al seno del gobierno. Se argumenta que siendo el presidente una fuerza social de gran magnitud hay que atraerlo a resolver los problemas de los trabajadores e inclinarlo por medidas popular-revolucionarias.

Durante el gobierno de Echeverría, sus actuaciones fueron defendidas sistemáticamente a tal grado que se llegó a afirmar que quienes pensaban que su política era mediatizadora de la lucha de clases tenían el problema de confundir la casualidad con la necesidad. En el seno del partido hubo no pocas discusiones en torno a la figura de este mandatario, y aunque unos cuantos propugnaban por que no se le mitificara, sí había una tendencia a exaltarlo. Se afirmaba que ante la política del desarrollo estabilizador, Echeverría había contra-



puesto un proyecto nacional revolucionario, que había alejado a funcionarios estrechamente vinculados al imperialismo y a la gran burguesía de posiciones importantes en el poder y que con éxito relativo había enfrentado los intereses del capital monopolista. Por ello, por haber golpeado políticamente a la gran burguesía y al imperialismo, el balance de su sexenio se calificaba de positivo. También se alababa su política de diálogo en contra de los criterios represivos que se pretendían imponer. La "apertura democrática" se había propuesto para rescatar y relegitimar la figura del presidente y la credibilidad del sistema, por una parte, y como respuesta a la insurgencia obrera y popular, por otra. Esa política había propiciado movilizaciones, luchas y organización de numerosos grupos de trabajadores.

En lo concerniente a la política exterior, Echeverría también era calificado de progresista por su defensa de los países subdesarrollados y su apoyo a la Unidad Popular Chilena. Así, dentro de la contradicción nación-imperialismo el presidente estaba situado en un lugar importante dentro de la primer categoría. Por eso mismo, el partido había calificado de infantil el juicio que afirmaba que los viajes internacionales de Echeverría sólo habían servido para beneficiar a los capitalistas, y aclaraba que la lucha contra el imperialismo a través del combate por la independencia económica de los pueblos era también una lucha a favor del socialismo, por lo que a la vuelta de uno de esos viajes se mandó publicar una inserción en la prensa en apoyo del presidente.

Por otro lado, de su grupo gobernante se decía que tenía limitaciones ideológicas y políticas, y que no se había fortalecido de manera que pudiera neutralizar la acción del gran capital, mismo que en el interior del

país vulneraba la soberanía y frenaba las reformas. Sin embargo, sí se enfatizaba que precisamente por la dirección de la política de Echeverría, en su sexenio se había terminado con la fuerte presión ejercida por los grandes terratenientes del noroeste, por la gran burguesía industrial y comercial, y por supuesto por el imperialismo. A pesar de las presiones porque la sucesión se definiera en favor de un candidato del grupo gran burgués, Echeverría había ganado la partida al lograr imponer a uno de su propio grupo. En 1981 las declaraciones oficiales del partido en torno a Echeverría señalaban que seguía siendo una figura de izquierda y que por eso tanto el grupo Monterrey como la oligarquía financiera lo atacaban y habían lanzado y mantenían una campaña en contra de él.

Algunos críticos del PST sostenían que éste era un partido formado por Echeverría y, entre otros argumentos se basaban para hacer tal afirmación en las palabras improvisadas por el presidente en el encuentro con dirigentes del PST y productores de café el 18 de febrero de 1976; en el estrecho contacto que la dirigencia del partido mantenía con el presidente, y en el apoyo que éste a su vez les brindaba. Lo que Echeverría manifestó en esa ocasión fue: "Este diálogo nacional cafetalero, compañeros campesinos y funcionarios, compañeros activistas sociales que están trabajando desinteresadamente en el campo, nació de una reunión en Los Pinos. Platicábamos con este excelente revolucionario, Director del Instituto Mexicano del Café, Fausto Cantú Peña; colaboradores de él; este grupo de jóvenes políticos que se han propuesto formar el Partido Socialista de los Trabajadores, que tienen una idea tan desinteresada, visionaria, preñada de futuro tan noble. Allí estaban Rafael Aguilar Talamantes, Fernández Thomas, Pedro Etienne, Graco Ra-

mírez y algunas jóvenes mujeres llenas de pasión por México, que son sus compañeras de lucha; estaban compañeros de ustedes de distintas partes de la República y de todos ellos nació la idea de esta reunión". (Echeverría 1976:5).

Tal vez la afirmación de que el PST era el partido personal del presidente Echeverría sea exagerada. No obstante, desde el principio hubo una estrecha relación entre la dirección del partido y el mandatario, relación discutida, aunque sin éxito, por algunos cuadros medios. Así, el PST prefirió ser visto como "el partido feo" de la izquierda, a perder el abrigo presidencial.

Con el cambio de sexenio el partido declaró que la teoría del péndulo según la cual se creía que si Echeverría era de izquierda López Portillo sería de derecha era falsa; estaba alentada por el imperialismo y manifestaba desconocimiento del proceso insurgente del pueblo mexicano y de la lucha de los trabajadores por su emancipación. López Portillo entró pidiendo tregua e integró su gabinete con políticos de las diferentes tendencias de los dos sexenios anteriores.

Dentro del PST se volvió a suscitar la problemática de que la hegemonía ya no la tenía la burocracia política nacionalista. Aunque formalmente había salido de la Secretaría General del partido, Talamantes seguía siendo el dirigente más importante. Él se mostró partidario de que la hegemonía todavía la mantenía el grupo nacional revolucionario, apoyándose en el argumento de que no se había dado un cambio tajante de rumbo. Si bien las medidas adoptadas por el nuevo régimen beneficiaban el desarrollo del capitalismo, como en el régimen anterior, también seguían favoreciendo el desarrollo de la clase obrera. La burocracia política no había perdido la iniciativa sino que

ante los ataques la seguía detentando y en el proyecto político del nuevo régimen podían colarse importantes políticas de desarrollo "no capitalistas". Pese a estas apreciaciones, la burguesía habiendo lanzado la embestida de "la confianza" aceptaba una tregua que implicaba mayores sacrificios a los trabajadores.

En el PST se defendía que la política de JLP era "de avanzada" por su postura internacional de apoyo a la Nicaragua sandinista y a Cuba. En la política económica interna se veía que a pesar de que la administración de la burocracia de JLP estaba haciendo concesiones de no poca monta a la burguesía, el planteamiento de la Alianza para la Producción abría posibilidades de que los trabajadores empezaran a influir en las decisiones que imprimían el rumbo del país.

Ante la Alianza para la Producción planteada por JLP, el PST proponía que debería tener un contenido popular revolucionario: que el gobierno recibiera el apoyo de los trabajadores para afectar al gran capital. Se volvía a recalcar, para evitar confusiones, que lo básico no estaba en el gobierno sino en las masas trabajadoras: "Son las masas trabajadoras con su programa y lucha quienes indicarán al gobierno la necesidad de golpear los intereses de la gran burguesía y el imperialismo apoyándose en el pueblo".

Había que contemplar el conjunto para poder evaluar el gobierno de JLP. Así, se afirmaba que la Reforma Política anunciada en abril de 1977 significaba que el grupo nacionalista revolucionario, encabezado por el presidente López Portillo, tomaba una actitud defensiva frente a los empujes del imperialismo, tratando de mantener posiciones hegemónicas dentro del gobierno. La Reforma Política que, tenía como objeto ganar base social, trataba de ganar tiempo esperando que las divisas del petróleo le permitieran iniciar un

desarrollo. (Lo que no quitaba que el grupo "nacionalista" manifestara también sus limitaciones de clase burguesa.) El partido veía a esta Reforma Política como un factor que ampliaba las posibilidades de que los trabajadores hicieran su propia política. Según se recalca en el PST la Reforma Política era una expresión de la presencia del sector nacionalista revolucionario en el seno del gobierno, el cual planteaba a las fuerzas revolucionarias conquistar la unidad del pueblo con base en la legalidad.

Así, se veía la estrategia general del régimen de JLP como el intento de que las medidas de la Reforma Política coincidieran con las posibilidades de un auge económico. La primera pretendía fortalecer las bases sociales en que se apoyaba el Estado, inclinando la correlación de fuerzas a favor de los intereses nacionales y populares. La segunda intentaba tener recursos suficientes para librarse de la dependencia.

El segundo informe del presidente fue recibido con optimismo por el PST: "Como nuestro partido lo había previsto, a las definiciones del Congreso del Trabajo y del PRI, les ha seguido la definición del sector nacionalista revolucionario del gobierno que JLP encabeza". Sin embargo, se reconocía que el desfile obrero del 1º de mayo de 1979 había mostrado un movimiento obrero reclamante y exigente frente a un presidente angustiado. Pero como el movimiento obrero era sabio, estaba esperando, se aducía. Así se llegó al tercer informe de JLP, al cual se le visualizó en un contexto en que por la proximidad de la entrevista de JLP con Carter la agudización del enfrentamiento entre los intereses de la nación y del imperialismo llegaban a una situación seria. Se repetía que la situación económica y política del país había obligado al presidente a adoptar una táctica defensiva y de resis-

tencia frente a las agresiones del imperialismo y de la gran burguesía mexicana.

Había recuperación económica pero la capacidad del Estado en función de sus necesidades estaba limitada. En contrapartida, la Reforma Política había rendido sus primeros frutos: había nuevos partidos, y abría posibilidades de que el pueblo se organizara y se convirtiera en el protagonista principal del quehacer político.

Se enfatizaba que la economía tendía al auge, pero sobre todo a costa de grandes sacrificios de la clase obrera, los campesinos y el pueblo, y los resultados de la Reforma Política, en cuanto a la acumulación de fuerzas nacionales y populares capaces de impulsar y sostener una contraofensiva frente al imperialismo y sus aliados, no había madurado ni cristalizado lo suficiente. Esto tenía que ver con la forma y contenido del informe "en el que se posponen importantes definiciones de la acción gubernamental frente a los más graves problemas del pueblo trabajador y del país". Así, las propuestas del movimiento obrero no tuvieron cabida ni respuesta en el informe y había concesiones importantes al sector empresarial.

Sin embargo, pese a todo se seguía defendiendo a JLP como baluarte del sector nacional revolucionario. A principio de 1980 algunos cuadros pesetistas defendieron la tesis de que el gobierno iba ya por el camino de la entrega a la gran burguesía, puesto que ampliaría la plataforma petrolera plegándose a las presiones del imperialismo norteamericano, se entraría al GATT también en beneficio del gran capital y del imperialismo. En defensa de esta tesis se aducía que se estaban disparando los precios de los artículos de primera necesidad a tales alturas que estaban golpeando más que antes los niveles ya muy precarios de las clases trabajadoras.

Sin embargo, como Talamantes había tenido una entrevista hacía poco con el presidente y éste le había indicado que el PST debía estar atento a las declaraciones que iba a hacer el 18 de marzo, el máximo dirigente del PST argumentó que de ninguna manera el grupo nacionalista revolucionario se había entregado a la gran burguesía así ampliara la plataforma petrolera y entrara al GATT, pues si así lo hacía era para fortalecerse. Vinieron entonces las declaraciones del 18 de marzo: no se ampliaba la plataforma, no se entraba al GATT y se anunciaba la creación del Sistema Alimentario Mexicano. Muchos observadores juzgaron que en el parteaguas sexenal el presidente había dejado de apostar a los empresarios (quienes habían fallado totalmente en lo de la Alianza para la Producción, que habían dejado solo al Estado, no habían invertido y se estaban aprovechando de la recuperación económica) para empezar a apostar a sus propias fuerzas. De hecho el presidente había dicho al movimiento obrero organizado que algunos de sus planteamientos se habían recogido en el SAM. Éste procuraría hacer una alianza con los campesinos para la producción. (Ciertamente la estructura agraria estaba en poder de las transnacionales y si esto no se corregía, la derrama que se hiciera en el campo podía substraerla el pulpo transnacional; pero se abrían condiciones favorables para la lucha de grupos campesinos.)

Las tendencias económicas desatadas a principios del sexenio cobraron cuerpo en la promulgación de la Ley de Fomento Agropecuario, defendida personalmente por el presidente, la cual desenmascaró las alianzas reales del régimen: no por la propiedad social, a favor de los terratenientes y de las transnacionales controladoras de alimentos y en detrimento de los trabajadores agrícolas. Ante todo esto en el PST se vol-

vió a enfatizar el hecho de que la institución presidencial representaba una ventaja histórica, una síntesis de soberanía popular, por lo que no había que debilitarla, pues la contrarrevolución intentaría aprovechar el descontento del pueblo para hacerlo estallar desordenadamente en forma de antigobierno que sólo haría despertar con violencia a las fuerzas represivas agazapadas en el Estado. En este mismo sentido se analizaron las renuncias en el gabinete a mediados de 1979. Con ellas, se decía, el presidencialismo se fortalecía.

Se juzgaba que el cambio en la dirección del PRI no era precisamente un proceso de derechización, como tampoco lo significaban la renuncia de Reyes Heróles a la Secretaría de Gobernación, ni el tipo de candidatos que había lanzado el PRI, o el mantenimiento de los topes salariales. Se sostenía que el verdadero significado de la renuncia de Reyes Heróles era quitarle trabas al proceso de Reforma Política, y la razón que la dirigencia del PST aducía, sacada de la experiencia de los últimos acontecimientos del partido ante la Secretaría de Gobernación, era que Reyes Heróles "pretendía hacer del Estado el principal protagonista de la Reforma Política y no al pueblo". Así, para impedir la combatividad del partido Reyes Heróles siempre alegaba razones de Estado, y el PST, según se enfatizaba, había tenido que responder con las "razones de los trabajadores". Los dirigentes del PST criticaban a Reyes Heróles por haber apoyado al PCM y porque pretendía aparecer como el que había devuelto a ese partido la legalidad, y se ufanaban de que cuando dicho funcionario había querido utilizar al PST para parar acciones campesinas el partido no se había plegado, por lo que, se acusaba que Reyes Heróles había comenzado a obstaculizar al PST. Se dijo que dicho funcionario "maniobraba" con el fin de que los pesetistas

no alcanzaran el registro o quedaran en los últimos lugares de la votación. Por lo que respecta a Olivares Santana la dirección del PST juzgaba que era la garantía de que la Reforma Política apoyada por el mismo presidente de la República, proseguiría. Por último, los cambios en las secretarías de Relaciones y Programación se veían como buenos, porque desplazaban a funcionarios ligados a grupos empresariales.

La cúpula del PST recalca que el sector nacionalista revolucionario estaba fortaleciendo sus posiciones al robustecer la presidencia: "El presidente de la República consciente de la necesidad de impulsar una política que beneficie a las mayorías, y contando con el respaldo del movimiento obrero, prepara las condiciones que hagan posible tomar medidas que permitan sacar adelante al país y ejercer una mayor justicia a las clases populares". En esa medida se decía que JLP necesitaba un amplio y sólido apoyo. El partido debería asumir la vanguardia del proceso: "López Portillo siente la necesidad de fortalecerse y de que partidos como el nuestro se fortalezcan para hacer frente a las presiones del imperialismo". Así se previno en contra de la ilusión de que JLP fuera a cambiar de correlación de fuerzas: sólo la acción de las masas podría conseguirlo.

Otra de las razones que se aducían para demostrar que JLP no dirigía el país a la derecha era su postura ante el PST.

Antes de las elecciones de 1979 el secretario general del partido enfatizó, en una reunión de candidatos, que JLP quería que el PST se fortaleciera, y mencionó una conversación que había tenido hacía unos días con López Portillo en la que el presidente le había recordado que al único partido al que había prometido la Reforma Política, comprometiéndose a llevarla adelante, había sido el PST. Asimismo dio a entender

que el presidente no iba a permitir que se le pusieran obstáculos al partido, porque reconocía que el PST era un partido limpio y patriótico que estaba politizando al pueblo. Talamantes enfatizó de tal modo el apoyo del presidente al partido que muchos se mostraron eufóricos. Durante esa reunión dio la orientación a los dirigentes para que utilizaran esa arma ante los presidentes municipales, gobernadores y funcionarios haciéndoles saber que López Portillo pretendía que el PST se fortaleciera. "Qué bueno que hayamos ganado la simpatía del presidente", exclamó Talamantes pues —prosiguió— el presidente es una garantía de soberanía. Lo que había que hacer no era una cámara pluralista al estilo europeo, sino una cámara con composición obrero-popular; así, juntos, el presidente, la cámara y el pueblo darían la batalla contra el imperialismo. Sin embargo, ante todo este panegírico presidencialista tuvo que aclarar: "No somos presidencialistas, ni lopezportillistas, sino socialistas".

Después de las elecciones, en un discurso que tenía la intención de celebrar la victoria del registro en un mitin llevado a cabo en la Plaza de Santo Domingo de la ciudad de México, volvió a enfatizar la relación amistosa del presidente con el partido y ofreció el apoyo del PST a López Portillo ante su próxima entrevista con el presidente de Estados Unidos.

El anuncio presidencial de la nacionalización de la banca en septiembre de 1982 dio pie al PST para volver a exaltar la figura de López Portillo. El PST calificó la medida como de trascendencia histórica y recalcó: "López Portillo recupera su papel como director de la vida del país [. . .] llegó a una encrucijada donde debía decidir si seguiría apoyando el proyecto de los banqueros o apoyaría el proyecto de la nación" (*El día*, 5 de septiembre de 1982).

Ya en el sexenio de De la Madrid, el apoyo del PST al nuevo presidente fue incondicional. En la Cámara de Diputados defendió todas las medidas y proyectos del presidente (a pesar de que sectores obreros del partido del Estado se mostraban en contra) de tal modo que en esta defensa llegó a coincidir con los partidos de derecha. Llegó a tal extremo en esta actitud que salió a la defensa de la marcha atrás de la nacionalización de la banca, con la reprivatización de un porcentaje de acciones en una llamada "democratización", y también manifestó públicamente su solidaridad a la política económica del presidente, que aun organismos sindicales "oficialistas" calificaban de antipopular (*Unomásuno*, 20 de enero de 1983).

#### *El sector nacionalista revolucionario*

Una de las categorías más usadas en el PST ha sido la del sector nacionalista revolucionario de dentro "del gobierno y del Estado". En un principio se hablaba del sector democrático del gobierno, o sector progresista de la burocracia política, el cual, se aclaraba, era una fracción reformista burguesa cuyo nacionalismo revolucionario implicaba un patriotismo y antimperialismo fruto de lo mejor de la revolución mexicana, sector que de ninguna manera podía considerarse socialista; y del cual se destacaban sus grandes limitaciones. A veces parecía que se le designaba como aliado táctico pero finalmente se aclaraba que era un aliado fundamental y estratégico, que no haría la revolución sino que abriría el proceso, pues la tarea revolucionaria pertenecía a los obreros con su partido.

La existencia de este sector ha llevado a la dirección del partido a combatir la categoría de capitalismo mo-

nopolista de estado, puesto que se le ha adjudicado a este sector al oponerse al capitalismo monopolista. Por su parte, el PST ha destacado que la existencia del sector nacionalista revolucionario demuestra que el Estado no está totalmente a merced de los monopolios.

En 1973 se afirmaba que este sector triunfaría frente a la intransigencia patronal de no aumentar los salarios así como de oponerse a la reforma fiscal y al incremento del papel del Estado en economía; al anuncio de una política de contención y regulación de la inversión extranjera, y a la invitación a la autocrítica gubernamental, si se apoyaba en el pueblo; pues ante el solo anuncio de reforma (no de su puesta en marcha) los grupos económicamente dominantes y el ala conservadora de la burocracia política se habían alarmado y habían comenzado una solapada ofensiva con el fin de crear enfrentamientos violentos y el antecedente indispensable de un golpe reaccionario. Se denunciaba, sin embargo, que el control que todavía tenía el gobierno de las masas era a base de líderes corruptos y que esto iba restando eficacia a las organizaciones de masas.

Se declaró que, apoyado en el pueblo, el sector en cuestión debería caminar hacia una auténtica reforma fiscal; a combatir el desempleo; a realizar progresivas nacionalizaciones, a una auténtica democratización, y a erradicar la corrupción. No obstante, ese sector no se acababa de decidir.

La situación económica era difícil y el gobierno trataba de lograr un equilibrio mediante la combinación de dos métodos, el de presionar a los grandes intereses mediante los emplazamientos masivos a huelga y el de controlar las movilizaciones independientes de las masas. Los organizadores del PST declaraban que si el pueblo seguía ausente, lo más probable era que los

contendientes se arreglaran y el pueblo continuaría de espectador. Se veía que dicho sector trataba de impedir el enfrentamiento total porque el imperialismo obviamente apoyaría a su aliado, la gran burguesía.

En 1974 y 1975 se seguía enfatizando la necesidad que este sector tenía del apoyo social para su lucha en contra del capital monopolista, en virtud de que no se veían más de dos salidas: o vencer o "transar". Ante la proximidad de las elecciones del año siguiente se sostenía que el problema no estaba en el hecho de ganarlas o no, sino en el peligro de que por su debilidad se viera sometido a los designios del gran capital y del imperialismo. Se veía sumamente importante el que este sector llegara con fuerza a las elecciones para que pudiera llevar adelante un programa de fortalecimiento estatal de la economía; liquidar el lastre del latifundismo; reorganizar la producción en el campo, fortaleciendo la propiedad social; mantener un clima de respeto a las libertades constitucionales, mantener la política de diálogo y en fin, tener capacidad política de gobernar para controlar la aguda crisis económica que azotaba al país.

En 1976 se decía que ante la respuesta agresiva de la gran burguesía (alza inmoderada de precios, campaña de rumores, interminable salida de capitales) el sector nacionalista revolucionario había llevado al gobierno a endeudarse más de la cuenta y no había tenido más salida que la devaluación. Pero se veía que proseguía con intenciones de evitar mayores repercusiones negativas para los trabajadores, puesto que había decretado medidas de aumento salarial de emergencia.

Ante esto, a finales de 1976 el PST hizo un llamamiento a las fuerzas progresistas con el fin de cerrar filas en contra de los ataques y los proyectos de la gran burguesía. Entre esas fuerzas incluía al sector naciona-

lista, al que le pedía que en defensa del pueblo y de la nación hiciera uso de sus facultades constitucionales para que investigara a fondo y consignara penalmente a los responsables de los intentos golpistas. Invitaba a la afectación inmediata de los latifundios de Sinaloa, a la nacionalización de la banca, a una reforma fiscal que afectara sustancialmente al gran capital, a la eliminación de subsidios que el sector público de la economía otorgaba a los monopolios privados, y a salvaguardar la soberanía nacional. En este llamamiento se incluía al Pacto de Ocampo, al Congreso del Trabajo, así como a todos los sindicatos. Había que ofrecer la base social para que el grupo nacionalista, hegemónico en el gobierno, tomara las decisiones pertinentes en contra de las posiciones antinacionales de la gran burguesía y del imperialismo.

A la entrada de López Portillo se dijo que este sector seguía siendo hegemónico en el gobierno y que era comandado por el nuevo presidente. Se insistió en que el hecho de la tregua no implicaba que hubiera perdido la iniciativa política: la tregua era ciertamente un recurso de negociación, pero no había imposición por parte del imperialismo. Esto lo comprobaba el proyecto de la Reforma Política que este sector había llevado adelante. Sin embargo, los golpes de la crisis que soportaban los trabajadores obligaba a destacar las limitaciones del referido sector: se hacía evidente que no ofrecía alternativa que correspondiera a los intereses de los trabajadores. No había que hacerse ninguna ilusión: la política del sector nacionalista revolucionario era burguesa. No obstante, por su herencia histórica era antimperialista y promovía políticas reformistas, apoyándose en sus organizaciones de masas, y negociando frente al imperialismo. Como base de apoyo tenía también al sector público de la economía;

aunque con él había subsidiado a la industria privada y trasnacional, había acudido constantemente a empréstitos del exterior y se había puesto al borde de la quiebra al sujetarse a las condiciones del FMI, el cual planteaba políticas de recesión a través de la devaluación de monedas nacionales, congelación de salarios, contracción del gasto público en educación, salud y servicios de interés social, y la orientación del presupuesto público hacia el subsidio y el desarrollo de la industria privada.

Ante esto, el PST planteaba que el sector nacionalista no debía plegarse a la política propuesta por el FMI porque atentaría contra sus bases de sustentación. Se insistió en que había que hacer todo lo posible para que la opción política necesaria en la correlación de fuerzas se pusiera en marcha hacia la búsqueda de un gobierno popular revolucionario, lo que implicaba que el partido explicara una táctica que llevaría al sector nacionalista revolucionario a vencer su miedo a las masas y lo impulsaría a desalojar al imperialismo y a la gran burguesía del gobierno y del Estado. Con la tregua, el grupo nacionalista había perdido buena parte de sus iniciativas en lo concerniente al sector estatal y paraestatal de la economía, a la lucha contra especuladores e intermediarios, al control por parte del Estado de la comercialización, a la organización de sindicatos nacionales de productores agrícolas por ramas de producción, a la integración del sindicato nacional de asalariados del campo y a la formación de la central única de trabajadores agrícolas.

El PST postulaba que había que superar las limitaciones de ese sector que al llegar el primer año del nuevo régimen, lo habían llevado a hacer numerosas e importantes concesiones a la gran burguesía y al imperialismo y a tomar medidas antipopulares como ha-

bían sido los aumentos en el pan y la leche. La alianza para la producción estaba significando un sacrificio creciente para los trabajadores. Uno de los síntomas más graves de esa política económica era el concerniente a la explotación petrolera. Las grandes reservas de México en esta materia, junto con la participación en PEMEX de políticos oligárquicos estrechamente ligados a compañías perforadoras extranjeras, a monopolios constructores y a grandes concesiones del transporte de energéticos, y estaban llevando a una política de sobreexplotación de las reservas petroleras que, de continuarse, ponían en peligro el futuro abastecimiento de México. Además, por la riqueza petrolera, el gobierno venía posponiendo una política fiscal que afectaría al gran capital.

Al continuar esta situación, a mediados de 1978 el PST señalaba que ese sector ya no podía gobernar sin grandes concesiones al imperialismo y a la gran burguesía, y que esa actitud comprometía la soberanía popular y ponía en peligro su propia hegemonía. Sólo una nueva recomposición del bloque de fuerzas, una auténtica alianza popular revolucionaria, permitiría que fueran aislados los políticos oligárquicos, representantes en el seno del gobierno de los intereses de la gran burguesía y del imperialismo. En esa alianza ya no podía prevalecer otro interés que el de la clase obrera y los demás trabajadores. La Reforma Política era considerada como los "primeros pasos" de un gobierno que, sin dejar de dar concesiones a la reacción, de manera vacilante se encaminaba hacia la recomposición de fuerzas. Las limitaciones de tal reforma se medían por los alcances que le daban dentro del gobierno sus promotores y el PST enfatizaba que para profundizarla había que cambiar la correlación de fuerzas.



Como única salida el partido proponía constantemente la APR. Desde 1973 había combatido la alternativa que algunos funcionarios del gobierno habían propuesto de "unidad nacional", haciendo ver que esa política sólo había servido para someter a los trabajadores; había restringido los derechos constitucionales del pueblo, hipotecado el país a la inversión extranjera, encubierto el latifundismo y escamoteado el reparto agrario; había beneficiado a "una pandilla de políticos" que habían usufructuado el poder y se habían convertido en multimillonarios a costa del saqueo de las riquezas del país; política a todas luces contraria a los intereses del pueblo.

Lo que había que propiciar, sostenía el PST, era la coincidencia de las fuerzas progresistas del gobierno con los intereses populares. Éstas se debían fortalecer obligando al sector nacionalista revolucionario a tomar medidas que las beneficiara. Entre las fuerzas populares se destacaba la necesidad del liderazgo del movimiento obrero; por eso, el partido había apoyado el avance de la tendencia democrática de los electricistas y el triunfo democrático en el Sindicato de Telefonistas. (Ante el peso de la crisis que con gran desempleo, topes salariales, aumento inflacionario de los precios de artículos de primera necesidad e incremento de las rentas, estaba golpeando duramente los niveles de vida de los trabajadores, la lucha de clases se incrementaba. Esto también influyó en que la burocracia sindical, parte de ese sector, se moviera ante la presión de las masas.) Hubo un cambio en las formulaciones de la burocracia sindical. El partido destacó que los sectores del grupo nacionalista revolucionario más vinculados a las masas, particularmente las direcciones de la CTM y de otras organizaciones adheridas al Congreso del Trabajo, un tanto como expresión del instinto de clase

y otro, tanto por la necesidad de mantener el control sobre sus bases, habían percibido la disyuntiva del momento y habían tomado partido del lado de las masas, con un programa esencialmente popular y antimperialista, aunque se llamaba la atención sobre las limitaciones de tal sector.

Los dirigentes del PST pensaban que por más que provinieran de una larga experiencia gobernante las iniciativas del gobierno eran limitadas y al final de cuentas se sostenían en ilusiones. Las iniciativas de la dirigencia sindical, aunque más avanzadas también eran insuficientes en la medida en que no se ubicaban en el horizonte de la larga lucha de la clase obrera y del pueblo por la conquista de un gobierno de los trabajadores y la construcción de una patria nueva, socialista. Se discutía también que la crisis había sacado de su letargo a todas las fuerzas sociales. Se sentía claramente que todas las fuerzas se preparaban para el combate, y obviamente, el centro de la disputa era el control del gobierno. La crisis removió al sector. Las presiones de la CTM obligaron a que el PRI se declarara partido de los trabajadores en su IX asamblea. Al analizar esta situación, el PST manifestó que en el seno del bloque de fuerzas se estaban dando importantes acontecimientos que hacían ir adelante al movimiento obrero organizado. Se interpretaba como una contraofensiva ideológica emprendida contra los sectores oligárquicos a partir de los organismos de masas que constituían su sostén principal.

Lo que para ese sector en un principio había sido conveniencia se estaba convirtiendo en necesidad. Se veía que los pronunciamientos unitarios de las grandes centrales obreras y de los sindicatos de las ramas industriales básicas anunciaban un período de acumulación de fuerzas y definiciones ideológicas y políticas.

Con la reunión de la reforma económica organizada por la CTM, la caracterización de la crisis económica y el planteamiento de medidas que podían conducir a superarla rebasaban el marco de las simples reivindicaciones económicas al que se había ceñido en el pasado la burocracia sindical. Según apreciaciones del PST una nueva generación de cuadros obreros y de profesionales de la CTM, auxiliados por los puntos de vista de destacados intelectuales progresistas, le había dado a dicha reunión un carácter profundamente popular y antimperialista lo mismo en el análisis que en las conclusiones y puntos de programa que de ahí surgieron. La CTM había dado las orientaciones fundamentales que fueron asumidas por la Asamblea Nacional del Congreso del Trabajo: necesidad de que la clase obrera elevara su papel junto con las demás fuerzas populares, ejerciera su fuerza política e interviniera decisivamente en la orientación que había de seguir el país.

En dicha Asamblea se había declarado como enemigo principal al imperialismo; se había proclamado la necesidad de afectar al gran capital, y la urgencia de echar a andar la nacionalización de las industrias básicas. Las conclusiones de esa Asamblea pedían que el Estado retomara su posición rectora de la economía, con el fortalecimiento de los sectores público y social de la misma. La dirigencia sindical exigió al partido oficial una decidida definición ideológica y una acción combativa en la defensa de los intereses de los trabajadores. La burocracia obrera se remozó ante el ascenso del movimiento de masas afectado por la crisis. El PST calificó a estos acontecimientos como revaladores del hecho de que, dentro de los límites de su organización, la clase obrera se expresaba como la única capaz de dar respuesta a la grave situación que

vivía el país y de respaldar e impulsar con esa respuesta la defensa de los intereses nacionales y populares. Esta parte del sector nacionalista no estaba de acuerdo con la sujeción del gobierno a los requerimientos del FMI ni con las grandes concesiones otorgadas al capital, pues eso había demostrado debilidad por parte del sector nacionalista revolucionario, al aumentar el desempleo, la carestía de la vida y el endeudamiento público, se había desplomado la producción agropecuaria. Ciertamente el petróleo, que en esos momentos era más posibilidad que realidad, había evitado el desquiciamiento total de la economía.

El PST percibía con júbilo que el movimiento obrero se hubiera "echado a andar" y que estuviera influyendo en el partido oficial donde se veía que se estaba dando la primera etapa de un proceso de recomposición de fuerzas del bloque gobernante y de redefinición de su política.

Si la burocracia sindical en el período de Echeverría había sido un freno, ahora parecía ser motor de ese sector nacionalista revolucionario, y había pasado a la ofensiva. Con esto se veía que se empezaba a confirmar la tesis partidaria de que la clase obrera era la que debía jugar el papel fundamental en la tarea de salvaguardar los intereses de la nación y del pueblo.

Se hacía notar que la dirigencia obrera también se estaba jugando su futuro con el comportamiento que debía adoptar, y que al sector nacionalista revolucionario se le abría una última oportunidad para mantener la hegemonía en el aparato de Estado. Además, parecía que ya no se podía sostener en base a la mera palabrería o en la demagogia; se requerían hechos, para no ser derrotado. Si en lo nacional había crisis económica, en lo político había una última alternativa. En el campo, la crisis no sólo era económica sino

también política: la burocracia agraria estaba marchando a la zaga y era incapaz de encabezar el movimiento campesino.

Frente a estos hechos, el PST levantó la voz de alarma de que el imperialismo y el gran capital habían desatado una ofensiva en el campo donde proclamaban ser los únicos capaces de resolver las crisis de producción. Además el partido denunciaba que esas fuerzas contaban con el respaldo de sectores de la burguesía política y agraria, que habían aprovechado la debilidad del sector nacionalista revolucionario y que habían resquebrajado los instrumentos de control de masas del Estado. Y para colmo de males el PST constataba que el pueblo estaba ajeno todavía a las decisiones del país: no estaba ni unido ni organizado ni consciente.

[No obstante el grupo nacionalista revolucionario no tomó el paso decidido. La Reforma Política no logró ofrecer la acumulación de fuerzas nacionalistas y populares para dar una contraofensiva fuerte. El tercer informe de gobierno de JLP ante los problemas que afectarían a los trabajadores no ofrecía soluciones y había pospuesto el momento de definiciones a las que la parte del grupo nacionalista revolucionario, constituido por la burocracia sindical, quería empujar. Se requería un poderoso movimiento democrático que obligara a los cambios que el pueblo necesitaba.]

En lo concerniente al petróleo y los recursos que de él emanaban el PST sostenía que focalizaban la vieja disputa entre las fuerzas nacionales y populares y las gran burguesas e imperialistas. No bastaba fortalecer la propiedad estatal, el sector nacionalista debía incrementar la propiedad social. A finales de 1979 se veía que sólo una línea popular revolucionaria podía salvar al país. Y para aplicarla se volvía a enfatizar la

necesidad de la alianza de los trabajadores con el Estado en torno a un programa popular revolucionario que modificara profundamente la estructura capitalista dependiente. A pesar de las limitaciones se decía que ese sector nacionalista revolucionario seguía siendo el aliado estratégico de los trabajadores.

El balance de lo acontecido en 1979 llevó de nuevo al PST a la formulación de que cada vez más se perfilaba con mayor claridad una lucha antagónica entre los sectores gran burgueses proimperialistas, por un lado, y las fuerzas nacionalistas y populares, por el otro; que la lucha era por el gobierno del país para llevar adelante dos modelos diferentes de sociedad. Sin embargo, se seguía viendo también que, por sus limitaciones, el sector nacionalista otorgaba (en el Plan Global de Desarrollo) un papel importante a los capitalistas privados, y que permanecía alejado de las masas y desconfiaba de la capacidad de los trabajadores para organizarse para la producción. No obstante las limitaciones señaladas del grupo nacionalista; no obstante que durante todo 1980 el PST había constatado la paradoja de que "el auge económico" había provocado que el sistema político entrara en crisis en medio de una alta corrupción de funcionarios públicos que se convertían en latifundistas, contratistas, empresarios y aun agentes de transnacionales (lo que implicaba el avance del sector oligárquico en posiciones de poder y la cooptación muchos políticos y funcionarios); no obstante que el PST contemplaba a los más avanzados planes del gobierno enmarañados en intereses tejidos por la gran burguesía (lo que los hacía inútiles); no obstante que a finales de 1980 en el Plan Conde (Consolidación y Desarrollo) II se veía que habían serios peligros de que el sector nacionalista claudicara y no estableciera una sólida alianza con la clase

obrero, los trabajadores agrícolas y el pueblo para sacar adelante sus propios planes; los dirigentes del partido seguían sosteniendo que, en interés de clase del proletariado mexicano, el sector nacionalista revolucionario debería jugar su papel hasta su último momento, el cual terminaría cuando fuera instaurado el socialismo, cuando las mejores fuerzas dirigentes de ese nacionalismo revolucionario, siguiendo el curso de las masas (que le habrían servido de apoyo) hubiesen llegado junto con el PST (en un proceso fraternal de asimilación o integración a través de un proceso vía la conciencia) a participar en la construcción de una vida nueva, socialista. El panorama que se avizoraba a finales de 1980 era sombrío: o ese sector jugaba su papel o no permanecería en el poder; en este caso se abrían posibilidades de un gobierno militar aun por la vía constitucional. Por eso mismo el PST seguía defendiendo que los integrantes del sector nacionalista revolucionario eran aliados estratégicos e indispensables y atacaba como grave error el no apreciar su papel histórico. Asimismo, llamaba a entender las peculiaridades del proceso de emancipación nacional que vivía el país y afirmaba categóricamente que si se querían evitar sacrificios a las masas trabajadoras en su lucha por el socialismo, y si se quería demostrar que no necesariamente resultaba fatal la confrontación brutal con los enemigos de la clase obrera, los militantes del partido tenían que aprender mucho de la sabiduría política con que los mejores dirigentes de ese sector habían sabido conducir el proceso de emancipación nacional en determinados periodos de la historia de México. Se decía que no por las limitaciones de ese sector había que caer en una postura antigobierno ni dejar que éste se las arreglara solo. Eso no abriría el paso al socialismo, sino al fascismo. Al mismo

tiempo, se llamaba a la organización de los trabajadores y sobre todo a la clase obrera para realizar una seria labor entre los integrantes del sector, ya que no sólo había que conseguir donantes; había que llegar a un contacto profundo y aun a una militancia discreta.

A principios de 1983 el PST proclamó que el sector nacionalista revolucionario había retomado la ofensiva en todos los ámbitos de la vida nacional; que seguía con su posición de vanguardia, y que con Miguel de la Madrid a la cabeza había propuesto un plan "anticrisis" que el PST tenía que apoyar porque el sector nacionalista revolucionario de la burocracia política hegemónico en el aparato de Estado, constituía un aliado estratégico indispensable de la clase obrera en la tarea de derrotar al enemigo principal.

#### *La línea política del partido ante hechos conflictivos*

A lo largo de la vida del partido se suscitaron hechos que llevaban a algunos cuadros medios a cuestionar la línea política interpretativa de la dirección. Ante esto la dirección convocaba a la discusión y paradójicamente los hechos más estridentes, los más conflictivos, se interpretaban de tal forma que siempre la línea directiva era confirmada.

Un primer hecho que causó conmoción entre las filas partidarias fue que a principios de 1975 el ejército intentó impedir una marcha campesina, y posteriormente la reprimió y envió al Campo Militar No. 1 a César del Ángel, Graco Ramírez, y a catorce dirigentes más. La dirección decía que aunque no se justificaba la represión sí tenía una explicación: ésta consistía en que el grupo en el poder necesitaba sumar filas en sus

fuerzas de apoyo. Por eso tanto la detención de la marcha como la aprehensión de dirigentes del partido no tenían más finalidad que el no contravenir la reciente unidad de la CNC, UGOM, Jacinto López y el CAM, centrales campesinas que se habían entrelazado con miras a la sucesión presidencial. También se hablaba de la miopía de la camarilla administradora de la política agraria, misma que era incapaz de ver en los movimientos campesinos insurgentes un apoyo a la política presidencial y un elemento importante para que la sucesión se resolviera a favor del grupo nacionalista revolucionario. Se decía que todo esto no revelaba sino la lucha interburguesa en el seno del aparato de Estado; entre un bando reaccionario y fascistoide y otro reformista. La línea política del PST debía mantenerse con el fin de aislar y derrotar a las fuerzas represivas y para aglutinar a todas las fuerzas progresistas.

A mediados de 1975 contendió como candidato a gobernador por el estado de Nayarit Gascón Mercado del PPS. Tanto su triunfo como el fraude del PRI fue algo sonado. En el PST se dijo que este fraude había estado a cargo del "sector gansteril" del gobierno. Ante la crisis que sobrevino en el PPS a causa de las negociaciones que hizo su secretario general con el gobierno federal en el que cambiaba un puesto en el senado por la gubernatura nayarita, entre cuadros medios del PST surgieron de nuevo fuertes dudas que cuestionaban a la llamada izquierda del PRI. Esto obligó a los dirigentes del PST a entrar a una defensa cerrada de la línea partidaria; sostuvieron que en Nayarit los del PPS no habían medido las fuerzas de la contienda y que el hecho de haber pugnado por la gubernatura en lugar de por la mayoría de las alcaldías había obligado al PRI a entablar unido la lucha contra el PPS, comandado por las fuerzas más oscuras. (También hubo intentos

de hablar con Gascón Mercado y su gente para atraerlo al PST, pero eso no fructificó.)

A mediados del 76, el ejército tomó los locales y las instalaciones de la Comisión Federal de Electricidad en respuesta al movimiento de huelga de la tendencia democrática del sindicato del gremio, liderado por Rafael Galván. El PST decía que no había sido el grupo de Echeverría el que había golpeado a Galván. Según los altos mandos del PST, Fidel Velázquez había roto un acuerdo y el ejército había tenido que entrar para evitar que Velázquez echara a andar un plan de sabotaje en contra de la tendencia democrática. La dirección del PST decía que si bien parecía que se golpeaba a lo más destacado del movimiento obrero, al mismo tiempo se sentaban las bases para que López Portillo, recién electo presidente, tuviera la posibilidad de que se respetara la democracia sindical. El PST sostenía que el desalojo había sido para conservar la legalidad constitucional, pues la fuerza oligárquica podría capitalizar la ruptura de la legalidad. El PST mantenía que las posiciones del sector de izquierda del PRI seguían siendo hegemónicas y llamó a sus adherentes a no juzgar incorrectamente los hechos, a lo cual insistió en que el acto de la tendencia democrática al que la burocracia sindical comandada por Fidel Velázquez opuso otro acto multitudinario a base de trabajadores obligados a participar, no fue hostilizado como hubiera querido Velázquez. El gobierno no sólo permitió el acto de la tendencia democrática, se dijo, también lo protegió. Además, se llamó la atención sobre el hecho de que en lugar de dejarle el acto a Velázquez, la burocracia política había aprovechado para destacar otro tipo de situaciones políticas con "motivo del aniversario de Juárez". Se argumentaba que estaban de por medio las bases de apoyo del go-

bierno, aunque se reconoció que no había que sobrestimar la actitud progresista de ese sector sino juzgarla en su punto justo.

De esta manera es como el partido seguía defendiendo su línea. Cuando venían actos contrarios a movimientos de trabajadores se argumentaba que la razón era o una mala dirección de los mismos o el emerger esporádico y selectivo de las fuerzas represivas. Cuando eran reprimidos actos masivos partidarios, entonces se acusaba al sector oligárquico del gobierno. Y ante los golpes de la política económica del régimen en contra de los trabajadores, se aducían las limitaciones del sector nacionalista.

Finalmente, cuando el gobierno de López Portillo rompió relaciones diplomáticas con el dictador Somoza y se planteó efectuar un acto masivo de apoyo a esta medida gubernamental, el PRI no aceptó. Hizo un acto por su cuenta y no aceptó la participación del PST, el cual a su vez realizó otro. Tanto esta actitud como un programa de televisión que se transmitió antes de las elecciones de 1979 —en el que se decía que si no se votaba por el PRI podrían sobrevenir matanzas y problemas como en Chile—, fueron interpretados como situaciones que obstaculizaban la unidad democrática requerida contra el enemigo principal, pero no se aceptaba que el sector nacionalista revolucionario ya no fuera hegemónico o que ya se hubiera echado a andar por la derecha.

Por el contrario, los dirigentes del PST recalcaban una y otra vez que las fuerzas nacionales las seguía comandando ese sector, y durante la campaña electoral se explicaba su comportamiento como “relativamente conservador”, “con fintas de reaccionario” por la necesidad que tenía de resistir al imperialismo y sus aliados, pero en base a un “plan defensivo”; lo que no

implicaba que estuviera ya incapacitado para dar la contraofensiva.

Lo único que tras el análisis de la situación se enfatizaba era que dicho sector no tenía capacidad por sus propias fuerzas de conducir al pueblo hacia sus propios intereses; que para que prosiguiera con su hegemonía y desempeñara su papel transitorio de dirección necesitaba aplicar una política popular revolucionaria (distinta a la que propugnaba en la práctica), y que esa política sólo la aplicaría si el pueblo organizado lo empujaba a ella. Para llegar al socialismo la única vía era la popular revolucionaria. Para esto se requería el partido de los trabajadores que pretendía ser el PST.

Por lo pronto, se reiteraba, el grupo popular revolucionario debía seguir por un tiempo al frente del Estado, en virtud de que las fuerzas socialistas y su principal sujeto, la clase obrera, no estaban todavía lo suficientemente organizadas como para asumir el poder. Así, en caso de que una crisis política desplazara en esos momentos al sector nacionalista del gobierno, el vacío de poder lo llenarían las fuerzas oligárquicas. Por tal razón, ante cada análisis de situación, de coyuntura, se terminaba destacando el apremio de esforzarse por consolidar y ampliar la organización del PST. Ante el auge petrolero y las declaraciones de que el país salía de la crisis y de que comenzaba la recuperación y se avizoraba el auge, en 1978 la dirección del partido lanzó la tesis de que la instauración de un gobierno popular revolucionario no sólo era posible por la conversión de la crisis económica en crisis política, sino que también se podía conseguir por *la vía del auge económico*. Había que empujar al sector nacionalista a no apoyarse sólo en los recursos económicos sino también en el pueblo, en la aplicación de esos

recursos en beneficio de los trabajadores (creación de empleos, apoyo a la propiedad social, etcétera). Ante las confusiones que esta postura del partido creaba se explicaba que no se trataba de "apoyar" al sector nacionalista revolucionario, y que la línea del PST no era la defensa del sector nacionalista revolucionario, sino la de "apoyarse en él", aprovechar su fuerza, para sacar adelante el proyecto popular revolucionario que dadas las condiciones del país, no se lograría sin la alianza con ese sector.

### *El partido y la unidad de la izquierda*

Dentro de este panorama hay que situar la postura del PST ante la respuesta guerrillera, en particular, y ante los demás grupos de izquierda, en general. En 1973 atribuía la aparición de la guerrilla a dos factores: por un lado la violencia de las clases dominantes y por otro la falta de cauces populares de expresión. Pero se criticaba su foquismo y se declaraba que la violencia sólo tenía efectos revolucionarios cuando emanaba de la organización de las masas. La manera como se desarrollaba la guerrilla sólo propiciaba la agudización de la actitud represiva del régimen. Para finales de 1974 se añadió otro dato: la guerrilla se encontraba infiltrada, y se volvió a enfatizar que más allá de las intenciones que confesaba, lo que en realidad estaba haciendo era elevar el papel social del ejército y su aspecto represor, lo cual en el conjunto de las fuerzas sociales enfrentadas favorecía al imperialismo, fortalecía al sector oligárquico y gran burgués del gobierno y debilitaba al sector nacionalista revolucionario.

En 1975 se argumentó en contra de la guerrilla; se señalaba que ésta no tenía en cuenta el nivel de los

trabajadores, quienes necesitaban ser llevados a la escuela de la lucha política a través de organizaciones sindicales y políticas. Finalmente, en enero de 1976 el PST planteó que había que "sanear" el clima político nacional con la expedición de un decreto de amnistía para los presos y perseguidos políticos. Los guerrilleros sólo habían encontrado la muerte, la persecución y el encarcelamiento. Se dijo que los militantes más conscientes de las organizaciones que habían elegido la vía armada habían reconocido que no era la opción indicada para la época. El partido proponía darles una salida que los reincorporara a la lucha política legal, que les permitiera vincularse íntimamente al movimiento de masas.

Otro punto sumamente importante y decisivo tanto en el interior como en el exterior del partido, ha sido su visión y posición respecto de los demás agrupamientos de la izquierda.

Como se ha señalado, en un principio el partido ubicó al sector nacionalista revolucionario en el ámbito de la izquierda y en varias ocasiones la dirección del PST declaró públicamente que la única izquierda capaz de gobernar al país (aunque por corto tiempo) era la izquierda del PRI. Esta declaración causó conmoción entre círculos de la izquierda nacional, y a raíz de ella la postura del PST con el resto de la izquierda se empezó a tensionar cada vez más.

La escisión del grupo promotor del PST respecto del CNAO provocó un resentimiento entre los que se quedaron con Heberto Castillo y formaron el PMT. A su vez, en 1974 se desprendió del PST un grupo comandado por Jaramillo que se convirtió primero en el MOS y luego en el PSR. Cuando esto sucedió, al parecer ocasionado por rivalidades de dirección, se imputó a Jaramillo el estar vendido a funcionarios de la buro-

cracia agraria.<sup>3</sup> Finalmente, a principios de 1975, después de la represión de la marcha de campesinos en Veracruz, César del Ángel, se empezó a apartar del PST, para quedarse al frente de la organización denominada "de los 400 pueblos" y posteriormente acercarse al PRI. Aunque algunos de los campesinos que él había llevado al partido se quedaron, la mayoría mantuvo la lealtad al líder y como por él habían llegado al partido con él se fueron. También en el norte de Veracruz, la zona de su mayor influencia, hubo fricciones entre los que seguían en el partido y los que permanecían fieles a ese dirigente.

En el partido también se acusó de corrupción a asistentes de Del Ángel. No obstante, el enfrentamiento verbal más fuerte por parte de la dirección del PST tuvo lugar con Heberto Castillo, en respuesta a opiniones expresadas por ese dirigente. La dirección del PST insistió en que había que desmitificar la imagen de "profeta inmaculado de izquierda", por la que se hacía pasar Castillo, y dejar al descubierto la realidad, haciendo ver al pueblo sus errores y el juego que sostenía con el enemigo.

En un principio se intentó organizar al PST tratando de unir a los socialistas dispersos que andaban en todo el país, fruto de luchas anteriores. Después de una reunión de consultas en la que no hubo ningún acuerdo, se llegó a la conclusión de que ese no era el camino para formar un partido. Había que ir a las masas, al pueblo. A los partidos de izquierda existentes se les veía incapaces de aglutinarlos. Además, se decía, no pocos dirigentes cuando se acercaban a los movimientos de masas los conducían a la derrota. Ante esto se decidió en el partido hacer la llamada crítica material a la izquierda a través de la organización de las masas y de una dirección capaz de conducirla a la victoria. El PST se organizaría como su instrumento de lucha ante la "la incapacidad de la

izquierda tradicional de vincularse con el pueblo trabajador" y de llevarlo no a engrosar su martirologio sino a avanzar y conseguir, victoria tras victoria, sus propios fines. A esa izquierda se le acusaba no sólo de haberse marginado de las masas sino de ser incapaz de comprender y actuar, ya fuera en el reflujo o bien en el ascenso de la clase obrera, y de haber caído en el canibalismo. Al PPS se le achacaba que había privilegiado más sus compromisos con la burocracia política que con el movimiento obrero, y haberse burocratizado. Se diferenciaba la política del PST de la del PPS: mientras este partido decía que criticaba lo negativo del gobierno y apoyaba lo positivo, el PST recalaba que sí hacía lo primero, pero no lo segundo, porque "una cosa era apoyar, y otra apoyarse"; una ir en la dirección del apoyado, y otra aprovechar lo positivo para caminar en sentido propio.

Todo ello condicionó en gran medida la actitud del PST ante los diversos intentos de realizar la unidad de la izquierda. El PST defendía que el proceso de la unidad de la izquierda tenía que pasar por la unidad política de los trabajadores y que el principal problema no se centraba en la discusión de la izquierda sino en su desvinculación de las masas. Así en el marco de las entrevistas "discretas" que López Portillo —cuando aún era candidato a la presidencia— tuvo en el Centro Líbanes con cada uno de los grupos de la izquierda organizada, se reunió con una treintena del CC y del aparato adjunto del PST, y a la pregunta de por qué la izquierda no se unía, Talamantes aclaró que ciertamente hacía falta la unidad de la izquierda, pero que el PST sostenía que no se lograría con la unión de "siglas con mariscales sin ejército", sino uniendo al pueblo. Sólo la unidad del pueblo haría la unidad de izquierda.



Ante la proposición de diversos grupos de izquierda de lanzar un candidato único para las elecciones presidenciales de 1976, el PST declaraba que no sólo había que cuidarse del oportunismo de derecha sino también del de izquierda expresado en dogmatismo y sectarismo; que esa proposición sería planteada por "viejos y meros constructores de derrotas", y que lo erróneo de la línea política de tales grupos era lo que aconsejaba el lanzar tal candidatura. Se decía que el PCM manipulaba al PMT, al MOS y al MAUS para obtener el registro; se acusaba a Heberto Castillo de perseguir la candidatura y a los otros dos grupos calificados de pequeños su pretensión de obtener presencia política. Asimismo, se juzgaba que el intento de formar esa coalición pecaba de infantilismo político, de hacerle el juego al imperialismo y al sector derechista del PRI. Nuevamente se calificaba a la izquierda de anémica y desvinculada del pueblo y de la clase obrera, y se declaraba que el PST prefería luchar solidariamente con un Rafael Galván, dirigente obrero marxista que militaba en el PRI, y coincidir con un Jesús Reyes Heróles, dirigente e ideólogo de la corriente democrática y de la izquierda del partido oficial.

En repetidas ocasiones el PST manifestó que la tarea de la unidad de la izquierda no debía ser una labor desesperada ni una unidad de debilidades. La distancia seguía marcándose sobre todo con el PCM y con el PMT. No obstante, en repetidas ocasiones la dirección del PST señaló coincidencias con un grupo separado del PCM en 1973, denominado asamblea nacional permanente del PCM (ANPPCM) y con el MAUS. El 3 de abril de 1974 se estableció un compromiso unitario de la dirección nacional del MAUS y el comité organizador del PST en el que se señalaba: "Desde hace varios meses la COPST y la DN del MAUS han venido manteniendo

relaciones amistosas [...] y han podido constatar que existe entre ambos una afinidad ideológica y política básicas y una identidad de objetivos", respecto a la necesidad de crear un partido político. Se indicaba que antes de llegar a la unidad orgánica previamente se debía realizar un acuerdo básico en torno a los trabajos que preparan el congreso constituyente de dicho partido, acerca de su línea estratégica y táctica, etcétera. Cada organización se comprometía a elaborar un documento de discusión. También se señalaba la necesidad de que se reunieran constantemente para discutir los problemas de la vida económica y política del país. En caso de que se llegara a un acuerdo los periódicos *El Insurgente* y *El Despertador* se fusionarían en uno solo.

El 17 de agosto de ese año se llegó a la elaboración del documento titulado "I Conferencia Nacional Conjunta MAUS-PST; II Conferencia Nacional de Organización del PST", por el que se debía convocar a la conferencia conjunta para mediados de septiembre. Debido a la escisión del grupo de Jaramillo, el 27 de agosto, el MAUS declarando su voluntad de querer ser factor de unidad para resolver las diferencias surgidas en el interior del COPST, sobre la base de una discusión en un nivel estrictamente político, tomó el acuerdo de reiterar su decisión de contribuir a la organización de un partido revolucionario de la clase obrera; de mantener la relación de amistad y colaboración con los integrantes de la COPST así como con los que habían dejado de formar parte de la misma comisión organizadora. Por lo tanto, manifestaba que no firmaría como convocante a la segunda conferencia nacional de organización del PST, ya que sólo participaría como organismo fraternal. Asimismo, esta agrupación volvió a enfatizar la necesidad de llevar a cabo la discusión de

los problemas políticos y de organización no sólo bilateralmente sino con la participación de diversos grupos de izquierda. Por lo que el MAUS propuso a todos los grupos y organizaciones que aceptaban como guía de acción el marxismo-leninismo, la creación de un centro coordinador o de enlace para facilitar la denuncia de los problemas del país, promover la acción común, condición indispensable para poder acceder a la unidad orgánica.

Sin embargo, para noviembre de 1974 un dirigente del MAUS escribía que la relación entre ese agrupamiento político y el Comité Organizador del PST no se había canalizado hacia la formación de un partido, fruto del esfuerzo común, "por la imposibilidad de examinar los problemas esenciales del país, de la revolución, las cuestiones de táctica y estrategia, y además, porque divergencias en el Comité Organizador produjeron una nueva decisión que fue manejada con procedimientos impropios de una organización revolucionaria sólidamente constituida y con mayor razón inadecuada para un organismo en formación" (Sánchez Cárdenas 1979:208).

El primero de mayo de 1976 el PST, el MAUS y la ANPPCM lanzaron un manifiesto conjunto en el que se planteaba que el Estado mexicano se había apoyado en el sector público de la economía y en el movimiento organizado de los obreros y campesinos para lograr su consolidación y mantener su relativa autonomía frente a las exigencias y embates de la gran burguesía y del imperialismo. Se decía que, sin embargo, era importante que obreros y campesinos no siguieran siendo fuerzas subordinadas y que en su relación con el Estado se debían convertir en fuerza hegemónica. No había que servir simplemente de apoyo al gobierno en sus fines, limitados a mantener el *status*

*quo*, sino que había que luchar por convertirse en la vanguardia de la lucha por los cambios sociales que la situación del país demandaba. Se decía también que la subordinación de la clase obrera a la política del Estado y la subordinación de éste a las exigencias y dictados de la gran burguesía y del imperialismo, se habían debido al control que ejercía sobre el movimiento obrero organizado una burocracia sindical que manipulaba, corrompía e impedía la democratización de los sindicatos; burocracia que se había mantenido porque respondía en parte a ciertas exigencias económicas de los obreros.

Las metas del movimiento obrero debían ser la solidaridad, la unidad y la democracia sindical. Se planteaba como desacierto el que los grupos más combativos del movimiento obrero se separaran y aislaran de los sindicatos y organizaciones en los que se encontraba la parte más importante y mayoritaria del proletariado industrial: no había que pulverizar al movimiento sindical ni abandonar a las mayorías en manos de direcciones espurias.

A finales de septiembre de 1976 estos tres grupos realizaron una asamblea nacional de fuerzas de izquierda que tenía como fin trazar un programa y un camino revolucionario para México. En la apertura, Talamantes insistió en tomar en cuenta "cuántos militantes de izquierda estaban ahí y cuántos se encontraban en el gobierno, en la CTM, en la CROC, en la CNC, en el Sindicato de Maestros, en la COR, en la FSR", en suma, en todas aquellas organizaciones que habían surgido al calor de la lucha de clases en momentos críticos del país.

Se discutió que un objetivo inaplazable de la izquierda socialista era su propia unidad; se planteaba actuar en el proceso del cambio de gobierno a fin de

sostener un rumbo democrático popular, revolucionario y antimperialista; ofrecer una alternativa inmediata que satisficiera las exigencias e intereses de la clase obrera, de los campesinos y del pueblo, y que permitiera avanzar en la defensa de la soberanía nacional así como en la tarea de unir y organizar a las fuerzas de izquierda, a las masas trabajadoras y a los sectores progresistas, para así combatir con éxito a los enemigos principales de la democracia y del progreso de los pueblos: el imperialismo y la gran burguesía reaccionaria y proimperialista. Ante la embestida de tales enemigos se imponía la tarea de la más amplia unidad y acción conjunta de las fuerzas democráticas, progresistas y antimperialistas.

La tesis que los militantes del MAUS mantenían ante la insistencia del PST de que era impostergable la unidad del pueblo, era que para llegar a tal unidad se necesitaba como condición previa la unidad de la izquierda. Los del PST decían que esto llevaba tiempo y que en tanto era apremiante aglutinar las luchas del pueblo. Ante esto, los militantes del MAUS insistían en la necesidad de un programa mínimo común.

En la asamblea se acordó elaborar una declaración final; mantener una comisión de enlace y convocar a una segunda asamblea. Posteriormente se mantuvieron el diálogo y la unidad con la ANPPCM, a cuyo frente estaba Manuel Terrazas y que, tras la Reforma Política, se convirtió en la Unidad de Izquierda Comunista (UIC). A las pláticas sostenidas con los viejos militantes del MAUS se les dio relativamente poca importancia ante otras tareas, y los representantes del PST dejaron de asistir a muchas reuniones programadas, lo que obligó a los del MAUS a abandonar esta vinculación y aliarse finalmente con el PCM en la Coalición de Izquierda.

El PST reconocía públicamente que tenía coincidencias con el MAUS y con la UIC, pero declaraba que no se podía plantear una unidad subordinada al interés de conseguir un registro electoral y menos aún como obediencia a insinuaciones gubernamentales. Calificaba de actitud "pequeñoburguesa" y "oportunist" el sumar siglas por conseguir un registro electoral, no obstante la debilidad ideológica y política de los grupos integrantes, y de las hondas discrepancias estratégicas y tácticas. Esto no podía ser sino irresponsabilidad política, se decía. El PST acusó al PCM de oportunista porque primero había atacado a Echeverría y a la candidatura de López Portillo, pero a la entrada de este último a la presidencia se había "alineado" de inmediato a la "confianza" pedida por el presidente. Se le criticaba además el perder de vista el papel del sector nacionalista revolucionario. El PST no perdía ocasión para fustigar lo que calificaba de "rabioso socialismo pequeñoburgués sin militancia partidaria", el cual, enfatizaba, asumía posiciones que encubrían al imperialismo y a la gran burguesía e impedían localizar las posiciones aliadas al interior del Estado.

Con la Reforma Política se volvió a plantear el problema de la unidad de la izquierda. El PST mantuvo lo que había venido planteando, y aclaró que su postura se diferenciaba de la posición oportunista que quería intentar la unidad a partir sólo del papel que jugaba el sector nacionalista revolucionario. Había que estar atento a todas las fuerzas antimperialistas, al sector nacionalista revolucionario "de dentro y fuera del gobierno" así como a la dirigencia obrera y campesina que defendía los intereses de los trabajadores en contra de la gran burguesía y del imperialismo. La unidad propuesta por el PST implicaba marchar con las masas hacia un régimen de tipo popular revolucionario. El

PST sostenía que no había que aislar al sector nacionalista revolucionario que quedaría a merced de un enemigo superior a él y por supuesto más fuerte que las autodenominadas fuerzas de izquierda; pero tampoco había que alentar la ilusión de ese sector que proclamaba que por sí solo podía dar respuesta a los problemas nacionales. Se recalca que el camino claro, ante la "confusión de la izquierda tradicional" y de amplios sectores gubernamentales era el propuesto por el PST. Por eso mismo este partido no quería entrar a la Coalición de Izquierda que ignoraba a la izquierda que constituía el nacionalismo revolucionario. El PST ante el tema de la unidad seguía planteando que el problema no era luchar por la unidad de las organizaciones de la izquierda sino por la unidad y organización de los trabajadores. Así se decía que además del MAUS y la UIC, el PST podía dialogar con el PPM y aun con el PPS, y se enfatizaba que el PST podía concertar con todas las fuerzas de izquierda puntos de coincidencia, programáticos, pero sobre todo debía jugar el papel de contribuir a la verdadera unidad de la clase obrera y al restablecimiento del puente entre la izquierda revolucionaria y el movimiento obrero, campesino y popular organizado en las grandes centrales.

Por esto mismo, ante el planteamiento del PCM de formar una coalición de izquierda para las elecciones de 1979, el PST le achacó dos errores: una composición pequeñoburguesa que había abandonado a las bases obreras, y dejar fuera a la izquierda del PRI en su plan de unidad de las fuerzas de izquierda. Finalmente, comenzó a definir a esa coalición integrada por el PCM, PPM, PSR y MAUS como una "sopa de letras" a lo cual argumentó que la unidad de los miembros de la izquierda no era un signo de fuerza pero sí de apariencia. Además, calificó la táctica de dicha coalición como de

"panismo de izquierda", pues hacía lo mismo que el PAN: aprovechando el descontento no orientaba a las masas sino que hacía funcionar la máquina de una oposición sin distinguir aliados, con el afán de ganar votos, situación que a la postre beneficiaría al imperialismo. Así el PST decía que los grupos de izquierda ante la voluntad de congraciarse fácilmente con las masas caían en una demagogia antigubernista a ultranza con ciertos ribetes anarquistas y conducían a hechos que los hacían coincidir materialmente con la ultraderecha. Ante esto, la dirección del partido llegó a plantear que ya no se trataba de combatir sólo a la gran burguesía y al imperialismo sino que empezaba a ponerse a la orden del día la necesidad de blandir las armas ideológicas y políticas "para poner en su lugar a esa izquierda sectaria y provocadora", pues cuando se empezaba a abrir la etapa de acumulación de fuerzas y de procesar la unidad democrática del pueblo: cuando la clase organizada empezaba a moverse, resultaba criminal obstaculizar ese proceso.

En medio de la campaña política del 79, López Portillo tuvo una entrevista con Fidel Castro en Cozumel, a la que invitó a dirigentes de la izquierda mexicana. Al informar de este hecho a una reunión de candidatos, la dirección del PST expresó que el líder cubano se había encargado de poner en su lugar al "enfermizo antigubernismo" de la Coalición de Izquierda y al "primitivo anarquismo" de Heberto Castillo; que a los primeros les había echado en cara lo provocador y reaccionario de su tesis del despotismo presidencial, y que al segundo lo había desautorizado como "mesías" de la política petrolera. Se enfatizó que Castro había alabado la actuación del presidente mexicano en su plan para sacar al país del "atolladero".

Para las elecciones de 1979 el PST establecía alianza nacional con la UIC, a la que definió como organiza-

ción revolucionaria fraternal con la que coincidiendo en importantes cuestiones de táctica y estrategia, se había avanzado en el proceso de unidad. Después de las elecciones, la dirección del PST presionó a esta agrupación para que se uniera al partido, lo cual provocó descontento. Además los dirigentes del PST acusaron a la UIC de haber concertado alianzas en Sinaloa con Toledo Corro, al que el PST había acusado jurídicamente de haber violado la Constitución en sus funciones al frente de la SRA. De esta manera se enfriaron las relaciones. La UIC se alió electoralmente con la fusión de la izquierda que se constituyó como PSUM.

Después de las elecciones, además de la acusación de panismo de izquierda (del que se decía que no tenía nada que ver con los intereses de los trabajadores) el PST siguió criticando al PCM por "su sectarismo y su alejamiento de las masas". La animadversión a este partido llegó hasta el extremo de que en una entrevista de prensa (*Ultimas Noticias de Excelsior*, 18 de mayo de 1981) el secretario general del PST además de las acusaciones de panismo de izquierda, de miopía, de "izquierda tradicional" e "iluminada", le atribuyó la responsabilidad de que muchos jóvenes se hubiesen ido a la guerrilla y de la represión. Libró prácticamente de culpas a las fuerzas represivas y pasó la cuenta entera a la dirección del PCM. A esto añadió la amenazadora frase de que "a la dirección del PCM se le ajustarían cuentas a su tiempo".

Finalmente, con vistas a las elecciones de 1981, el PST se volvió a mostrar enemigo de un candidato único lanzado por los partidos de izquierda, porque esto desconocía a la izquierda del PRI, y se autodefinió como un puente entre las fuerzas de izquierda del PRI y las fuerzas progresistas revolucionarias.

El problema de la unidad con otras fuerzas de izquierda junto con cuestiones relativas a la manera como se generaban las decisiones, ocasionó que una decena de cuadros dirigentes abandonaran el PST. El 9 de julio de 1981 un grupo de militantes de la JST lograron presentar un extenso documento ante un pleno del CC en el que criticaban la falta de auténtica democracia en el interior del partido y señalaban inconsistencias en la línea política. A raíz del trato hostil que recibieron y de las incriminaciones con las que se respondió al documento, el secretario de educación política, Humberto Monteón, que de hecho se había retirado del partido, presentó su renuncia el 11 de julio. El 16 del mismo mes apareció en *Excelsior* la renuncia pública al PST del diputado Adolfo Mejía, quien se quejaba de la falta de canales de discusión y denunciaba la falta de una política acertada a favor de la lucha por la unidad de la izquierda. Mejía rechazaba los juicios condenatorios que el PST hacía contra el PCM, y anotaba que la satanización que Talamantes hacía de la izquierda era visceral, subjetiva e inmadura. Por las mismas causas el 12 de agosto de ese año hubo otras tres renuncias de cuadros medios que se sumaban a seis anteriores.

El 4 de septiembre, Elizabeth Corona, que había contenido por la gubernatura del estado de México bajo las siglas del PST envió una carta al diario *Unomásuno* en la que hacía pública su renuncia al partido. Declaró su decepción ante la realidad del PST, al que había considerado una opción; denunció que el trabajo político era ineficiente e irresponsable y señaló también la negativa constante de establecer alianzas con partidos que se conformaban como auténticos representantes de los trabajadores cuando en cambio sí se privilegiaba la alianza con el partido en el poder.

En la prensa las renunciaciones fueron consideradas como producto del pragmatismo estrecho del PST, de su inconsistencia y "gobiernismo incierto" (cfr. Pe-reyra 1981). Por su parte, en el IV Consejo Nacional de Dirigentes, en julio de 1981, al tocar el punto de las renunciaciones la dirección del PST en lugar de responder políticamente a las acusaciones se concretó a diferenciar los casos y a atribuirlos a problemas personales. Posteriormente ante el hecho de la unificación de varias agrupaciones de izquierda en un solo partido (el PSUM) se observó este hecho como la intención de "atrapar incautos" para el proceso electoral en puerta. [En cuanto a la alianza con el PPS, el PST mostró inconsistencia: en unas ocasiones se coqueteaba públicamente con la idea, mientras que en otras se denigraba y descalificaba acremente a ese partido.]

Este problema de la unidad de la izquierda, en conexión con la línea del partido, fue la causa de que no pocos militantes se alejaran del PST. El 21 de enero de 1983 apareció en varios diarios capitalinos la renuncia de un exdirigente y excandidato a diputado, Miguel Alvarez, "por las posturas incongruentes que esa organización está adoptando frente al nuevo gobierno"; por "el preocupante abismo que se ha abierto entre el proyecto histórico del PST y las últimas decisiones tácticas adoptadas." Este antiguo dirigente se manifestó en desacuerdo con la categorización que el PST hacía de la crisis, del grupo gobernante y de su programa. (*Unomásuno*, 21 de enero de 1983).

## Notas al capítulo III

<sup>1</sup> Este postulado proviene desde 1813. Morelos, a quien se le atribuye el haber tenido gran visión política y "prodigiosas anticipaciones económicas y sociales" (cfr. Teja 1978:146), en el punto 5o. de los *Sentimientos de la nación* establece que la soberanía dimana del pueblo "el que sólo quiere depositarla en sus representantes" (*op. cit.*:149). A esto habría que añadir su punto 12: "Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia; y la indigencia, y de tal suerte se aumenta el jornal del pobre que mejore sus costumbres y aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto" (*Ibid.*). A pesar de que la consumación de la Independencia no realizó los principios morelenses, quien no sólo pensaba en la destrucción del antiguo régimen sino en la construcción de un original sistema que se adoptara a las características de México, la historia de lucha del pueblo los ha mantenido renovados. No sin algún fundamento, el derechista Alanán acusaba a la obra de Morelos de "tendencias comunistas o socialistas" (*op. cit.*:152).

<sup>2</sup> Cuando Koval trata el tema del imperialismo como el enemigo principal de los pueblos latinoamericanos precisa: "En los años treinta se opinó incluso que dada la dependencia económica el capitalismo continental no podría, en general, alcanzar el nivel medio de desarrollo y estaba condenado a estancarse en la fase inicial. De ello se deducía la prioridad de las contradicciones exteriores sobre las interiores y consiguientemente el papel progresista de la burguesía nacional (que en efecto aplicó entonces una política generalmente antimperialista). En la etapa actual, esa apreciación del papel de la burguesía nacional es justa sólo para las colonias, semicolonias y los países capitalistas débilmente desarrollados del continente. Por lo que hace a los estados latinoamericanos de nivel medio de desarrollo del capitalismo, su burguesía nativa ha agotado ya en gran parte sus potencias revolucionarias y forma un todo íntegro con el capital extranjero y con la oligarquía" (Koval 1978:147). El proletariado, partiendo de sus intereses de clase puede apoyar las acciones (no lo puramente verbal) antimperialistas de la burguesía nativa; pero "ese apoyo no debe implicar coqueteos políticos con la burguesía" (*op. cit.*:145).

<sup>3</sup> En agosto de 1974 tres miembros de la comisión obrera y sindical que integraban a su vez la sección de información enviaron un documento a la comisión central del PST en el que aduciendo tareas de vigilancia aportaban datos en los que se basaban para acusar a Roberto Jaramillo de estar realizando trabajos de fracción: que juntaba militantes para decirles que las cosas iban mal en el partido porque se estaba organizando una movilización para el 20 de noviembre de 1974 que implicaría un gran desgaste y un costo de tres millones de pesos. Jaramillo acusaba a la comisión central de obrar "maniobreramente" y señalaba que algunos de sus miembros estaban apadrinados por el secretario de educación, y otros por el director del Seguro Social. Planteaba la necesidad de ganar la mayoría del aparato dirigente para cambiarlo. Finalmente repudiaba "la infiltración" de un grupo proveniente de CENCOS. El resultado de todo esto fue que Jaramillo junto con una decena más de cuadros relacionados con él se separaron del PST.

## IV. De progresiones orgánicas y construcciones matemáticas

### *Principios y estatutos*

Los documentos básicos del PST contienen la declaración de principios, los estatutos y el programa de acción. Principios y estatutos que han tenido cuatro versiones: la primera fue aprobada en la asamblea constituyente del partido en mayo de 1975; la segunda fue sancionada en la asamblea nacional extraordinaria de abril de 1978, la tercera se estableció en la IV asamblea nacional extraordinaria en noviembre de 1981; y la cuarta se fecha en abril y mayo de 1983 con la V asamblea nacional extraordinaria. Como antecedente se puede considerar el Reglamento de la comisión nacional organizadora vigente de 1974 a 1975.

El PST asienta que lucha por el socialismo, por un país independiente, por una patria libre y feliz, en la que los trabajadores serán dueños de la riqueza del país (que ellos producen) donde los trabajadores serán dueños de la patria entera y tendrán con que defenderla; en ese futuro podrán heredar a sus hijos el ejemplo de sus luchas victoriosas y una sociedad fraternal en la que se habrá destruido la explotación, la opresión, la corrupción, el egoísmo, la violencia. Esta lucha no se contempla a partir de cero; se dice que los socialistas de hoy son los herederos de la lucha de los mejores hombres del pueblo, los insurgentes. El pueblo cuenta con una experiencia histórica, con una tra-

dición de lucha libertaria. Los enemigos son los poderosos intereses capitalistas del país y del extranjero. En el combate contra la explotación, la desigualdad y la miseria se impone una necesidad histórica: que la clase obrera asuma una posición dirigente; libere a todo el pueblo de la esclavitud capitalista, y encabece la lucha por la independencia respecto del imperialismo norteamericano. Para que los obreros y los campesinos constituyan el México nuevo se requiere del PST como instrumento superior de lucha y de organización, como instrumento al servicio de las masas (y no al revés), con capacidad de educar a las masas trabajadoras para conseguir la victoria. Partido que marcha desde las masas y con ellas; que expresa conscientemente sus aspiraciones, necesidades e intereses con una teoría dirigente, de vanguardia. Partido organizador de lo mejor del pueblo que lo dota de programa, estrategia y táctica revolucionaria. Partido que enseñará al pueblo a que éste haga su propia política; a practicar la ciencia de gobernar y disputar a la clase dirigente el derecho de gobernar la nación mexicana. Partido con la ideología de la clase obrera: el marxismo-leninismo.

Para el PST la vía mexicana para llegar al socialismo y la vía popular revolucionaria es la vía constitucional, la cual se basa en el artículo 39 de la Constitución donde se instituye el derecho del pueblo de alterar o modificar la forma de su gobierno. Se dice que este principio posibilita todas las formas de lucha que el pueblo necesita para llegar al socialismo y se proclama que ha llegado la hora de que los trabajadores utilicen la legalidad como arma de lucha contra sus opresores y explotadores. Se recalca que la legalidad es una fuerza material que la clase obrera puede y debe poner al servicio de sus intereses y de toda la sociedad.

Los socialistas tienen derecho a que se respete su actividad revolucionaria. En este sentido, expresan: "de nadie ni por nada nos dejaremos llevar a la ilegalidad", y denuncian: "Son las fuerzas oligárquicas y reaccionarias las que recurrirán a métodos ilegales de lucha y defensa de sus intereses malhabidos conforme a la clase obrera y el pueblo avancen en su lucha". Con fundamento en los términos del artículo 136 se declara solemnemente "que aún en el caso de que instaurara un régimen gran burgués, oligárquico y proimperialista, policiaco y militar, en nuestro país las banderas del PST y su programa de acción ondearían en las puntas de nuestros fusiles llamando a los trabajadores a luchar por el retorno a la legalidad".

Se acusa al imperialismo, la gran burguesía y sus aliados de atentar en contra de la Constitución. Por su parte, el partido declara la obligación de cumplir con la Constitución y sus leyes en base al fundamento del artículo 39. Finalmente, enfatiza la independencia y no subordinación del partido respecto a cualquier estado o partido extranjero y proclama el principio del internacionalismo proletario.

Los estatutos comienzan definiendo al partido como organización política de clase (agrupa a los obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, mujeres y jóvenes dispuestos a luchar por el socialismo, en cuyo seno la hegemonía la tienen los intereses históricos de la clase obrera); instrumento de lucha de los trabajadores cuyo objetivo fundamental es la conquista del poder político y la instauración de un gobierno de los trabajadores. Según el documento este tipo de partido está, configurado por cinco rasgos fundamentales: a) un carácter profundamente democrático en la forma de su gobierno, basado en la confianza de que los trabajadores puedan organizarse; b) una militancia, organizada,



disciplinada y consciente; c) "el reconocimiento de las diversas formas de organización que los trabajadores han tenido que adoptar para defender sus intereses inmediatos, de las cuales partimos para desarrollarlos políticamente e integrarlos en un sistema único de organizaciones diversas que voluntariamente y democráticamente aceptan la dirección política del partido"; d) firmeza de principios, intransigencia en la defensa de los intereses del proletario y flexibilidad táctica; e) la adopción de formas organizativas únicas de militancia partidaria que determinan su estructura como destacamento de tipo superior que son hegemónicas en el seno del partido, pero que no excluyen la adopción de otras formas diversas y naturales de organización que amplían las posibilidades de vinculación del partido con los trabajadores.

Asimismo se indica que los fines del partido son: a) fundir las ideas liberadoras del socialismo científico con el movimiento obrero y con el pueblo trabajador; b) lograr la unidad democrática de las fuerzas nacionales y populares para garantizar la vía constitucional al socialismo mediante la instauración de un gobierno de tipo popular revolucionario, régimen de transición, que facilitará la conversión del proletariado en clase hegemónica; c) luchar por la unidad de todo el pueblo trabajador que permita aislar, debilitar y derrotar al imperialismo y a la gran burguesía interna; d) organizar la más amplia insurgencia electoral para que el pueblo reconquiste el poder del voto, lo utilice como arma de lucha, defienda sus triunfos y pueda influir determinantemente en el rumbo del país (desde posiciones de la Constitución general de la República y las leyes que de ella dimanen para que el pueblo trabajador conozca sus derechos, los ejerza y los haga respetar y se prepare para el advenimiento del estado

de derecho que con legalidad socialista instaure el gobierno de los trabajadores).

Para ser miembro del partido se necesita: a) aceptar y aplicar la declaración de principios, los estatutos y el programa de acción; b) pertenecer y actuar en alguna de las organizaciones del partido pagando puntualmente las cuotas; c) observar una conducta revolucionaria. Se estatuye que los comités de base son los centros naturales de reclutamiento. El trabajo de afiliación se debe dirigir a la clase obrera, los campesinos y los trabajadores intelectuales.

Los órganos de dirección nacional son: la asamblea nacional, el consejo nacional de dirigentes, el comité central y la comisión ejecutiva. El comité central cuenta con una sección de delegados centrales para atender el trabajo de penetración, contactación, selección de nuevos militantes del partido entre los frentes de masas: obreros, trabajadores agrícolas y campesinos, jóvenes y estudiantes, mujeres y trabajadores intelectuales. Los organismos locales son la asamblea estatal, el consejo estatal de dirigentes, el comité ejecutivo estatal, consejo distrital con su comité distrital, consejo regional de representantes de comités de base, comité regional y los comités de base. Los estatutos delimitan las funciones de cada instancia y establecen los períodos para hacer las convocatorias correspondientes.

Este documento también reglamenta las comisiones nacionales y los aparatos del partido; puntualiza lo relativo a la selección de candidatos a puestos de elección popular, y fundamenta el principio de las finanzas: son los trabajadores y el pueblo quienes sostienen económicamente su propia organización.

Los estatutos subrayan que la estructura orgánica del partido se fundamenta en el principio del centra-

lismo democrático (la asamblea como órgano de gobierno democrático, principio de elegibilidad y revocación, crítica y autocrítica, vigilancia revolucionaria, disciplina única, dirección colectiva, solidaridad y ayuda mutua. . .) “El partido se estructura de abajo hacia arriba de acuerdo al principio de centralismo democrático y de división territorial, constituyendo, de esa manera, un sistema único de organizaciones diversas que tienen autonomía relativa, dirección y actividades propias según sus fines específicos y libertad de denominación de sus formas organizativas según la naturaleza de sus actividades propias”. En los estatutos se proponen las normas mínimas de organización: por cada cinco miembros, una organización de base; por cada diez organizadores de base, un comité regional; por cada diez regionales, un comité distrital; en cada entidad federativa, un comité estatal. “En cada región el partido es la suma superior de sus organizaciones, por lo que la admisión de formas diversas y naturales de organización junto a las formas organizativas únicas establecen una relación de diversidad organizativa en la base e identidad política en la dirección.” Así, se pretende evitar la formación de una federación de organizaciones; se sostiene que las formas principales organizativas del partido son los comités de base que tienen la tendencia a ser las formas hegemónicas. Cada organismo tiene que contar con su propio local.

Respecto a la estructura orgánica del partido, Talamantes destacó que el aporte teórico que el PST ofrecía a la teoría de organización (aprendido de la práctica) era el referente al *sistema único de organizaciones diversas*. El dirigente señaló que dicho sistema implicaba un profundo respeto por las formas organizativas que el pueblo había venido creando a lo largo de su

historia de encarar sus problemas. Talamantes enfatizó: “En el terreno de la organización nosotros hemos enriquecido en nuestro país la teoría de organización del partido, al considerar plenamente la posibilidad de que la clase obrera y el pueblo puedan elevar a un grado de organización política las formas de organización naturales y las exigencias de la lucha”.

#### *De los antiguos cuadros hacia las masas*

El grupo que originalmente se separó del CNAO con el objeto de organizar al PST después de un año de trabajo señaló que había constatado que existían revolucionarios en fábricas, ejidos, escuelas, empresas descentralizadas y oficinas públicas. Su análisis llevaba al juicio de que dichos revolucionarios habían detenido temporalmente su inquietud política por la falta de un partido que respondiera a sus anhelos de lucha. Así, el grupo llegó a la convicción de que en todo el país el partido ya existía, aunque en forma latente. Se convocó a una reunión en marzo de 1973 con el fin de intercambiar experiencia y de reconocer las coincidencias. Por esta época el grupo se preocupaba por la posibilidad de quedar aislado del resto de la izquierda (ya tan dividida) y convertirse en un grupúsculo más.

La primera reunión de intercambio y consulta se tuvo bajo la consigna: “unamos las luchas del pueblo trabajador”. Los 187 asistentes provenían de 14 estados (Chihuahua, Aguascalientes, Zacatecas, Baja California, Nuevo León, Oaxaca, Chiapas, Durango, Michoacán, Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo, Puebla y el Distrito Federal, que por ser el lugar de la reunión aportaba el mayor contingente). Acudieron pobladores de la colonia Francisco Villa (Chihuahua), de Ciu-

dad Nezahualcóyotl; obreros del movimiento sindical ferrocarrilero, de Medalla de Oro; profesores, dirigentes de normales rurales y tabacaleros de Alamo, Veracruz; participaron como observadores del MAUS Carlos Sánchez Cárdenas y Miguel Aroche Parra, de la Revista *Punto Crítico*, su director Adolfo Sánchez, y como colaboradores de aquella época Carlos Pereyra y Rolando Cordera. En la misma calidad asistieron Alicia Castañeda y Luis Villoro.

En la práctica la reunión resultó una asamblea heterogénea más que de representantes, de cuadros. Se discutió sobre la situación política del país y se nombraron comisiones para el estudio y preparación de proyectos de documentos para la siguiente reunión nacional. "Se coincidió casi totalmente en la necesidad de instrumentar un partido político marxista-leninista de nuevo tipo y en la tarea de atraer a exmilitantes de organizaciones revolucionarias que se encontraban aislados y dispersos por todo el país." Se decía que sin ese partido la lucha del pueblo seguiría cayendo en el espontaneísmo, en las metas limitadas y en el aislamiento. Se analizó la contradicción del control de grandes sectores de la clase obrera a través de las burocracias sindicales, la dispersión y falta de dirección política del campesinado mexicano, por una parte, y la ausencia o ineficiencia de la acción organizada de los socialistas mexicanos, por la otra. Esto imponía un examen serio, con gran espíritu crítico y revolucionario, de los graves errores tácticos y estratégicos, para revisar los métodos de trabajo que se debían emplear en la construcción del nuevo partido.

Este nuevo partido debería tener su base de sustentación en los obreros y campesinos; su objetivo fundamental sería, obviamente, la toma del poder para instaurar el socialismo; debería ser la vanguardia, la

dirección de las masas, y aglutinar a los mejores cuadros políticos naturales (seleccionados por el propio pueblo). Un método importante que se destacó por quienes habían sabido de la inactividad política por haber estado detenidos fue "la lucha en la legalidad, hasta agotar todos los recursos posibles que nuestro pueblo ha conquistado a través de la historia". Se argumentó que este planteamiento no debería ser confundido con el "fetichismo legal". La creación del nuevo partido se calificaba de "necesidad de la clase obrera y del pueblo explotado", no como fin sino como medio para llegar al socialismo. Se enfatizó la necesidad de buscar las coincidencias entre los socialistas, lo que no impedía discutir las discrepancias para evitar caer en el oportunismo, pero cuidándose de no encerrarse en el sectarismo. Por eso se argumentó que el trabajo de organización tendría que ser dirigido hacia los socialistas y hacia los cuadros naturales, dirigentes de masas en lucha. Dada la insurgencia popular se imponía la labor de tratar de unirla, primero por la solidaridad pero sobre todo dotándola de un programa, de una línea estratégica y táctica. Se aducía que si se integraba a todos los revolucionarios que andaban sueltos se lograría dar una dirección política a la insurgencia popular.

El partido era una idea todavía: para realizarla se tenían que recorrer varias etapas. Se visualizaba la construcción del partido como la organización de fuerzas, como la lucha por desatar y ganar el mayor número de batallas, por lograr un elevado nivel teórico y político y por tener una estructura orgánica eficiente basada en miles de comités de base en fábricas, ejidos, barrios, colonias.

En las tareas de organización se daba la orientación de aplicar con sentido creador todas las experiencias

que dejara la práctica en la lucha por organizar el partido.

Dado que en aquel momento sólo se trataba de un grupo y una idea, se integró un organismo con carácter de comité organizador y de consulta (COC) que constaba de quince miembros y alrededor de treinta militantes en proceso de integrarse. Había un delegado por cada estado que había acudido a la primera reunión. Se programó una asamblea nacional de balance y consulta para julio, en la que debería nombrarse una comisión nacional organizadora del nuevo partido, pues la experiencia había enseñado que se debía desarrollar primero un núcleo central cohesionado política e ideológicamente para que asumiera las tareas de coordinar y dirigir la construcción partidaria. En esa asamblea, además del análisis de la situación nacional se debería discutir un proyecto de plataforma de principios, estatutos y programa de acción y el plan nacional de organización del partido. El COC empezó a usar el periódico *El Insurgente* (nueva época) como órgano de difusión y prensa.

El COC estaba consciente de que en él no se hallaban la mayor parte de los cuadros revolucionarios con experiencia política y menos aún estaba representada la totalidad de las masas insurgentes. Esa era precisamente su tarea: "localizar, atraer e incorporar a esos cuadros". El plan de trabajo del COC preveía dos grandes etapas: de su constitución a la asamblea nacional de balance y consulta, y de ahí al congreso constituyente. La primera abarcaría cuatro meses: había que recorrer de nuevo todo el país. Por eso se programó una reunión plenaria del COC después de mes y medio de intenso trabajo para evaluar lo realizado y programar lo que faltaba.

Además de los delegados, el COC se organizó por comisiones: la central de organización, la central de información y comunicación, la central de finanzas, de la educación política, la de relaciones, la juvenil, y la de estudios económicos y políticos.

De abril a junio el PST estuvo constituido prácticamente por las treinta miembros del COC. Había fallas en la concepción y asimilación de una línea política clara. El núcleo dirigente del D.F. tenía apenas un incipiente desarrollo ideológico y político. La crítica material no se dejó esperar: el pleno del comité organizador y de consulta que se había programado y realizado en junio se tuvo con la participación del núcleo del D.F., además de dos compañeros de Michoacán y un observador de Chihuahua, lo cual llevó a la conclusión de que había habido subjetivismo en el nombramiento de dicho comité.

Se lanzó la convocatoria a la asamblea nacional de balance y consulta con la intención manifiesta de pretender reunir al mayor número de luchadores por el socialismo para construir el PST. Iba dirigida al pueblo de México; los trabajadores manuales e intelectuales, los obreros y campesinos, los estudiantes, y a los combatientes revolucionarios y socialistas.

Como las antiguas organizaciones de izquierda o habían desaparecido o se encontraban en crisis, se hacía el llamado a construir un nuevo partido, en lo teórico, en lo político y en lo orgánico. Se declaraba que aunque hasta ahora aparecía como espontáneo el movimiento, necesitaba una dirección, que le sería dada por el nuevo partido.

Firmaron la convocatoria a la asamblea nacional de balance y consulta 500 personas de 25 estados; se registraron 1 756 delegados; 752 recogieron sus credenciales

de delegados y hubo una participación (contando al núcleo que permanecía, a pesar de que hubo una continua población flotante) de más de 550 personas. Se consideró que la mayoría de los grupos de izquierda estuvieron presentes. El resultado principal de esta asamblea fue el descubrimiento de las diferencias estratégicas y tácticas que separaban al núcleo organizador del PST tanto de la llamada "izquierda tradicional" como de los nuevos grupos revolucionarios que habían aparecido en los últimos cuatro años. De esta manera, se vio la necesidad de rectificar la orientación de organización: en lugar de acudir a exmilitantes de partidos y de organizaciones de izquierda (de los que se decía que se habían desviado por los fracasos y las frustraciones), se proponía la tarea de acudir a las propias masas. En la asamblea se notó la ausencia de la clase obrera como sujeto real, constructor del partido. Por eso nació la nueva consigna: avanzar desde las masas y junto con ellas. Se insistió en la necesidad de construir comités de base como forma orgánica que respondiera a la necesidad que tenía el pueblo de hacer política (en contra de que otros la hicieran por él). Los comités tenían el cometido de movilizar, educar, y conducir al pueblo trabajador a la solución de sus problemas concretos y generales. El juicio que hizo el grupo organizador de esta asamblea se puede resumir en lo siguiente: "En la asamblea se reflejó la inmadurez teórica y política que vive todavía el movimiento revolucionario de México, su débil contacto con los trabajadores y su gran escolasticismo. Se acordó crear una comisión coordinadora de grupos y tendencias para instrumentar la discusión fraternal y la crítica revolucionaria, la asamblea de julio nos confirmó la necesidad de continuar nuestro trabajo con la consigna central 'organicemos el PST.'"

Se siguió con la idea de que el partido estaba disperso entre los trabajadores. El reto ahora implicaba vincularse con las masas por un lado y retirarse del dogmatismo y sectarismo de los grupúsculos y exmilitantes de izquierda, por el otro. El grupo confesaba que se estaba enfrentando al aprendizaje de organizar al pueblo. Así se insistió en que era tesis fundamental la que expresaba que sólo un partido que avanzara desde las masas, junto con ellas, expresando conscientemente sus aspiraciones, sus intereses, sus necesidades con una teoría de vanguardia, podía desempeñar un papel dirigente en la sociedad mexicana.

#### *Planteamientos básicos del PST acerca de la organización*

Como método fundamental se proponía detectar los hechos reales para diseñar la manera de transformarlos. Se definía que la teoría era práctica acumulada, pensada, reflexionada, sistematizada. El examen de la situación nacional había llevado a la conclusión de que las condiciones para conquistar un gobierno popular revolucionario estaban madurando aceleradamente, por lo que al PST le tocaba aportar la condición principal: un partido capaz de encabezar a la clase obrera y de servirle como instrumento para la formación del bloque mayoritario de fuerzas. El pueblo debería hacer política y aprender y practicar la ciencia de gobernar a través del PST. Así, se establecía que para llegar a la toma del poder y a la construcción del socialismo era imprescindible una política científica elaborada por el partido y comprendida y aplicada por todo el pueblo. Por esto mismo un objetivo estratégico inmediato era la construcción del partido, la cual signifi-

ficaba organizar a lo mejor del pueblo trabajador, dotarlo de un programa y de una estrategia y táctica revolucionaria. El partido garantizaría la conducción del pueblo trabajador a la victoria. En un principio (1973-1974) el partido se concebía como un partido de cuadros con amplia base militante y miembros vinculados estrechamente a las grandes masas trabajadoras ante quienes el partido hubiera logrado prestigio y simpatía. Las masas trabajadoras harían la revolución, pero eran los cuadros y dirigentes políticos los que la organizarían.

Para principios de 1975 se cambió un poco el matiz. Los hechos, se afirmaba, habían impuesto la necesidad de construir un partido de masas atrayendo a sus filas a cientos de miles de trabajadores; sindicatos, ligas campesinas, uniones y asociaciones de masas.

Había que construir al partido en lo orgánico, en lo teórico y en lo político, incorporando a miles de trabajadores a su construcción para hacer de él un verdadero instrumento de las masas y de la política una ciencia de millones de hombres. Esto implicaba adoptar una práctica planificada, organizada y consciente. El partido, embrión del estado socialista, debía construirse sobre bases reales y no ideales; la teoría de la construcción del partido no debía ser un tema de intelectuales aburguesados sino estar al alcance de los trabajadores. La política se definía como la ciencia de gobernar y se postulaba que era indispensable que los trabajadores la manejaran con la misma habilidad con que hacían uso de sus herramientas de trabajo; había que construir el partido a través de las luchas diarias, pues en una lucha victoriosa o bien conducida el pueblo aprendía en un día lo que le llevaría años aprender sin la lucha. Los cuadros profesionales, de tiempo completo, que garantizaban la atención permanente a

las luchas de los trabajadores deberían estar atentos a las iniciativas de estos y sobre todo a las nuevas formas de lucha descubiertas por ellos. Esto abriría la potencialidad que conformaría un poderoso partido nacional de masas.

De 1975 a 1979 los objetivos estratégicos del PST se concretaron en tres: construir el partido, conquistar el registro nacional, y defender y ampliar la legalidad para que los trabajadores obtuvieran mejores condiciones de lucha. Para que la clase obrera se convirtiera en clase dirigente se tenía que elevar su papel social.

El trabajo de organización conectó al partido con muchos líderes naturales a los que la labor organizativa partidaria trataba de formar como cuadros. Se repetía que era imperativo educar y organizar a los educadores y organizadores. Se defendía que aprendiendo a gobernar el partido se preparaban los trabajadores a gobernar el país. La apertura del partido a sectores de las masas a través de las jornadas de lucha le allegó a miles de trabajadores que rebasaban la dirección e imponían formas espontáneas. Esto se analizó como enfermedad benigna de crecimiento; para remediarla había que convertir a todos en militantes (organizándolos). Se afirmaba que se tenía que saber aplicar dialécticamente la contradicción entre desarrollo y consolidación, pues sólo con organismos consolidados se podía desarrollar el partido. El partido era la suma de organismos y no de individuos; cada uno de sus miembros tenía el deber de ser un elemento organizado y militar en algunos de los organismos partidarios, ya que el partido era la suma superior de sus organizaciones, y a su vez cada militante debería ser el germen de una organización partidaria. También había que desatar la potencialidad del pueblo para que hiciera política proletaria. Se proclamaba que el par-

tido debía hacer prevalecer en su seno los intereses históricos de clase obrera; que era obligación ineludible luchar por una sana composición orgánica con militancia obrera y una dirección disciplinada capaz de ponerse a la cabeza de las masas. Otro postulado era el relativo a la confianza que se debía tener en las masas y a saber descargar en el pueblo las tareas de la construcción partidaria. Como todos los análisis llevaban a la conclusión de que la situación nacional requería un PST fuerte, éste debía violentar un tanto sus plazos, y no permitir un desarrollo desigual sino impulsar una construcción simultánea y en masa del partido, que a su vez debería contar con una dirección altamente calificada, capaz de gobernar de acuerdo a principios científicos y de extender el papel dirigente del partido al movimiento de masas. De todo esto resultaba que los trabajadores no eran el objeto pasivo sino el sujeto principal, responsable directo de la construcción del partido.

### *Los comités de base*

Desde principios del partido se ha insistido en que la manera de organizar a los trabajadores en lucha es a través de los comités de base. Éstos se definen como organismos relativamente amplios enclavados en las fábricas, sindicatos, empresas, oficinas, ejidos, comunidades indígenas, ranchos, colonias, barrios, escuelas, etcétera. Cada uno tiene que estar integrado por un mínimo de cinco miembros y un máximo que no impida la agilidad de acción. El comité ejecutivo de cada uno de estos comités estará formado colectivamente por un presidente, un encargado del periódico del partido y un responsable de finanzas. Ya consti-

tido el comité tiene que programar su trabajo local, todos los miembros deben participar responsablemente en la toma de decisiones y en la discusión de los problemas. Los comités tienen la misión de promover la iniciativa creadora de sus integrantes, la disciplina, la puntualidad; elevar el nivel cultural y político; vigilar el cumplimiento de los acuerdos; estudiar los materiales que les envíe la dirección, y formar nuevos comités. A través de los comités el partido enfrenta los problemas del lugar donde están enclavados para colaborar en su solución. El nombre de cada comité puede ser el del lugar donde se encuentra, el de algún revolucionario o el de una consigna revolucionaria.

A través de la vida orgánica y del programa de lucha local, los comités se convirtieron en una escuela política. Cuando la concepción orgánica del partido se transformó hacia la estructuración de un partido de masas, se abrió la estructura partidaria hacia las organizaciones de masas pero se mantuvo la idea de que la forma básica de organización debía ser la de los comités de base. Debido a la dificultad para construir comités de base estables, en 1977 Talamantes elaboró las llamadas "normas mínimas". Los comités de base no sólo había que construirlos estatutariamente: había que aprender a gobernarlos y a hacer surgir de ellos nuevos comités. Se decía que la manera para construir un comité debía ser la siguiente: por medio del periódico o de volantes convocar a los trabajadores de una zona a reunirse para levantar su lucha. Cuando se tuviera al menos a cinco, se le tenía que citar a una reunión para invitarlos a constituir un comité de base, al cual tenían que ponerle nombre, elegir democráticamente su dirección, fijar día, lugar y hora de reunión semanal. Asimismo debían participar invitando a nuevos compañeros. Las reuniones se debían

comenzar siempre con lista de presentes, luego continuar con los problemas o temas a tratar y terminar con asuntos generales. Las normas mínimas de funcionamiento incluían la obligatoriedad de una reunión ordinaria regular, el requerimiento de la elaboración de una orden del día para la reunión; el diseño de un plan de crecimiento; un plan de construcción y de programa de lucha, el imperativo de programar sesiones semanales de educación política; la cuota de la venta de cien periódicos a la quincena; la presión de crecer semanalmente con diez nuevos militantes, hacer finanzas por mil pesos mensuales, repartir mil volantes a la semana y de reunirse el comité ejecutivo del comité de base media hora antes para la planificación de la reunión.

Con estas orientaciones, Talamantes al frente del Valle de México, se ufanaba de haber dinamizado la estructura orgánica y de haber puesto las bases para ir minando la estructura caudillesca de un jefe con masas. Esta experiencia se quiso generalizar a todo el partido con el documento de las normas mínimas. A un año de su elaboración se arengaba a cumplirlas alegando que habían demostrado su eficacia: en muchos lugares a partir de un trabajador miembro del partido había sido posible construir todo un organismo de defensa hasta de centenares de compañeros. [No obstante las experiencias de esta naturaleza no eran repetibles por todos y cada uno de los militantes. Había muchos que podían dejarse arrastrar pero no construir. Esto se demostró en los hechos a pesar de las insistencias de la dirección, y todo se debía a un atraso político con el que la mayoría llegaba al partido. Había necesidad de un tiempo de militancia y de educación para elevar el papel, y la capacidad.] Las normas orientaban a los militantes sobre cómo lanzar volantes

e "invitar a cincuenta o cien para llegar a cinco"; fijar con exactitud la hora, lugar, fecha y motivos de la reunión; y a completar la invitación escrita explicando verbalmente de lo que se trataba casa por casa. Una vez constituido el comité con esas cinco personas, había que garantizar su construcción como instrumento de lucha y organización de los trabajadores del lugar. El comité debía cumplir con las normas mínimas.

Como es lógico, los nuevos militantes requerían orientación y atención hasta que pudieran gobernar su comité por sí mismos y cumplir con el programa de lucha y plan de construcción. De hecho, muchas veces se levantaron comités que se pensó que estaban listos, y cuando se les dejó, pronto se dispersaron. La construcción requería de más tiempo y mayor preparación que la que parecía era la apropiada.

Antes de entrar a la campaña de las elecciones federales de 1979, se veía que había que intensificar la tarea de construcción de comités, ya que sólo con los comités de base se garantizaría el buen funcionamiento de las direcciones regionales, distritales y estatales. Se argumentaba que con el partido enraizado en la base misma del pueblo se tendría una gran preparación para el combate político de las elecciones. Durante la campaña electoral, para que ésta no desmantelara al partido, se insistió en la urgencia de seguir construyendo y consolidando comités. Se pusieron en marcha varias medidas: comités (estatales, distritales, regionales) organizadores para que construyeran los comités estatutarios; desmantelamiento de direcciones medias para que se constituyeran a partir de los comités, etcétera. No obstante los cálculos (repetidos e inculcados obsesivamente) la vida política no respondía a mecanismos numéricos progresivos.



### *El secretario general*

El primer secretario general elegido en la asamblea constituyente de mayo de 1975 fue Rafael Aguilar Talamantes. Sin embargo, en la asamblea nacional de autocrítica, balance y programación de octubre de 1976, al criticar el hecho de que el partido había recargado prácticamente sobre él toda la dirección y que eso impedía la formación del partido, Talamantes renunció sorpresivamente argumentando que no quería ser el eterno dirigente que acumulaba poder caudillesco porque el partido no sabía gobernarse solo. Como nuevo secretario general (el segundo) propuso a Graco Ramírez. Esto provocó desconcierto y algunos dirigentes empezaron a manejar que había habido un "dedazo". En una reunión posterior Talamantes explicó que había propuesto un solo nombre porque el secretario general tenía esa facultad para preservar la unidad del partido con una candidatura única.

De hecho, durante la dirección de Graco el poder detrás del trono siguió siendo de Talamantes. Los dirigentes estatales y regionales acudían a él y esperaban sus orientaciones. Por eso, en la asamblea nacional extraordinaria de abril de 1978 volvió a ser elegido como secretario general. Cuando llegó el momento de colocar a los candidatos más viables para diputados en las listas plurinominales, él quedó fuera de toda candidatura. Argumentó que tenía que cuidar la estructura partidaria como secretario general. No obstante las declaraciones al respecto, en el partido la figura fuerte, pensante, dirigente ha seguido siendo la de él. El partido prácticamente ha abdicado en él la dirección en toda su extensión. Él es la figura fuerte y las demás instancias de dirección partidaria dependen de él. A su alrededor, como figuras de segundo orden

están del núcleo más antiguo, además de Graco (quien a veces juega un papel un poco más independiente), Pedro Etienne (de Tamaulipas, egresado de la Universidad Iberoamericana y de la UNAM) y Jorge Amador (abogado de Guadalajara y egresado de El Colegio de México), quienes además de haber ocupado puestos importantes en la comisión ejecutiva han estado al frente de diversas regiones.

### *El comité central*

Antes de la asamblea de mayo de 1975 la comisión nacional organizadora del PST tenía el cometido de organizar al partido. La CNO estaba estructurada con una comisión central ayudada de un aparato adjunto en el que participaban cuadros organizadores con el cometido de contactar y seleccionar nuevos cuadros y echar a andar direcciones estatales que habían diseñado con quince miembros. Con la estructuración estatutaria a partir de la asamblea constituyente fueron designados sesenta y cuatro miembros para el primer comité central, en el que figuraban cuadros formados en la lucha de masas. Algunos de ellos nunca acudieron a los plenos del CC y prácticamente la labor que esta instancia orgánica debía desempeñar la cumplieron el secretario general y la comisión ejecutiva. Se vio la necesidad de crear la categoría de "candidatos a miembros del CC" para incorporar a nuevos dirigentes, y se creó la sección de delegados centrales del CC, que eran cuadros profesionales que podían ser destacados a atender a los organismos estatales, regionales o a los frentes de masas. A pesar de cierto voluntarismo que se reforzaba con la consigna de "sí se puede", las reuniones del CC se fueron convirtiendo en el lugar en

el que se daban los informes y se recibían las orientaciones de construcción y lucha.

Así se llegó al segundo comité central (nombrado en la asamblea de octubre de 1976) que prosiguió con las mismas faltas que el primero: prácticamente un pequeño núcleo seguía ejerciendo la dirección. Para julio de 1977, de los noventa y seis miembros a los que había ascendido el CC, se habían separado trece y sólo alrededor de sesenta (cincuenta y tres eran profesionales de tiempo completo) acudían a los plenos. Para fortalecer el CC y sus aparatos (la comisión ejecutiva y la sección de delegados centrales) se acordó abrir un período de promoción de los cuadros más destacados en el trabajo de construcción del partido para que pasaran a ser candidatos a miembros. Cada comité estatal propondría listas de candidatos; la comisión ejecutiva la concentraría para integrar una propuesta única que se presentaría ante el consejo nacional de dirigentes, el cual, a su vez, haría el balance de un año; resolvería la táctica a seguir en el período inmediato y plantearía un plan nacional de lucha por el registro.

Se acordó que los miembros del CC tendrían que proporcionar informes escritos así como contribuir con artículos en el periódico y en la elaboración teórica del partido. Todo recaía en un grupo. El tercer CC fue nombrado en abril de 1978. A pesar de las consultas a las direcciones locales, la integración de todos los CC era una decisión de cúpula, pues en las asambleas donde se proponía no había discusión de los integrantes, las manos se levantaban para aprobar una enorme lista donde muchos de los nombres mencionados no eran muy conocidos. El tercer CC siguió adoleciendo de los mismos defectos de los que le precedieron. Hubo ocasiones en que el *quorum* para los plenos no se llenaba; la dirección de un grupo y no pocas veces de una sola persona se seguía imponiendo.<sup>1</sup>

### *El periódico y las finanzas*

En sus números del 5 al 8 *El Insurgente* (nueva época) fue un instrumento para que el grupo separado del CNAO se diera a conocer. En el número 9, en el cual apareció la estrella roja inclinada hacia la izquierda, se publicaron los anteproyectos sobre la situación del país y el programa de acción para la reunión de julio de 1973. Como apoyo a la marcha de noviembre de 1974 salió el número 16, con el nombre de *El Insurgente Socialista*. Desde entonces, pese a planes de tiraje y periodicidad, dicha publicación ha tenido una vida muy irregular (a mediados de 1975 se discutía como grave problema el que no hubiera aparecido durante cinco meses; el número 100 apenas vio la luz en 1982, cuando había propósitos de que la edición fuera quincenal, semanal o diaria). Hasta el momento ha sufrido varias modificaciones en el formato, con la finalidad de hacerlo más funcional y atractivo, pero su "talón de Aquiles" ha resultado ser lo relativo tanto a la concepción misma de lo que es un periódico partidario que realmente llegue a los militantes y a las masas como lo concerniente a las finanzas. Salía un número y no había dinero para volverlo a tirar. Muchos ejemplares están guardados en los locales; la mayoría de las veces las direcciones medias se gastaban en otros renglones lo conseguido por la venta del periódico.

Esto trae a colación otra de las fallas crónicas en el partido: las finanzas. Se arrastraban deudas de pago de rentas de locales; no pocas veces cortaban el teléfono por adeudo no cubierto. Se insistía en la necesidad de generar finanzas de la base partidaria, con el argumento de que el pueblo debía pagar sus luchas. Pero las fallas de construcción en comités se reflejaban en

deficiencias financieras: La inmensa mayoría de los cuadros medios ponían más sus esperanzas en conseguir donantes entre el llamado sector nacionalista revolucionario, pues esa era la orientación que la dirección daba. Esto resultaba muy aleatorio. Cuando el nivel de la lucha subía, la ayuda solía retirarse. Se fomentaba la costumbre de "botear", y aunque se organizaban campañas financieras, los gastos no se cubrían. Esto se resentía en que los cuadros profesionales no recibían la exigua cuota que se les había asignado. A finales de 1978 por primera vez se dieron cuentas públicamente: había seis donantes irregulares; en abril la dirección central había obtenido ingresos por 190 000 pesos; 131 710 en julio; 577 183 en agosto, y 520 900 en septiembre. Con el registro definitivo, el partido empezó a contar desde septiembre de 1979 con el aporte que la LOPPE establecía, además de las dietas de siete diputados que se manejaba centralmente.\*En 1982 los ingresos provenientes de esta fuente aumentaron.

#### *Asimilación de la línea*

Otra de las fallas crónicas en el partido era el analfabetismo (real y funcional) de la mayoría de su base y aun de sus cuadros medios. En la dirección, el activismo llevaba a que hubiera poca lectura y estudio y a caer cierto eclecticismo propiciado incluso por el secretario general. A pesar de que se proclamaba marxista-leninista la transmisión de esta línea venía mediada por los documentos básicos que no eran conocidos (estudiados ni leídos) por la mayoría de la base y por algunos dirigentes. Esto influía en una asimilación desigual permanente de la línea partidaria. Muchos de

los planteamientos teóricos postulados en las asambleas partidarias eran aceptados sin discusión y no pocas veces sin que se comprendieran. La mayoría de los grupos sólo estaba interesada por la solución de sus problemas concretos. Se organizaron varias reuniones de educación política (mediados de 1974, mediados de 1975), seminarios cerrados de la comisión ejecutiva y del aparato adjunto en junio de 1977, cursos, etcétera, hasta llegar a la llamada "conferencia ideológica" en marzo de 1980. Empero, la tendencia de la mayoría era proseguir con una cultura oral: oír las intervenciones de los dirigentes principales y repetir las entre las bases. El proceso de desgaste del mensaje también era recurrente.

#### *Una instancia partidaria clave*

Una instancia partidaria clave para generar la organización provisoria, no estatutaria, pero eficazmente presente en toda esta etapa fue la que se concretó en los llamados comisarios, delegados y brigadas. Desde la separación del CNAO, y de la estructuración de la CNO (comisión nacional organizadora) la manera como el partido se conectó con las luchas de masas y levantó su organización fue a través de cuadros enviados a cada entidad y regiones consideradas clave. En enero de 1974 se distribuyen geográficamente brigadas organizadoras. Cuando en 1975 se vio que el plan nacional de desarrollo no se había cumplido, se nombraron brigadas centrales para que ayudaran en cada estado a cumplirlo. En 1976 se dio la siguiente orientación: cada comisario del comité central, cada delegado central, cada miembro del comité central representaría al estado (entidad federativa) bajo su responsabilidad *como*

si fuera un país, y la construcción de un partido para ese país.

Al principio se veía que a partir de un comité estatal organizador se podía desatar toda la estructura partidaria que debía llegar a la forma estatutaria. Se hacía ver que el proceso de construcción de la dirección era diferente al de la construcción de la base, pues en aquel punto de partida siempre era el cuadro o núcleo más preparado —el cual se reproducía a través de los cuadros naturales que aportaba el proceso—, mientras que en la construcción de la base se partía de la multitud de núcleos no partidarios contactados, los cuales se iban incorporando a la organización partidaria en el transcurso de la lucha.

Se decía que posteriormente había que formar un comité estatal organizador; integrar a todos los dirigentes de base y a todos los cuadros con disposición de trabajar, y lograr unidad y concepción de acción; ir a la vez a la dirección estatal y a los organismos de base para luego construir los regionales. Con el fin de abrir todos los distritos electorales a la lucha partidaria, después de la asamblea nacional extraordinaria de 1978 se designó un comisario político del CC como responsable de cada uno de los estados de la república, para llegar primero a todos los estados y posteriormente a todos los distritos federales electorales. La obligación era contar con un comisario político por cada distrito. Éste debería ubicar un local partidario en la cabecera distrital; citar a los trabajadores del lugar; dividirlo en regiones (en diez regiones según su importancia política) y debería llegar hasta el nombramiento de un comisario regional. Así, de una escasa y desigual presencia en veintidós estados y en menos de los trescientos distritos, se logró llegar a todos los estados y a cubrir prácticamente todos los distritos. No se cum-

plió con lo relativo a las regiones. Por eso a través de varios intentos orgánicos que pretendían crear la dirección desde los comités de base reorganizados después de la campaña electoral, la dirección tomó el acuerdo de hacerlo a partir de las regiones.

A mediados de 1981 se empezó a preparar la campaña de 1982, y para ello se trató de cubrir tres mil regiones (diez por distrito) con comisarios regionales para que construyeran comités de base (diez por región). Una política importante en el partido ha sido la de la vinculación de los cuadros dirigentes más experimentados a la tarea de generar las direcciones estatales, a quienes se les ha enviado a diversos estados. La construcción orgánica de las direcciones medias e intermedias ha sido muy lenta, se ha preferido dismantelar una dirección media e intermedia endeble y con caudillismos obstaculizantes de la reorganización desde abajo, para dar la orientación en el sentido de que desde los mismos comités debería provenir el impulso de crear a estas direcciones. Como esto no ha dado el resultado previsto se ha insistido en el intento por constituir la dirección intermedia a partir de las tres mil regiones. El esfuerzo porque todo dirigente tenga militancia en un comité de base ha tratado de impedir direcciones desvinculadas. Así, a los comisarios se les ha encomendado desatar la organización de base y consolidar la dirección media e intermedia.

#### *Combinación de la lucha con la organización*

La importancia de organizar a las masas contactadas fue la razón por la que el grupo fundador del PST se separó del CNAO. A partir de ese hecho se ligó a movimientos de campesinos en Veracruz y de colonos

en Acapulco; se levantaron luchas campesinas y urbanas y si en un principio el desarrollo de las luchas se llevaba todo el esfuerzo, pronto se llamó la atención y se empezaron a poner medidas para traducir esas luchas en organización partidaria; 1974 había culminado con una marcha de varios miles de campesinos en la ciudad de México, y 1975 se había abierto con una marcha campesina desde Veracruz que fue detenida por el ejército en Tlaxcala.

Para mediados de ese mismo año la lucha campesina y urbana se había extendido a varios estados, lo cual se concretó en la consigna de que para construir al partido había que realizar jornadas de lucha en los diferentes frentes de masas.

A finales de ese año se había logrado un mayor desarrollo en el frente de trabajadores agrícolas. Con la jornada de lucha en contra del latifundismo rural y urbano se había levantado la insurgencia tanto en el campo como en las ciudades. Ante las oficinas de la SRA se llevó a cabo un "plantón" permanente en el que participaron militantes de trece colonias proletarias del DF y campesinos de Veracruz, Puebla, Hidalgo, Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí, Morelos y Sonora. Se habían conseguido triunfos en la afectación de latifundios en Veracruz, Hidalgo, Zacatecas y Puebla y la regularización de varias colonias. En el frente obrero sindical había actividad pero todavía no se lograba la cohesión: había avances en la rama del transporte en virtud de que militantes del partido mantenían contra todos los ataques y maniobras la dirección de un importante sindicato independiente; pero todavía no se construían comités de base en el sindicato. Con los transitorios de PEMEX se llevaron a cabo tareas de solidaridad y penetración, pero había quedado incompleta la integración orgánica de

dichos trabajadores. Había también trabajo de penetración en la rama textil, metalúrgica y ferrocarrilera así como con trabajadores de las grandes empresas comerciales. Se establecieron ciertos nexos con trabajadores de la tendencia democrática del SUTERM: desde hacía más de dos años el partido se había ligado a la insurgencia del antiguo STERM a cuyo frente estaba Rafael Galván. Al respecto se decía: "las coincidencias estratégicas con los compañeros del Movimiento Sindical Revolucionario son enormes, compartimos la táctica de lucha sindical que ellos enarbolan, como es la de no atomizar al movimiento obrero, sino conducir la insurgencia ahí donde se encuentran los obreros, uniéndolos en su lucha al margen de siglas y centrales. Ambos marchamos por la línea estratégica y táctica de la APR". En Puebla, San Luis Potosí, Guanajuato, Coahuila y Michoacán no sólo había tareas de solidaridad sino una ligazón política más estrecha. Por ejemplo, en Celaya militantes del PST incidían no sólo en dirigir las consignas de marchas y mítines, sino que llegaban a la integración orgánica de trabajadores electricistas de la región. Respecto del frente sindical la comisión encargada criticaba la insensibilidad que la mayoría de los organismos del partido mostraban en las tareas de solidaridad y vinculación con el movimiento obrero. Dicha comisión enfatizaba que el PST necesitaba construirse entre la clase obrera, e insistía en que no debería haber insurgencia obrera en la que los militantes del PST no participaran a través de su solidaridad, prensa, volantes, círculos de estudio, etcétera.

A mediados de diciembre de 1975 tuvo lugar la sexta reunión nacional de dirigentes campesinos del PST. En ella se planteó que muchos de los acuerdos tomados con las autoridades para llegar a una solución no se había cumplido; el burocratismo seguía al igual

que el tortuguismo y la desesperación de los campesinos. A finales de ese mes se llevó a cabo la primera reunión de dirigentes juveniles del partido.

En febrero de 1976 se realizó la primera conferencia estatal de organización en el DF. Asistieron pobladores de las colonias Ajusco, Ruiz Cortines, Guadalupe Chalma, Paraje Zacatepec, Santa Martha, Santa María A., Cantera del Peñón, San Clemente, Puente Colorado, Tetelpan, San Bartolo Ameyalco, Las Águilas, La Angostura y Panteón Jardín. Se analizó que había sido un error grave haber desarrollado un intenso trabajo en las colonias sin haber generado un trabajo obrero consecuente. Se orientaba constantemente a los organizadores del partido a acudir donde se encontraban los brotes de insurgencia obrera y campesina para dotar a estas luchas de la orientación política correcta y acrecentar y organizar la base popular.

El recuento de lo realizado hacía ver que el movimiento del partido se incrementaba: jornadas en contra del latifundismo rural y urbano, movilizaciones, gestiones, varias reuniones de dirigentes campesinos, parada permanente ante la SRA, marcha de la victoria en Poza Rica (de cuatro mil campesinos) para celebrar la afectación de dos mil hectáreas; dos conferencias nacionales para el trabajo obrero sindical, la elaboración de una línea política en este frente y la penetración en algunas ramas industriales. También habían tenido lugar tres reuniones de dirigentes estudiantiles, una reunión nacional de mujeres insurgentes, una reunión nacional de maestros insurgentes y reuniones sindicales de responsables de los frentes de trabajadores agrícolas, trabajadores intelectuales, obrero sindical, juvenil estudiantil, educación política, información, finanzas, propaganda y agitación, con sus respectivas movilizaciones de cuadros, preparación

política, planeación y participación en las luchas de masas.

En febrero de 1976 más de 3 700 representantes de 90 000 cafecultores pequeños participaron en el diálogo nacional de pequeños cafecultores. En el acto de aniversario de la expropiación petrolera en Poza Rica el 18 de marzo, se reunieron ocho mil militantes y simpatizantes del PST. En abril se había efectuado el encuentro nacional de estudiantes democráticos; en mayo de ese mismo año, 1976, la conferencia nacional para la organización de la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA). Todas estas actividades daban por resultado experiencia, actividad y el fortalecimiento de un partido que vivía a través de sus reuniones y movilizaciones.

Para cumplir la consigna de "sembrar el partido en mil lugares" la herramienta más eficaz fue la de las jornadas de lucha. Sin embargo, los cuadros organizadores dudaban entre dedicarse a las luchas, a las gestiones o a la organización. La orientación del partido señalaba que para levantar la organización había que desatar las luchas; éstas no podía quedarse sin una organización. A mediados de 1977 se constituyó formalmente la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA). Su gran base eran los sindicatos de productores de café y tabaco, los jornaleros y los solicitantes de tierras. El sindicato de los productores de café tomó el nombre de Lázaro Cárdenas y el del tabaco el de Benito Juárez. Al acto constitutivo acudió gente de los estados de Chiapas, San Luis Potosí, Hidalgo, Puebla, Guerrero, Veracruz, Colima y Oaxaca, principalmente.

A finales de 1977 en el análisis acerca de la construcción del partido se llegó a la conclusión de que se estaba rebasando la fase embrionaria de construcción

de la base y la dirección. Se había despertado inquietudes y esperanzas en muchos sectores de trabajadores en cuanto a la solución de sus demandas; el partido había demostrado una gran capacidad gestora, pero faltaba una estructura partidaria en el movimiento de masas vinculado al partido. La resolución más importante fue que la tarea más revolucionaria era la de construir el partido a nivel nacional, en lo teórico, lo político y lo orgánico. Las consignas principales fueron: mantener el rumbo y mejorar el ritmo. La construcción masiva del partido implicaba confianza en las masas: eran los obreros, los trabajadores agrícolas y los trabajadores intelectuales los llamados a construir el partido, el cual se edificaría, no donde se podía, sino donde se debía. Esto implicaba una construcción científica; es decir, la localización de los lugares geográficos del país, de los sectores estratégicos de la economía y el acercamiento a todos los frentes de masas con política proletaria. Se proponía combatir el parcelismo y las actitudes sectarias: todos los organismos tenían responsabilidad total, lo que implicaba, además, la aplicación de un estilo correcto en la división del trabajo.

A pesar de la insistencia en la vinculación política con las luchas obreras; a pesar de las orientaciones respecto a la flexibilidad táctica, en este frente no se avanzaba. Se instaba a hacer el censo nacional de obreros del PST para conocer el potencial que había generado el trabajo del partido "donde se vivía", y con ello sentar las bases para pasar a la organización "donde se trabajaba". La idea parecía magnífica, pero de un activista en una colonia no se pasaba necesariamente a un activista en centros de trabajo.

Durante todos los años de experiencia del PST la dirección enfatizaba constantemente la necesidad de que

el partido se construyera principalmente en el seno de la clase obrera; no obstante, la comisión obrero sindical informaba de un desarrollo lento y raquítico. El frente juvenil y el de mujeres avanzaban. En los primeros meses de 1978 se realizó la conferencia nacional de mujeres insurgentes. Se planteó que en la lucha de los trabajadores la mujer mexicana tenía un papel importante. De hecho muchos movimientos combativos habían sido realizados por mujeres. Además, resentían más que cualquiera los efectos de la crisis, su papel de madres, esposas y trabajadoras las llevaba a plantearse la necesidad del cambio. Se veía la necesidad de organizar en un frente de masas a la mayoría de las mujeres del pueblo. Así, serían las aliadas organizadas de la clase obrera en su lucha por un gobierno de los trabajadores. A este acto acudieron alrededor de seiscientas mujeres del DF, Jalisco, San Luis Potosí, Colima, Tamaulipas, Aguascalientes, Tabasco, Hidalgo, Puebla, Michoacán, Veracruz, Baja California, Guanajuato y Oaxaca.

#### *Los planes numéricos*

Los planes de construcción siempre han quedado bastante lejanos de lo conseguido en la realidad. A mediados de 1973 se planteaba que en todos los estados debía existir una dirección local de quince miembros, pero a principios de 1974 sólo había núcleos en seis estados y contactos en seis más. Después se delineó el plan de acuerdo con las exigencias de la entonces vigente ley electoral (sesenta y cinco mil miembros en veintidós estados y en la mayoría de los municipios); para septiembre de 1974 sólo había trabajo partidario en diecinueve estados. En 1975 se diseñó centralmente un plan que contemplaba la creación de por lo menos

cien comités de base por estado, y dieciséis mil afiliados; para febrero de ese año se constató que había un descenso, pues la influencia se extendía a diecisiete estados. En mayo se había ampliado a veintidós. El balance de la campaña de afiliación arrojaba como resultado que no se había cumplido, y que a los afiliados se les había dejado sueltos. Se volvió a elaborar otro plan a cumplir de agosto de 1975 a noviembre de 1976, en el que se proponía la cuota de afiliación masiva de medio millón de militantes; se planteaba la integración de ciento sesenta regionales con mil seiscientos lugares, a cada comité se le asignaba la tarea de la afiliación de trescientas personas. Este plan fue sufriendo algunas modificaciones. No cambiaba en lo relativo al comité ejecutivo estatal, pero variaba en la exigencia de comités de base por estado: de cien se bajó a cincuenta. Después se volvió a subir la cifra requerida de regionales: de cinco polos se regresaba al número de diez, por estado con sus respectivos cien comités de base; de 10 000 afiliados por estado se subió a 15 000 y al DF se le asignaron 30 000. No había controles confiables: se calculaba en 100 000 la militancia.

En enero de 1976 sólo se constataba el trabajo en dieciocho estados. Antes de lanzarse por el registro, en octubre de ese año se calculó que los militantes alcanzaban la cifra de 122 000, pero sólo se tuvo constancia documentada de 30 000 afiliados. De las veinticuatro asambleas estatales que se debían haber realizado sólo se llevaron a cabo once, y de los 33 000 miembros que tenían que haber reunido estas once asambleas sólo alcanzaron a congregar 7 800.

Se había planteado que el registro se conseguiría si se cumplían dos condiciones: a) que el pueblo hiciera suyo al partido; b) que el Presidente de la República estuviera de acuerdo. Numéricamente, el pueblo no

llegó a pronunciarse. Echeverría, el presidente a punto de salir, daba el espaldarazo; por él el PST tendría el registro, pero el candidato a la presidencia, José López Portillo, tenía en mente otro mecanismo para el registro del partido: un registro por parte del mandatario saliente no era mucha garantía. Así la dirección aplazó la fecha para solicitar el registro y se reformaron los planes.

En enero de 1977 se volvió a lo de tener trabajo partidario en veinticuatro estados y a contar con cinco polos por estado. Talamantes, que se encontraba al frente de la organización partidaria en el DF, argumentaba que de seis comités que había recibido a finales de 1976 por sus orientaciones, se habían llegado a tener 56 en sólo tres meses. No obstante que esto se proponía como acicate a los demás dirigentes, a mediados de 1977 de veinticuatro comités ejecutivos estatales sólo había dos funcionando. El resto eran once comités organizadores estatales y cinco brigadas. De los 360 cuadros estatales previstos sólo se contaba con 48 y de los 120 regionales sólo se había llegado a 18; en lugar de 1 200 cuadros de dirección media había 300 y en vez de los 1 200 comités de base sólo se tenían 366. Finalmente, en lugar de haber alcanzado el medio millón de afiliados, había 20 000. Para septiembre de ese año existían sólo 19 núcleos estatales y los comités de base se habían incrementado a quinientos. En cuanto a los regionales no llegaban a 20. A principios de 1978 los planes insistían en las 24 asambleas de registro y 100 afiliados por cada comité de base; para abril de ese año había trabajo en 23 estados y se contaba con 767 comités de base. Es este tiempo, ante el contexto de la Reforma Política, la resolución fue luchar por el registro definitivo. La correlación de fuerzas reales impuso la aceptación de ingresar mediante el registro condicionado a las elecciones de 1979. A finales de 1978 en



vistas a la campaña, se delineaba que cada distrito debía tener 100 comités de base. Que en construcción simultánea y en masa se debía llegar a los 32 estados, a los 300 distritos, a 3 000 regiones y a 30 000 comités de base. Se debía alcanzar la cifra de 600 000 miembros partidarios con 2 000 por distrito y 15 000 constructores. Para finales de 1978 el partido no estaba representado en todos los distritos. Trabajaba en 203 distritos y hacía construcción partidaria en 164; ocho estados no tenían dirección distrital y se había bajado a sólo ochenta y cinco comités en dieciséis estados.

En enero de 1979 el partido calificaba su trabajo en los distritos de la siguiente manera: se había logrado un desarrollo avanzado en 159; un desarrollo medio en 106, y trabajo incipiente en 35. Finalmente, cubrió prácticamente la campaña en todos los distritos; pero a finales de 1980 reportaba que el trabajo de reorganización arrojaba la cifra de dos mil seiscientos treinta y cuatro comités de base pero sólo 1 308 estaban bien documentados; de los trescientos distritos se tenía documentación partidaria de ciento sesenta y cuatro; de los dos mil doscientos sesenta y siete municipios se podía decir que sólo doscientos treinta y dos direcciones habían cumplido con la reorganización; de los militantes reafiliados se tenía documentación de treinta y un mil novecientos setenta y seis (a mediados de 1981 se decía que éstos alcanzaban los cincuenta mil). En enero de 1983 se volvía a anunciar que el PST se reestructuraría de abajo hacia arriba, repitiendo la fórmula por quinta vez en sólo tres años. Se planteaba, como se hizo después de las elecciones de 1979, la necesidad de conquistar la legalidad estatutaria a través del funcionamiento "ejemplar" de organismos y militantes y se propuso que para junio de 1983 el partido se debía encontrar integrado según los estatutos. Mientras tanto, se declara que toda

la militancia entraba a un período de "prueba". De hecho, los planes orgánicos han ido quedando por muy encima, y los dirigentes, en vez de hacer un examen crítico de sus cifras y sus plazos ante cada nuevo plan, exigen que la base coree la consigna "sí se puede".

## Nota al capítulo IV

<sup>1</sup> En la asamblea nacional extraordinaria, realizada el 20 y 21 de noviembre de 1981, se modificaron la declaración de principios y los estatutos del PST.

La redacción de los principios cambió sobre todo en su forma. Se reacomodaron párrafos, cosa que implicó ciertos ajustes en la redacción (frases hilitivas), y se añadieron algunas precisiones. Entre éstas se cuenta la referencia a la necesidad de una visión teórica para "dotar al partido y al pueblo de la capacidad de comprender profundamente las peculiaridades del proceso de emancipación que ha vivido y vive nuestro país"; sólo así se puede llegar a tener una estrategia para construir el socialismo, un plan general de lucha para instaurar un gobierno de los trabajadores.

Se dice que una de esas peculiaridades es la de haber entrado en una nueva etapa en el proceso de emancipación nacional por el grado de desarrollo capitalista; por el interés concreto que las clases fundamentales defienden en el contexto de la contradicción general nación-imperialismo y del grado de conciencia y organización que han alcanzado "las fuerzas nacionales y populares". En este contexto se repite enfáticamente que la única clase que está dotada históricamente para emancipar a la nación, al pueblo, y a la sociedad mexicana es la clase obrera. Y se declara que se ha llegado al punto histórico en que se vinculan estrechamente, que casi se confunden "la tarea emancipadora nacional en la tarea emancipadora social", lo que significa que la tarea de liberar a México del imperialismo está íntimamente conectada con la de liberar a la clase obrera de la explotación capitalista. Así, la línea estratégica y táctica debe contemplar el papel que deben jugar el conjunto de fuerzas nacionales y populares. De esta forma la defensa de la soberanía nacional no es tarea burguesa sino proletaria.

Con este discurso se llega a la conclusión básica para el PST de que "los nacionalistas revolucionarios son aliados estratégicos de la clase obrera". [Si aquí se disipa lo que hasta entonces era confuso (aliados tácticos o estratégicos), la pregunta práctica política persiste: ¿cómo comanda el proceso la clase obrera de la que esa capa burguesa es aliada?].

Otro punto que se recalca en la nueva declaración de principios del PST es el relativo a que el partido es la vanguardia revolucionaria vinculada a las masas. Y se añade: "El partido es igual al todo, el partido es igual a la parte; en el partido el todo es igual a la parte". Se aclara: "En cada lugar donde se construya el partido éste será la parte más organizada de la clase obrera y el pueblo, será la suma superior de sus organizaciones". También una idea que se había venido manejando se introduce en los principios: la de la militancia ejemplar para conseguir la unidad de acción en "la construcción simultánea y en masa de los objetivos partidarios". [La desigualdad impuesta por la realidad no importa, la frase sigue caminando, aunque no su ejecución.]

Lo que sí es novedad es la introducción del centralismo democrático como la forma de gobierno más avanzada. Se vuelve a enfatizar que el sector nacional revolucionario [parecería preocupación declarativa] es el hegemónico en el aparato del Estado y que juega un papel principal como aliado de la clase obrera y de los trabajadores agrícolas. Se repite que la contradicción entre nación e imperialismo en México determina la lucha de clases. La tarea de construir el socialismo no es exclusiva de la clase obrera, es tarea obrera y popular.

Como consecuencia de todo eso, el PST se autodeclara en lucha por la más amplia y sólida unidad de las fuerzas democráticas revolucionarias y antimperialistas [que según la práctica pesetista sólo se encuentran en el sector "progresista" del gobierno]. Así se señala que el PST lucha por "el compromiso histórico de impulsar la lucha democrática para dotar de nuevo contenido, popular revolucionario, el pacto entre el movimiento obrero, campesino y popular de masas con el Estado de origen revolucionario".

Se destaca como punto nodal en el análisis el hecho de que el imperialismo "mantiene un sitio permanente sobre el aparato del Estado mexicano esperando el momento oportuno para tomarlo por asalto y ponerlo totalmente a su servicio". Así se destaca el papel de las fuerzas internas del gobierno que sostienen "una dura y difícil batalla" para mantener la soberanía nacional y la legalidad constitucional. En esta forma el plan general para la instauración del gobierno de los trabajadores requiere de un período de transición denominado "popular revolucionario", que no incluye la liquidación de la propiedad privada ni la disolución de las clases sociales sino la afectación al gran capital, sobre todo extranjero, para convertirlo en propiedad nacional y social. Se respetará la pequeña y mediana propiedad y aun la participación de grandes propietarios

que no violen la constitución y que estén dispuestos a contribuir a los objetivos de la emancipación nacional.

Los nuevos estatutos, que modificaron el emblema del partido (la estrella roja inclinada ahora se encierra en un engrane en el que viene el lema y las siglas), precisan que la función de dirigente es temporal y transitoria y no un privilegio, y definen el papel orgánico partidario municipal. En los estatutos se destaca que el partido puede permitir en su seno la existencia de organizaciones nacionales o locales, ya sea que el mismo partido las organice o que se le adhieran. En esta forma, la FNMI, UNTA y JST son parte constitutiva del PST. Hay modificaciones en lo respectivo a finanzas; la periodicidad de la asamblea nacional cambió (en vez de cada dos, cada tres años) y para darle su lugar a Aguilar Talamantes se creó el puesto de presidente del partido al que le sigue el secretario general. El mínimo de miembros para integrar un comité de base se redujo y se estipuló lo relativo a la militancia ejemplar; se dedica un capítulo especial a las organizaciones de masas, y se hacen otras modificaciones que la misma vida partidaria ha ido imponiendo, como son la unidad de producción de televisión, el papel de los suplentes en el comité central, etcétera.

Los textos de Declaración de Principios y Estatutos aprobados en la V Asamblea Nacional Extraordinaria del PST celebrada el 30 de abril y 1º de mayo de 1983 no se consideran en este escrito.

## V. La tierra prometida y los votos cosechados

### *Programa y plataforma*

Desde el proyecto mínimo de acción del PST de mediados de 1973, pasando por el documento de Alianza Popular Revolucionaria, se llegó a una primera redacción del programa de acción. El programa de acción es parte fundamental de los documentos básicos. La primera versión de éstos fue en 1975. Posteriormente, en 1978, el programa fue ampliado, y en 1983 readaptado.<sup>1</sup> En base a los lineamientos del programa de acción se perfilaron las plataformas electorales de 1979 y 1982.

En el programa se establece que el enemigo principal es el imperialismo y la gran burguesía; que la línea estratégica para vencerlo es la APR, cuyo núcleo lo constituye el proletariado industrial y agrícola. Esa alianza une, organiza y moviliza al pueblo, por sus demandas, y a todas las fuerzas revolucionarias, democráticas y antimperialistas. El programa sostiene que el PST nació en el contexto de la insurgencia obrera, campesina y popular; y que responde al reclamo de los trabajadores de contar con un instrumento superior de lucha. En el país se han creado las bases necesarias para llegar al socialismo, primero hay que llegar a un gobierno popular revolucionario. El programa popular revolucionario conlleva aspectos anticapitalistas, pero es sobre todo antimperialista, popular y nacio-

nal-democrático; levanta las demandas de la clase obrera y de sus fuerzas aliadas, nacionales y populares. La línea estratégica pretende unir el mayor número de fuerzas en torno a la clase obrera, lo que implica que a corto plazo esta última sacrificará tácticamente alguna de sus reivindicaciones socialistas y adoptará como suyas muchas de las reivindicaciones de la pequeña y mediana burguesía.

Con la política de APR, la clase obrera adquirirá la hegemonía. Se enfatiza el importante papel de aliado del sector nacionalista revolucionario, el que para mantenerse en el poder no puede sino aplicar medidas de tipo popular revolucionario (por la forma a la que ha llegado la confrontación de la línea nacionalista y proimperialista). Ante las riquezas petroleras se proclama que el gobierno popular revolucionario no sólo se puede instaurar por la vía de la crisis, sino también por la vía del auge. Se dice que la política del PST es proletaria, que lucha por el poder, por un gobierno de los trabajadores. La lista de reivindicaciones por las que el programa llama a luchar sería larga de mencionar, pero se pueden destacar las siguientes: En un apartado dedicado a lo específicamente político se plantea la necesidad de que el pueblo ejerza plenamente los principios constitucionales de la soberanía popular (artículos 39, 41, 136) y de que se haga realidad la vida y unidad democrática del pueblo (artículos 3, 27, 28, 123). Se propone la tarea de unir, organizar y movilizar al pueblo por sus intereses, diferenciando entre los intereses de la nación y los del imperialismo; entre los de los trabajadores y los de la gran burguesía. Se invita a iniciar una acción en contra de los funcionarios corruptos y de los que atentan en contra de los intereses de los trabajadores. Se proclama el derecho de los habitantes del DF a elegir a sus gobernantes y a la

elección de todos los miembros del poder judicial. Se invita a levantar la lucha por la amnistía para todos los presos y perseguidos políticos.

En política económica se llama a luchar para crear la alianza para la producción entre el Estado y los trabajadores. Se proclama que el PST pugnará por la elevación de la propiedad social a norma constitucional; por una reforma fiscal profunda que grave progresivamente el gran capital; por la nacionalización de la banca, de las industrias básicas que controla la inversión extranjera (alimenticia, químico farmacéutica, etcétera) y de todos los recursos energéticos; por un estricto control de cambios; por la cancelación de todas las concesiones a extranjeros para el usufructo de tierras y aguas; por el control total en manos del Estado de la comercialización de los productos agropecuarios; por la monopolización, también en manos del Estado, del comercio exterior, y por la liquidación de los monopolios del transporte.

En lo concerniente a las reivindicaciones de la clase obrera, se establece la lucha por la democracia plena en los sindicatos; por la participación de los trabajadores en la administración y dirección de las empresas del sector público; por el respeto al derecho de huelga, por la elevación general de los salarios, aumento de prestaciones, mejoramiento de las condiciones de trabajo, organización de comités populares de control de precios, y por el seguro de desempleo.

En lo tocante a las reivindicaciones de los trabajadores agrícolas, la plataforma se proclama por la liquidación del latifundismo privado para convertirlo en propiedad social de los campesinos; por la organización de la producción agropecuaria mediante la colectivización ejidal; por la organización nacional, según

las ramas de producción; por la sindicalización de todos los trabajadores agrícolas y por la restitución a las comunidades indígenas de sus tierras comunales.

En lo que hace a las comunidades indígenas, se llama a luchar por el respeto a sus tradiciones y lenguas y por la dotación de servicios. En el programa hay un punto relativo a las fuerzas armadas en el que se señala la importancia de rescatar la tradición anti-imperialista de éstas; se propone la sustitución del servicio militar nacional por la guardia nacional. Se llama a que el ejército mexicano se oponga a las guerras y presiones internacionales provocadas por el imperialismo; a que el ejército mexicano sea garante de los principios y derechos conquistados por el pueblo y plasmados en su Constitución, y a que se dé educación militar de acuerdo con las tradiciones populares, democráticas y antimperialistas. (Entre las nueve tareas concretas destacadas en enero de 1983, se precisaba la necesidad de confraternización con el ejército, la localización de oficiales o tropa que puedan ser ganados a las posiciones de la clase obrera, del pueblo.) Se convoca también a luchar por la plena incorporación de la mujer a las actividades productivas, políticas, culturales y sociales, por la creación de un sistema nacional de guarderías; porque todos los niños tengan pan, escuela, salud, etcétera. El partido se plantea acercar a los estudiantes y jóvenes a las posiciones de los trabajadores y a luchar por la democratización de la enseñanza. También llama a luchar contra el analfabetismo: porque a la política educativa la orienten los intereses nacionales y populares; por elevar a rango constitucional la autonomía universitaria; por la democratización de las universidades; por el ejercicio del artículo 3º, por el sindicato único de los trabajadores de la educación; contra la penetración imperialista; y

por la cancelación a particulares de las concesiones de radio y TV.

Por lo que respecta al problema habitacional plantea luchar por una ley de reforma urbana. Además, el partido en 1978, se propone luchar porque el derecho a la salud y a la seguridad social de todos los mexicanos sea elevado a rango constitucional.

En lo concerniente a la política internacional, el PST llama a combatir por el pleno respeto y defensa de los trabajadores migratorios; por el derecho de asilo a los perseguidos a causa de su dedicación a la defensa de la democracia y a su enfrentamiento en contra del imperialismo; por la aplicación de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados; por la solidaridad con todos los pueblos del mundo que luchan contra la explotación, el colonialismo, la dependencia, la guerra y a favor de la paz.

En lo que se refiere al punto particular de lucha electoral, el PST plantea que el pueblo trabajador (la mayoría de la nación) debe ejercer su derecho de gobernar al país. Para esto, lo electoral se tiene que orientar a que el pueblo trabajador conquiste, mantenga e incremente sus posiciones de poder. Se hace un llamado a luchar por restituirle su valor al voto popular; se establece que la lucha electoral forma *parte* de la lucha política general del partido.

Así, en las elecciones de 1979 se planteaba que lo fundamental no estribaría en conseguir un triunfo electoral sino en levantar la lucha popular para llevar a obreros y trabajadores a la Cámara de Diputados con el fin de que ahí defendieran el programa del partido, que no se dedicaran sólo a lo parlamentario sino que lucharan al lado del pueblo. También se vio que había que atraer al pueblo a la lucha electoral a través de un programa que expresara sus necesidades y esperanzas.

De esa manera su voto podría significar la exigencia de que el gobierno rectificara su política económica y se echara a andar por nacionalizaciones y por una reforma fiscal que afectara de fondo al gran capital. El partido se vería ante la necesidad de aprovechar las elecciones para que el pueblo pudiera exponer sus aspiraciones, consciente de avanzar hacia un gobierno de tipo popular revolucionario. La actividad electoral encuadrada en un programa de lucha podría ofrecer al pueblo la posibilidad de reconquistar el ejercicio pleno de su soberanía. El partido declaraba que se tenía que llamar al pueblo a no "entramparse" entre siete partidos; a hacer notar que en las elecciones estarían en juego las dos tendencias (nación-imperialismo) y a elaborar una campaña de clase. Dada la coyuntura de definición de esa alternativa, el PST se planteó en las elecciones del 79 no sólo conquistar su registro definitivo sino acumular la fuerza que la lucha popular desatara en torno a su plataforma para llegar a ser la segunda fuerza política del país.

La plataforma, titulada *Elegir un nuevo rumbo para México*, se integró con once puntos de lucha: reorganizar el país con el PST como instrumento; redistribuir la riqueza generada por los trabajadores mexicanos; hacer efectivo el derecho constitucional al trabajo, la redistribución de la tierra y reorganización de la producción en el campo; regularizar la tierra urbana y proporcionar vivienda digna para los trabajadores; garantizar una alimentación nutritiva, barata para todo el pueblo; conquistar el derecho efectivo a la salud; liquidar el analfabetismo; revalorar el papel del trabajador y los derechos de la clase obrera; reivindicar los pueblos indígenas así como los derechos de la mujer, la juventud y la niñez. Cada uno de estos puntos se desglosaba en demandas concretas, entre las que des-

taca la que señala que el Estado debe financiar y apoyar la organización de las formas sociales de producción con empresas propiedad de los trabajadores; elevar a rango constitucional el derecho de la vivienda; llevar a cabo la adición al artículo 27 constitucional tocante a la propiedad social sobre la tierra urbana; establecer del derecho de propiedad a inquilinos con más de 10 años de arrendar un lugar, y la obligación de venta al que tuviera cinco; el apoyo del partido a la lucha del Congreso del Trabajo por su programa de reforma económica; la implantación de la semana de cuarenta horas con pago de 56; el seguro de desempleo; la participación de los obreros en la fiscalización de las empresas para garantizar el reparto de utilidades y la no evasión fiscal, etcétera.

#### *La relaciones internacionales*

Después de la asamblea constituyente del PST la presencia internacional del partido se incrementó a través de su participación en el Movimiento de la Paz. Se establecieron contactos con partidos de la izquierda latinoamericana. Antes de la asamblea nacional extraordinaria, el PST organizó una reunión con representantes internacionales tanto de movimientos de liberación y de lucha como de partidos socialistas de otros países. En esta reunión intervinieron representantes de la OLP, del Frente Polisario, el Partido Socialista de Puerto Rico, del Partido Socialista de Costa Rica, del Partido Socialista de Chile, y del Frente Sandinista de Nicaragua. Fueron invitados, aunque no pudieron acudir, representantes del Bloque Popular Revolucionario de El Salvador, de Estudiantes Democráticos de Panamá, y del Movimiento al Socialismo

de Venezuela. La asamblea nacional extraordinaria de 1978, como era costumbre en todas las reuniones nacionales de alto nivel, comenzó con un acto internacionalista en el que se hizo una denuncia de las agresiones del gobierno salvadoreño en contra del pueblo de ese país. Al terminar esa asamblea, el nuevo comité central junto con los representantes que habían participado en esta reunión internacional tuvieron una entrevista con el presidente de la República donde se expuso lo peligroso que era para México el plegarse a las presiones del imperialismo en cuanto a que México mandara soldados de su ejército nacional para formar parte de los "cascos azules" en una clara maniobra de colaboración a la agresión israelí en contra del pueblo palestino. El presidente respondió que se comprometía a defender los derechos inalienables de otros pueblos (en clara referencia al derecho que asistía a los palestinos) y consecuentemente México no envió "cascos azules".

La campaña política de 1979 del PST estuvo atenta a la lucha del pueblo nicaragüense contra Somoza y el imperialismo; realizó actos de solidaridad con los combatientes sandinistas y después del triunfo envió una brigada de apoyo a la campana de alfabetización nicaragüense. También, durante la campaña electoral en un acto de candidatos se dio pleno apoyo a los militantes por la independencia de Puerto Rico en vísperas de la conferencia de solidaridad con Puerto Rico. Para 1980 el PST había avanzado en el terreno de los contactos formales en el campo internacional.

A finales de junio el XI pleno del CC comenzó con el acto de clausura de los partidos socialistas y revolucionarios de América Latina que a iniciativa del PST se habían reunido del 22 al 26 de junio en la ciudad de México. Entre observadores, invitados y participantes

asistieron doce agrupaciones. El acto fue de solidaridad, y lucha antimperialista y al final del mismo se acordó proseguir con este tipo de reuniones en el futuro. A pesar de las dificultades que el PST encontró en este campo, había contactos con países socialistas. También se mantenían relaciones con el Frente Sandinista de Liberación, el Frente Polisario, la OLP, el Partido Bath Árabe Socialista de Irak y con los angoleños. Además de ser miembro del Consejo Mundial de la Paz, el PST formaba parte de la Conferencia Permanente de Partidos de América Latina, y participó en los intentos de crear la oficina socialista de información y solidaridad. (La OSIS se formó, pero no funcionó.) Varios de los militantes del PST habían sido recibidos en escuelas de cuadro en Cuba y Rumania y el secretario general había sido invitado por el PC cubano a su II congreso de diciembre de 1980.

### *La lucha obrera*

El PST ha planteado una y otra vez construirse en el seno de la clase obrera. Entre sus acciones se pueden contar las de apoyo y solidaridad a diversas huelgas, como la brindada a Altos Hornos, la de General Motors, y las de telefonistas y electricistas. Para los primeros días de mayo se hacían tirajes especiales del periódico donde se analizaba la situación coyuntural y se destacaba el papel de la clase obrera y del PST. Era un momento importante para integrar brigadas especiales de propaganda que acudieran a las marchas obreras. Se realizaron varias conferencias obrero-sindicales donde se daban las orientaciones para el trabajo en este frente, y se examinaba el avance del partido entre los obreros. Desde la constitución del partido las prin-



cipales luchas obreras partidarias se dieron entre transportistas y entre trabajadores transitorios de PEMEX. Se había apoyado fuertemente la huelga de los trabajadores de la línea Flecha Roja en 1976 y se había constituido el Sindicato de Camioneros Ricardo Flores Magón.

Los balances arrojaban que los logros en las ramas del transporte y el petróleo eran insuficientes. También se constataba un trabajo partidario inicial entre algunos ferrocarrileros y obreros minero-metalúrgicos. Se realizaron reuniones nacionales de cuadros transportistas con la participación de representantes de tres sindicatos nacionales y de una cooperativa. Hubo reuniones con algunos trabajadores petroleros de siete secciones del sureste, en las cuales se había planteado vincular las luchas de los transitorios de PEMEX con los trabajadores de planta y con los de construcción de obras. La comisión obrero-sindical había establecido relaciones con el Sindicato de Trabajadores de la Industria de la Construcción "Liga de Soldadores"; había tenido pláticas con la Confederación Obrera Revolucionaria, con dirigentes del Sindicato de Trabajadores del Metro y tenía el propósito de entablar pláticas con el Sindicato de Telefonistas y el de Petroleros. Se abrió un despacho jurídico como punto de apoyo para fortalecer los contactos con algunas ramas.

Durante esa época se hacía ver a los militantes del partido que en las ramas o industrias que no tuvieran sindicatos o uniones y en donde no hubieran sindicatos democráticos era necesaria la organización de sindicatos nacionales y de industria. Asimismo, se informaba de trabajo en el seno del Sindicato de Maestros que sin atentar contra "su unidad" propiciara una democratización. Dentro de la línea de unidad y democracia sindical se había apoyado la decisión del Sindi-

cato de Telefonistas de mantenerse dentro del Congreso del Trabajo; se valoraban positivamente las posiciones "avanzadas" de la COR y se expresaban coincidencias con los planteamientos "nacionalistas" que a partir de 1978 comenzó a emitir la CTM. Ese año se reconoció que el trabajo partidario había despertado muchas simpatías en diversos núcleos del movimiento obrero aunque también se observó que las viejas camarillas sindicales estaban en contra del PST. No obstante que en las reuniones partidarias la información era poca por el carácter "discreto" de la táctica en la lucha del frente obrero, se reconocía que el avance era lento y difícil. La consigna, sobre todo después de las elecciones del 79, era proletarizar al partido no sólo en sus métodos sino sobre todo en su composición orgánica: había que construirlo en el seno de la clase obrera. En enero de 1983 el encuentro nacional de dirigentes volvió a hacer hincapié en que una de las tareas estratégicas "aún pendientes" era la construcción del PST en el interior de la clase obrera, principalmente.

#### *La lucha entre los trabajadores agrícolas*

Desde sus principios, el PST se ha vinculado a las masas de trabajadores agrícolas y a sus luchas. El 18 de noviembre de 1973 dirigentes campesinos miembros del PST procedentes de 15 estados se reunieron y decidieron que para levantar la lucha en el campo mexicano había que lanzar el llamado "Manifiesto 20 de Noviembre". En él se enfatizaba que los campesinos ya estaban cansados de que una minoría enriquecida por la revolución dilapidara los recursos del país; se planteó la creación de una alianza obrero-campesina; la necesidad de organizarse y luchar para "que el Pre-

sidente Echeverría aplique una política de Alianza Popular Revolucionaria que afecte a los grandes intereses monopolistas nacionales y extranjeros y favorezca principalmente a los trabajadores del campo y de la ciudad". El programa de lucha de este manifiesto reflejaba las luchas de los diversos grupos que lo lanzaron: liquidación total del latifundismo y su conversión en propiedad social; derogación del derecho de amparo en materia agraria; cancelación de los certificados de inafectabilidad agrícola; colectivización del ejido; restitución de las tierras a las comunidades indígenas; explotación de los bosques por los ejidatarios; organización de los jornaleros y obreros agrícolas; aplicación de la ley de responsabilidades a los funcionarios deshonestos, y expropiación de sus bienes mal habidos. La fuerza mayoritaria estaba conformada por jornaleros agrícolas peticionarios de tierra, sobre todo del estado de Veracruz.

Enero de 1974 se abrió con una importante lucha campesina. El primero de enero, diez poblados de la región de Álamo, Veracruz iniciaron una marcha, en la que colaboraba el PST, que partió de Poza Rica con la demanda de la afectación de diez latifundios. La colaboración del partido en la organización de la marcha se debía a dos finalidades manifiestas: contribuir a la politización de las masas a través de sus luchas, y detectar y formar los cuadros emergentes de tales luchas para integrarlos al partido. Se presionó al Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC) y se llegó a la afectación de los latifundios. Con esto se aprendió una táctica que el partido siguió usando: negociación y trámite ante las autoridades junto con movilización política de masas.

Con el auge cobrado en el norte de Veracruz, el PST planteó la necesidad de una movilización de jornale-

ros agrícolas. Había que marchar al lado de los obreros el primero de mayo con el objetivo de "jalar a obreros hacia la organización partidaria". Había que llamar la atención sobre los trabajadores agrícolas, quienes eran un poderoso aliado de los obreros de la ciudad. La camarilla burocrática sindical se opuso a esta política y empezó a tratar de impedir esa marcha conjunta. Los dirigentes del partido encontraron una salida que, aprendida, también la seguirían usando. En virtud de que el partido todavía no tenía la suficiente fuerza para imponerse por sí solo, dijo, había que buscar resguardo a sus acciones; coyunturas que le permitieran realizar sus acciones y conseguir victorias a las luchas planteadas. Entonces se solicitó una entrevista al presidente para hacerle llegar las demandas de los integrantes de la marcha, lo cual posibilitó que ésta se realizara, y marcó la pauta para la construcción de la Unión de Jornaleros Agrícolas. Además de los jornaleros agrícolas marcharon también productores de tabaco, colonos de Acapulco y los trabajadores que estaban integrando un sindicato de transportistas. Todos presentaron sus demandas al presidente; solución definitiva a las solicitudes agrarias, mejoras en las condiciones de trabajo y precio entre los tabacaleros, cese a la represión de que eran objeto los colonos y la solución a las trabas que las autoridades estaban poniendo para impedir el registro del Sindicato Nacional de Transportistas. La respuesta a dichas demandas fue que el sindicato se registró; se fijó un plazo de treinta días para solucionar las demandas propuestas, y todo ello vino a confirmar la eficacia de la táctica de movilización y trámite.

El 7 de noviembre de 1974 en una marcha a la Cámara de Diputados, el PST y la Asociación de Productores de Tabaco de Álamo, Popotla, Espinal y Platón

Sánchez, Veracruz plantearon la creación de una ley que permitiera la sindicalización de los campesinos por ramas de producción. Por otro lado, en una gran marcha efectuada el 21 de noviembre de ese año los cañeros de Veracruz solicitaron la derogación de los decretos de 1943 y 1944; el aumento del precio de la compra de la caña; entrega a lomo de surco, créditos, etcétera. Asimismo, se volvió a presentar la demanda de la liquidación total del latifundismo y se exigía, en concreto, la afectación de 74 latifundios en Veracruz, Puebla, Oaxaca, Chihuahua y Guerrero, y la nacionalización de la industria azucarera y cigarrera. Grupos peticionarios de todas esas demandas integraron el contingente. Enero de 1975 comenzó con una gran marcha campesina que no pudo llegar a su destino (de Veracruz a México) porque el ejército la detuvo. César del Ángel sufrió muchas presiones por parte de las autoridades, y desde esa fecha se retiró del PST. Durante ese año se llevó a cabo la lucha contra el latifundismo rural, con las jornadas de lucha que planteaban movilizaciones populares buscando soluciones puesto que había muchas resoluciones de afectaciones de latifundios pendientes. En septiembre durante 12 días, se realizó una llamada parada permanente frente a la Secretaría de la Reforma Agraria. Varias centenas de campesinos y colonos del DF se pasaron días y noches frente a la SRA. Realizaron mítines, reuniones de educación política y actos culturales, entre otros, durante todo ese tiempo en la acera de enfrente de la SRA, donde improvisaron unas tiendas de campaña con hules para protegerse del frío y de la lluvia. El tortuguismo y burocratismo de la dependencia había obstruido la solución de la mayoría de las demandas. Finalmente se obtuvo un programa de afectaciones de latifundios.

En este acto también se demandó la libertad de los dirigentes cañeros del ingenio de Zacatepec. Los cafeticultores pidieron mejores precios en su producto y el reconocimiento de su organización sindical. En el exterior del partido se empezó a manejar que ésa era una lucha de maniobra para "quemar" a Gómez Villanueva, entonces precandidato a la presidencia, quien estaba al frente de la SRA y de apoyo al precandidato Gálvez Betancourt, secretario del Trabajo y amigo de Talamantes. Las respuestas que entonces se dieron a ese respecto decían que ciertamente al PST le convenía la candidatura del secretario del Trabajo por su simpatía con el partido, pero que la lucha venía de tiempo atrás y que los militantes del partido estaban en él para luchar por soluciones a sus problemas.

Las movilizaciones, luchas y gestiones por los problemas de los trabajadores agrícolas eran una constante en las actividades partidarias en los estados. Así se llegó a la organización de la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA) y a continuar las luchas por la liquidación total del latifundismo y su conversión en propiedad social de los campesinos (mantener las unidades productivas, no atomizarlas en pequeños terrenos); la lucha en contra de los acaparadores y "coyotes" sobre todo en la producción del café; por mejores condiciones de vida, salarios mínimos, seguro, etcétera. Además, se denunciaban asesinatos de militantes del partido en su lucha contra el latifundismo a manos de autoridades, latifundistas y guardias blancas en varios estados, sobre todo en Veracruz.

A mediados de febrero de 1977 se llevó a cabo la jornada sobre el tabaco con 52 dirigentes de Veracruz, Puebla, Chiapas y Nayarit (la mayoría era de Pa-

pantla, Veracruz). En ella se planteó la necesidad de organizar el sindicato de los tabacaleros. También se realizó una jornada sobre el café con 400 participantes de Chiapas, Hidalgo, San Luis Potosí, Querétaro, Puebla y Veracruz. Una de las luchas más constantes e importantes había sido la de la propiedad social: la base más antigua del partido luchaba por la tierra en el agro. A la jornada de lucha en este renglón en 1977 habían acudido 200 militantes de 12 estados (Veracruz, Chiapas, San Luis Potosí, Puebla, Jalisco, Zacatecas, Hidalgo, Morelos, Guanajuato, Guerrero, Campeche y Tabasco). En dicha conferencia además de los problemas concretos que al día siguiente se habían de tratar con el secretario de la Reforma Agraria, se puso de manifiesto que a los dirigentes naturales se les había dejado sin atención política. Así, se reiteró la concepción del partido en esta lucha: la producción debía descansar sobre la propiedad social de la tierra a través de la Alianza Popular para la Producción, afectando a los latifundios existentes. El Estado debería prestar su decidido apoyo para convertir a los ejidos en grandes unidades de producción. Por otra parte, en esta jornada también se planteó la necesidad de crear una central única de campesinos. Para ese tiempo el análisis de la situación nacional llegaba a la conclusión de que el nacionalismo revolucionario podía echarse a andar por caminos suicidas de entrega al gran capital; para evitar eso había que presionarlo a apoyarse en los trabajadores.

A finales de octubre de 1977 campesinos militantes del partido realizaron una marcha de Poza Rica a Jalapa para entrevistarse con el gobernador y protestar por el asesinato de diez campesinos y el desalojo de 135 ejidatarios. A lo largo de la marcha, ésta fue acumulando fuerza.

En 1978 se llevó a cabo la primera asamblea nacional de la UNTA. Asistieron unos 5 000 tabacaleros, cafeticultores, resineros, cañeros y solicitantes de tierras, provenientes de 13 estados. Se analizó que había una crisis política profunda en el campo dado que ya no se confiaba en las centrales campesinas tradicionales; se denunció la entrega de TABAMEX a grandes monopolios extranjeros, que se estaba retrocediendo en los avances que se habían dado en la política cafetalera en cuanto a precios y demás demandas de los productores, y que el enemigo común eran los monopolios y los funcionarios gubernamentales que estaban con ellos. Se decidió combatir contra del capital extranjero en el campo y contra la falta de democracia y organización. Había que exigirle cuentas a TABAMEX, a INMECAFÉ y al Banco Rural. Había que formar un sindicato de ixtleros y hacer funcionar el nuevo instrumento que llenara el vacío existente: la UNTA, agrupación que para llevar a su fin la reforma agraria debía establecer una alianza con el proletariado; 180 representantes de la agrupación se entrevistaron con el presidente de la República para darle a conocer los acuerdos de la asamblea.

Las tomas de oficinas como TABAMEX tanto en la capital como en Veracruz habían sido una táctica de presión. Conforme avanzaba la guerra contra los latifundistas, éstos arreciaban la represión por medio de sus guardias blancas. En la Huasteca los caciques mataron campesinos y desaparecieron a importantes dirigentes partidarios en contubernio con las autoridades. En el agro mexicano había más de 2 500 resoluciones presidenciales sin ejecutar. Muchos peticionarios de tierras, cansados de papeleos, trámites, idas y venidas, propusieron como táctica, tomar lo que por decreto les pertenecía y las autoridades y latifundistas usufructua-

ban impunemente. En marzo de 1980 en el municipio de Yajalón, Chiapas, se reunieron más de mil indígenas militantes del PST a pesar de la oposición de las autoridades municipales, quienes pretendieron boicotear el acto. Al día siguiente tuvo lugar la primera asamblea de consulta cañera en Jojutla, Morelos. El PST y los ejidatarios inconformes con el trato que les daba el ingenio Emiliano Zapata se comprometieron a luchar juntos. Finalmente, el 1º de mayo la UNTA, con 25 000 campesinos en todo el país, tomó 150,000 hectáreas. Esta acción se apoyó en las ciudades con brigadas partidarias que utilizando el periódico partidario hicieron el esfuerzo por movilizar a todo el partido (se orientó que fuera desde la base, que no se movilizara nada más el 10%; que todos los organismos partidarios debían aprovechar las marchas de obreros para explicar la acción campesina y pedir solidaridad).

La respuesta a las tomas de tierras fue represiva en Jalisco, San Luis Potosí, Aguascalientes, Veracruz y Estado de México. En Chiapas parecía que los asuntos iban hacia su solución pero los latifundistas y caciques de Yajalón tramaron una trampa contra los militantes pesetistas. Esta zona había visto la emergencia y el fortalecimiento del partido porque los indígenas habían sentido la organización partidaria como arma en contra de atropellos ya rancios. El partido se había organizado sobre todo en el campo, y ahí los más eran solicitantes de tierras. Para proteger la acción del primero de mayo se había hablado con el presidente, secretarios de estado y gobernadores, pero la reacción de los terratenientes fue fuerte. La represión había sido apoyada por los gobernadores respectivos. En Veracruz hubo un muerto y en San Luis Potosí desaparecidos y presos. En Chiapas se venía buscando una solución pacífica. Pero en el campo se habían lastimado

no sólo los intereses de latifundistas sino también de funcionarios. En esta región se estaba preparando un acto que reuniría a unos 10 000 indígenas. De repente corrió la voz de una información manejada por el gobernador y el secretario de Gobernación: había habido un enfrentamiento del PST con la CNC que había arrojado un saldo de 45 muertos. Se empezó a acusar a la dirección del partido de subversiva y en la prensa de todas las tendencias se manejó una frase que acusaba al PST de irresponsabilidad e ilegalidad. El PST contrargumentaba que Olivares Santana había sido denunciado como latifundista y estaba resentido. Ante el caso concreto la dirección central del partido respondió que no tenía información sobre los sucesos, pero que si algo había ocurrido era contra los militantes del PST. Entonces se suscitó una fuerte reacción que llegó incluso a plantear la supresión del registro al partido.

El gobernador de Chiapas presionaba al secretario del partido para que no asistiera a la reunión en Yajalón. Ante esto, Talamantes argumentó que había que informar a la gente y que el acto no se podía suspender. En la zona se había creado un clima de tensión. En la cabecera se había dicho a la población que vendrían los socialistas a quitarles sus casas, los latifundistas estaban armados. La reunión se celebró en las afueras con la participación de unos 5 000 indígenas, a pesar de la manipulación que se había hecho desde el municipio para boicotearla e incluso para provocar pleito. Se aclaró que los muertos habían sido tres, que no pertenecían al PST y que el partido no había tenido que ver. Todo esto lo informó el PST a la prensa. Posteriormente, cuando todo parecía calmado, un grupo del ejército al parecer manejado por los latifundistas, masacró a unos militantes pesetistas que habían invadido un predio e impidió que las comisiones del par-

tido supieran lo que estaba sucediendo. Así, se acusaba al PST de agitar campesinos y de abandonarlos a la hora de la represión. Después de varios días una comisión logró llegar al lugar y ver la tragedia: una veintena de muertos y muchos heridos a los que no se les permitía llegar auxilio. La prensa estuvo callada. El PST se vio en la necesidad de difundir una aclaración en una inserción pagada en *El Día*. La trampa era clara, según la dirección partidaria, se pretendía que el partido se opusiera violentamente al ejército para que le fuera quitado el registro. El problema de Chiapas era social por justicia diferida; los acaparadores y caciques habían hecho y deshecho en el campo; se provocaba a los militantes del PST; no se les vendía víveres; se encarcelaba sin razón. La dirigencia pesetista aducía que se pretendía desprestigiar al partido en el momento en que encabezaba la lucha de clases en el campo, se le atribuían intenciones inconfesables, manipulación y abandono de los campesinos, al mismo tiempo que se les trataba de aislar. La dirección del PST se defendió argumentando que la acción venía de abajo y la dirección nada más estaba coordinando las luchas reales existentes, que no inventadas con ningún fin avieso. Los problemas eran muchos y los enemigos se habían apoyado en todo para evitar la lucha por la tierra.

No obstante la campaña desatada en contra del PST por latifundistas, líderes de la llamada Confederación de la Pequeña Propiedad, la Secretaría de Gobernación y por los gobernadores estatales, para fines de 1980 el PST se había fortalecido a través de la lucha con los trabajadores agrícolas, sobre todo en Chiapas y Veracruz. En la búsqueda de solución a los problemas se había avanzado poco a poco en determinadas áreas de cada uno de los problemas planteados. Las solucio-

nes no habían venido de golpe, pero la mayoría de los casos había avanzado y se habían obtenido algunos resultados de afectaciones a latifundios. Empero, la parálisis a la que se llevó a la Secretaría de la Reforma Agraria en el sexenio de JLP propició que el descontento campesino, por un lado, y la acción represora de guardias blancas protegidas por los gobiernos locales, por otro, desembocaran en hechos sangrientos. No pocos de éstos fueron sufridos por campesinos del PST. Así, el 29 de noviembre de 1981 diputados del PST denunciaron la muerte de siete militantes en el Valle del Fuerte, Sinaloa, a causa de la toma de tierras por campesinos, en predios que el gobierno había expropiado hacía años y que el gobernador Toledo Corro no había entregado.

En abril de 1982 campesinos de la UNTA, que habían sido desalojados en noviembre del año anterior, se apoderaron de cerca de 90 hectáreas, alegando de nuevo la resolución presidencial. En solidaridad a esta causa las mujeres de la FNMI se apoderaron del sexto piso del edificio de la SRA en el DF. Los campesinos se negaban a desalojar los predios invadidos y no aceptaron tierras en otros estados. Por su parte, los dirigentes del PST argumentaron que había resolución para 14 500 hectáreas y que el gobernador de Sinaloa sólo reconocía 7 500 de las que decía que primero entregaría a la CNC; lo que restara a la CCT, y si quedaba algo sería para el PST (*Unomásuno*, 25 de abril de 1982). Para junio de ese mismo año la UNTA denunció la muerte de 26 campesinos en Pantepec, Puebla. La CCI y la UGOCEM repudiaron las tácticas del PST. A su vez, el candidato a la presidencia de la República por el PST amenazó con retirarse de la campaña si no se esclarecían los hechos y se castigaba a los culpables. El presidente de la República se comprometió a que esto se

cumpliera. Posteriormente, en la prensa nacional se daban noticias que oscurecían más el problema: "Aguilar Talamantes explicó que en la toma de tierras de Rancho Nuevo, hubo una confusión ya que efectivamente su partido desde hace tiempo está luchando por la restitución de tierras en un lugar del mismo nombre, pero en otro municipio [. . .]. Acusó a Remigio Flores de haber aprovechado la confusión" (*Unomásuno*, 14 de junio de 1982). En agosto los campesinos retomaron el predio y tanto el PSUM, como el PPS y el PST negaron su participación en los hechos.

Lo que llega a publicarse es poco, pero logra revelar graves conflictos en el agro mexicano; defensa de tierras a sangre y fuego por latifundistas amparados por autoridades, y, a veces, ligereza en algunas acciones por parte de ciertos dirigentes. A finales de agosto del mismo año, contingentes campesinos pertenecientes a 45 grupos solicitantes de tierras y ejidatarios de Sinaloa iniciaron la marcha nacional campesina denominada "la tierra y su producto para quienes la trabajan" que, según los dirigentes del PST que la organizaron, estaba respaldada por tres mil pueblos que de diversas partes de la República se integrarían a ella para llegar a la capital con el fin de hacer saber al presidente que había 2 000 resoluciones congeladas, y para ofrecerle su apoyo para que ejerciera las facultades que le correspondían en el agro mexicano. Además, se denunciaba que se había impedido el reparto de 15 millones de hectáreas. La marcha duró varias semanas, mientras avanzaba, llegó el primero de septiembre con el trompetazo de la nacionalización de la banca; los dirigentes de la marcha le agregaron entonces como objetivo, la consigna de apoyar dicha medida. Para el 20 de septiembre alrededor de 20 000 campesinos desfilaron de La Plaza de la República a Los Pi-

nos. Muchos de los participantes expresaron que venían porque el PST les había prometido que con la marcha se resolverían las entregas de tierras (*El Día*, 21 de septiembre de 1982). El entonces secretario general del PST, Graco Ramírez, denunció ante el presidente de la República que el problema campesino había sido subordinado por los planes de desarrollo industrial. Ahí se anunció que el contingente efectuaría un plantón en el Monumento a la Revolución hasta que le dieran soluciones. Un dirigente campesino expresó: "Vamos a demostrarle a usted señor presidente, y a esos funcionarios corruptos que no somos mercenarios ni delincuentes; somos trabajadores agrícolas, demandando un pedazo de tierra". Otro enfatizó que ya estaban cansados de engaños y mentiras por parte de los funcionarios de los estados. En ese acto se dio respaldo a la nacionalización de la banca y se le entregaron al presidente 10 000 dólares para el fondo de solidaridad. También se demandó que con la banca nacionalizada se canalizaran más recursos en apoyo a los campesinos y para construir viviendas populares, a lo cual el presidente respondió: "Aquí están ustedes manifestando públicamente sus ideas afines a las del gobierno y también sus reclamos", y prometió que se resolverían las peticiones "conforme a la razón y el derecho".

El 27 de septiembre, mientras contingentes sindicales y populares integrantes del Frente Nacional en Defensa del Salario y Contra la Austeridad marchaban al Zócalo, por otro lado unos mil afiliados al PST, sin ningún nexo con dicho frente, demandaban ante la SRA la solución a más de 30 000 expedientes agrarios, así como la aplicación de 150 decretos expropiatorios de las tierras del norte de Sinaloa. El presidente había prometido soluciones; la SRA no daba ninguna. Los

dirigentes del PST denunciaron el tortuguismo y la interposición de intereses muy poderosos para la afectación de latifundios. A finales de octubre se seguían haciendo mítines, dado que las soluciones no llegaban. El secretario de la Reforma Agraria alegaba que había informado sobre el estado de los expedientes, que algunas peticiones eran improcedentes y en otras no se localizaban antecedentes; otras más estaban en estudio, y muchas resoluciones presidenciales presentadas ya habían sido ejecutadas; otras estaban suspendidas por amparos, otras estaban en trámite, etcétera (*Unomásuno*, 20 de octubre de 1982). La táctica del desgaste surtía efecto con el fin de "regatear" derechos.

Poco después de tomar posesión de su cargo el secretario de la Reforma Agraria del nuevo gabinete, anunció un ambicioso programa de empleos para el agro, puesto que ya no había tierra qué repartir. Pero resultó "el parto de los montes", o "mucho ruido y pocas nueces", pues los mencionados empleos apenas si se ajustaban a los que ya estaban creados. ¡Así que ni tierras ni empleos! Y la crisis encima. Los problemas han seguido y también las agresiones. El 18 de febrero de 1983 un dirigente del PST denunció que granaderos disfrazados de militares habían disparado contra un grupo de campesinos del partido, con el saldo de un muerto y cuatro heridos. Mientras se aduce la legalidad para impedir las soluciones de los derechos de los campesinos, se abre el espacio para la represión impune en contra de las luchas legítimas en el campo.

### *La lucha entre los habitantes urbanos*

Desde finales del 73 y principios del 74 el partido comenzó a tener influencia entre grupos de colonos de

Michoacán y, de una manera muy especial, en Aca-pulco; 1973 y 1974 fueron años que sirvieron para profundizar en los problemas urbanos y encontrarles alternativas. Durante 1974 y 1975 se enmarcaron movimientos por regularización de terrenos.

A mediados de 1975 se había ampliado el trabajo partidario a los colonos de Ajusco, Guadalupe Chalma, Ampliación San Bartolo, Santa Martha y otras colonias del DF, así como a colonos de Saltillo, Coahuila. En septiembre de 1976 esta labor fructificó al lado de la lucha de los trabajadores agrícolas del partido. En la parada permanente ante la SRA se logró un programa de regularización de cuatro colonias populares. A finales de ese año se criticó el concepto de "colonos": se debería comprender la lucha por la vivienda como un aspecto de la lucha de los trabajadores por la construcción del socialismo. Por lo tanto, se concluía, no había que construir uniones de colonos ni frentes de inquilinos sino organizaciones partidarias.

Para esta época había luchas partidarias "en contra del latifundismo urbano" en Guerrero, DF, Coahuila, Veracruz, Puebla, Michoacán, Jalisco, Colima y Chiapas, y empezaba a destacar la lucha en Aguascalientes. Se hicieron movilizaciones, reuniones especiales de este frente y fueron tomando forma las jornadas nacionales de lucha por el derecho a una vivienda digna para los trabajadores. En 1977 la primera conferencia nacional sobre la vivienda de los trabajadores reunió a representantes de 22 estados.

Se luchaba por la regularización de la tenencia de la tierra en las colonias proletarias; el establecimiento como principio constitucional del derecho a la vivienda; el reconocimiento del derecho de propiedad a los inquilinos con más de diez años de rentas pagadas



y la obligatoriedad de vender la propiedad a los inquilinos con más de cinco años de rentas pagadas (tomándose en cuenta lo pagado como parte del pago total); la congelación inmediata de las rentas en las zonas urbanas habitadas por trabajadores; el establecimiento del principio de la renta fijada de acuerdo al promedio de ingresos de los trabajadores en cada zona urbana; la nacionalización de los bienes de "manos muertas", de los terrenos baldíos y de las zonas aledañas a las ciudades, destinación por parte del Estado de terrenos para la formación de colonias para trabajadores así como créditos del Estado para la construcción de viviendas por medio de sociedades de solidaridad social integrada por trabajadores. Se denunciaba la voracidad de los latifundistas urbanos, a los especuladores y a los casatenientes. Las jornadas levantaron movimientos de cientos de trabajadores afectados por los problemas de la vivienda, y a través de las reuniones en este frente la concepción de lucha se fue ampliando. Las ciudades no sólo implicaban vivienda sino también trabajo, educación, salud, transporte, servicios urbanos, centros recreativos y de cultura, centros de consumo. Se decía que ya se tenía experiencia para elaborar una política en torno a la lucha por el derecho de los trabajadores a la ciudad, que era la organizadora de la producción. Asimismo se sostenía que en las ciudades se agudizaba cada vez más la contradicción fundamental del sistema: la concentración creciente de los medios de producción y la mayor ampliación y socialización de la fuerza de trabajo. La resolución de esta contradicción produciría el nacimiento de la nueva sociedad, de una vida urbana distinta, de una ciudad justa.

La acción del partido en este sentido se proponía dirigirse a los trabajadores urbanos, los sindicalizados y los que no tenían organización, así como a los sub-

empleados y desempleados. Luchar así era combatir y derrotar el proyecto que la gran burguesía había impuesto a la vida urbana; se veía que la propiedad privada del suelo urbano lo convertía en objeto de especulación que la industria de la construcción y la comercialización de la vivienda en manos de capitalistas ponían fuera del alcance de los trabajadores una vivienda digna debido al deterioro del salario. La lucha por la vivienda se venía convirtiendo en una lucha persistente y aun violenta. Se constataba la necesidad de llegar a una ley inquilinaria; de conquistar terrenos baldíos para crear nuevas colonias proletarias; al fortalecimiento del sector social de la construcción para reducir los costos de producción de viviendas, a la formación de empresas públicas de construcción de viviendas con la participación popular; a la lucha por el derecho a la salud (con la nacionalización de la industria quimicofarmacéutica), a la educación, al trabajo y al consumo (con la constitución de comités de defensa al consumidor. . .) Las luchas más importantes se siguieron dando en lo tocante a terrenos y viviendas y se realizaron movilizaciones dirigidas a CONASUPO, a la Secretaría de Comercio y a oficinas de agrupaciones comerciales, en torno a demandas relativas al consumo popular y en contra del alza del precio de los alimentos.

El 10 de junio de 1978 unos 10 000 movilizados por el PST se reunieron frente a la SRA para exigir los decretos expropiatorios de más de 30 ejidos urbanos en las diversas ciudades del país. Hubo un violento desalojo. Ante esto, en menos de 24 horas se volvió a juntar un importante contingente de varios cientos de militantes para proseguir la manifestación ante la SRA. El análisis que se hacía era que fuerzas de orientación burguesa que se encontraban en el aparato del

Estado habían sido las que habían recurrido "al garrote". La nueva concentración que a sus iniciales demandas sumó la denuncia de la represión, consiguió que el titular de la SRA fijara un plazo de 30 días a partir del 23 de junio para entregar los decretos expropiatorios (como ha sido la costumbre de las autoridades en estos puntos, algunos quedaron en pura promesa: tal fue el caso de Santa Úrsula en el DF). Entre los militantes del partido había algunos que trabajaban en la policía. Al ser encontrados por sus compañeros a la hora del desalojo, fueron encarcelados. Esta represión dio oportunidad para una entrevista significativa con el jefe de la policía capitalina. El secretario general del partido tuvo una conferencia con el general Durazo, quien con desplante y cinismo expresó que no se debían llevar a las manifestaciones a niños ni mujeres, porque sus "muchachos" estaban entrenados para golpear, y que si había mujeres y niños no se iban a detener. En cuanto a sus policías, que en sus horas de civiles también luchaban por obtener una vivienda, manifestó su extrañeza de que tuvieran tal necesidad; los mandó sacar y prometió que arreglaría las necesidades de habitación de su cuerpo policiaco. Habló de cuando había sido narcotraficante y de los problemas que a veces tenía su policía con otros cuerpos armados del Estado, además de sus aspiraciones a ser gobernador. Los granaderos, a su vez, decían que les daban muy mal de comer, y que los tenían acuartelados muchas horas extras después de su trabajo ordinario y les decían que la culpa la tenían "los revoltosos", lo que les provocaba una actitud de revancha contra los manifestantes que se expresaba a la hora de la represión.

Había un problema en este frente: muchos grupos, una vez resuelto su problema inmediato se alejaban

del partido y dejaban la lucha. Se insistió en la necesidad de organizarlos partidariamente para que avanzaran en su nivel ideológico y siguieran utilizando al partido en el avance hacia el socialismo.

Se examinaba la lucha por la vivienda como una lucha no sólo económica sino sobre todo política, debido a la conexión que tenía con la organización de los trabajadores, y porque para la mayoría era el comienzo, el despertar, el inicio de adquirir una conciencia de clase. Así, se planteó la necesidad de combatir ideológicamente las actitudes que reducían esta lucha al aspecto meramente económico y que desmantelaban toda organización partidaria con la consecución de un terreno. Se decía que el partido no podía quedarse en la denuncia de especuladores sin dar una alternativa política de solución, pues el frente no podía quedar reducido a la acción de abogados populistas. Se vio la necesidad de crear conciencia que conectara el problema de la vivienda con el sistema explotador capitalista.

En Aguascalientes se tomaron tierras y se formó una colonia, la Popular Insurgente. En Jalisco la lucha por la tierra tuvo como respuesta la represión por parte del gobernador. En el DF, alrededor de un millar de militantes del PST, efectuaron un mitin ante la Gran Comisión de la Cámara de Diputados para exigir la restitución de la legalidad en el estado de Jalisco; el respeto a la Reforma Política y la liberación de los detenidos. Ya para entonces se manejaba la consigna que por cada garrotazo había que incorporar un nuevo militante. En 1979 ya había 12 colonias creadas por el partido, y muchas más regularizadas a través de la lucha partidaria.

A principios de diciembre de ese año se realizó en el Auditorio Nacional el congreso de lucha por una vi-

vienda digna para los trabajadores. El proceso de reconstrucción, de reorganización del partido implicaba seguir con esta lucha. Uno de los problemas que más resentían los trabajadores y que se agudizaba por la especulación de grandes latifundistas urbanos coludidos con funcionarios del gobierno, era el referente a la vivienda.

Por medio de esta demanda los grupos partidarios se habían topado con la política del DDF, DART, y SAHOP, que no garantizaban la solución del problema de la vivienda. Esta política había privatizado la regularización de la tierra y la construcción de la vivienda. DART hacía entregas masivas de escrituras y luego obligaba a pagar un alto costo de regularización en plazos de quince días. Esto se agravaba con la imposición por parte del DDF de altos impuestos prediales retroactivos a cinco años a colonias proletarias y unidades habitacionales. El DDF había construido obras viales que habían provocado aumentos de las rentas (en más de un 100%) y el desalojo de miles de familias afectadas. Además, se había permitido la compra de miles de vecindades por parte de bancos y constructores que aprovechaban el aumento catastral para construir grandes edificios, todo lo cual originaba que la mayoría de la población del DF se encontrara en un desamparo legal, por la inexistencia de una ley inquilinaria. La situación era alarmante: había datos que revelaban que miles de trabajadores utilizaban el 40% de su salario en el pago de renta; alquilaban viviendas insalubres, sin los servicios más elementales y sufrían el atropello de desahucios, víctimas de casatenientes y autoridades. Esta situación había llevado a los trabajadores a tratar de hacerse justicia por sí solos, tomando predios baldíos ante lo cual eran brutalmente reprimidos.

En la conferencia se acordó que para defenderse de todo esto era necesaria una organización poderosa capaz de encabezar la lucha y vencer. El PST, la Confederación Nacional de Inquilinos y Colonias, el Frente de Defensa Obrera y Campesina de la República Mexicana, el Pacto de Unidad y Solidaridad de Santa Úrsula, A.C., Primera Victoria, A.C., Ampliación Miguel Hidalgo y la Federación Revolucionaria de Colonias Proletarias hicieron un pacto para construir dicha organización. Se acordó impulsar el proyecto de reforma urbana que debía incluir la ley inquilinaria, la reducción del 50% del impuesto predial retroactivo, la regularización de colonias irregulares con un carácter social, una mayor participación del Estado en la construcción de viviendas para los trabajadores, y la expropiación de zonas de reserva a favor de los trabajadores. El proyecto de ley de reforma urbana propuesto en dicha conferencia incluía el establecimiento del derecho a la vivienda para todos los mexicanos como principio constitucional; la creación de una secretaría de la vivienda; la adición al artículo 27 constitucional que estableciera la propiedad social sobre la tierra urbana; la legislación sobre el patrimonio familiar con características de inalienable e inembargable, incluyendo la casa habitación; mayor financiamiento a la vivienda de interés social; venta por parte de CONASUPO de materiales de construcción a precios accesibles; una procuraduría de la defensa del inquilino, y la inmediata congelación de rentas en las zonas habitadas por trabajadores. Esta ley sería propugnada por los diputados del PST. Con esto la lucha que se había hecho tradición en el PST a lo largo de su existencia por una vivienda digna para los trabajadores alcanzaría una meta superior. En la conferencia también se expusieron diversos problemas y se llegó a la conclusión de que el conflicto era eminentemente político y

de que sólo a través de la fuerza de la organización podría resolverse. El imperialismo y la gran burguesía habían hecho de las ciudades el gran negocio, la ciudad del sistema capitalista estaba en crisis y no respondía a las necesidades de las mayorías trabajadoras. La política que ejercía el Estado era elitista, tardía, insuficiente y autoritaria.

En torno a la lucha de este frente, en 1980 y 1981 se generaron dos graves problemas: el de Acapulco y el del Campamento 2 de Octubre. En 1974 la lucha del partido había conseguido que permanecieran en el llamado "anfiteatro" de Acapulco 10 000 núcleos de migrantes que buscaban en el puerto una alternativa a la miseria y persecución del ejército que sufrían en el campo guerrerense. Éstos vinieron a engrosar el ejército de vendedores ambulantes subempleados; algunos lograron colarse a la industria turística en los niveles más bajos. La lucha decayó un poco. El partido siguió dirigiendo 12 colonias, pero por el reflujo natural de la lucha y problemas de caudillismo se habían perdido 26. En 1978 la Secretaría de Asentamientos Humanos propuso un proyecto de reubicación que por las condiciones políticas del Estado no se llevó a cabo.

En 1980, el presidente encargó al gobernador de Guerrero que las 12 000 (para entonces ya había crecido el número) familias del anfiteatro fueran reacomodadas. El pretexto que se usó fue la contaminación; la razón real fue que el espectáculo lacerante de los asentamientos populares hacía peligrar el turismo. Había que reacomodar no sólo a esas 12 000 personas sino a todos los integrantes del Acapulco miserable: un total de 15 000 familias. El presidente aportó 3 000 millones de pesos para que se cumpliera el proyecto de reacomodarlas en un lugar llamado *Renacimiento*, ubicado en tierras de pequeña propiedad expropiadas.

Frente a esa situación surgieron varias tendencias. La del PRI y de las familias manejadas por el gobernador —que ascendían a unas 400— aceptaban racomodarse incondicionalmente; otras familias, siguiendo la dirección del PRT y del PCM se mantuvieron en la postura de no moverse de su lugar. En esas circunstancias se formó el Consejo General de Colonias Populares de Acapulco que tuvo un mitin de unas 7 000 personas. El PST, por su parte, propuso no reacomodarse si no se ofrecían mejores condiciones de vida y en este sentido formó comités de defensa que aglutinaron a un grupo de 1 312 personas. El PST aceptaba el reacomodo si se ofrecían servicios.

Además, el PST propuso que los terrenos que se dejaban deberían ser usados para construir un parque popular y no para beneficio de los grandes negociantes. Para agosto de 1980 nadie del PST se había movido y se había realizado un congreso con unos 1 800 colonos. Finalmente se hizo un convenio con el gobierno, por el cual éste se comprometía a mejorar las condiciones de vida de quienes fueran reubicados. Sin embargo, el mismo día de la inauguración de la colonia *Renacimiento*, a finales de 1981, militantes del PST protestaron: "No nos han cumplido nada. No tenemos agua, ni drenaje, ni panteones, ni escuelas, ni jardines, ni calles pavimentadas, ni médicos, ni correos, ni teléfonos, ni nada" (cfr. Vizcaíno 1981).

Por otra parte, en el Distrito Federal a principios de 1981, con una acción preparada por la policía y las autoridades del DDF, se encarceló al líder del Campamento 2 de Octubre y se tiraron muchas casas de ese núcleo urbano. La campaña de desprestigio de ese líder por medio de la prensa tenía tintes fascistas. El PST dio su apoyo a los habitantes del lugar y planeó realizar una acción de reorganización en el campamento.

El secretario general del PST declaró: "En cuanto al apoyo a Pancho de la Cruz creo que es evidente que fue totalmente justo nuestro apoyo. Francisco de la Cruz fue objeto de una trampa, de una trampa sumamente inmoral. Le estuvieron preparando acusaciones falsas durante mucho tiempo para determinar el momento en que lo acusarían, lo aprehenderían, lo consignarían y lo encarcelarían. Prepararon a unas gentes y todavía puede observarse que es un típico proceso ultrafabricado, muy bien preparado. . . aunque burdamente preparado. Nosotros ya nos estamos haciendo cargo de defenderlo legalmente".

"Pero lo que pasó en el ex-Campamento 2 de Octubre fue algo que debería haber conmovido a este país, porque se hizo gala de arbitrariedad policiaca, de violación de garantías y de falta de respeto a los ciudadanos; francamente se utilizaron métodos fascistas de represión que deberían haber asombrado a cualquier sociedad ocupada en cosas más importantes que en las que está ocupada actualmente. Es un hecho muy grave el del ex-Campamento 2 de Octubre. Allí llego la policía con un plano en el que había 'cruces' que señalaban dónde vivían los dirigentes. Llegaron y no solamente desalojaron las vías públicas; también reprimieron; iban a liquidar al movimiento del ex-Campamento 2 de Octubre. Arribaron en la noche a las casas de los líderes que no tenían nada que ver, ninguna acusación en su contra y sacaron a las familias, a muchas de ellas las sacaron de los cabellos: después procedieron a destruir las viviendas y a saquear los bienes de las familias."

"Ante esto el partido tenía que intervenir, y lo hizo para frenar ese comportamiento policiaco arbitrario. Tal parece que nadie se dio cuenta de lo que pasó en el ex-Campamento 2 de Octubre el día 3 de marzo, algo

que fue cotidiano en Chile cuando derrocaron a Allende" (Aguilar Talamantes 1981).

Después del despliegue policiaco y de la destrucción de viviendas, los 20 000 pobladores que quedaron manifestaron que se encontraban inseguros pero la división interna del campamento impidió una respuesta fuerte ante esos hechos. La división prosiguió y ha exacerbado contradicciones secundarias en el interior del campamento (cfr. Delgado 1981). En un artículo publicado en la revista *Por esto* (26 de noviembre de 1981) se decía que después de la quema del campamento, ocurrida en 1976, el líder Francisco de la Cruz se había ido a Cuernavaca donde se había empezado a corromper; que cuando regresó desató campañas de terror, despojos, golpizas, etcétera, y que se había lanzado para candidato a gobernador de Oaxaca por el PST, al pensar que tenía el apoyo del secretario del CEN del PRI. Posteriormente la prensa siguió dando cuenta de detenciones y actos de violencia en el campamento (*Unomásuno*, 12 de septiembre de 1982).

En 1983, grupos de vecinos de la colonia López Portillo hicieron un plantón frente al DDF exigiendo la liberación de Francisco de la Cruz, con la denuncia de que los jueces, después de más de dos años de tenerlo preso, se seguían excusando de conocer el caso y de dictar sentencia. Declararon que de la Cruz estaba en la cárcel por su lealtad con los desprotegidos y por resistirse a ser absorbido por el sistema. Para estas fechas se enfatizaba que ese líder no formaba parte de ningún partido político (*Unomásuno*, 10 de marzo de 1983).

El PST, convencido de que los problemas urbanos se han ido agravando, de que las ciudades han sido el gran negocio de los fraccionadores, financieras, funcionarios, latifundistas urbanos, y de que éste es un

frente importante de lucha, ha seguido organizando a cientos de trabajadores habitantes de las ciudades. Se ha propuesto llegar a esos "750 000 jefes de familia que pagan rentas a los casatenientes en las que se les va la mayor parte de su ya reducido salario". El PST ha dado importantes batallas y ha conseguido victorias. Sin embargo, al igual que en la lucha campesina, aunque todavía sin sus sangrientas consecuencias, estas luchas por la tierra siguen adoleciendo de graves problemas y la dirección partidaria en no pocas ocasiones en lugar de resolver agrava las contradicciones internas en las que se desarrollan. Cuando el enfrentamiento se da contra enemigos de clase la situación se reduce a la buena conducción del conflicto para que culmine en victoria. No así, cuando lo que oscurece al enemigo real es el surgimiento de contradicciones secundarias expresadas en formas clientistas de allegarse grupos en disputa con otras organizaciones populares. Otra cuestión es la relativa a las distancias entre propósitos y realidades, en cuanto al elevar la conciencia de los participantes. Ante conflictos reales agravados por el desarrollo capitalista se levantan esperanzas de conseguir un lote, pero sin mayor profundización política.

Frente a la política represiva con que el Estado ha encarado las demandas de los pobladores urbanos pauperizados se generan movimientos que logran mantener lo adquirido, como fue el caso de Tláhuac, donde la multitud "pesetista" enardecida y dirigida por los altos jefes del partido, llegó hasta el extremo de conducir personalmente al delegado frente a un juez. No obstante, siendo esta política estatal generalizada, muchos movimientos quedan a merced de la represión, y en el mejor de los casos quedan relegados y desatendidos. El testimonio de los colonos desalojados

de la colonia Belvedere da cuenta de esto (*Unomásuno*, 29 de agosto y 20 de octubre de 1982). Militantes de organizaciones de izquierda han denunciado el papel de interlocutor alternativo respecto de grupos en lucha que ciertas autoridades han dado a voceros del PST en la gestión de los casos concretos (cfr. Mercado 1981). Se ha llamado la atención acerca del comportamiento del PST en determinadas luchas urbanas, pues en ciertas ocasiones por el afán de controlar amplias bases de campesinos y colonos ha caído en actuaciones propias del PRI: "la ocupación de tierras para sembrar o auto-construir fue una de sus estrategias preferidas y obviamente, se produjeron grupos ligados al partido. La clientela parecía inicialmente muy grande, pero las limitaciones del método eran mayores que las expectativas" (Cisneros 1982). Se ha acusado al PST de desarrollar mecánicamente fórmulas que han acabado en enfrentamientos violentos con las fuerzas públicas. En una reseña periodística del caso de La Cuchilla de la Magdalena Culhuacán, D.F. se recalcan maniobras como la propuesta del PST para reubicar a pobladores de los culhuacanes en Tláhuac o Iztapalapa; se constata que ante esto los colonos respondieron con rotunda negativa. Se ha llegado a destacar que la relación colono-dirigente del PST, es "de un caudillismo exquisito que envidiaría cualquier líder de la CNOP" pues los colonos tienen orden de "hacer bola", y los emisarios del PST funcionan como los únicos autorizados a plantear alternativas. Se dice que esto favorece la estructura clientista del PST pues sus dirigentes frente a las autoridades ganan fuerza al aparecer como líderes de masas, y ante los colonos también: son los únicos que pueden llegar a las autoridades. Sin embargo, también se ha llamado la atención en el sentido de que usar métodos del PRI sin ser el partido del Estado es un

fraude político que tiene como consecuencia que los colonos se vayan desencantando, tal como ocurrió en La Cuchilla de la Magdalena, donde sólo continúan afiliados a ese partido unos cuantos. (cfr. Cisneros 1982).

En relación a este problema surge otra cuestión delicada, la relativa a la política antiunitaria del partido con otras fuerzas de la izquierda, actitud que repercute en un aislamiento de los grupos que tendrían alternativas si emprendieran una lucha amplia junto a otros, en lugar de estar en competencia con ellos, cosa que aprovechan las autoridades gubernamentales. No deja de llamar la atención en el documento titulado "Proyecto de táctica general del PST", elaborado a principios de 1983, la dirigencia del partido llame a defender al sector nacionalista revolucionario y previene a las masas del partido para que se cuiden de la "trampa" que representan los frentes de defensa del salario, de defensa de la economía nacional, contra la represión, etcétera, en los cuales se encuentran las fuerzas de izquierda. Finalmente hay que señalar otro agravante: los vicios políticos se van haciendo costumbre por la falta de autocrítica real operativa, lo que ocasiona que la misma lucha no repercuta positivamente hacia la vida partidaria y hacia la lucha socialista. Sin embargo, sería injusto encuadrar en estas líneas toda la actividad del PST, no todas sus luchas tienen estos defectos. No pocos grupos, con más o menos experiencia, han encontrado en el PST un medio para insertarse en la lucha de clases que enfrenta enemigos importantes de los trabajadores.

#### *Un partido movilizador de masas*

EL PST se ha caracterizado por sus movilizaciones de masas tanto en los estados como en la capital de la

República, desde sus principios, como ocurrió con la marcha del 6 de enero de 1974. En la del 1º de mayo y la del 21 de noviembre de ese mismo año el partido movilizó a unas 30 000 personas. La marcha del 21 de noviembre se preparó con tres actos masivos: la conferencia de cañeros, la de tabacaleros y citricultores, y la de la lucha contra el latifundismo, en las que surgieron algunas dificultades, sobre todo para la realización de la primera, porque las autoridades estatales impidieron la asistencia de grupos importantes. Por lo que respecta a la marcha del 21 de noviembre el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, buscó a los dirigentes del partido para evitar que se realizara, y a alguno de ellos se les quiso comprar, con la promesa de que si no se efectuaba la movilización en 48 horas se resolverían los problemas y las demandas. Después se llegó a intimidaciones, y la tensión entre muchos militantes que preparaban la marcha creció a tal grado que un día antes a la fecha señalada no se tenía la certeza si se realizaría o no. Finalmente la marcha se efectuó y aglutinó a 17 200 personas, aproximadamente. Como se temía la represión y se veía que no era conveniente entrar al enfrentamiento inútil, la dirección buscó al presidente para invitarlo al acto y asegurar así que no se impidiera la movilización. El presidente aceptó. Así se realizó la marcha que comenzó con una concentración en Los Pinos donde se plantearon las demandas al presidente. De ahí partió el contingente al Monumento a la Revolución. Esta movilización se evaluó como una conquista del respeto por parte del gobierno a los derechos constitucionales. Después de mucho tiempo, las principales avenidas de la ciudad de México volvieron a ver trabajadores con banderas rojas, coreando consignas de lucha.

Muchos actos partidarios, como la asamblea constituyente del PST en 1975, como la que formó la UNTA, etcétera, terminaban con una marcha del lugar donde había sido realizada al Hemiciclo a Juárez. En noviembre de 1976 se consiguió aglutinar a un gran contingente de trabajadores del campo y de la ciudad en el Monumento a la Revolución desde donde marcharon a Los Pinos. En cada estado se hicieron gestiones para conseguir medios de movilización, pero en algunos lados fueron boicoteados. Se prometían camiones que nunca llegaban. No obstante, en el Monumento a la Revolución se reunieron alrededor de 35 000. La marcha fue imponente. El tráfico se desquició, y el portavoz de las fuerzas de derecha, Televisa, se encargó de condenar tal tipo de actos.

En la marcha de 1976, además de las demandas campesinas, al presidente se le plantearon proposiciones de un programa de reforma urbana que destinara tierra para la habitación de los trabajadores, que legalizara la tenencia de posesionarios, y que instrumentara la participación de los colonos, tanto en los programas de regularización de los terrenos como en la introducción de servicios públicos y de urbanización en las colonias de los trabajadores. Se proponía una adición al artículo 27 constitucional que estableciera la propiedad social. A lo cual el presidente respondió que era muestra de la democracia el que ese gran contingente se manifestara pública y pacíficamente. Al día siguiente se establecieron mesas de trabajo para ver cómo iba la solución de cada uno de los problemas planteados.

A mediados de diciembre de 1979 hubo otra gran movilización denominada II Encuentro Nacional de Trabajadores del Campo y de la Ciudad, donde a las demandas anteriores no resueltas se añadieron los pro-

blemas surgidos con motivo de las elecciones de ese año. Así se enfatizó la defensa de la soberanía nacional y de la Reforma Política. Esta marcha conglutinó alrededor de 50 000 manifestantes y culminó en Los Pinos, ante el presidente de la República.

El caciquismo, sobre todo en el campo había usurpado triunfos legítimos de los trabajadores que habían utilizado al PST como arma para obtener primero diputaciones federales y posteriormente presidencias municipales. Se hicieron del conocimiento del presidente las violaciones a la ley electoral, la más notable de las cuales había sido la de Chicontepec, Veracruz, donde en la primera votación para diputados federales había ganado el PST. Aunque el PRI le reconocía al partido muchos miles de votos, se quería adjudicar el triunfo. Fue uno de los cinco distritos electorales donde las violaciones obligaron a determinar que se hiciera una nueva votación. Ésta se llevó a cabo, y hubo de nuevo fraude. Las persecuciones de que habían sido objeto muchos candidatos del partido en las zonas campesinas dominadas por caciques y terratenientes; las amenazas y las violaciones a la ley se encuadraban en demandas encaminadas a hacer efectiva la Reforma Política.

A finales de 1980 se organizó otro acto similar en el Palacio de los Deportes al que acudió en representación del presidente el secretario de la SRA, García Paniagua, y donde los problemas de los militantes del PST referentes al campo y a los problemas urbanos y electorales se siguieron planteando con insistencia.

Este tipo de actos masivos tenían diferentes repercusiones. Al de 1974 el grupo de periodistas agrupados en torno a Sherer, donde se encontraba Heberto Castillo, lo calificaron de "oposición dependiente" (y desde entonces, la mayoría de las acciones del PST se inter-



pretarían en esta corriente periodística como sospechosas de ser comandadas por un grupo manipulado y pagado por gente del gobierno). La derecha se irritaba de que se permitieran las concentraciones masivas y entre la población trabajadora se despertaban algunas simpatías.

### *El partido y los funcionarios del gobierno*

La esquematización en que no pocas veces incurrió la prensa al informar acciones del PST no sólo provenía de un prejuicio, de hecho la dirección del partido también contribuyó con un mal manejo de las relaciones con la prensa. Además, Talamantes, en un afán de "acalambrar" a intelectuales críticos y a dejar bien definidas sus diferencias con el resto de la izquierda, fue decisivo en este proceso. El máximo dirigente del PST llamaba a sus bases a no dejarse intimidar por el mote de "colaboracionistas". Así, no sólo no se avergonzaba de tener tratos con funcionarios gubernamentales a los que había situado en el sector "nacionalista", sino que llegaba al extremo de un gustoso exhibicionismo. La figura privilegiada en este sector era el presidente de la República.

Las entrevistas con Echeverría eran frecuentes. En una de ellas, a finales de 1976, los dirigentes del partido le habían notificado la decisión de celebrar la llamada Asamblea de Registro y le habían solicitado un local apropiado para ello (se llegó a pensar en la Plaza México), así como apoyo político para que en los diferentes lugares se propiciara la movilización de los militantes como había ocurrido en otras ocasiones. El presidente había indicado que estaba de acuerdo "ustedes son el partido de izquierda que debe tener el

país", y comisionó a Ovalle para que se encargara de que no hubiera dificultades en la realización de la asamblea. En noviembre de ese año él mismo otorgaría el registro. Recomendó informar a Muñoz Ledo, presidente del PRI, y a José López Portillo presidente electo. Los dirigentes del partido tuvieron un enfrentamiento con Muñoz Ledo, quien dijo que la asamblea se haría cuando "ellos —los del PRI y del gobierno— dijeran". A los dirigentes del PST esto no les importó, pues sentían seguridad por el respaldo de Echeverría. Se calificó a Muñoz Ledo de pertenecer al "sector demagógico" del gobierno. Posteriormente acudieron con José López Portillo, quien se mostró molesto, pues no quería entrar a su gobierno con "la imposición de un partido". Indicó que en caso de que se celebraran las asambleas estatales de registro marcadas por la ley se podían enfermar los notarios que tenían que oficializarlas; además señaló que necesitaba enfrentar los primeros días sin problemas y que se le dejara hacerlo sin presiones. Esto llevó a la dirección del PST a concluir que entrar con un registro dado por un presidente saliente, pero sin el visto bueno del entrante no era conveniente. Además, se dijo, en esos momentos el PST no tenía la suficiente fuerza para enfrentar los embates de la burguesía; los sueños de llenar la Plaza México habían sido rotos por los datos que llegaban del número de posibles movilizados.

El 5 de febrero de 1976 en Acapulco los militantes del PST tuvieron un mitin con JLP. Ahí se le hicieron los planteamientos y las demandas en torno a la APR, exhortándolo a que su régimen afectara los intereses de la gran burguesía y del imperialismo norteamericano, y se apoyara en el pueblo mediante una APR donde el papel de los trabajadores iría siendo cada vez más elevado. Talamantes lo instó a que se considerara

no únicamente candidato del PRI, sino de las fuerzas avanzadas y progresistas del país: "Nuestro pueblo está esperando. La esperanza no le ha muerto, y nuestro pueblo quiere, seguro de que usted será presidente, que oriente su política a favor de los intereses de los trabajadores". Advirtió que si esto no sucedía el pueblo se vería sumido en la violencia, y el único ganador sería el imperialismo: "Pensamos que la jefatura del país —prosiguió Talamantes— debe definitivamente ser una jefatura que llame a la unidad a las mejores fuerzas nacionales". Y se explicó que votar por un gobierno de los trabajadores no era un voto en contra de él sino un voto a favor de la patria. Finalmente le expusieron los atropellos que el ejército perpetraba en contra de colonos y campesinos de Guerrero.

A finales de julio de 1978 el secretario general del partido se entrevistó con el presidente de la República para solicitarle garantías para un grupo de jóvenes exguerrilleros. El presidente aseguró que a la Reforma Política le seguiría la amnistía. Como en algunos medios de prensa y aun entre algunos dirigentes estatales del PST en Guerrero, algunos de estos jóvenes fueron acusados de ser policías, porros y protegidos del gobernador de Guerrero, el PST convocó a conferencias de prensa para aclarar sus actividades políticas. En el partido se decía que eran calumnias provocadas por envidiosos que "gracias a la acción modesta, sencilla, discreta de nuestro partido hayamos logrado la libertad de centenares de jóvenes que se encontraban presos acusados de ser guerrilleros". Se recalcó que la ley de amnistía venía a ser un triunfo de las fuerzas democráticas.

En 1980 Talamantes tuvo una entrevista con el presidente en la que sugirió que en la Huasteca se podía hacer lo que hizo Cárdenas: atacar a los latifundistas,

no dejar que la situación propiciara, como estaba pasando, el que grupos de campesinos azuzados por provocadores se levantaran en armas (cosa que no resolvía el problema campesino pero sí beneficiaba a los que querían desestabilizar la situación en una zona petrolera para sacar ventajas en favor de la gran burguesía y del imperialismo). Una expropiación masiva de los grandes latifundios y una organización de los campesinos para la producción remediarían los problemas del lugar; asegurarían el avance de los intereses populares y frenaría a los enemigos del pueblo y del sector nacionalista revolucionario. En este sentido, el 10 de abril, día conmemorativo de Emiliano Zapata, en Hueyutla se llevó a cabo un acto masivo del PST en contra de los caciques y latifundistas. Éstos fueron afectados con una expropiación en Tamaulipas. Se desató en la zona una contraofensiva que tenía en la mira a los militantes del PST. Un dirigente desapareció en manos de funcionarios coludidos con los caciques. A nivel nacional el partido respondió con una campaña en contra del latifundismo.

Cuando el PST apoyó la candidatura de Guillermo Rossell de la Lama para gobernador de Hidalgo, Talamantes declaró: "Nuestro partido en su larga marcha se enfrentó a intereses muy poderosos y, cuando menos hasta ahora, la ciencia política indica que una vez localizado el enemigo principal lo sabio es unir las fuerzas en su contra, para aislarlo, debilitarlo y finalmente derrotarlo, es una de las características de la política como ciencia".

"Nosotros desde un principio, cuando empezamos a construir el partido, formulamos lo que llamamos el principio estratégico fundamental. En política hay que ser consecuentes, debe hacerse todo lo posible para debilitar al enemigo. No hacer nada que tienda a for-

talecerlo. Ese principio nosotros lo aplicamos en nuestra vida política diaria y yo quiero decirlo con toda claridad, vivimos en un país donde la ficción política, la simulación han sido un poco los valores morales de la política mexicana y a veces no en poco contribuye la prensa a que esos sean los más altos valores que se manejan en la política mexicana.”

“A veces la antipatía que producimos nosotros se deriva de que somos claros, de que somos francos y hacemos las cosas como pensamos que deben hacerse. En nuestra lucha por el socialismo en México sabemos que hay que aislar, debilitar y derrocar esos intereses creados. Uno muy importante es el caciquismo ya que mantiene al pueblo en el atraso político, en el analfabetismo político que daña la salud política del país. El estado de Hidalgo es uno de los que tienen mayor caciquismo. Nosotros, que somos un partido que nos abrimos paso en las huastecas para reivindicar los derechos de los campesinos, hemos tenido que sufrir en los últimos años todos los embates de los caciques: asesinatos, persecuciones, etcétera. Todavía hace tres meses teníamos en Hidalgo 130 compañeros en la cárcel. En esa época, lo debo decir con toda claridad, no conocíamos a Rossell de la Lama personalmente; cuando resultó electo candidato del PRI buscamos la oportunidad de reunirnos con él y en la primera plática que sostuvimos nos pudimos percatar de que estábamos equivocados respecto a él. Nosotros teníamos la idea de que era simplemente un funcionario frívolo, burgués, como alguno de ustedes ha dicho, o simplemente un amigo del Presidente que no ofrecía ninguna posibilidad de resolver los problemas de Hidalgo.”

“Cuando nos encontramos con él y discutimos los problemas políticos y económicos de Hidalgo, franca-

mente nos impresionó con su actitud. Desconocíamos su trayectoria. No sabíamos que había sido fundador del PPS, amigo de Lombardo, que había tenido ‘relación’ con gentes como Diego Rivera, Siqueiros, es decir no sabíamos su vinculación con mucha gente de izquierda. Pero además ignorábamos su punto de vista sobre los problemas de Hidalgo, cuando lo conocimos establecimos un diálogo que nos permitió establecer un programa común y Rossell de la Lama se comprometió con nosotros a que su primer acto de gobierno sería una amnistía para liberar a nuestros compañeros presos; segundo a liquidar el caciquismo; tercero a modernizar el estado de Hidalgo, industrializándolo, no sobre la base de la explotación de los trabajadores de Hidalgo, sino sobre la base de la propiedad social y de un profundo respeto a los trabajadores, es decir estableciendo las bases de un programa común. Ese fue el factor fundamental para que decidieran lanzarlo como candidato” (Aguilar Talamantes 1981).

El 28 de febrero de 1983 apareció en algunos diarios capitalinos como inserción pagada la noticia y contenido de una entrevista de dirigentes del PST con el gobernador de Hidalgo. Comienza la relación de este hecho con una cita de Talamantes: “Rossell nos sorprende día a día como un gran líder de su pueblo”. También se destaca otra afirmación del dirigente del PST: “Siento que nuestro partido está desfasado respecto al ritmo y la profundidad de trabajo que tiene el estado de Hidalgo, particularmente su gobierno y vamos a tener que carrerear mucho para alcanzarlo”. El PST, a través de su máximo dirigente, reiteró su solidaridad “responsable y activa” con el programa de gobierno del estado.

La buena relación que los dirigentes del PST han mantenido con gobernadores como Rubén Figueroa,

en Guerrero, y Leandro Rovirosa en Tabasco, también ha sido del dominio público. Entre los dirigentes del PST no es rara la actitud de acudir a determinados funcionarios del gobierno para solicitar recursos y efectuar entrevistas, ya fueran estrictamente políticas o bien de "amistad".

*La campaña electoral de 1979  
y las votaciones*

Desde las elecciones de 1976 la dirección del PST había planteado que en el período de lucha electoral las formas de lucha eran las electorales. Se explicaba el fenómeno de la abstención por el hecho de que la clase dominante había devaluado el voto. Además se señalaba que el voto del pueblo sin una organización partidaria que lo hiciera respetar seguiría devaluado. En este contexto se hicieron los planteamientos en la comparecencia de 1977 ante la CFE: duplicar el número de militantes requeridos para conformarse como partido a 130 000 y que el partido que en las votaciones no alcanzara el 2.5% fuera eliminado. Al criticar las limitaciones de la Reforma Política que pretendía encajonar a los partidos en su parte electoral se veía que tal Reforma ofrecía al PST la oportunidad de contar con garantías legales en su lucha política. Las elecciones de 1979 se veían no como un acto electoral más: se estaba poniendo a prueba la Reforma Política.

Se recalca que en la coyuntura electoral la lucha de clases se sintetizaba en la lucha política por posiciones de poder. Se reiteró que la clase obrera y su partido deberían dominar todas las formas de lucha; que éstas se aprendían partiendo de las inferiores a las superiores y que las luchas más accesibles a las grandes masas

eran las electorales. A través de la organización partidaria había que devolverle el valor al voto. Un planteamiento recurrente en torno a la campaña y elecciones del 79 fue la necesidad que tenía el PST de convertirse en la segunda fuerza política del país.

Se estableció que no había que sacrificar la estrategia del partido por la táctica. El deseo de obtener más votos no debería llevar a atacar a aliados. Además no había que ganar sólo simpatizantes, sino votos conscientes y organizados. Se decía que de nada serviría para el siguiente período 50 diputados ni millones de votos dispersos, sin la estructura partidaria que cohesionara, organizara y contemplara la lucha de los trabajadores y los adiestrara hacia los siguientes combates por posiciones de poder y hacia la conquista de un gobierno de los trabajadores. Había que desinhibir al pueblo y sobre todo a la clase obrera, pues si ésta se orientaba a no participar en la lucha electoral, la balanza de la lucha de clases seguiría favoreciendo a los intereses reaccionarios así como a la apertura a un gobierno represivo. En las últimas reuniones de candidatos se hablaba de la posibilidad de ganar en el DF los distritos 22, 38, 39 y 29. Las votaciones arrojaron los siguientes resultados:

VOTACIÓN SEGÚN LA REPRESENTACIÓN PROPORCIONAL  
(1979)

	<i>Votos</i>	<i>Porcentajes</i>
PRI	9 418 178	68.35
PAN	1 525 111	11.06
PCM	703 038	5.10
PPS	389 590	2.82
PST	311 556	2.26
PARM	298 184	2.16

PDM	293 495	2.13
ANULADOS	839 778	6.09
TOTAL	13 778 930	100.00

(14 millones no votaron)

FUENTE: *Diario Oficial* de la Federación, 31 de agosto de 1979, y López Moreno, Javier, 1980a:32.

Las elecciones federales de julio de 1979 tuvieron resultados desconcertantes: pese a la Reforma Política y a la intervención de nuevos partidos en la campaña, la abstención fue de las mayores. Los cálculos variaban de un 52% en números redondos respecto a los ciudadanos empadronados, hasta un conservador 58% sobre los posibles votantes, teniendo en cuenta aun a los no empadronados. Esto se agravaba si se comparaba con las votaciones anteriores donde la abstención ya había sido alarmante pero muy inferior (en los años sesenta y setenta el promedio de abstención era de un 35%). Los analistas del PRI sufrieron un fuerte impacto: este partido había obtenido un 68.35% de los votantes en las uninominales y una tercera parte de los empadronados. Artículos en revistas y periódicos precisaban que el PRI había perdido tres cuartas partes de millón de votos, respecto de la votación de 1973, y tres millones y medio en relación con la del 76 (cfr. López Moreno 1980b:22). Se declaró que en cinco entidades el PRI había estado por debajo de su promedio nacional: en el Estado de México, en Jalisco, en Nuevo León, en Baja California Norte y en el D.F. (cfr. López Moreno 1980a:197). Se denunciaron vicios electorales en el padrón y en el control de casillas; hubo fraudes sobre todo en las regiones campesinas (donde el PRI obtuvo mayor votación) y la innovación de los dos votos de nada sirvió pues de hecho no fueron usados distintamente por los votantes sino manipulados por los fun-

cionarios electorales. En las votaciones plurinominales el PST había obtenido el 5º lugar de las votaciones, con 311 556 votos y un porcentaje del 2.26% de los votantes (el PCM obtuvo el 5.1% y el PPS el 2.8%). El PAN siguió siendo la segunda fuerza electoral con 1 525 111 votos y un porcentaje del 11.06%, que no alcanzaban ni la suma del PCM, PPS y PST. Por su parte, el PCM obtuvo una votación mayor que la suma del PST y del PPS. Además, las circunscripciones demostraron que no se había logrado el ritmo único y nacional propugnado por el PST y que se había vuelto a imponer el desarrollo desigual. En la circunscripción de Guadalajara el PST no había alcanzado ni la quinta parte de la votación total del partido (62 927) y lo mismo había ocurrido con la de Monterrey (62 428); en la del D.F. había tenido más de la mitad de la votación total (186 211). Para el PST las otras dos circunscripciones habían representado cada una un tercio de la votación del D.F.

Si se consideran los votos por entidades, en el D.F. el PST obtuvo 105 679 uninominales y 109 818 plurinominales (lo que significó un 37.2% del total de sus uninominales y un 35.2% de sus plurinominales). Obtuvo el tercer lugar en cinco estados (Aguascalientes, Chiapas, Colima, Guerrero y Jalisco); en tres el cuarto lugar (Coahuila, Baja California Sur y San Luis Potosí); en 12 el quinto lugar; en 10 el sexto, y en dos el séptimo (Yucatán y Tlaxcala).

La coalición de izquierda, bajo las siglas del PCM, obtuvo el tercer lugar de la votación nacional. Tuvo mayor influencia en el D.F. y en las ciudades que en el campo y según algunos estudios, había aglutinado los votos de una gran parte de la pequeña burguesía. Según las apreciaciones de Fernando Carmona "las elecciones demostraron palmariamente que la gran mayo-

ría de la clase obrera y el proletariado rural y urbano, así como el campesinado, continúa aislado de la izquierda y de la ideología y la teoría revolucionaria" (Carmona 1979:38).

El PST había denunciado maniobras por parte de la Secretaría de Gobernación para que el PPS quedara por encima de él. Se había constatado que en Veracruz se habían inflado de sobremanera las cifras de ese partido.

A mediados de 1980 no se tenían cifras confiables de las elecciones en los estados. El PRI había dado a conocer algunos datos que no eran del todo verdaderos: proseguía el método de inflar las votaciones del PRI y que éste diera más o menos votos a los otros partidos. Se tuvieron que hacer negociaciones con Gobernación, por ejemplo, en el caso de Pino, Zacatecas, donde en 1979 se había ganado el municipio. Este triunfo no fue reconocido por el PRI y se tuvo que aceptar que se pusiera un concejo municipal de tres personas con un integrante del PST. En 1980 también se había ganado la diputación local, pero hubo fraude por la presión de los caciques. Por otra parte, la situación del abstencionismo se agravó en las elecciones estatales de 1980, cuando aumentó a un 80 y 85%, situación que volvió a inquietar a los analistas del PRI: los gobernadores subían sin el apoyo popular, el sistema de legitimación se estaba rompiendo. El PAN y el PPS siguieron entre los partidos que alcanzaban mayor votación entre los oponentes al PRI, pero aun esa votación era muy minoritaria. Según cifras del PRI en las votaciones de los estados de Campeche, Chihuahua, Durango, Michoacán y Zacatecas, el PST alcanzó un promedio de 0.65% con 5 686 votos en Chihuahua, 2 733 en Michoacán, 882 en Durango; 274 en Zacatecas y 222 en Campeche. Se empezaron a manejar diversas hipótesis para expli-

car esto, unos decían que la Reforma Política no había llegado a los estados; otros señalaron que el que necesitaba una fuerte reforma era el PRI, así como sus métodos electorales, y una última versión decía que a los trabajadores no les importaban las votaciones y que su lucha la estaban dando por otras vías.

El PST hizo las denuncias correspondientes y presentó pruebas de fraudes en el Colegio Electoral, pero fueron totalmente ignoradas. No obstante, para principios de 1981 el partido había obtenido 10 diputaciones federales, 500 plazas de funcionarios municipales, ocho diputaciones locales y un municipio en Oaxaca.

### *El impacto de las votaciones*

Ante el resultado de las elecciones federales de 1979 entre muchos militantes del partido hubo desconcierto. En muchos lugares había habido bastante trabajo y los resultados habían sido exiguos, motivo por el cual se tuvo que reunir el CC para examinar la situación partidaria y del país.

Talamantes hizo un informe sobre la situación del país en el que indicaba que en términos generales e internacionales se podía apreciar la crisis general del capitalismo y el avance del socialismo. La insurgencia de los pueblos había ido arrinconando al imperialismo. Había que situar a la campaña electoral dentro de ese contexto internacional. En su retroceso el imperialismo se había vuelto más feroz y agresivo en contra de México. Esto había puesto a las fuerzas nacionales en actitud defensiva. En ese sentido había que entender la actuación del Estado y del PRI. La clase obrera todavía estaba inmadura para llegar fortalecida a la gran batalla. No era cierto, según lo enfatizó, que el PST ni el PCM estuvieran a la vanguardia de los intere-

ses nacionales y populares en ese momento. El gobierno y el PRI estaban enfrentando la situación poniéndose a la defensiva. El PRI había aplicado una política de amplio espectro. No había que juzgar con simplismos. El lema "para seguir siendo libres", que había sido la base propagandística del PRI en la campaña, no iba en contra de grupos pequeños socialistas. Lo que quería era ampliarse, pues sería suicida que se estrechara. Se volvió a insistir en que no había elementos serios que indicaran que el gobierno se estuviera "derechizando". Lo que estaba pasando era que contra la agresión había trazado una política de resistencia, pues quien tenía posibilidades de desestabilizar era la derecha. Se aclaró que los resultados de las votaciones del PAN y del PCM se debían a que ambos partidos habían hecho "una industria el mentarle la madre al PRI"; que eso era política de especulación.

A muchos miembros del partido en todos los niveles (aun en el CC) los resultados de las elecciones los habían puesto en crisis, pero Talamantes continuaba enfatizando que la política del partido seguía vigente: luchar por llegar a ser la segunda fuerza. Para levantar el ánimo de los miembros se empezó a afirmar que los resultados que el partido había obtenido eran los más importantes que hubiera conseguido. Se explicó: la lucha de clases se daba independientemente de la voluntad de los partidos. Lo que éstos hacían era imponer ritmo y rumbo. En esos momentos no había conducción plena ni organizada; por eso se imponía de hecho la dirección del grupo nacional revolucionario, pero no había que olvidar que era una política burguesa. En esos momentos la polarización no convenía a la clase obrera por no estar fortalecida ni organizada. En esas condiciones la tarea obrero-popular era que la clase obrera, más la mayoría del pueblo, más el PST

sitieran al Estado como la segunda fuerza (la primera era el Estado mismo). Ser segunda fuerza en condiciones de debilidad era una situación suicida.

Por lo que respecta a las críticas que afirmaban que lo que había fallado era la propaganda porque el PCM en sus distritos había sacado mayor votación que el PST (sin un trabajo de base como había desarrollado el PST contra los ejes viales y por otra serie de medidas que habían aglutinado y organizado a grupos de afectados), la dirección aclaró que se había opuesto intencionalmente a que la característica principal de la campaña fuese la propaganda. Se querían votos con organización detrás y no votos que después no se pudieran materializar en la lucha. El problema no había estado ahí, sino en las condiciones previas a la campaña: no se había llegado a ella maduros ni organizados. Esto había influido en no poder hacer una campaña de agitación y propaganda con trabajo organizado de base de mayor altura; se dijo: "Fuimos el partido con más deficiencias". De hecho se aplicó la táctica con falta de preparación, ya que la gente estaba con el partido, pero no se había sabido organizar, debido a que la dirigencia media no había tenido la capacidad para aplicar la línea.

También se analizaron las grandes ventajas de la campaña y se dijo que era un triunfo haber obtenido los 311 556 votos sobre todo haber conquistado el registro; éste no había sido ningún regalo. Sólo con los votos de la clase obrera del partido hubiera llegado a ser la segunda fuerza del país; pero el pueblo no se había incorporado a la lucha y la abstención había crecido. Además, no había que olvidar que también hubo fraude. No obstante, se recalca que el gran acierto había sido la consulta popular para nominar a los candidatos pesetistas.

Otro elemento que había que tener en cuenta en esa evaluación era la composición del partido, conformado en sus bases por marginados y analfabetos (esto había impedido cumplir muchos requisitos de la ley, por ejemplo, en cuanto a representantes de casilla que no habían sido admitidos; la dificultad de algunos miembros para votar aun cuando se les había dado instrucción, etcétera). Sin embargo se tenía que tener presente que había sido la primera gran confrontación del partido con el Estado. Era un hecho que al entrar a la campaña muchos sentían que el PRI estaba moralmente derrotado. Entre el pueblo se había manifestado desconfianza e incluso disgusto hacia el partido del Estado. A su vez, el PST no supo capitalizar a ese pueblo alejado, pero tampoco "supo infundir la idea que el PRI sí era vencible", ni fue capaz de mostrar ante el pueblo todos los mecanismos de Estado que ese partido utilizó para intimidar y coaccionar votos.

A pesar de la escasa votación, en términos reales el partido "salía más fuerte de la campaña que como había entrado a ella". Además se recalca que era una ventaja que las fuerzas que antes de las votaciones tenían al partido entre ojos y lo creían más fuerte y se estaban preparando para atacarlo fuertemente, después lo habían empezado a desdeñar. Eso permitía al partido atrincherarse con su fuerza real que había que acrecentar. No obstante que sólo un 60% de los candidatos a diputados permanecieron en la lucha siguiente, la etapa de reorganización pareció comenzar con entusiasmo.

#### *El subsidio federal al partido*

Dentro del marco de la LOPPE la CFE entregó al PST 12 camionetas (que fueron utilizadas para la campaña)

y carteles. Posteriormente a las elecciones y en función del número de votos obtenidos se otorgó al partido la cantidad de 200 000 pesos mensuales que junto con los 50 000 pesos mensuales (en 1979), por cada uno de los siete diputados militantes del PST (que cobraba la Secretaría de Finanzas) se usaban para los gastos partidarios. Las finanzas internas estaban mal y éste fue el fondo más importante que recibió el partido por aquella época. De ahí se pagaba a los diputados según sus necesidades.

La dieta de los otros tres diputados que habían accedido a la Cámara bajo las siglas del PST no se podía utilizar por el partido puesto que uno era el secretario general de la UIC; otro, se había separado del partido por problemas con los dirigentes; y otra diputada era la secretaria general del POS, escisión del PRT.

#### *Las acciones de los primeros diputados del partido*

A un año de iniciar labores los diputados del PST evaluaron que no se habían encerrado "en las paredes de Donceles", sino que salieron a luchar con el pueblo y varios de ellos habían sido reprimidos por la policía en varios lugares (Estado de México y Jalisco). En la Cámara, el PST insistió en la creación de una central nacional de abastos para combatir los monopolios comerciales. En la discusión de la ley de *referéndum* discutió que se estableciera el congreso local del D.F. y que los delegados fueran electos. En la ley sobre exención de impuestos a escuelas particulares, el PST pugnó porque éstos no se condonaran y logró atraer a su votación a 34 diputados del PRI (esta iniciativa se perdió); asimismo, avanzó en la formulación de un proyecto de ley de reforma urbana. La fracción parla-



mentaria del PST impugnó el proyecto de ley de fomento agropecuario por ser atentatoria contra la propiedad social en el campo. Finalmente presentó un proyecto de ley para derogar el derecho de amparo en contra de las resoluciones presidenciales en materia agraria. Los diputados del partido participaron en las reuniones ordinarias de 23 comisiones de trabajo. De las 1 032 intervenciones en el segundo período de sesiones de la LI Legislatura, el PST ocupó 106. Convirtió a la Cámara en foro de denuncias de las trabas existentes para el avance de la Reforma Política; de las represiones a grupos obreros, campesinos y populares, y de las violaciones a la Constitución por parte de las autoridades.

La fracción parlamentaria al hacer una autocrítica reconoció limitaciones para elaborar proyectos de iniciativa que se desprendieran del programa de acción del PST, pero vio como un gran acierto haber estado al frente de las luchas diarias del partido por la tierra y por la vivienda.

### *Campaña, elecciones del 82 y sus secuelas*

Durante la campaña del 82 se prosiguió con la danza de los números: en un discurso pronunciado en Mérida, Talamantes afirmaba que el partido tenía 70 000 militantes (*Proceso*, 22 de febrero de 1982), y unos cuantos meses después se afirmaba que el PST podía "movilizar" a 100 000 partidarios [lo que implicaba que tenía más, pues es sabido que la totalidad no se moviliza] (*Unomásuno*, 30 de junio de 1982). Sin ninguna autocrítica y olvidando lo ocurrido en las elecciones de 1979 se volvió a subrayar que en 1982 el PST se convertiría en la segunda fuerza electoral y que

al menos duplicaría la votación obtenida en 1979, lo que de nuevo no se consiguió ni en lo mínimo. También se planteó contar con 200 promotores del voto en cada distrito (tres o cinco por cada sección electoral) y conseguir por medio de una pirámide de promotores alrededor de 78 000 votos por distrito, lo cual dentro del voluntarismo mecánico del partido se veía no sólo posible sino realizable. Como en las elecciones anteriores, el gran logro fue haber refrendado el registro y haber subido de 10 a 11 diputados federales (por cuestiones de manipulación electoral a su favor en la tercera circunscripción se consiguió un diputado más). Todos los demás planteamientos quedaron de nuevo muy lejos de la realidad, debido al simplismo de considerar a cada uno que se convenciera de votar por el PST como capaz de multiplicar matemáticamente dicho convencimiento. Esto se basaba en simples cálculos numéricos y no en análisis políticos.

El problema de las finanzas volvió a aparecer como dato que cuestionaba una actividad independiente del PST. Se reconoció que la CFE había proporcionado conforme a la ley un autobús, dos camionetas, dos combis, tres equipos de sonido y quince millones de pesos para la campaña presidencial del partido. Pero aparecían datos "sospechosos" como el hecho de que a los reporteros que cubrían la campaña del PST que fueron dejados en Guadalajara se les resolvió el problema enviándolos al comité estatal del PRI para que les fueran cubiertos los gastos de transporte (*Unomásuno*, 21 de enero de 1982). Finalmente una declaración del secretario de finanzas del PST estableció que dicho partido no era "puritano", y que además de los 375 000 pesos que recibía mensualmente de la CFE había "apoyos" del gobernador de Tabasco; de priístas progresistas y de algunos gobiernos estatales, tanto

para la campaña presidencial (como había sido evidente en el estado de Chiapas) como para la vida ordinaria del partido (*Unomásuno*, 6 de marzo de 1982).

Otro elemento que hay que destacar es el relativo a su postura ante Miguel de la Madrid. El 3 de octubre de 1981, Talamantes argumentó que debido a que había una conspiración contra el registro del PST, éste se tenía que defender a través de una alianza con el PRI. Propuso que su partido lanzara como candidato a Miguel de la Madrid, candidato del partido del Estado, argumentando que el nuevo equipo gobernante podía tener vacíos políticos debido a que las fuerzas obreras del PRI tenían mucho trabajo para asimilar la postulación de De la Madrid, lo que podía repercutir en una candidatura débil. Defendió esta propuesta en el cuarto consejo nacional, y tras una aparente lucha se llegó a la decisión de lanzar un candidato propio. Sin embargo la figura de Talamantes, presidente del PST, tuvo menos importancia por haber perdido la discusión. Y por su parte, Graco Ramírez, secretario general, aclaró que lanzar un candidato propio no implicaba romper con el sector revolucionario del PRI.

Cándido Díaz Cerecero, candidato del PST a la presidencia, abrió su campaña responsabilizando al PRI de la abstención electoral. Declaró que después de 25 años de militancia en el PRI había dejado ese partido porque se había convencido de que ya no servía. El candidato pesetista señaló a De la Madrid como representante de la burguesía. Ante esto, entre los cuadros dirigentes del PST se oía que era necesario "educar" a su candidato. Finalmente, al hacer la evaluación de la votación, Talamantes aseguró que las irregularidades eran "el pequeño pecado de los procesos electorales en México" y que el PST propiciaría una alianza con Miguel de la Madrid, "quien quedó acreditado como el

único que puede encabezar la aplicación de un programa de transformación en la vida nacional". A la objeción de por qué no se le había postulado como candidato del PST salió al paso aclarando que se había impuesto el objetivo de desarrollarse como partido autónomo y dar una batalla propia en defensa del registro; pero una vez alcanzado esto se presentaban nuevas tareas; tal como desarrollar la unidad democrática del pueblo y asegurar que el próximo gobierno cumpliera sus promesas (*Unomásuno*, 31 de julio de 1982). Así, lo principal, a toda costa, era el registro. De esa unidad democrática se excluía otra vez a las fuerzas de izquierda, a las que se les acusaba de aprendices de brujo del fascismo, y se corría a refugiarse de nuevo en la figura presidencial.

Otro hecho significativo de la campaña del PST en 1982 fue que postuló al popular ex-boxeador Rubén Olivares, para la candidatura como diputado federal con el fin de atraerse votos y asegurar el registro. Olivares declaró que hubiera aceptado la candidatura de quien se la hubiera ofrecido. Aunque fue orientado para que sus declaraciones no desentonaran, y a pesar de que se trató de insistir en el cambio que implicaba entrar a la política, la fama de Olivares de ser un borracho empedernido fue usada en su contra. El discurso de Olivares fue del tono de la "renovación moral": él tomaba pero no era ladrón; así en uno de los puntos fallaba, y no ganó. Ni Olivares ni el partido consiguieron lo que esperaban de esta simbiosis, lo que demostró que más vale el mecanismo electoral ya establecido que el peso de una figura popular con flancos débiles para el ataque.

En lo que se refiere a los números absolutos el PST tuvo un aumento, pero en términos relativos bajó peligrosamente a 1.87, lo que lo dejó a 0.37 del límite para

perder el registro. Además descendió del quinto al sexto lugar.

VOTACION SEGUN LA REPRESENTACION PROPORCIONAL (1982)

<i>Partido</i>	<i>Votos</i>	<i>Porcentaje</i>
PRI	14 289 793	62.49
PAN	3 786 348	16.55
PSUM	932 214	4.07
PDM	534 122	2.33
PPS	459 303	2.00
PST	428 153	1.87
PRT	308 009	1.34
PARM	282 004	1.23
PSD	53 306	0.23
OTROS (N.R.)	671 999	2.93
ANULADOS	1 121 378	4.90
TOTAL	22 866 719	100.00

FUENTE: *Diario Oficial de la Federación*, 8 de octubre de 1982.

Hay algunas cuestiones que conviene aclarar respecto a las elecciones de 1982. A pesar de que se usaron técnicas de mercadotecnia que produjeron efectos de ilusión en cuanto al comportamiento electoral (cfr. Kaufmann 1982:218) y de que el Estado por la combinación de la focalización del poder fascinante con las viejas estructuras electorales logró abatir en buena medida la abstención, ésta persistió elevada en algunos estados, según los siguientes porcentajes: en Guanajuato 36.4; en Durango, 37.1; en Guerrero el 47.2, y en Coahuila 50.8 (cfr. Olivares Santana 1982:8). La abstención reapareció creciente y los procesos electorales

lentos de conflictos en los comicios estatales y municipales de finales de 1982.

En 1979 el PST acusó que en Veracruz al PPS se "le inflaron" las votaciones plurinominales, y que recibió un buen apoyo del Estado. Para 1982 esta acusación la repitió, fundamentada, el PSUM respecto del PPS y del PST, y los datos no se circunscribían sólo al estado de Veracruz sino que abarcaban todos los que integraban la tercera circunscripción. Se pueden consultar las actas para darse cuenta de la magnitud de este "aliento" (cfr. Alonso 1982:101ss), pero como muestra basta un botón: en el distrito XVI de Veracruz el PST obtuvo 1 928 votos en las boletas uninominales y le fueron asignados 7 151 en las plurinominales. Si a esto le sumamos que en Veracruz ocupó el segundo lugar en los distritos 2, 13 y 17 se puede apreciar por qué fue en ese estado donde el PST consiguió su mejor porcentaje: 3.5%.

La votación del PST fue copiosa en Tláhuac donde acababa de obtener una victoria con la defensa de terrenos urbanos, pero el número de votos descendió en colonias que anteriormente habían sido íntegramente pesetistas, como la Insurgentes en Aguascalientes (no obstante Aguascalientes ocupó el tercer lugar de votos del PST con 2.4%, después de Guerrero, donde alcanzó un 3%). En otras colonias donde había tenido alguna influencia electoral, ésta bajó considerablemente como fue el caso de la colonia Ajusco en el D.F., y aunque en términos absolutos la mayor cantidad de votos la tuvo en el D.F., en relativos la capital le representó su quinto lugar con 1.9%. Además, en el D.F. perdió votos en comparación a 1979.

La comisión nacional de asuntos electorales del PST declaró que el partido corría el peligro de convertirse en una "organización electorera marginal". Criticó

que una débil comprensión y aplicación de las asambleas de consulta popular provocó pocos candidatos con verdadero arraigo popular. Además señaló que hubo desprecio por la táctica y plataforma electoral lo cual se atribuyó al hecho de una desordenada capacitación en la defensa política del voto. Sólo con un partido fuerte, reorganizado, se podrían arrancar votos a favor del PST que implicaran el rechazo popular a la orientación oligárquica de algunas de las medidas para la crisis. Se volvió a reafirmar la fórmula electoral: por cada militante eran necesarios 30 votos de simpatizantes (cfr. *El Día*, 27 de febrero de 1983). Fueron motivo de preocupación para el partido "lo marginal" de la votación del PST y el avance electoral de la derecha, tanto en los comicios federales como en los municipales. Ante esto, la vía elegida siguió siendo "distinguirse del antigobierno de la derecha y de la izquierda". En este camino cumplieron aquello de que el PST no prestaba un apoyo crítico al gobierno, como el PPS, sino que *se apoyaba* en él. Efectivamente, al establecer que su registro peligraba y que había que salvarlo, el apoyo se hizo "incondicionalismo" (cfr. Jardón Arzate 1983).

En la Cámara el PST defendió las reformas a la Constitución que implicaban mayor apoyo a la iniciativa privada. El PSUM y el PPS se opusieron al punto relativo a las sociedades nacionales de crédito (con las que se reprivatiza el 34% de las acciones de la banca nacionalizada); el PAN y el PDM estuvieron de acuerdo, y el PST le vio a la medida una apreciación que llamó revolucionaria, ya que permitía no sólo a la burguesía sino también a obreros y campesinos (¡en tiempo de crisis!) comprar acciones y participar en la banca e incluso orientarla. Talamantes enfatizó que esa reglamentación "horizontalizaba" la nacionalización y la

democratizaba. Ante esa afirmación, un miembro del PPS no se contuvo y le preguntó si también se iba a "horizontalizar" a PEMEX. Así el PST se iba más a la derecha que el PPS (pues la actitud del partido fundado por Lombardo sigue apoyando al gobierno, pero en algunos puntos muestra diferencias y críticas).

La tesis que Talamantes empezó a esgrimir hacia adentro y fuera del PST era que el programa de De la Madrid era nacionalista y el adecuado para salir de la crisis; que en las reformas constitucionales (no discutidas sino únicamente apoyadas por venir del ejecutivo) existían instrumentos para hacer más viable y profundizar la Reforma Política. Señaló además que en la coyuntura de crisis suponer una salida revolucionaria a los problemas era una ilusión, por lo que se requería una salida popular revolucionaria de tal forma que el proyecto del grupo gobernante encabezado por De la Madrid se profundizara. Se declaraba que el PST apoyaba el programa "anticrisis" de Miguel de la Madrid, sus reformas constitucionales y otras medidas políticas porque abrían posibilidades de acción al PST. Se enfatizaba que en momentos de crisis, en los que las masas populares son golpeadas en sus condiciones de vida, era muy fácil "resbalar por la superficie pulida del análisis superficial y la reacción temperamental y caer en la trampa de una política contrarrevolucionaria, de infantilismo de izquierda" (cfr. Proyecto de Táctica General del PST, enero 1983). Para el PST el hecho de calificar el programa del presidente como antipopular favorecería a la gran burguesía y al imperialismo. El consejo de la provocación colocaba en primera línea la lucha por las reivindicaciones económicas concretas de las masas, tal como se subrayaba en el documento citado. En lugar de eso, el PST debía colocar en primer lugar "la defensa de la soberanía nacional y la legali-

dad constitucional" (*Ibid.*) y argumentaba que no se podían defender los intereses inmediatos de los trabajadores a costa de sacrificar intereses históricos.

De tal manera, según el análisis del PST, a la crisis sólo le podían dar salida o la gran burguesía o bien el sector nacionalista revolucionario, por lo que ponerse del lado de éste resultaba lo más indicado.

Mientras tanto, sindicatos oficiales e independientes (telefonistas, mineros, SME, SUTIN, STUNAM, FAT, VOI, COR, CIOAC, etcétera) acordaban aclarar puntos para defenderse de la política más antiobrera que había vivido el país desde la época de Miguel Alemán.

## Nota al Capítulo V

1. El Programa de Acción del PST (que contiene 195 puntos) aprobado en la V Asamblea Nacional Extraordinaria llevada a cabo el 30 de abril y 1º de mayo de 1983 no se contempla en este escrito elaborado antes de que apareciera ese documento.

## VI. De cobijos populistas a resguardos tecnócratas (una visión de lo orgánico, político e ideológico en el PST)

### *Las etapas del PST*

La vida del PST en sus primeros años de búsqueda, luchas y acomodos se puede dividir en seis etapas: la de su nacimiento, con la separación del CNAO, en 1973; la de organización de bases de un partido de cuadros y la elaboración de su línea política, que va de finales de 1973 a finales de 1974; la que se encamina hacia la construcción de un partido de masas y a la conquista de su registro, que se desenvuelve de enero de 1975 a octubre de 1976; la que culmina con el registro condicionado en junio de 1978; la de la conquista del registro definitivo, que tiene su núcleo principal en las elecciones federales de 1979, y finalmente la etapa de defensa de ese registro, que se centra en las elecciones de 1982.

### *El origen: por un partido independiente*

Esta primera etapa está dinamizada por una idea: construir una nueva organización de lucha. La idea conglutina a un puñado de antiguos combatientes, antiguos líderes obreros y campesinos estudiantiles con un prestigio por sus luchas y por haber padecido la cárcel. Este tiempo se puede identificar como el de

las grandes figuras. El análisis que se hace de la situación del país en ese momento concluye que se tiene que aprovechar el cambio de la política represiva para echarse a andar por la legalidad en lo más avanzado de ésta; se debe profundizarla, y enseñar al pueblo a usarla en beneficio de sus intereses, con el fin de crear una gran fuerza popular y cerrarle el paso a la reacción y a los proyectos fascistoides de mano dura. La táctica radica en buscar tanto a antiguos combatientes dispersos como a los movimientos populares existentes en el país para discutir y definir el tipo de organización a crear. Esto implica de hecho una condena a las antiguas organizaciones de izquierda. El grupo a su vez recibe los anatemas con el mote de "aperturos". La opción mayoritaria de formar un partido provoca escisiones entre los que prefieren la forma de movimiento. El peso de las figuras de Heberto Castillo y Demetrio Vallejo conglutina en torno a sus personalidades a gentes y movimientos que quedan contactados pero no organizados. El enfrentamiento de un grupo de jóvenes en contra del estilo personalista de los líderes máximos y la idea de crear orgánicamente el partido provocan otra escisión. Los líderes juveniles hacen pasar a este pequeño grupo hacia otra etapa: la de sentar las bases de la formación de un nuevo partido. Siguen con el propósito de buscar a todos aquellos viejos militantes que se encuentran dispersos pero convencidos de la idea de formar un nuevo partido revolucionario. El análisis que sirve de suelo a esto es que los viejos partidos no le sirven al pueblo, que en todo el país existe un descontento popular e innumerables luchas a las que les falta cohesión y la fuerza, cualitativamente superior, que les puede dar un partido. Aunque en este momento se habló de partido de masas luego se insistió más en la formación de un partido de cuadros

con estrecha vinculación con las masas. Se enfatizó entonces que este partido debía tener una orientación independiente pues con sus reformas el gobierno trata de recuperar el apoyo de las masas de las que va perdiendo el control. Hay contradicciones en el grupo gobernante; va a la cabeza el proyecto del grupo "nacionalista", que pese a las modificaciones sigue siendo burgués. Los cambios reales sólo los realizarán las masas organizadas. Se llama la atención acerca del peligro de caer en la tentación del neocardenismo: aglutinar y organizar a los grupos descontentos para entregarlos de nuevo al control gubernamental. Se dice entonces que la movilización de las masas organizadas, dirigidas por su partido romperá el control e impondrá sus propios intereses. No obstante, para llevar a cabo esta idea existen grandes dificultades: desviaciones librescas, y la falta de la presencia mayoritaria de los obreros impiden que el grupo conjuntado, en una asamblea, en su mayoría pequeña burguesía radicalizada, forme el núcleo básico de organizadores del nuevo partido. Ante esto se propone una nueva táctica: no dirigirse a los que se encuentren disgregados (no sólo física sino política e ideológicamente) sino a las masas para construir el partido junto con ellas. Se reitera que el partido está disperso en las luchas del pueblo: hay que unirlo.

Hasta aquí se trata de un movimiento embrionario que a través de la praxis tendrá que verificar si no es un impulso subjetivo de un pequeño grupo sino una realidad objetiva el hecho de que el pueblo trabajador necesita que sus luchas sean dirigidas por un nuevo partido. La novedad está en la caracterización de la situación política del país, que pese a aparentes coincidencias con otros partidos tiene su sello propio: la característica del Estado actual no es renovable, la vía

por la que hay que echar a andar no es la de la revolución mexicana, hay fuerzas coincidentes pero intereses diversos y métodos diversos. Se liga con la tradición leninista de un puñado de cuadros preparados en el socialismo científico que tendrán que unirlo con las luchas de las masas trabajadoras. Hasta este momento no es más que un pequeño grupo todavía no enriquecido con cuadros. Sigue teniendo noticias de luchas populares, cuenta con contactos por la anterior actividad. En este momento el nuevo partido sigue siendo una idea, un programa mínimo, una línea política percibida intuitivamente y manejada por ese puñado de no renombrados militantes que, según su propia expresión, cabían alrededor de una mesa. Estaba un núcleo dirigente que se había cohesionado en la confrontación política con otros militantes pero que carecía de la base militante.

#### *Un pequeño núcleo y la idea de un gran partido*

En esta época el partido no cuenta con los sesenta y cinco mil miembros, y menos aún con una distribución de afiliados, según lo marca la ley electoral. No obstante, a través de luchas concretas se ha podido llegar a varios cientos. El pequeño núcleo de dirigentes se convencía cada vez más de que el partido estaba en todo el país, aunque disperso. Lo que se requería era conglutinarlo. Este partido en potencia, disperso, era de trabajadores acicateados por ingentes necesidades y que luchaban por soluciones. Estaba compuesto por masas que necesitaban que se llegara a ellas con planteamientos que conectaran su lucha con la organización propuesta; masas que exigían un lenguaje nuevo y no formulaciones acartonadas. Este grupo se había atrevido a poner a prueba sus ideas con una

práctica que iba de mediados de 1973 a finales de 1974. En este período ese núcleo fue definiendo una concepción orgánica; se analizó la situación del país y se trazó una línea política. A través de luchas concretas de campesinos y colonos en torno al problema de la tierra, la influencia del grupo fue creciendo. En sus planteamientos se insistía que el partido por crear era un partido de cuadros. El grupo iniciador se esforzaba por constituirse en un núcleo dinamizador reglamentado, organizado y en lucha por lograr en sí mismo homogeneidad. Su tarea: reproducirse en todos los estados de la República para que primero en una acción de arriba hacia abajo se constituyeran los comités de base, y después invertido el proceso, es decir, de abajo hacia arriba, surgieran los colectivos dirigentes. Con esta concepción de partido de cuadros llegaban a los líderes naturales de los movimientos; iban ganando líderes y masas mediadas por esos líderes. A través de acudir a los grupos en lucha con el fin de unificarlos en una organización nacional se llenó esta etapa plena de movilizaciones y gestiones. No obstante, más que la tarea orgánica el cometido real de toda esa acción se centraba en la solución a las demandas. Las luchas principales de este período estaban dirigidas por un participante de ese núcleo, César del Ángel, quien a su vez era importante líder de campesinos. Los cuadros intermedios, constituidos en brigadas organizadoras de las direcciones estatales, se concentraron por un tiempo, debido a las mismas necesidades de lucha, en el estado de Veracruz. César del Ángel contrató al grupo de teatro *Mascarones* para que hiciera representaciones en pueblos del norte de ese estado. (Este grupo primero simpatizó con el PST y se integró masivamente a él en 1980). El núcleo dirigente como gestor apoyado en movilizaciones masivas organizadas por él



fue resultando una fórmula útil en la solución de demandas de jornaleros agrícolas solicitantes de tierras, tabacaleros, cañeros, trabajadores en el transporte y colonos. En esta etapa imperó la organización de frentes de masas. Dada la manera de contactarse con los movimientos de masas predominaba todavía mucho el caudillismo. La práctica era organizada, planificada y consciente en el núcleo dirigente; en los niveles medios sólo era organizada y planificada, mientras que en la base era simplemente ejecutada. También se resentían los problemas de finanzas. Éstas, según la tradición de los campesinos de recoger dinero para sus trámites, se concentraban en los líderes naturales. La falta de organismos partidarios de base impedían que fueran éstos los que organizaran las finanzas. Los líderes condicionaban en la práctica las alternativas financieras. La subsistencia de las brigadas dependía de ellos. Comenzó también a haber ciertos simpatizantes, sobre todo entre los funcionarios públicos del régimen de Echeverría, dentro del contexto populista que se daba a ciertos reclamos masivos que se podían mantener bajo determinado control. Éstos aportaban dinero al grupo iniciador. De aquí se sacaban los gastos más fuertes del pago de la renta del local, propaganda, etcétera. Las carencias financieras afectaban las actividades prácticas de agitación y propaganda a cargo del aparato adjunto.

A través de la lucha, los dirigentes fueron constataando tendencias entre los funcionarios del gobierno: unas favorables a la solución de las demandas, otras enfrentadas, contrarias y aun represivas. Esto influyó en la definición de la línea política que se concretó en el planteamiento de la APR. Se decía que había que negociar soluciones y abrir puertas favorables, por un lado, y evitar enfrentamientos globales, por el otro. Se

recalcaba además, que esa táctica estaba enseñando que las puertas que estaban abiertas para los planteamientos de los problemas concretos no había que cerrarlas sino mantenerlas abiertas y procurar ir abriendo las más posibles. Se insistía en que esto no era caer en su terreno sino hacerlos venir al del partido. Al enemigo (el imperialismo y la gran burguesía) había que enfrentarlo con la mayor fuerza posible. Al enemigo principal se le tenía que aislar, así como a los funcionarios gubernamentales aliados a los planteamientos e intereses del imperialismo y de la gran burguesía. Se aclaraba que esta división entre los funcionarios no cambiaba en nada el carácter burgués del estado mexicano. (En esta época se usaba muy indistintamente los términos Estado y gobierno). La división, se precisaba, no se refería a grados subjetivistas y voluntaristas entre los funcionarios sino a tendencias reales correspondientes a la constitución del estado mexicano. Habría que ganar, unir a los obreros junto con los campesinos, trabajadores intelectuales, pequeña y mediana burguesía y también a los sectores progresistas del gobierno. La línea de esta APR debería ser democrática, nacionalista y popular. Sólo así se podría fortalecer la fuerza principal de esta alianza: los trabajadores del campo y de la ciudad.

Esta alianza aglutinaba a grupos antagónicos; no obstante, los trabajadores deberían ir ganando cada vez más un papel dirigente. Dicha alianza no suponía un acuerdo verbal o escrito sino se daba en la coincidencia en la lucha de los integrantes de esa alianza contra del imperialismo y la gran burguesía. Los que se integraban a esa alianza formaban la nación. La gran burguesía y el imperialismo enfrentaban a la nación. A través de esa alianza se tenía que empujar al sector nacionalista del gobierno a luchar del lado de

los intereses de los trabajadores. La concepción de la lucha del frente obrero parecía delinearse en dos sentidos: por un lado, organizar sindicalmente a los que no lo estaban; conquistar sindicatos de lucha donde se tuviera la dirección e ir organizando partidariamente la base (caso de los transportistas); por el otro, no desvincular a los cuadros más combativos de sus propios sindicatos sino empujarlos a luchar por la democratización de los mismos. Para ese momento se definía que existía un enfrentamiento por parte del imperialismo y de la gran burguesía en contra del sector democrático del gobierno. Se llamaba la atención de que en esa lucha el pueblo estaba ausente. Para que el pueblo resolviera la contienda en favor de sus intereses y no fuera espectador y objeto, debía intervenir organizado; de ahí la importancia de constituir al partido.

Las luchas en las que se participó durante esta etapa fueron por demandas inmediatas. Hubo crecimiento en cuadros y en masas, y las calles del D.F. se volvieron a tomar masivamente para manifestar los reclamos de los trabajadores. Hubo influencia en la movilización de masas, sin embargo, no se logró estructurar el partido de cuadros. Para esta época, este grupo con incidencia en luchas masivas contaba con ideas embrionarias de principios teóricos fundamentales, principios de organización y principios políticos; había definido ya una línea política y un programa mínimo de lucha.

### *Una agrupación de masas bajo el amparo populista gubernamental*

Esta etapa abarcó prácticamente dos años. Se abrió con una represión por parte del ejército en contra de

una movilización campesina del partido, lo cual puso a prueba la línea política que se venía llevando a cabo y a raíz de esto uno de los dirigentes campesinos más importantes dejó el partido. Discutido el caso se siguió con la línea: se había experimentado la acción de la fracción represiva del gobierno. Toda esta etapa estuvo regida por la obtención de tres objetivos calificados como estratégicos: construcción del partido; conquista de su registro y ampliación de las condiciones para que los trabajadores hicieran política. La etapa terminó y sólo se logró un aumento numérico de militantes, es decir nada más se consiguió parte del primer objetivo, y con grandes deficiencias respecto a lo planeado. Estas tres metas hacían una unidad bien interconectada: cumplir con los requisitos que marcaba la ley obligaba a estar presente en toda la República. Pero tenía una gran limitación: la amplitud de lugares que implicaba, la cual de hecho no se logró. Habían movimientos en ciertas zonas, la lucha se podía levantar en otras; pero tener en cada estado la mitad de los municipios más uno, imponía una tarea superior a las fuerzas de que se disponía y a la planificación y crecimiento por las luchas que iban apareciendo sin obedecer repartos geográficos. La crítica material a esta orientación de alguna manera se impuso.

Como en la etapa anterior, el esfuerzo principal estaba en organizar las direcciones estatales. El programa de afiliación masiva amplió en mucho una base militante un poco efímera en el sentido de que no estaba organizada como se indicaba. Las tareas de extensión reñían de algún modo con las de profundización. De diecisiete se pasó a veintidós estados aunque con un desarrollo realmente desigual. Por la experiencia de la construcción entre las masas de trabajadores en lucha (sobre todo pobladores urbanos y campesinos)

nos) se abandonó el énfasis que se hacía en construir un partido de cuadros, y se formuló: construir un poderoso partido de masas.

Los cuadros seguían siendo indispensables, los cuadros tenían la dirección nacional y local, los cuadros recibían el paso mayor de las tareas; pero la base se integraba masivamente según las luchas.

Las jornadas de lucha abrieron el camino de contactación. En cierto sentido, las masas que se acercaron con la intención de resolver sus problemas rebasaron las direcciones de los cuadros y llegaron momentos en que lo espontáneo prevaleció. Vino la orientación de organizar a esos grupos masivos que empezaban a ver al PST como vía para la solución de sus demandas. No obstante, en esta etapa se daba una escasa construcción de comités de base con vida estatutaria propia. Había algunas direcciones estatales y raras direcciones regionales. La forma transitoria de brigadas se seguía imponiendo. Esto influía en que muchos, una vez resuelto el problema, abandonaban el partido.

Se creó la sección de delegados centrales: cuadros centrales que se desplazaban por el país según las necesidades de las luchas y de asegurar los cumplimientos de organización para el registro. Las presiones por cumplir las normas previstas para conseguir el registro llevaban a cierta ficción: se hacía aparecer en papeles a un partido organizado que en la práctica era un núcleo de cuadros con masas en lucha por solución a problemas inmediatos.

En la dirección se trataba de aprovechar el apoyo que habían tenido por parte de Echeverría para conseguir el registro; pero también se temía un registro que tuviera detrás de sí un partido débil. La coyuntura política de un nuevo presidente que necesitaba nego-

ciar "tregua" y tiempo para gobernar provocó que se retrasara la fecha del registro.

A los cuadros centrales se les asignó una cantidad pequeña de dinero para ser entregada mensualmente. Esto en realidad no se cumplió porque también las finanzas dependían de la dirección y no de la base. Casi nunca había dinero, lo cual obligaba a cada uno de los cuadros profesionales a buscar la forma de sostenerse y costear la lucha (viajes, volantes, alquiler de sonido, locales, etcétera). La solución propuesta era la construcción de comités de base que se autofinanciaran y entregaran la parte correspondiente estatutariamente a los organismos superiores; pagaran el costo de sus luchas y sostuvieran a sus cuadros de tiempo completo. La solución real fue conseguir "donantes", es decir, simpatizantes del partido entre funcionarios del gobierno y amigos con lo que se generó que se dieran diferentes niveles existentes entre los cuadros: unos cuantos no tenían problemas económicos, en tanto la inmensa mayoría vivía en situaciones precarias y dependía de la cotización masiva de grupos militantes que más que entender las finanzas organizadas aportaban su cuota para asegurar que los cuadros intermedios resolvieran su problema inmediato por el que estaban en la lucha y con el partido.

Los cuadros centrales salieron de lo que en un principio fue un nutrido aparato adjunto de la comisión organizadora. En su mayoría jóvenes provenientes del medio estudiantil y magisterial, llegaron al partido atraídos por sus acciones y por lazos de parentesco, pero sobre todo de amistad. Poco a poco se incorporaron líderes naturales que fueron siendo ganados al partido. El rechazo que sufrió el partido (pese a sus sesiones entre intelectuales) entre el medio estudiantil generó cierto desprecio hacia éstos y hacia las discusio-

nes teóricas con lo que se dio cierto practicismo, poco estudio y soluciones de intuición entre los cuadros medios.

Con la separación de Del Ángel y de Jaramillo el PST prácticamente se convirtió en un partido donde fuera de Talamantes no había figuras. Empezaron a destacar en la dirección Etienne, Graco, Amador y Arredondo (líder natural de Acapulco). De hecho el partido prácticamente tenía un núcleo organizado de jóvenes. Las dicusiones se centraban en dos polos: el planteamiento de los problemas concretos de los diferentes grupos en lucha y en la orientación, proveniente de un pequeño número de dirigentes encabezados por Talamantes que teorizaban y daban línea, aceptada por la mayoría sin mayores objeciones. El pequeño núcleo de dirigentes podía tomar decisiones rápidas debido a la información privilegiada con que contaba.

El empirismo llevó a muchos dirigentes medios a esquematizar la línea: a veces parecían funcionarios del INMECAFE que recogían en las camionetas de esta institución los granos y hacían además las asambleas del partido. Muchos cuadros parecían olvidar las limitaciones de clase del grupo democrático en el gobierno y lo veían como un aliado estrecho, indispensable para la revolución, al que había que defender a toda costa. Hubo bastante acercamiento al presidente. Esto dio pie a que naciera la esquematización que tanto la derecha como grupos de izquierda empezaron a propalar cuando se corrió la voz de que era un partido que había creado Echeverría para sus fines de poder y para apaciguar toda disidencia. El propio presidente en una de sus entrevistas con el núcleo dirigente preguntó por qué no se incorporaban al PRI, pues si lo que querían era echar a andar las fuerzas progresistas

del país, desde ahí lo podrían hacer mejor y sin tantas dificultades. La respuesta fue que había coincidencias con el sector nacional revolucionario, pero que los proyectos futuros eran diferentes.

Hubo intentos de acercamientos con grupos de izquierda como ANPPCM y MAUS (más por la iniciativa de éstos que por gran interés del grupo dirigente) pero el MAUS tuvo que separarse debido a la poca importancia real que la dirección del PST daba a esta relación. Los dirigentes sostenían que se tenía que hacer una crítica material a la izquierda a través de los hechos que realizara el PST. La unidad que había que buscar era la de los trabajadores, pues con esa se daría la unidad de la izquierda.

Los enemigos del partido en esta etapa fueron obviamente los latifundistas y caciques afectados por las luchas concretas del partido: los funcionarios que tenían ligas con los latifundistas y caciques y que se veían presionados; así como los que veían en el partido un estorbo político por los problemas que levantaba. Además estaban los dueños de camiones en el transporte de energéticos y de la línea "Flecha Roja". La política planteada por el PST y sus acciones consecuentes no sólo eran difíciles de entender para quienes estaban fuera del partido, también muchos militantes parecían no lograr distinguir sus matices. Así, unos exaltaban a tal punto la figura de Echeverría que daban a entender que esa defensa era lo principal en la lucha revolucionaria; otros, aunque acotaban y destacaban las limitaciones de clase del grupo nacionalista revolucionario, en la práctica dependían mucho de él. La dirigencia defendía la línea a veces con formulaciones globales, a veces matizadas, pero siempre procurando mantener la diferencia con los otros grupos de la izquierda. Esto último llevaba a extremar la tinta en

discursos y declaraciones públicas, pues se mantenía la idea de que había que "acalambrar a la izquierda tradicional".

### *Un liderazgo indiscutido*

Este período se caracterizó por el cambio del secretario general del partido. Se declaró que este cambio obedecía a un intento de obligar a más cuadros a participar en la dirección. No obstante, la realidad se impuso: Talamantes continuó detrás de las decisiones importantes, y en la Asamblea Nacional Extraordinaria de abril de 1978 se le volvió a elegir secretario general. Hubo cambios también de comité central, que por su método de elección (consultas y proposición compulsiva para su aprobación sin discusión general) tuvo problemas, deficiencias y consecuentemente falta de participación mayoritaria en la dirección. El CC fue más formal que real y la dirección recayó en la comisión ejecutiva encabezada por Talamantes. Se trató de desarrollar una política de preparación de los nuevos integrantes del CC con previa consulta con los dirigentes estatales. En esta etapa se dio el paso de la simple idea de formar comités de base a una orientación y reglamentación concreta. Algunos estados que en los primeros tiempos se distinguieron por sus cuotas de movilización decayeron por desgaste y fallas de dirección, pero nuevas entidades llegadas a la lucha los suplieron. El planteamiento de registrarse en marzo de 1977 se modificó debido a los cambios de la Reforma Política. Se impuso la política general del gobierno de otorgar primero el registro condicionado cuando en el partido se había sostenido y se trabajaba por conseguir el definitivo, y se trataba de cumplir con los requisitos de ley. Así, las fechas para el registro propuestas parti-

dariamente se tuvieron que mover, dependiendo de las coyunturas que se presentaban por presiones y determinaciones gubernamentales. Por la real debilidad orgánica del partido, la dirección tuvo que aceptar el registro condicionado, cuando anteriormente había criticado tal opción. Esto también condujo a que internamente se hiciera presión por cumplir metas que nunca fueron alcanzadas, fundamentalmente por falta del tiempo requerido para la maduración de la constitución. Había cierta compulsividad y una cierta construcción al vapor que pronto decaía. La relación entre plazos y metas nunca fue analizada ni discutida a fondo, pues la determinación de conseguir el registro por la importancia de tener un partido fuerte llevaba a cierto voluntarismo y a la crítica de los cuadros medios si no se alcanzaban las medidas. Además de las fallas en la proposición de cifras, se dio una cierta prepotencia en la seguridad de alcanzarlas.

El axioma de que para influir en el rumbo del país se necesitaba un partido fuerte se repetía una y otra vez, pero a esto no se llegaba en pocas semanas simplemente por el hecho de estar convencidos de ello y quererlo. La labor política tenía su tiempo y la construcción partidaria requería maduración. Por eso, a pesar de la buena voluntad de que el partido tuviera un crecimiento no desigual en todas las entidades federativas donde se estaba trabajando, se volvió a imponer el desarrollo desigual.

En este período siguió como imperativo el consolidar la dirección para desarrollar la base; construir el partido donde se debía, (es decir, en el seno de la clase obrera primordialmente, de los trabajadores agrícolas e intelectuales). Se avanzó en la concepción de productores agrícolas como trabajadores al servicio del gran capital, y en consecuencia se propusieron los sindica-

tos de productores agrícolas por ramas de producción. Hubo un avance cuando se dejó de usar el término de "colonos" y se les comenzó a entender como trabajadores que se organizaban en torno a una demanda vital: la vivienda. Asimismo, se amplió la concepción de la lucha urbana.

Ante el atraso político de la dirección se planteó "bolchevizar" al partido en contra de los métodos liberales, espontáneos y populistas y se orientó hacia la construcción masiva del partido, teniendo confianza en la capacidad organizativa de los trabajadores y en la necesidad de cuadros medios. Se intensificaron las jornadas de lucha, con lo cual se influyó en el auge de la lucha de clases de ese período. En la dirección media e intermedia, había insuficiencia pues casi todos los estados seguían esperando la iniciativa política desde el centro, y llegó a existir una amplia base pero con pocos organismos estatutarios. Además, se impuso la modalidad de organizar reuniones de activo militante con el fin de dinamizar las luchas y la construcción partidaria. Durante esa época hubo un largo período de examen de la táctica al cabo del cual se señaló que lo estratégico era llegar al gobierno popular revolucionario y lo táctico estribaba en sumar aliados sin sumarse a ellos. Se dijo que López Portillo, pese a la crisis y a las concesiones, seguía manteniendo la hegemonía del grupo nacional revolucionario, y la situación nacional se definía colocada no entre el capitalismo y el socialismo sino entre gobierno gran burgués o gobierno popular revolucionario. Se llegó al compromiso de luchar por darle contenido democrático y popular a la Alianza para la Producción.

En la composición del III CC hubo ya un número importante de trabajadores provenientes de las luchas levantadas. Sin embargo, todavía no se llegaba a cons-

truir al partido en el seno de la clase obrera, ya que el atraso político de la base seguía siendo grande y se agravaba por un fruto de la explotación capitalista subdesarrollada: el analfabetismo. De tal manera, los planteamientos, los folletos, el periódico y los documentos no llegaban a la mayoría de la base que no sabía leer ni escribir. Las orientaciones se iban desgastando y esquematizando de la dirección a la base y muchas veces eran captadas sólo como la relación entre las exigencias de movilización y organización provenientes de arriba con la solución de la demanda inmediata. En este sentido, para muchos el partido era el gran abogado, el gran gestor. Así, ante la exigencia de regularizar las reuniones partidarias de los comités de base, muchos mandaban a sus hijos o a sus esposas como representantes para que al tomarse la lista dijeran el "presente", pagaran su cuota y recogieran alguna indicación o información de cómo iba el problema. Esto parecía justificación suficiente para mantener el contacto y el compromiso con el partido, y para que al resolverse el asunto también recibieran el beneficio. No obstante las deficiencias, hubo avance en la movilización de las masas en torno a sus demandas, y aunque poco, también hubo adelantos en la construcción orgánica.

En este período se dieron contradicciones entre líderes naturales y delegados centrales. Había orientaciones orgánicas de construcción partidaria que los delegados querían aplicar y que atentaban contra la manera que tenían los acaudillados líderes naturales para aglutinar y dirigir a sus masas. Pese a la concepción de que el partido lo debían construir todos, en la práctica el trabajo se seguía recargando en unos cuantos; ya no era el pequeño grupo del principio, ni los delegados centrales; se había dado un incremento con

nuevos líderes naturales, pero las obligaciones orgánicas y de lucha recaían en un grupo de cuadros medios que se sentía presionado ante las exigencias de cuotas de movilización y metas orgánicas por cumplir. Hubo avances en la formación de los delegados centrales; cosa que no evitó del todo cierto desgaste y frustración. Había incumplimientos y sobre todo un vicio se empezó a hacer costumbre, la falta de puntualidad en reuniones, asambleas y citas a todos los niveles, desde el comité central a comités de base pese a las prédicas de la dirección que era la primera en no poner el ejemplo. El trabajo de elaboración siguió recayendo en un pequeño núcleo comandado por Talamantes pues para la mayoría las exposiciones de Talamantes eran contundentes y sin mayor examen aceptaban sus razonamientos. Cuando al dirigente máximo del PST se quejó de la poca discusión, vino entonces un movimiento mecánico: con el miedo de aceptar sin más lo que decía Talamantes, se empezó a dar una reacción que intentaba refutarlo. Los argumentos aducidos en contra no lograban ser convincentes y esta actitud murió de inanición. La capacidad oratoria del dirigente, la influencia que ejercía en el conjunto y la poca preparación de la mayoría de los integrantes del CC y de la ejecutiva en general influían en la permanencia de este fenómeno. Además, la dirección era la única que manejaba la información mientras que los demás estaban desarmados. La sagacidad y la retórica de las respuestas de Talamantes ante ciertas objeciones lo erigieron en el ideólogo indiscutible que no rehuía ninguna discusión sino que la enfrentaba con actitud de vencedor. Había casos en que una asamblea duraba horas, el problema parecía agobiante y no se le encontraba solución; de repente, intervenía Talamantes y su intervención daba un nuevo giro al asunto. Cuando surgía

la posibilidad de grupos personalistas en la dirección, Talamantes sabía hacer prevalecer de manera muy hábil, la unidad, en base a su figura de líder máximo. Además, ante situaciones que requerían empuje nunca mostraba debilidad.

En esta etapa el PST era un agrupamiento de cuadros y masas en conjunción de formas orgánicas. Apareció la modalidad de comisarios políticos del comité central, cuadros a los que se encargaba abrir el trabajo partidario en todas las entidades federativas y dinamizar las direcciones locales. Se enfatizaba ese empujar desde arriba. Se planeaba construir organismos organizadores que bajaran y se ampliaran con cuadros dirigentes intermedios cooptados de los dirigentes de base naturales. Había ataques en contra de los métodos liberales y populistas de dirección y construcción, pero no fueron erradicados. También durante esa época se dejaron sentir las fallas en finanzas y en la periodicidad de *El Insurgente*. Había avances, errores, algunos reconocidos, otros ni siquiera analizados. Se percibía e intuía una fenomenología que operaba y se confirmaba en el transcurso de las luchas, pero se manejaba una concepción confusa del Estado. La lucha de clases se veía entre el imperialismo y la gran burguesía, por un lado, y los trabajadores y demás componentes de la nación, por el otro; cada uno de estos grupos clasistas con su propio proyecto inmediato. Este enfrentamiento se percibía mediado por la disputa que se centraba sobre el gobierno-Estado que tenía en su seno un grupo aliado con el proyecto e intereses del imperialismo y la gran burguesía, y otro grupo de la burocracia política, el hegemónico, portador de la ideología y del proyecto de lo mejor de la revolución mexicana que se autodenominaba "nacionalista revolucionario". A pesar de su propio proyecto y de su lucha, por

las presiones este sector se veía en una encrucijada: o apoyaba y se plegaba totalmente a los intereses del imperialismo y la gran burguesía, y en este sentido se suicidaría como grupo y se vería desplazado del aparato de Estado, o siendo fiel a las fuerzas de apoyo histórico se plegaba de una manera decidida a los intereses populares y esto lo pondría a la cabeza del proyecto de transición de los trabajadores: el popular revolucionario. En este contexto se decía que en esos momentos la izquierda del PRI era la única con capacidad de gobernar en beneficio de los intereses nacionales aunque eso sería por poco tiempo. Se afirmaba que ese grupo o sector de la burocracia política no era enemigo de los trabajadores sino un aliado importante al que había que atraer hacia el programa propuesto por el PST: el popular revolucionario, que aislaría al enemigo principal. Se advertía, sin embargo, que habría que cuidarse de no caer en las posiciones propias de ese grupo popular revolucionario, ya que tenían limitaciones burguesas.

Por aquella época era recurrente la afirmación de que el país se encontraba en una encrucijada entre el camino gran burgués o el popular revolucionario, que estaba por resolverse de un momento a otro. En este último el sujeto principal serían los trabajadores aunque el sector nacionalista revolucionario jugaría un papel importante. Se argumentaba que la política nacional revolucionaria se evidenciaba, a pesar de las concesiones a los enemigos de los trabajadores, en la actitud de diálogo y en la política exterior producto de la historia de ese grupo que lo ponía en la trinchera antimperialista. En el PST se hablaba tanto de ese grupo porque era precisamente su categorización lo que hacía problema. Por la insistencia de la dirección en este punto se daba la impresión de que la lucha de

clases sé mediara demasiado por la actuación del sector nacional revolucionario. Los documentos básicos del partido constituyeron ciertamente un acierto por la frescura de su lenguaje, pero manifestaron también contradicciones teóricas como la falta de dialéctica en la concepción del Estado, el gobierno, la Constitución, y el simplismo y falta de análisis económico en la enumeración de ciertas fuerzas que constituirían la APR. Sin embargo, la vinculación con las masas trabajadoras y la dirección de sus luchas contra enemigos de clase es un acierto que hay que destacar. En esta etapa la acción del PST atentó contra la gran burguesía agraria y llegó a tocar intereses del imperialismo en la lucha de los tabacaleros.

#### *Todo por el registro*

Toca ahora recorrer las etapas que tienen que ver con el registro condicionado, su conversión en definitivo y la defensa de dicho registro contra enemigos reales y molinos de viento. Este período contiene los elementos fundamentales del PST. El esbozo general de la vida de este organismo político impide entrar a la descripción más detallada de los trabajos de contactación; militantes que casi sin recursos se lanzaban a los estados; detectaban problemas (sobre todo de solicitantes de tierras en el campo y en la ciudad); presentaban la alternativa del PST; se enfrentaban a la desconfianza primera; aglutinaban a un primer puñado que se atrevía a aventurarse, e iban formando posteriormente grupos pesetistas. Asimismo, se deja de lado la descripción del entusiasmo de las marchas, el estrépito de las banderas rojas que centellean su estrella, el avance de las mantas contra el viento, el grito de consignas, el levantar de los puños. . . También quedan en el tin-



tero los enfrentamientos de la policía, ejército y guardias blancas contra los militantes; queda para otra ocasión la biografía política de esos "caídos", que son recordados solemnemente con el "presente ahora y siempre" en actos partidarios, y la de los encarcelados y secuestrados. Tampoco se describirá el tedioso ir y venir a las oficinas gubernamentales para los trámites de problemas agrarios y urbanos. Se dejarán en la oscuridad las penalidades que representaron el dormir en los locales; comer a veces sólo una taza de café y un puño de galletas de animalitos; pasar noches en las calles presionando con paradas "permanentes" ante las dependencias del gobierno. Tampoco se analizarán las diferencias en las modalidades de lucha, por ejemplo, entre cafeticultores y tabacaleros: en grandes penurias los primeros, con posibilidades de ir a un hotel y comer en restaurantes, los segundos. No se constatan los hechos simples, cotidianos pero vivos de obreros, campesinos, mujeres y jóvenes y aun niños que con su actividad y lucha han ido configurando el PST. También ha quedado fuera el registro detenido de las largas discusiones ante problemas candentes. Se pasan de largo hechos como las continuas colectas que tuvieron que efectuarse para completarle el pasaje a algún militante que no tenía manera de regresar a su lugar de origen. Tampoco se analiza el lenguaje utilizado en las asambleas ni el tono que contienen los informes de cada responsable. No se destacarán las intervenciones, por lo general fuera del punto, de militantes de base que cuentan detalladamente su problema local y repiten públicamente la esperanza que tienen en el partido.

En lo orgánico no ha existido una equivalencia entre la concepción expresada en los estatutos (lo que debería ser) y lo que en realidad acontece. Sin em-

bargo, se ha presionado constantemente porque se logre la "legalidad" partidaria. Esto ha implicado un avance en lo relativo a la construcción y funcionamiento de los organismos. Se ha ganado en la vinculación de cuadros dirigentes y medios al obligarlos a participar en un comité de base. Sin embargo, se ha ido imponiendo la figura del líder central y de un pequeño grupo alrededor de él. Ha ido creciendo el estrato de cuadros medios. La base del PST también se ha incrementado. A buena parte de ella se le ha ido enseñando a reunirse, a discutir en comités de base. No obstante, tanto la dirigencia media como la base han sido supeditadas a directrices que parecerían gestarse en las instancias partidarias, pero que de hecho han procedido del núcleo dirigente en el cual radica la iniciativa política. Han persistido las oposiciones entre dirigentes naturales medios y delegados centrales, y se han ido estableciendo contratos implícitos que implican por una parte movilizar gente y por la otra gestionar la solución del problema. En el PST con su práctica de puertas abiertas llegan muchos y también muchos se van. El núcleo constante es reducido.

El carnet del militante fue considerado por muchos como el documento que les aseguraba la participación en los logros de las demandas.

Ante tales circunstancias, el PST se ha encontrado integrado por un grupo dirigente organizado, un nivel intermedio articulado y una gran base sólo en parte organizada, y en gran medida como masa adherente. Ha habido fallas en la apreciación de levantar un gran movimiento de trabajadores en poco tiempo, en la manera de lograr una composición obrera en el partido, así como en la organización de las finanzas, las cuales han recaído en la acción e iniciativa de unos cuantos. En la base militante no se han regularizado las finan-

zas o se han quedado circunscritas a las prácticas de los líderes naturales. Se ha logrado un desarrollo medio donde la forma orgánica se ha puesto en tensión con las pretensiones personalizadas de dirección que todavía perduran a todos los niveles. No obstante, el PST ha logrado tener presencia a nivel nacional. Se ha ido consiguiendo a través de formas transitorias de organización que el impulso que procede de arriba cree instancias intermedias y se empuje a que la potencialidad de abajo pueda intervenir en la estructuración orgánica. A pesar de los renovados intentos de reorganización desde abajo, siempre se ha requerido que la dirección cuide que el movimiento generado no se disipe. Si dieron orientaciones numéricas impuestas para lograr el registro definitivo previsto en la LOPPE independientemente de las votaciones, sin embargo, se impuso la realidad de desarrollo dependiente en aquellas zonas donde había influencia en luchas campesinas y populares. Se ha insistido en que las formas estatutarias deben prevalecer, pero la realidad ha sido que no pocos líderes naturales con alguna fuerza de movilización se han saltado instancias para llegar a los dirigentes centrales y apresurar la solución de sus demandas.

Los hechos han demostrado que el proceso de construcción requiere tiempo. Se ha resentido el peso de un atraso político, y no han surtido el efecto esperado ni las presiones ejercidas para el cumplimiento de las metas propuestas ni las orientaciones precisas en cuanto a cómo construir comités, vigilar y ayudar a su funcionamiento.

Otro problema que el PST ha enfrentado es no saber "maximizar" el tiempo que los trabajadores que se acercan a él le pueden ofrecer organizadamente. Como hay escasez de cuadros respecto a las tareas impuestas para ser cumplidas en grandes números y breves pla-

zos se ha ejercido una presión tal que ciertamente se incorporan unos pero se ahuyenta, de hecho, a los más. Así, a algunos cuadros que no tenían trabajo definido para sobrevivir se les hacía profesionales, situación que muchos aceptaban por la necesidad de conseguir un ingreso, que al no llegar, les hacía abandonar el trabajo partidario iniciado. Ha sido práctica común que la mayoría de las tareas en cada lugar recaigan sobre unos cuantos y que las metas no se alcancen.

Si bien es cierto que las presiones han logrado crear un partido sembrado en toda la nación con desarrollo medio y con una incipiente organización estable, por otra parte, el desgaste que ha significado poner tantas veces las mismas metas —plagadas de ambiciosas cifras y plazos cortos— ha ido produciendo un consenso implícito de que unas son las metas que se proponen y otras muy lejanas las que en realidad se cumplen.

El grupo dirigente posee la información completa; ésta llega a los cuadros medios ya "procesada", elaborada, y cuando por fin va a parar a la base lo hace de una manera simplificada. Por ejemplo, si se tiene una entrevista con el presidente y éste accede a ir a un acto político del PST, se insiste en la necesidad de conglutinar a las masas, y éstas captan que van a ver al presidente porque él les va a resolver sus problemas.

Para la dirigencia existe claridad en lo relativo a fortalecer el partido para incidir en la vida política del país, lo cual entre los cuadros medios puede ser entendido de la misma manera o simplemente percibirse como una presión por las urgencias de la construcción partidaria. Mientras que la mayoría de las bases lo que capta es que hay que pagar la solución de demandas por medio de cuotas de movilización.

Igualmente, mientras en la dirigencia hay un continuo aprendizaje político, en el nivel intermedio sólo

se da una asimilación de lo que el grupo dirigente emite y en la base van quedando algunas concepciones sueltas (aunque también es un logro el esfuerzo de educación a través de círculos de estudio, de asambleas y reuniones planeadas al efecto).

El grupo dirigente se encuentra cohesionado; el nivel intermedio tiene cuadros intermedios y otros en proceso de integración, y en la base hay militantes con larga participación y otros incorporados recientemente. Esto ofrece una serie de niveles e integraciones partidarias.

A partir del momento en que surgen las ideas partidarias, para ser asimiladas y luego cobrar vida en hechos, deben recorrer un tramo de pedagogía y de tiempo de asimilación. Entre la conciencia y la identidad se va dando una dialéctica que configura a los grupos partidarios fieles, los cuales van dando al partido la base duradera y van procesando dirigentes de base. Por otra parte, la dialéctica que procede del grupo dirigente pasa a través del grupo intermedio y llega a la base.

Como en el nivel superior se ha hecho la identificación entre la vida política y la vida cotidiana, hay dificultad para diferenciar las exigencias diversas de política y vida cotidiana que viven la mayoría de los militantes. A veces se dan orientaciones como si toda la base sólo sirviera para efectuar reuniones y acciones partidarias. Sin embargo, hay que reconocer que la exigencia principal de construir un partido se ha cumplido inicialmente; los requisitos legales mínimos de ley se cubrieron y se desató una fuerza de construcción desde la base que, aunque no es lo que se pretendía, sí constituye una potencialidad política que ha abierto las puertas de lucha y organización a muchos núcleos que estaban marginados de hacer política porque no

tenían la orientación, las posibilidades reales de organización, ni la fuerza necesaria debido a su aislamiento.

El crecimiento del partido a pesar de sus desniveles, es un avance político real, pero ha surgido otra contradicción: la necesidad de aglutinar bases combativas lo cual ha hecho que el pragmatismo de acopio de base a cualquier medio ha producido una tensión de utilización cuyo estira y afloja ha recaído en las bases. Si es un líder que tenga base popular aunque no tenga un historial confiable no importa; ya se le quitarán las bases o se regenerará.

Así las pretensiones del partido de politizar bases de líderes caudillescos se enfrentan al sagaz manejo estos líderes que hacen con el fin de renovarse políticamente y de utilizar al partido para sus fines, aunque de hecho el cumplimiento de las exigencias orgánicas partidarias disminuiría necesariamente la potencialidad caudillesca y obligaría a una constante depuración. Esta amenaza no es resistida por muchos líderes que se retiran del partido, quienes por lo general se van con la mayoría de sus bases, aunque se han dado casos en que un número considerable de éstas se ha quedado en organizaciones partidarias.

Por otro lado, otro problema que enfrenta el PST es que ante el incumplimiento de planes éstos no se examinan sino que se transfiere íntegra la culpa a la actuación de los cuadros medios. El haber llegado en 1979 únicamente al 6.5% de lo planeado en comités de base y sólo a un 3% en afiliados; el haber alcanzado un 10.3% de los votos aspirados y el 16% de las diputaciones es un fracaso si se compara con los planes, pero un logro si se ve la realidad en cuanto a la presencia política nacional y aun en lo referente a organización: es

mejor poco pueblo organizado a mucho desorganizado.

El partido ha seguido sentando presencia política a través de sus movilizaciones que han ido en aumento (se multiplicó el número de participantes). No obstante las fallas, se avanzó en la manera de construir comités de base y en abrir el partido a los trabajadores a través de la vinculación con sus luchas. A pesar de la masificación, se logró una buena base de organización, y aunque todavía el avance de la construcción ha recaído de hecho en unos cuantos cuadros, la idea de que éste se multiplique a través de los organismos tiene posibilidades de llegar a ser realidad.

En el aspecto político también ha existido una tensión entre la forma y lo real: no se ha logrado borrar toda la herencia de atraso político. Pese a declaraciones que indican lo contrario, no pocas veces el PST ha instrumentalizado a las masas, pero en varias ocasiones el partido se ha prestado expresamente y se ha convertido de hecho en un instrumento político para muchos grupos, en su lucha concreta. El partido pretendía aglutinar bases y crecer políticamente en tanto que las bases pretendían que el partido les ayudara a resolver sus problemas. Ante esta combinación ha crecido un partido que entre sus bases ha ido despertando las aspiraciones al socialismo.

Ciertamente a un partido político hay que evaluarlo por sus declaraciones, por la imagen que tiene de sí mismo (esto es ya un indicador); pero sobre todo por sus hechos, su práctica, su incidencia real en la correlación de fuerzas. Las relaciones reales que se establecen en su estructuración interna cuentan; pero es clave a lo que se llega, a qué clases llega, con qué destacamentos combate, contra quiénes lucha, qué relaciones tiene con las instituciones sociales y aparatos estatales.

Es importante calificar el afán de totalidad que tiene un partido que se autocalifica de los trabajadores, pero es más relevante saber captar su realidad de parte y el papel que desempeña en el conjunto social. Saber distinguir entre la necesidad del partido y la realidad de un grupo, lo que éste se propone y lo que logra. La política tiene su fenomenología pero también su estructuración real, no aparente, que exige un análisis de lo que acontece y no de lo que se pretende que aconteciera. En lo primero queda prácticamente todo lo que se refiere a los "decires", desde los diálogos de pasillo hasta las declaraciones y actos políticos como aparecen; en lo segundo está el avance o retroceso respecto del poder de una clase u otra.

El PST no ha logrado alcanzar una composición social obrera. Es casi imposible desarrollar la ideología del proletariado en la base partidaria por largo tiempo, sin esa composición. Si no hay obreros en un partido, la fraseología podrá ser obrera pero reinterpretada y aplicada en la práctica de manera distinta por bases no obreras. El PST ha enfatizado la necesidad del trabajo en el seno del movimiento obrero y ha ido diseñando su estrategia para esto. Los ciclos de asimilación y de puesta en práctica de lo programado no permiten emitir un juicio categórico al respecto en la etapa actual. Hace años, cuando el partido no contaba todavía con comités de base, no obstante las orientaciones al respecto, hubiera resultado totalmente falso asegurar que el partido o el grupo inicial se encontraba totalmente imposibilitado de alcanzar ese tipo de organización. De la misma manera, el hecho de que actualmente no haya logrado una composición proletaria mayoritaria no implica que no pueda conseguir tal fin. Pero habría que tener en cuenta ciertos elementos al respecto: El movimiento obrero oficial dentro

del cual el PST ha proclamado intentar desarrollar su tarea organizadora se revitalizó, primero, a partir de sus proclamas de reforma económica a partir de 1978, cuando había un crecimiento económico y seguía el sacrificio del sector obrero. Con esto logró "atemperar" a parte de sus bases. No obstante, este mismo sector que no recibió sino unas cuantas migajas del auge petrolero, frente al recrudecimiento de la crisis se encuentra ante la situación de que el descontento de las bases rebasa a su liderazgo que fuera de aspectos declarativos no ha sabido en la práctica dar respuestas ante una cada vez más agresiva actitud de la burguesía. Los líderes han proclamado una y otra vez su alianza con el Estado y han tratado de renovar los tonos del nacionalismo revolucionario. En 1978 los líderes de la burocracia sindical levantaron banderas reivindicativas (aunque más verbal que realmente) que le hubieran arrebatado grupos de izquierda al interior del movimiento obrero controlado. Además, añadieron una cuidadosa vigilancia para evitar "la infiltración" de partidos de izquierda. Con el recrudecimiento de la crisis a finales de 1982 y durante 1983, parecía que el sector obrero oficial ante la presión de sus bases desataría acciones consecuentes pero, fuera de desplantes declarativos y ciertas contradicciones secundarias, prevalecieron los reclamos gubernamentales de apoyo.

Los hechos demostraron que en el primer momento, ya debido a la incapacidad de penetración por parte de cuadros del PST o bien por eficacia de la vigilancia de la burocracia obrera, el trabajo partidario pesetista no logró lo que se proponía. En el segundo momento, la dirigencia del PST ha implantado una línea de apoyo al programa económico de De la Madrid más efusiva que la que emana de la tan recalçada alianza del movimiento obrero oficial con el gobierno; así la posibili-

dad de que las bases obreras descontentas se pasen a las filas del PST prácticamente se cierra. En esta forma el PST cuenta con una base obrera minoritaria y una orientación declarada hasta el cansancio de trabajar en este frente. Los hechos dirán si esto se logra.

Lo que sí hay que reconocer es el continuo crecimiento entre los trabajadores agrícolas, peticionarios de tierras y grupos productores tendientes a organizarse legalmente en sindicatos. Ante la ausencia del aparato de control campesino por parte del Estado y el agravamiento de la crisis en el campo, el PST ha sabido encauzar un sinnúmero de luchas. Ahí se han dado sus mayores acciones y también las mayores reacciones en contra del partido. El PST ha aglutinado a antiguos líderes y combatientes campesinos y ha ido fortaleciendo este frente a través de la organización amplia de la UNTA. Además ha sido sentido por muchos núcleos campesinos como un instrumento en el enorme vacío político que existía en el campo; hay perspectivas de que este frente crezca, sobre todo por los problemas no resueltos de tierras afectables que tienen en tensión a muchos núcleos de campesinos.

Entre sus principales núcleos urbanos, el PST ha llegado a una inmensa gama de trabajadores (de la burocracia, de pequeñas fábricas, de servicios, subempleados y desempleados) unificados fundamentalmente en torno a la demanda de salir de las miserables vecindades donde viven y de conseguir un lote para construir su vivienda. La lucha urbana comandada por el partido ha diversificado las demandas; pero el núcleo estable y los nuevos líderes populares que ha integrado (o ha propiciado que se desarrollen) se han congregado en torno a la demanda por la tierra. Solicitantes de tierras en el campo y en la ciudad; para producir y subsistir los primeros, para aliviar una de las

cargas más pesadas del consumo, los segundos. Esto ha propiciado que se hayan organizado acciones conjuntas que han hermanado y fortalecido luchas por toda la República y han propiciado el germen de la solidaridad entre los trabajadores del campo y de la ciudad.

La lucha por la tierra ha sido la que ha movilizado a más gente, la que más gestiones ha abierto, la que ha ganado a los núcleos partidarios más antiguos y fieles, la que ha abierto las puertas del partido a miles. El partido se ha llenado de los "desheredados de la tierra", de los más oprimidos, de los que el sistema ha dejado en los niveles más miserables de pobreza, de los que han estado imposibilitados de incorporarse a la producción, de los que han soportado las cargas de ignorancia y el analfabetismo. Y ahí radica precisamente uno de sus aportes: el de organizar a estos sectores que en la estructura de explotación capitalista son los más difíciles de organizar. Es cierto que no ha sido campo exclusivo del PST. La inmensa mayoría de las organizaciones de lucha que surgieron en los setenta han incidido en estos sectores (movimientos populares que unifican pobladores urbanos y campesinos, etcétera). La estructura del capitalismo dependiente con la formación de un gran proletariado deformado (cfr. Alonso (ed) 1980) es lo que ha propiciado que enormes sectores de pobladores urbanos compuestos por desempleados y subempleados de toda índole se hayan multiplicado conforme ha avanzado el desarrollo de las etapas de acumulación de capital en México. Los cauces ordinarios de corporativización y control por parte del partido del Estado fueron dejando fuera de las posibilidades políticas a estos sectores a los que el sector popular ya no pudo incorporar. La gravedad de sus problemas y la incapacidad de ser resueltos por los

mecanismos antiguos por parte del Estado ofrecieron la posibilidad de organización fuera del ámbito ordinario de control estatal.

Primero en luchas espontáneas y dispersas, y últimamente a través de varias organizaciones de izquierda, estos grupos han ido uniéndose y defendiéndose. El PST, no como el único, no sin contradicciones "clientistas" con los otros grupos de izquierda, pero presente en este tipo de lucha ha dado su aporte organizativo. Ha ido diseñando organizaciones de mujeres, de jóvenes y aun de niños. En esto también ha habido crecimiento aunque son frentes que todavía están en su etapa inicial de organización y de lucha.

Los enemigos de clase con los que las luchas del PST se han topado de frente y de los que ha sufrido su reacción han sido consecuentemente latifundistas, caciques, acaparadores de productos agrícolas, fraccionadores y traficantes de predios urbanos (capital financiero y rentista), de alguna manera los comerciantes organizados (en acciones contra la carestía por parte de la FNMI) y funcionarios gubernamentales ligados con los intereses afectados. No obstante, prácticamente el interlocutor obligado ha sido el Estado. Para solucionar el cumplimiento de resoluciones presidenciales, para el señalamiento de latifundios encubiertos afectables, para conseguir mejores precios y condiciones en los productos del café y del tabaco, para regularizar zonas populares, para evitar desahucios, etcétera, se ha tenido que dialogar, presionar y aun sufrir represión de diversos aparatos de Estado que controlan dichos puntos.

Fuera de las acciones directas de los latifundistas caciques y "coyotes" en contra de militantes, la cara con la que constantemente se han topado las acciones del partido son las de las dependencias gubernamenta-

les, las fuerzas represivas y sobre todo las altas instancias de los gobiernos estatales y federal. Gobierno, burocracia y fuerzas represivas en conjunto han estado presentes en todas las acciones partidarias con mayor énfasis de alguna de ellas, según los casos.

El partido ha privilegiado la política del diálogo y de la negociación respaldada por la presión de movilización y acción de los grupos afectados apoyados por otros grupos partidarios para fortalecer las acciones. No la ha buscado; pero sí ha sufrido la represión. Cuando ésta ha sobrevenido ha sido porque los enemigos han recurrido a este método para intimidar a los militantes. No obstante, según un exdirigente, de los cuarenta mártires del PST que se reconocían en 1981 no pocos de ellos "cayeron en acciones 'alocadas', insuficientemente aclaradas ya no se diga a la opinión pública, sino a la propia militancia".

Hasta ahora el partido ha logrado existir como tal y fortalecerse a través de sus luchas; al Estado le ha servido en cuanto ha canalizado problemas que se habían salido del control de sus mecanismos habituales. Si para el PST esto ha significado aprovechar circunstancias para avanzar en su programa, para el Estado (no obstante ciertos temores en algunos de sus aparatos e instancias de que este organismo se extralimite), ha servido para reencontrar cauces y aliviar tensiones sociales.

El problema es si todo termina ahí y si no hay camino para que el PST siga adelante en lo que ha delineado. Este estilo de lucha ha reforzado la idea de las dos corrientes en el interior del Estado (la más progresista y la más represiva) y ha llevado a una práctica: cubrir las grandes acciones partidarias con la figura del presidente. Tal práctica no ha estado exenta de enfrentamientos con gobernadores y funcionarios

poco dispuestos a afectar intereses de aliados y que no vean con simpatía que las soluciones puedan darse a través de un grupo ajeno a sus controles. Pero tal práctica también ha relegitimado la figura del presidente ante las bases partidarias. Pese a las precisiones por parte de la dirigencia en cuanto a las limitaciones del sector nacionalista revolucionario, en la base militante se ha interpretado como un apoyo que da el presidente en turno al partido o como una muestra de que quiere resolver las demandas que están planteando.

En lo que va de vida del partido la dirigencia se ha esforzado por ganarse la simpatía del presidente en turno, sea cual fuere su programa; se dice que está es importante por el papel social que tiene el presidente en la estructura social mexicana y por la influencia que se pueda ejercer en sus decisiones para inclinarlo a medidas popular-revolucionarias y a fortalecerlo en su enfrentamiento antimperialista. Hay cierta sobreinterpretación de las frases del presidente, lo que se ha llevado a tal extremo que pareciera como si la Reforma Política hubiera sido un compromiso suyo con el PST (sin analizar el papel que el PST y los demás partidos, sobre todo el PCM, juegan en la Reforma Política). En base a análisis personalistas (donde se privilegia la palabra, el gesto, la sonrisa . . .) y encaminados a acciones concretas que faciliten las gestiones de las demandas, los dirigentes ni siquiera se han planteado la pregunta de si la fuerza real del presidencialismo ha utilizado en realidad al partido para los fines del nacionalismo revolucionario y no para lo "popular revolucionario".

Aquí el problema del análisis del Estado por parte del partido tiene consecuencias prácticas. De hecho el partido ha aglutinado a grupos que en un momento determinado podían haber desembocado en situacio-

nes explosivas y en disidencia total; el partido les dio cauce dentro de los límites puestos por el sector progresista del gobierno (aunque ampliados por las acciones partidarias) y abrió la posibilidad de cierto control de dicho sector. Esto, obviamente, no se dio sin las contradicciones de la combatividad popular y de los enfrentamientos en contra de los funcionarios menores. La política lopezportillista intentó lograr cierta unidad nacional al reagrupar a las clases sociales en torno a sus programas gubernamentales; se planteó alcanzar mayor consenso y readquirir el apoyo de la propia base social y de la que de algún modo estaba fuera de las posibilidades de las instancias de apoyo-control popular. No habría que olvidar que todas las fracciones de la burguesía en un principio mostraron su apoyo a los programas lopezportillistas, pues para ellos era el "auge".

En este contexto, el PST jugó el papel de encuadrar a una serie de grupos dentro de los lineamientos de esa política, lo cual no se ha dado sin lucha de clases y sin encarnizamiento de enemigos que sintieron menoscabados o atacados sus intereses en las actuaciones del PST. Las acciones del partido, tanto en lo del registro como en las luchas más importantes, ha quedado, por su confesada debilidad, supeditadas en cierta forma a la voluntad presidencial.

Mientras el PST apoyaba las reformas echeverristas, la Reforma Política y la nacionalización de la banca, había reticencias en los tonos que usaba, pero encajaba en la línea que proclamaba. Sin embargo su postura ante la figura y el programa de Miguel de la Madrid ha suscitado mayores sospechas. Desde el principio hubo una línea proveniente de Talamantes que llevaba al PST a resguardarse bajo el nuevo presidente en potencia. Se argumentaba que podía caer total-

mente en manos de la derecha si fuerzas visionarias como las del PST no llenaban el vacío de la izquierda alrededor del presidente. Después de las elecciones, con prisa y sin recato se proclamó a Miguel de la Madrid el abanderado de las causas populares. Todo esto se inscribía en un temor confesado de perder el registro: para protegerlo había que tener el amparo presidencial.

Vino el programa anticrisis por parte de De la Madrid, lleno de contradicciones que diversas fuerzas sindicales de dentro y de fuera del movimiento obrero denominado "oficial" hicieron ver. Los diputados del PRI no estuvieron de acuerdo con una reglamentación que afectaba derechos de trabajadores al servicio del Estado. El PPS, fiel a su línea y repitiendo su apoyo al gobierno, criticó duramente algunos puntos que no consideró apoyables como fue el caso de la reprivatización del 34% de las acciones de una banca casi recién nacionalizada. El PST con Talamantes a la cabeza cerró filas con el programa gubernamental en todos los puntos, aun los abiertamente aplaudidos por el PAN, PDM, los empresarios de Monterrey y el máximo dirigente de la cúpula empresarial. Así el PST trató de resguardar un registro sin calibrar las contradicciones del programa que defiende "a ojos cerrados". En esta forma ha resucitado viejos planteamientos lombardistas que la historia del país se ha encargado de refutar con creces, las consecuencias son que el PST ha supeditado su dirección a la del grupo gobernante.

Por su organización, por sus hechos el partido ha ido adquiriendo su propio poder; para incrementarlo y proteger a sus militantes ha tratado de hacer crecer este poder por la alianza con el sector progresista del nacionalismo revolucionario y principalmente con los presidentes. Tiene al Estado como arena y trata de



inclinan las decisiones gubernamentales a favor de los grupos trabajadores que participan en la lucha.

Los análisis de la dirección se han basado más en intuiciones personalistas, en la fenomenología de las actuaciones de la burocracia política, que en análisis económicos serios. Se tiene más fe en lo que pueda hacer el presidente que en analizar las alternativas reales de sus acciones. Las necesidades sentidas y las exigencias de solución imponen el ritmo de la actuación y análisis partidarios. En la dialéctica de ciencia e intuición parecería que esta última lleva la delantera.

Esta actitud ha condicionado al PST su relación con el resto de la izquierda. Atento a su relación con la llamada izquierda gubernamental ha tenido en poca importancia o ha rechazado de hecho los planteamientos unitarios.

El PST estableció una alianza electoral con la UIC en 1979. Para 1982 se lanzó a las elecciones sin este tipo de alianzas. Con el MAUS el PST tuvo muchas pláticas, pero debido a cierta prepotencia de algunos dirigentes del PST se alejó ese núcleo de antiguos militantes y combatientes de izquierda que han hecho una aguda autocrítica de la historia de la izquierda en el país y que han ofrecido reflexiones teóricas amplias para el movimiento hacia el socialismo. Cuando el grupo de Gascón Mercado se separó del PPS, se buscó un acercamiento pero no se llegó a nada concreto. El PST tuvo una oposición estridente con el PMT y una constante crítica hacia el PCM, primero, y hacia el PSUM, después. En un afán de distinción y de marcar diferencias se encajó en oposiciones más verbales que reales, pues entre los militantes de base de hecho hay más cercanía cuando se ha coincidido en luchas. El impulso de diferenciación fue, sin embargo, fuerte y en algunos militantes de base se propició la idea de que el comunismo

no le convenía a los mexicanos y que por eso se era socialista y no comunista. Se había enfatizado que la crítica iba a ser material: no cometer los errores de los otros grupos de izquierda. Esto no impidió que hubiera ciertos momentos en que se presentara ese canibalismo de izquierda que pretende desprestigiar a los cercanos para legitimarse como única vía. Las más de las veces se multiplicaron los epítetos que se querían hacer pasar como análisis. La oposición por identidad-oposición, separación, distinción ha extremado tensiones entre los diferentes agrupamientos de la izquierda.

Otra de las características del PST ha sido su "error de paralaje" en apreciar lo inminente de tal o cual tipo de eventos que están por darse (así se prolonga casi escatológicamente esa definición ya a punto entre gobierno gran burgués o gobierno popular revolucionario). Esto aconteció en sus apreciaciones sobre las elecciones de 1979. Se llegó a especular formulaciones apocalípticas acerca de si el pueblo optaba por la abstención. La inmensa mayoría del pueblo hizo tal elección sin que hubiera pasado lo que se pronosticaba (la imposición total de lo gran burgués, antipopular, represivo). Tal vez lo que sucedió con la Reforma Política evidenció algo que las estadísticas —que encubrían muchos fraudes— ocultaban: la mayoría del pueblo desde hacía tiempo se había alejado de las urnas. Fuera del caso excepcional de las elecciones federales de 1982, que tienen su explicación (cfr. Alonso 1982b), en el mismo año volvió con creces de abstención en los comicios locales más allá de la diferencia que ha sido considerada como normal entre la participación electoral cuando se trata de votaciones presidenciales, que ha sido relativamente mayor a la de las elecciones locales. Así, lo electoral parece usarse sólo

en casos excepcionales y muy localizados, pero esto no ha implicado que el pueblo esté ausente de la lucha. La emergencia campesina, popular y la lucha obrera en huelgas y movimientos reivindicativos están demostrando una presencia creciente. Por otra parte, el PST ha tenido proporcionalmente mayor capacidad de movilización que de electorado. Algunas masas populares han visto al PST más como instrumento de lucha que como instrumento electoral.

El PST sufre el auge y el reflujó de cada uno de sus movimientos donde tensiona sus fuerzas, pero fuera de pequeños espacios donde el reflujó hace prevalecer las dispersiones, ha sido un partido que ha mantenido una actividad continua. Con gran capacidad de movilizaciones masivas (prácticamente cada año) es pródigo en realizar asambleas, reuniones de todos tipos y a todos niveles, lo cual implica un movimiento continuo y la educación permanente de esas masas desheredadas a las que les ha abierto la aspiración al socialismo. Sería casi imposible calcular el costo económico de toda esa actividad. Lo gastado y aportado centralmente por medio de gestiones (préstamos de locales para reuniones, de camiones, etcétera) sería una mínima parte de lo que, práctica aunque no orgánicamente paga la base partidaria. Los cuadros medios se sostienen con cuotas esporádicas centrales muy bajas. El nivel de vida de la mayoría de ellos, con austeridad y sacrificio, abarata lo que implicaría el equivalente al pago de promotores sociales. En todo esto la amistad, el parentesco y la ayuda de la base militante constituyen en gran medida la fuerza de su sostenimiento y movilización, apuntalada también por recursos estatales. Lo que cuesta la infraestructura partidaria central (locales, vehículos, servicios, papelería, propaganda . . .) con muchas dificultades y defi-

ciencias, en gran parte se cubre con las entradas centrales (dietas de diputados percibidas centralmente, y las ayudas establecidas por la CFE además de unos cuantos donantes). En las movilizaciones, la estancia, las comidas, etcétera son pagadas con lo poco que traen consigo los militantes de provincia quienes se ayudan con la colaboración de militantes del DF al ofrecer sus casas para que pasen la noche. Esto se traduce en la mayoría de los casos en mal comer y mal dormir.

El PST surgió como expresión de la necesidad de organizarse y de hecho como una alternativa. Ha prevalecido cierto carácter de partido "abogado", una práctica más popular que proletaria. Tiene un significado todavía pequeño en lo electoral y algo mayor en la lucha política. Ha puesto en jaque a latifundistas; ha arrebatado soluciones que estaban archivadas en beneficio de fracciones burguesas. Ciertamente se podría aceptar que hay demasiada actividad numéricamente considerada y en relación con ella escasos resultados cualitativos en cuanto a la consecución de resultados. Hay un gran desgaste de cuadros; acciones que implican mucho en la base (movilizaciones nacionales) y que la enorme cantidad de problemas han topado con un tortuguismo burocrático que requiere mucho sudor y trabajo colectivo para hacer que un papel agrario se desempolva y vaya recorriendo, tropiezo tras tropiezo, una kafkiana hilera de escritorios. No obstante, la lucha partidaria ha logrado resultados tangibles: tierra campesina y urbana para militantes. El instinto de cambio en la base ha cobrado fuerza al contacto con el partido. Se ha ido ganando en identidad partidaria, y se ha desatado un proceso que puede incidir en la lucha socialista real.

Por su parte, la política del "nacionalismo revolucionario" ha demostrado más fortaleza de la que el partido le atribuía (se decía que el sector nacionalista revolucionario ya no tendría alternativa y se vería forzado a aplicar medidas de tipo popular revolucionario; ha aplicado medidas progresistas, pero de corte nacionalista revolucionario y también ha diseñado e impulsado medidas antipopulares). A estas alturas es un hecho que el PST ha aprovechado al sector nacionalista revolucionario para subsistir en el marco legal de la Reforma Política y parecería que el que se ha beneficiado más de esta relación ha sido ese sector, que ha encontrado interpretaciones de izquierda aun a acciones de claro retroceso en su mismo nacionalismo. El problema radica en si el PST quedará solo como contribuyendo a renovar el poder del nacionalismo revolucionario o si se dará la potencialidad y dirección de rebasarlo de hecho y no sólo en proclamas. Por lo pronto no hay que perder de vista que el PST ha mostrado capacidad de desatar y conglutinar una combatividad a la que ha ido formando con una ideología que pudiera garantizar su paso futuro si logra superar los entrampamientos supeditantes en los que actualmente se encuentra. La realidad actual, por ser el principio de un proceso y de acuerdo con el camino que se traza por recorrer, es todavía confusa y llena de contradicciones. Hay, sin embargo, elementos reales que permiten calibrar lo auténtico del movimiento: que las masas que están en el PST sean combativas; que hayan logrado cierta organización; y que se haya desarrollado una ideología hacia el socialismo pese a las supeditaciones, elementos que permiten apreciar una potencialidad que no estará ausente en una dirección revolucionaria. La potencialidad de las masas que conglutina combinada con llevar a la realidad ese pos-

ulado que el PST ha repetido una y otra vez en el sentido de ofrecerse como instrumento de las masas, podrán incidir en que éstas lo puedan utilizar y transformar en la defensa y victoria de sus intereses históricos.

## VII. El PST: madeja de contradicciones y posibilidades

Entrar al análisis de un partido político es, de alguna manera, participar en el debate de un bosquejo de sociedad. Como todo proceso político, el PST es una red de contradicciones y de posibilidades. Ha ido configurando elementos teóricos acerca del Estado, del partido y de la vía más probable al socialismo. Por lo que este partido ha venido planteando y haciendo, ha resultado de lo más polémico en la vida política del país.

¿Son pantomimas teóricas sus postulados? ¿Cuál es el carácter de la organización partidaria? ¿Cómo se inscribe en el contexto de la lucha de clases? Cualquier cuestión sobre el PST tendrá que sacar a flote sus contradicciones.

*El enmascaramiento cuando el poder  
personificador es más fuerte que el grupo*

Una de las grandes preocupaciones de los estudiosos de los grandes movimientos sociales del siglo XX es la imantación de las masas y la reificación de sus acciones en una gran figura. Como si las masas necesitaran dialécticamente de una personalidad sintetizadora para hacer perdurar su irrupción en la vida social; se estaría tentado a afirmar que la organización masiva tuviera miedo del poder y abdicara el trono en un príncipe no colectivo sino individual. Populismos,

fascismos, socialismos se encuentran tensionados en la dialéctica dirigente-dirigidos. Es más, la maldición de Michels parecería cumplirse dondequiera que un grupo numeroso se organiza. En esto, como en la mayoría de la fenomenología social, las apariencias engañan.

Podría decirse que es una constante la presencia de un líder fuerte que aglutina el inicio del proceso. Las pugnas entre líderes traen como consecuencia el desgajamiento de las organizaciones. El movimiento contrario tarda en aparecer pero también tiene su regularidad: la lucha contra el culto a la personalidad, el desbaratamiento de la imagen fuerte para permitir dirigencias colegiadas. . . De esto no se ha salvado el PST. Talamantes se ha ido imponiendo como líder indiscutible, como la cabeza real del partido. Su utilización de la retórica, de la autoridad moral, ha ido imponiendo una dirección personalista. La ausencia de una crítica fuerte en el interior del partido, del funcionamiento eficaz de los organismos colectivos, hace depender las decisiones clave de tal líder y los demás dirigentes están más atentos a su aprobación que a la discusión de base. Hay un movimiento de dirigentes en torno al jefe por el cual éste acerca o retira a sus allegados según sirvan en el mantenimiento del poder, y en el control de la disputa a los niveles cercanos al jefe. El poder del jefe, de hecho, resulta indiscutible.

[Como anotara Gorz en su libro clásico (que sin comprender su tema principal presenta intuiciones laterales sugerentes): "Así como el empresario schumpeteriano, el jefe visionario vive generalmente en un clima de vehemencia y de drama. Sus relaciones en su entorno están cargadas de afectividad y pasión" (Gorz 1981:62).] Cuando alguno de los dirigentes principales

llegan a manifestar desacuerdos con Talamantes, éste resalta vehementemente lo que considera una afrenta y aun una traición.

[El autor arriba citado anota que los jefes carismáticos seleccionan a sus subalternos con criterios de lealtad y que éstos medrarán si saben ser demagogos en el conformismo y serviles (*op. cit.*: 69).] Así, se propone una simetría, la decisión colectiva que funciona dialécticamente, según la organiza el que tiene el peso "personificador" del movimiento. En esta forma, las diferencias se liman y uniforman en un consenso por "bien de la unidad". Este comportamiento, no escrito, va prevaleciendo sobre el instituido estatutariamente. El llamado debate se convierte, así, en un monólogo repetido a muchas voces que va justificando lo ideado centralmente. Para todo esto se dan armazones teatrales donde tiene que imperar una idea, donde aparentemente el gran jefe sea eventualmente derrotado para que sus designios se cumplan (alianza con Miguel de la Madrid).

Talamantes es la razón, fuera de excepciones en que él diseña lo contrario por conveniencias hacia dentro y hacia fuera. Talamantes ilumina, convence y aplasta "las equivocaciones". Se obliga a una pasividad que además es reprochada.

De alguna manera se pudiera decir que el presidencialismo tan defendido como institución tiene un remedio al interior del PST. Una dirigencia tal rompió con antiguos dogmas, pero ha ido erigiendo nuevos; se apartó de los viejos "cenáculos" de la izquierda, pero ha ido formando el propio; rompió con antiguos mesianismos, pero ha ido propiciando otro más: se ha impuesto un jefe que imanta y exige fidelidad. Esto aunado al eclecticismo del jefe y a la falta de elabora-

ción teórica de la dirigencia media resulta un peligro de la vida auténticamente partidaria.

La desigualdad en la vida cotidiana de los cuadros partidarios y las imposiciones de voluntades supremas sobre la vida de los dirigentes, sin discusión colectiva, pueden implicar una deshumanización de la vida política y su degradación, cosa que no es ninguna garantía para la creación de la nueva sociedad.

El hecho de que al máximo dirigente no sólo le haya gustado Pareto sino que haya inducido a dirigentes importantes a leer a Cartier (defensor del movimiento partidario hitleriano) y libros que describen la vida de mercenarios en África, y que trasponga su experiencia personal de animadversión contra los dirigentes del PCM a todo el grupo partidario, no implica que se tiña de nacional-socialismo la vida del PST, pero no deja de tener peligro de desviaciones.

En este sentido Gorz señala: "El desarrollo del fascismo tiene como condición indispensable la existencia de un jefe ligado a las masas, a la vez prestigioso y plebeyo, capaz de asumir al mismo tiempo la majestad del Estado y la individualidad del 'hombre de la calle' llevada a su máxima expresión" (*op. cit.*: 66).

Sin embargo, hay que destacar que a pesar de algunas similitudes "formales" entre los partidos de masas fascistas y socialistas (cfr. Rauschning 1981), su contenido real y sus tendencias, son diametralmente opuestas.

No está ausente que el cargo o función perenne acostumbre al pequeño poder no compartido y aun que estimule a acrecentarlo. Es cierto que una figura fuerte aglutina a líderes intermedios (dos figuras fuertes generalmente se repelen), pero puede impedir el avance desde abajo. En todo esto hay un dilema, una

contradicción y un reto. No es inalcanzable que se promueva el poder desde abajo. Esto lo ha demostrado el poder popular cubano, pero requirió por mucho tiempo de la dependencia hacia la figura carismática de Fidel Castro. Una organización aglutinada por un líder o evoluciona hacia la forma superior (colectiva) o involuciona hacia su aniquilamiento: la vitalidad caudillesca puede ser la muerte del movimiento. La organización popular o se condena a tener la vida que le da su fundador y dirigente o toma su propio paso rompiendo una actitud fetal, el cordón umbilical, para erigirse por su propia fuerza.

Es cierto que en el PST se dio un proceso: líderes fuertes que imantaban masas partidarias de una manera muy personificada como César del Ángel fueron dejando espacio con su retirada del PST a la figura de Talamantes. Las masas que antes vitoreaban a Del Ángel empezaron a sentir la necesidad de una fuerza personalizada que las conglutinara y la encontró en el líder máximo del PST. Últimamente, cada vez más, el partido ha dependido de ese poder personalizado que es el que dirige y hace los compromisos. Los grupos peticionarios de tierra han personalizado una seguridad de lograr su cometido en enmarcar, dar rostro y voz al conjunto donde se encuentran adscritos. En el momento actual, más allá de los repetidos intentos de fortalecer al PST orgánicamente, cumpliendo la legalidad de los estatutos, la figura de Talamantes es prácticamente el eje del partido. Ante esto habría que tener en cuenta que a pesar de que hay procesos de enmascaramiento que impiden que lo real sea lo orgánico (tal vez ahí habría que situar la crítica al estalinismo), existen casos donde se ha propiciado que la personificación pase a un aspecto formal. También los hay donde una máscara puede ser quitada y sustituida; que Tala-

mantes pese más que el colectivo no ha cerrado toda posibilidad.

En todo esto no hay que perder de vista que se requiere tiempo y que se está ante un fenómeno que no se encuentra ya concluido. Los postulados de reorganizar al PST desde la base se repiten con el fin de elevar la figura del líder y desarticular otros niveles de dirección; pero pueden caer en la base y desatar un proceso con peso orgánico. Esta dinámica está inhibida, a veces reprimida de hecho, pero no ausente. Ante esto, el PST está todavía ante el dilema de ser o no ser auténticamente un intelectual colectivo.

### *El nacionalismo revolucionario o el fascismo*

Herederos de aquella frase lapidaria tan controvertida de Carlos Fuentes: "Echeverría o el fascismo", el PST ha ido remachando una alternativa inminente; el nacionalismo revolucionario o el fascismo. Así se podría resumir su persistente análisis, tampoco exento de contradicciones, que tiñe su línea política de la que repite una y otra vez su justeza sin llegar a hacer del todo una elaboración acabada de la misma.

Como toda previsión de la revolución latinoamericana, sin hacer un estudio de la etapa que recorre actualmente el capitalismo mundial, se llega a la conclusión demostrada por la praxis de los movimientos libertarios de que el paso al socialismo deberá tener previamente una fuerte lucha antiimperialista, y de que la lucha contra el imperialismo y por el socialismo es una tarea común.

Sin embargo, la falta de análisis económicos que fundamenten que el imperialismo se ha convertido en un sistema mundial, que se ha internalizado en los países del sistema capitalista, ha llevado al PST a si-

tuarlo, a veces, como algo "externo" (cosa que se funda en la fenomenología de la sede metropolitana de los monopolios). En este punto se pierden de vista las contradicciones interburguesas por las ganancias y lo que afecta esto al estado mexicano. También la crisis del capitalismo mundial, sus repercusiones e implicaciones en una economía subdesarrollada, se perciben poco por la línea del PST.

El que el gran capital y el imperialismo estén en alianza es un hecho; pero que el Estado se perciba fuera de esto es una ilusión alentada por su manifestación de espacio, de maniobra, en la lucha por proyectos diversos. En el plano de la burocracia política y de sus limitaciones de clase burguesa es cierta la apreciación del PST de que no hay que subestimar su papel en la etapa antiimperialista, pero también es un peligro la sobreestimación en que a veces caen las afirmaciones del propio partido. Todo esto ha incidido en una concepción problemática del estado mexicano y de la vía al socialismo.

En una visión esquemática, que no valora las contradicciones, el análisis del PST apunta verdades y elementos importantes para la lucha revolucionaria. Pero si la esencia de un estado burgués es ir estructuralmente en contra de los intereses históricos de los trabajadores ¿cómo se puede ver a este Estado apoyado en los trabajadores y caminando hacia los intereses de los obreros? Además, si ese estado burgués es ideológica y políticamente a los obreros y los supedita a mantener el proyecto de grupo avanzado del nacionalismo revolucionario pero que sigue siendo burgués ¿dónde está la ventaja de que el movimiento obrero y el Estado estén aliados? La respuesta que da el PST es que es una fuerza contra el imperialismo y que pueden marchar juntos y obligar a que se ejerzan medidas de

tipo popular revolucionario, como son las que el programa popular revolucionario propone y como son muchas de las propuestas que ha hecho últimamente el movimiento obrero organizado con la CTM a la cabeza. Lo que el PST propone es que tal alianza será benéfica con tal de que se invierta la relación de supeditación del movimiento obrero al Estado y siempre y cuando se supediten los intereses del Estado a los del movimiento obrero. Aquí sigue la confusión: si la ideología nacionalista revolucionaria prevalece y mantiene en el atraso al movimiento obrero: ¿Cómo se puede dar tal inversión? ¿Cuáles son los pasos, los mecanismos reales para hacerlo? Vuelve la pregunta de siempre: ¿Podrá el movimiento obrero cambiar la sociedad supeditando al actual estado burgués a sus intereses? ¿Es el instrumento apropiado para caminar hacia el socialismo?

Una respuesta que ofrece el PST es que tal Estado no puede proseguir sino aplicando medidas populares revolucionarias. Sin embargo, se ha visto que esto no sucede necesariamente; no hizo la reforma fiscal a fondo y utilizó el petróleo para mejorar la situación económica sin afectar a la burguesía. Propuso el SAM que tenía puntos que favorecían a los campesinos, pero dentro de la estructura actual del campo propició grandes ventajas a las transnacionales, y al arreciar la crisis se le sepultó sin que los campesinos hubieran sentido sus beneficios. Nacionalizó la banca, demanda levantada hacía tiempo por el movimiento obrero y la izquierda, para reprivatizar después una parte de la misma. Y ante la crisis cuando dentro del mismo Estado había corrientes que propugnaban otras medidas, se eligió por las que económicamente responden a exigencias de corte monetarista impuestas por el FMI. Así es la manera como se decide usar o no tal naciona-

lismo según dictados de la cúpula gobernante. Además, de hecho parecería que tal "nacionalismo revolucionario", dentro de su propio proyecto burgués, tiene más vida que la concedida por los análisis del PST. Además en el rumbo del país más que la contradicción de las tendencias (nacionalista atenta a las bases populares por un lado, y proimperialista y gran burguesa por el otro) prevalece la dirección del grupo gobernante, que —más que escindido— en unidad contradictoria ya aplica medidas de un corte o de otro según circunstancias y presiones. Es una misma cabeza con dos caras. Y últimamente parecería que se quiere deshacer de la "popular".

Ciertamente el PST no se cae en la formulación reduccionista que la democracia burguesa es el espacio para que las masas hagan su política; esa democracia la impide: no obstante la ampliación de esa democracia es coyuntura a aprovechar por las masas para prepararse a la revolución. El PST no ha dejado de señalar el carácter de clase de la lucha revolucionaria: del obrero contra el capital. No ha pretendido mantenerse en las primeras reformas, ni ha proclamado como indispensable el tránsito menos doloroso al socialismo (eso dependerá de la respuesta que dé a la emergencia popular el imperialismo y la gran burguesía). Sin embargo, hay una cierta simplificación y esquematización en la concepción del estado capitalista cuando se dice que la gran burguesía lo quiere poner *totalmente* a su servicio. No se calibra que el Estado, beneficiando el desarrollo capitalista y las fases de acumulación de capital también tiene que ver como espacio de la lucha de clases. No se ve que en su misma condición de estado burgués tiene que velar por ciertos intereses de los trabajadores. No se percibe que no deja de ser burgués por su relativa autonomía respecto de las preten-



siones políticas de capas y fracciones burguesas. También, aunque hay formulaciones esporádicas de que el estado burgués hay que barrerlo, destruirlo, parecería que en la insistencia de las formulaciones se cayera en ciertas formas kautskianas (cfr. Lenin 1961c.), en cuanto a cambiar la subordinación de los trabajadores con el Estado. ¿El mismo aparato? Se establece un gradual avance de los trabajadores hasta adquirir en la etapa de transición la hegemonía en el gobierno popular revolucionario (que había sido comandado por el grupo nacionalista revolucionario con sus limitaciones burguesas). ¿Qué pasa? ¿Se transforma sin quiebre? ¿Se bate a ese grupo? ¿Se destruye el antiguo aparato y se crea uno nuevo, o ya adquirió tal transformación que no es necesario eso? Esa misma confusión está en la formulación de luchar por volver a la legalidad constitucional si fuere rota por el enemigo principal; pero ¿a qué legalidad? ¿a la burguesa o a la nueva legalidad socialista?

No habría que olvidar que el leninismo califica a cualquier república burguesa (aun la más democrática) como una máquina de opresión de la clase obrera por la burguesía (cfr. Lenin 1961d: 145-159). Según esto, la minoría de los capitalistas no se va a someter a la mayoría de los trabajadores sin un auténtico quiebre revolucionario. En ciertas formulaciones del PST se podría apreciar la distancia respecto de esos postulados leninistas. Éstas se inscribirían en la corriente que considera al Estado no como expresión instrumental directa de la clase dominante, sino como producto de la correlación de fuerzas entre las clases sociales en una determinada formación social. Sin embargo, también cae en las que sin negarle su carácter de clase presentan al Estado como *instrumento* en disputa de las clases fundamentales de la sociedad y

mientras tanto en manos de una tercera fuerza que con limitaciones de clase burguesa no es propiamente una clase.

Hay confusiones en cuanto que a veces no se sabe si la alianza propuesta es con un Estado (que es explotador y dominador) o sólo con una fracción progresista de él; hay confusiones entre lo que es el Estado y lo que es el gobierno; se pierde de vista en las apreciaciones del progresismo de la fracción burocrática nacionalista que el Estado, en cuanto tal, reproduce las relaciones sociales existentes. El calificativo de sus limitaciones burguesas aminora la captación de que el Estado es un conjunto de instituciones y aparatos de poder en beneficio del conglomerado de fuerzas dominantes burguesas. Ciertamente los problemas en el tratamiento que hace el PST del Estado tienen que ver con las dificultades del tema (cfr. Lenin, 1961e: 258-274).

No se puede negar que tanto en la burocracia gubernamental como en las instituciones armadas del Estado existe una tendencia que a sí misma se denomina como nacionalista revolucionaria, que se pretende contradistinguir del imperialismo y de la burguesía interna, que tiene además un amplio apoyo social, que sufre las presiones de sus bases populares a las que ha sabido mantener supeditadas en lo político y en lo ideológico —aun en las formulaciones más avanzadas de la burocracia sindical— pero que más allá de lo declarativo, en la práctica, vela por el desarrollo capitalista (encubierto en la proclamada tercera vía de la economía mixta) y que se finca en la utopía de un desarrollo económico nacionalista e independiente que no deja de ser capitalista (utopía por su carácter irrealizable dentro de la etapa actual de acumulación capitalista a nivel mundial). Por su parte la burguesía manifiesta a veces un proyecto alternativo que pro-

pone privatizar la economía y restringir más los beneficios a la base. Además, en ciertas formulaciones del PST se albergará otro tipo de utopía: el que ese Estado pueda echarse a andar por lo popular contraponiéndose totalmente a la burguesía y que aprovechando esa contradicción la lucha de clases pueda inclinarse totalmente al lado de los trabajadores.

A este respecto hay un punto claro en los planteamientos del PST: la política popular revolucionaria tendrá que ser esencialmente proletaria. Lo que no parece tan claro es que una política de este estilo pueda darse sin quebrar con un fuerte cambio el carácter burgués de dicho Estado. En este renglón hay otro tipo de contradicciones en las formulaciones del partido: la de calificar las medidas de reforma propuestas por la CTM y por el Congreso del Trabajo como popular-revolucionarias y englobar luego el conjunto como encerrado en los límites del nacionalismo revolucionario (que ha calificado como esencialmente burgués). La pregunta subsiste: ¿la aplicación de sucesivas reformas cambiará el carácter de clase del gobierno y del Estado? Tal vez todo este conjunto de confusiones provenga de que no se ha analizado a fondo que, no obstante que el estado mexicano extrema (por sus condicionamientos históricos) mayor autonomía respecto de la burguesía, las medidas en este sentido tienden esencialmente a salvaguardar la estructura capitalista. Haber descuidado esto ha llevado a ciertas ilusiones en cuanto a cómo despojar a la burguesía de la dirección real de la sociedad. Esto no niega que los trabajadores tengan que aprovechar contradicciones para avanzar en su lucha; pero hay que cuidar no caer en confusiones teóricas y quedarse en una pura fenomenología externa que hace perder de vista el núcleo fundamental del Estado. Tal Estado no irá en contra de sus

intereses; no cualquier medida del nacionalismo revolucionario se convertirá necesariamente en popular-revolucionaria. [El nacionalismo revolucionario perdurará mientras los trabajadores lo permitan, atados a ese proyecto.] En la crítica que el PST hace de las visiones esquemáticas del Estado pierde de vista sus contradicciones y se queda en otras simplificaciones (por demás instrumentalistas) a causa de remachar sólo una fenomenología no analizada a fondo. Y en esto parecería que cambiando de nombre se emparenta con las formulaciones que aducen como vía al socialismo la revolución mexicana (PPS).

De hecho se cae también en cierto psicologismo: el sector nacionalista revolucionario, que es burgués, se irá inclinando a aplicar medidas popular-revolucionarias para mantenerse en el poder; tales medidas fortalecerán a los trabajadores, éstos, fuertes, desplazarán a dicho sector. El problema no radica tanto en las definiciones de lo que sucede en el capitalismo sino en las mismas características del modo de producción que hacen del Estado una arena donde se encuentran las clases fundamentales: los intereses dominantes son los de la burguesía, pero también están presentes, de alguna forma, los del proletariado.

Tampoco hay problema en la consideración del socialismo. En un principio estarán las dos clases y con el cambio de la base económica y social la burguesía estará dominada y tenderá a la desaparición. El problema se presenta en la fase de transición que para el PST es bastante cercana: en las condiciones de la sociedad mexicana habrá un gobierno (¿Estado?) que incluya a ambas clases, pero el sector más progresista de una: al sector nacionalista revolucionario y al proletariado y a los trabajadores y al pueblo en general en avance. Dicho gobierno popular reevolucionario cier-

tamente no sería un TIPO de Estado nuevo (los tipos corresponden al modo de producción), sino FORMA de un Estado "en transición". En las formulaciones del PST parecería que hay cierta confusión en la distinción de *forma de estado* y *forma de gobierno*, que por sí misma o por su cambio no determina necesariamente el cambio de tipo de Estado. (El tipo del estado mexicano correspondería al modo de producción en la actual etapa de acumulación de capital; su forma a la articulación de las instituciones estatales y a su práctica que lo podría caracterizar con las modalidades del nacionalismo revolucionario y con una forma de gobierno apoyada en la figura central del presidente.)

Para aclarar más estos conceptos veamos un ejemplo de situación de transición: lo que sucedía en Nicaragua a un año de la victoria sandinista. Fidel Castro, en su discurso del 26 de julio de 1980 aportó los elementos para su análisis. No es una etapa propiamente socialista, pero está poniendo las bases para llegar al socialismo. Se establece una economía mixta que implica a todas las clases. Sin embargo, en la tarea de reconstrucción la dirección la tiene no la burguesía sino el Frente Sandinista que ha hecho una revolución popular y que cuenta con el apoyo del pueblo y además con las armas. Fidel explicó que el hecho de que en Nicaragua hubiera todavía propiedad privada y que subsistiera la burguesía no impedía que ahí estuviera en proceso no una revolución burguesa sino popular, porque la fuerza fundamental se basaba en los obreros, campesinos, estudiantes y capas medias de la población; y que la dirección del proceso y la planificación estaba en una dirigencia revolucionaria. En este sentido, la transición se ve con dificultades pero se entiende.

En México, cambiadas las circunstancias, la situación se torna un tanto obscura cuando se le da al na-

cionalismo revolucionario un papel director del proceso, aunque sea inicialmente. El nacionalismo revolucionario, fortalecido por la dirección y el control que pueda ejercer entre los trabajadores no permitirá ser desplazado por ningún otro proyecto.

Otro elemento de confusión en lo teórico ideológico del PST se encuentra en su énfasis de la contradicción nación-imperialismo que está conectado con esa concepción del Estado árbitro que puede ser inclinado hacia una clase u otra. En el concepto de nación utilizado por el PST a veces se unifican la categoría de pueblo (como todas las clases a excepción de la fracción de la gran burguesía) con el Estado. Y, pese a algunas precisiones, el imperialismo aparece (fuera también de sus aliados internos) como una realidad externa. Conectado con esto se encuentra también la simplificación de la "segunda fuerza" asediando al Estado, no tanto como comparación numérica de votos en lid electoral, sino como correlación de fuerzas y enfrentamiento de proyectos e intereses donde los de la gran burguesía y el imperialismo estarían fuera del Estado actual tratando de apoderarse de él y cambiarlo. . .

La ausencia de análisis económicos y la base de apreciaciones en torno a comportamiento de funcionarios en cuanto a las acciones del partido (que ha llevado a sobrevalorar determinadas figuras —Reyes Heróles, Olivares Santana— que después tiene que demoler) también permitió lo que se ofrecía como un gran aporte: el tránsito al socialismo a través del "auge" (cfr. PST 1978). La falla en cuanto a la naturaleza de la crisis capitalista y la aceptación de las declaraciones oficiales y de la burguesía (y no el análisis de lo que le sucedía al pueblo que en su fraseología muy característica decía que entre más riqueza se decía que

había, él sufría mayor pobreza) llevó a esa simplificación. Cuando los golpes de una crisis de tiempo atrás sacudieron la economía mexicana, los dirigentes del PST retornaron y apoyaron los planteamientos que el presidente De la Madrid hiciera de la crisis. Y en lugar de criticar su anterior apreciación declararon que el auge había generado la crisis. Por otra parte, es correcto destacar que la legalidad puede jugar un papel avanzado, pero sólo subrayar esto y dejar en la obscuridad el aspecto de que también encubre los fenómenos de explotación y dominación hace al aporte poco dialéctico y poco real.

Hay avances teóricos en las formulaciones pesetistas en cuanto a la distinción entre propiedad estatal y social y en las orientaciones para encaminarse por esta última. Hay aportes en cuanto a la descripción de tendencias políticas en el seno del aparato de Estado pero con formulaciones poco precisas y que se prestan a no leves confusiones. Hay sobrevaloración del momento de definición hacia lo popular revolucionario, de la capacidad antiimperialista del sector nacionalista revolucionario, de la potencialidad partidaria que llevó a ciertas formulaciones prepotentes. Es un gran avance el énfasis que se hace de que en la lucha los trabajadores deben ir aprendiendo a hacer política y a organizarse. Pero es una grave falla el oportunismo presidencialista al que se ha ido llevando al PST.

Se podría decir que el PST, como muchos sectores de la sociedad mexicana, admirado ante el acertijo, el enigma del Estado mexicano, ha caído en el error de percibir mal sus posibilidades. En un primer nivel, por una parte se podrían situar a los fuertes grupos empresariales que pretenden mayor injerencia directa en los puestos políticos clave, y por la otra a una sección de la burocracia política que trata de mantener

las bases históricas de apoyo. Se podría preguntar si la burguesía maneja al aparato del Estado directamente, indirectamente o ni siquiera indirectamente; o si el aparato del Estado es manejado por la burocracia política en beneficio de qué clase, pero esto sería simplificar demasiado y caer en los límites instrumentalistas. El primer nivel descriptivo y analítico lo cubre el PST; pero adolece de una interpretación de segundo nivel que dé la clave de interpretación.

Es indudable que hay que ir ganando trincheras; pero el asalto al poder y barrer al Estado burgués no puede ser tan idílico como parecería presentarlo el PST. Algunos dirigentes del PST vieron en el libro de Rolando Cordera y Carlos Tello (1981) la fundamentación teórica de lo que el partido había venido sosteniendo desde hacía años (la contienda de grupos sociales por la conducción de un modelo de desarrollo; una lucha entre la opción neoliberal con un deterioro del contenido de masas y la nacionalista que requiere de movilización social y de reforma de "gran aliento"; el país viviendo un momento de definición entre estas tendencias). Esto ciertamente es un avance a comparación de las perspectivas chatas como la de Smith que contempla la política mexicana en el ámbito de la contradicción lo político-lo económico, lo público y lo privado (cfr. Smith 1981). No obstante, Cordera y Tello presentan, por confesión propia, opciones dentro del sistema y no una alternativa al mismo. Además, sus formulaciones también suenan a que tanto los trabajadores, por un lado, como los empresarios por el otro pudieran inclinarse al Estado hacia sus proyectos como si éste fuera una entidad neutral, una fuerza ajena a las clases y en disputa de ellas tal como es en su esencia pero modificado en su actuación. Lo que sí es obvio es que las medidas nacionalistas fortalecen a los

trabajadores. Empero no es tan evidente que tal camino vaya a inclinar "fraternamente" a los sectores burgueses dirigentes que se encuentran obligados a hacer reformas profundas en favor de los trabajadores a pasarse al proyecto de éstos. Con esa sola frase no se resolvía el problema: que enemigos de clase se transformaran en amigos de clase, que el hecho de que los trabajadores se apoderen del poder se diera sin una dura lucha aun con aliados cercanos con otro proyecto. Es decir, quedaba muy confusa la manera cómo los trabajadores tomarían en concreto el poder. Siendo el Estado una relación de poder de una clase, el emerger de otra clase al poder implica barrer al Estado anterior y crear uno nuevo, y esto no será ciertamente a través de transformaciones pacíficas y poco a poco.

En cuanto a la política progresista internacional del Estado mexicano, no hay que perder de vista la formulación de que "la política exterior capitalista no sigue solamente el modelo de las relaciones internas de la burguesía [. . .]. El estado capitalista es el representante del público nacional, y que hay factores estrictamente nacionalistas que desempeñan un cierto papel, junto con las contradicciones que existen entre los diferentes intereses capitalistas nacionales, en la conformación de la política exterior" (cfr. Therborn 1979:111).

Finalmente, para empezar a andar por un camino seguro como lo señala Alonso Aguilar (cfr. Aguilar 1981:2) hay que dejar lo entrampante de una primera aproximación para entrar al análisis de fondo. Así la relación Estado-empresa privada no es la contradicción capital-trabajo. Hay que abandonar la visión eclectizante que llega a afirmar, quedándose en la superficie de los fenómenos, que la burguesía detenta el poder económico mas no el político (*op cit.*: 5). En este

sentido, en el corto tiempo, respecto a la dura lucha antiimperialista que tienen que enfrentar las fuerzas progresistas en México, el PST tiene clara visión; pero víctima de las ilusiones acerca de la naturaleza del Estado cae en "miopía" en lo que se refiere al mediano plazo.<sup>1</sup>

### *La vía constitucional al socialismo*

En el PST se ha sostenido como aporte la formulación de la vía constitucional al socialismo, aunque ya desde los años cuarenta, diversos grupos de izquierda habían lanzado el lema: "por la Revolución Mexicana al Socialismo". En el PST se postula que ésta es una vía abierta para ser transitada por el pueblo con grandes ventajas, que es accesible, y que tiene que recorrerse durante un amplio período en el marco de la legalidad constitucional. Esta vía le permite al pueblo hacer uso de sus derechos, de las garantías individuales y sociales, y le posibilita emprender grandes luchas, pero se olvidaba lo dialéctico de la Constitución: ahí había principios y reformas que sin romper el orden constitucional alentaban al imperialismo, a la gran burguesía, a los latifundistas, etcétera. ¿No fue bajo orden constitucional y precisamente bajo esa consigna que se había reprimido al movimiento campesino y obrero, así como el movimiento popular y estudiantil? Setenta años de historia han demostrado cómo sin romper el orden constitucional se ha fraguado la gran burguesía y el imperialismo ha sacado grandes ventajas.

Indudablemente había que aprovechar lo avanzado de la Constitución, sin perder de vista el conjunto social. Como dice Pablo González Casanova: "de la

sociedad mexicana y de las luchas de clases y coaliciones durante la etapa armada surgió la Constitución de 1917, y de la forma en que se insertó esa Constitución en la lucha de clases posterior al momento en que fue promulgada, surgió el Estado mexicano, coalición dominante de origen popular, inserta en una sociedad de clases y en un proceso de acumulación y explotación capitalista" (González Casanova 1980:7); la Constitución se convirtió "en el escenario de una nueva lucha de clases, regulada y arbitrada por el Estado" (*op. cit.*: 33), y finalmente que "la nueva Constitución política y social significó un triunfo parcial, objetivo, real, que dividió a la clase obrera en organización integrada al Estado y separada o enfrentada abiertamente al mismo" (*op. cit.*: 227).

Es decir, la Constitución tenía una doble cara. Había que enfatizar la que favorecía, sin descuidar la que no sólo no ofrecía camino sino lo impedía. Ciertamente, en las formulaciones más estrictas del partido había una diferencia entre la vía constitucional y la vía legal al hacer énfasis en el artículo 39, pero en la práctica, para muchos militantes quedaba la sensación de una vía legal. En esto no habría que olvidar las expresiones de Lenin cuando arremete contra las ilusiones pequeño burguesas y reformistas que no califican la lucha de clases por el deslumbramiento de la legalidad constitucionalista. Lenin decía que en determinados momentos históricos de lucha proletaria se podía desarrollar en el ámbito de la legalidad y que irremediamente tenía que llegar a hacer añicos al Estado burgués (citado por Arismendi 1976:340). Es cierto también que la Constitución mexicana tiene sus características históricas; sin embargo, hay que estar atentos a su resultado real, ya que su peso específico ha sido fincar un Estado burgués.<sup>2</sup>

### *Un partido en busca de calificativo*

Por lo confuso de las formulaciones del PST en cuanto a la modalidad del paso al socialismo, y el énfasis en la alianza en la etapa actual antiimperialista con el sector nacionalista revolucionario, no pocos lo han encasillado como socialdemócrata. A este respecto hay que hacer una serie de precisiones: Aunque el partido puede ser tachado de participar en la tendencia socialdemócrata en cuanto a algunas apreciaciones sobre el Estado, sin embargo existen otros elementos esenciales de él que no caen totalmente dentro de tal categorización. La socialdemocracia presenta la posibilidad de prescindir de la lucha de clases; tiene la pretensión de conciliar fuerzas; el PST por su parte no sólo ha destacado la lucha de las clases sino que ha participado de una manera eficaz en ella. Además, el PST mantiene normalmente como ideología el socialismo científico, el marxismo-leninismo. En su política internacional está muy lejos del comportamiento socialdemócrata: mantiene un decidido apoyo a los países socialistas, a la URSS, a Cuba, a Vietnam, a Polonia, etcétera, y a los movimientos de liberación nacional.<sup>3</sup>

El PST pregona no esperar pasivamente la revolución (como lo hace la socialdemocracia) y enfatiza que el sujeto principal del cambio revolucionario es la clase obrera. Su proclama de que la primera fase de la revolución es antiimperialista no lo emparenta necesariamente con la socialdemocracia sino con las revoluciones cubana, sandinista y salvadoreña. . . Así, no contiene todos los aspectos que han caracterizado históricamente a la socialdemocracia: colaboración de clases, estrecha alianza con la estrategia norteamericana, antisovietismo, organización no de un partido

obrero sino burgués de nuevo tipo que ha ido abandonando las reivindicaciones fundamentales del movimiento obrero como es la socialización de los medios de producción. El PST ha defendido con luchas concretas la propiedad social y no ha abandonado la perspectiva, a pesar de las confusiones, de la toma del poder por el proletariado.

La insistencia del PST en la organización por construir un partido que se prepare a la revolución (vista como acción no de unos cuantos sino de las masas trabajadoras); la combinación del espacio parlamentario con la lucha de masas; su orientación hacia la conquista de las masas como condición de conquistar el poder; la orientación de trabajar donde se encuentren las masas; en la organización de un partido de masas no difuso, no fruto de grupos confederados; en énfasis formal que la pertenencia al partido se da a través de instancias orgánicas regidas por el centralismo democrático; la lucha por reformas que no se pretende que queden sólo en eso; el ir transformando a los descontentos aislados en fuerza organizada; su proclama de hacer del partido un instrumento real de los trabajadores, etcétera, no permiten colocar al PST lisa y llanamente como socialdemócrata.

Es difícil aplicar conceptos viejos e históricamente determinados a realidades nuevas que de manera análoga podrían ser calificadas así, porque hay una parte que se le aplica y otra no, pero por esto mismo toda analogía se presta al equívoco. Sería mejor llegar a una categorización propia, unívoca. Las contradicciones que hacen aflorar las luchas que el PST promueve no pueden encasillarse en la afirmación simplificada de que sólo sirven para controlar trabajadores con el objeto de que siga indefinidamente un capitalismo reformado. Tampoco sería real pretender resolver el

problema acudiendo a que en el interior del PST hay dos corrientes: una socialdemócrata encabezada por una dirección que supedita el partido a las alianzas con el PRI y otra que es la que promueve las luchas que de hecho enfrentan al PST con los sectores gubernamentales. Ambas corrientes y tendencias son promovidas por la dirigencia, personalizada en Aguilar Talamantes, pese a ciertas teatralizaciones tácticas propiciadas por él mismo (como el aparente enfrentamiento que se dio en la asamblea que debía decidir la candidatura presidencial para 1982).

El PST es una agrupación política compuesta en su mayoría por demandantes de tierras campesinas y urbanas con un liderazgo fuerte, de cultura oral, que centra su vida en la consecución de sus demandas, por lo que enarbola la línea de alianzas con un sector "progresista" del gobierno y se enfrenta a uno que califica de "reaccionario" y que según esta visión desata la lucha de clases en torno a esas demandas encuadradas en una aspiración socialista entre las masas. Es así una agrupación populista, de presión, que propicia organización de amplios grupos populares cuya potencialidad no podrá ser contenida por mucho tiempo; agrupación bastante gremialista con capacidad de integrarse a una corriente partidaria encabezada por fuerzas obreras. Agrupación combativa, atrapada en múltiples contradicciones orgánicas y programáticas, mas no encajonada y sin salida, y con cauces que la pueden encaminar a lo revolucionario.

Por lo que se ha visto, no hay un concepto único que categorice al partido, pero sí circunloquios que lo encuadran. Es decir, sería erróneo juzgar al PST simplemente por los errores en la dirección y el atraso en su base, como también sería equivocado tratar de justificarlo por sus acciones acertadas, dejando de lado lo

demás. Cualquier análisis tiene que calibrar la compleja dialéctica del proceso por el que el PST ha transitado tanto en su dirección como en su base. Por un lado, hay manipulación supeditante en la dirección, pero esto no es siempre; también hay dinamismo que dirige acciones populares que se insertan de lleno en la lucha de clases. Cuando coinciden los polos positivos en dirección y base el dinamismo del PST es fuertemente revolucionario. Cuando lo negativo se hace coincidente sus rasgos más oscuros aparecen y su orientación socialista se desdibuja. No obstante, en lo positivo coincidente se funda su gran potencialidad y realidad.

### El "bluff"

Una práctica, que se ha ido haciendo constante en el PST tanto en lo organizativo como en la lucha electoral, de hacer cuentas alegres lo pone ante el debate entre lo exiguo de lo alcanzado y la rabia entre una utopía idealista y el impacto del realismo cotidiano. Aferrado a lo numérico decimal, a lo que sin ninguna base lo ha calificado de planes científicos, se ha ido acostumbrando a utilizar el *bluff*.

Así, una de las fallas de organización ha sido denominar plan científico a una serie de medidas numéricas sin tomar en cuenta la diversidad de situaciones reales, coyunturas de lucha, etcétera, en cada una de las entidades federativas. Los cuadros medios se han visto presionados por las exigencias numéricas de la dirección y muchos se han paralizado por esto; se ha querido hacer andar por la consigna "sí se puede" que muchas veces fue furor de voluntarismo, sin comprensión de las deficiencias que han impedido nivelar el trabajo. El análisis de la falta de cumplimiento se ha

enfocado hacia fallas de responsabilidad de los cuadros medios y a no aplicar correctamente las medidas de organización; pero no se ha visto que éstas estaban reñidas con la premura de tiempo por cumplir cuotas: por ejemplo la extensión requerida en un primer momento y la atención a los núcleos que se iban abriendo para que pudieran consolidarse y no caerse y desbaratarse como organismos partidarios. La presión que se ejercía en los plenos por parte de la dirección creaba un ambiente poco propicio para hacer un análisis correcto. Las críticas que descalificaban el trabajo de los que pudieran plantear dificultades, el ambiente de que eso era contrarrevolucionario porque la situación del país era difícil y había que crear el partido a como diera lugar, no permitían hacer análisis desde abajo de las condiciones reales y criticar desde ahí mismo las cifras y fechas propuestas.

Esta práctica ha ido influyendo en que los analistas que veían con simpatía el avance del partido se hayan vuelto desconfiados (cfr. López Moreno 1980). En este sentido no habría que olvidar lo que Lenin dice de los programas: que deben erigirse sobre cimientos científicos, partiendo de análisis económicos exactos; ni tampoco las experiencias de países socialistas como Cuba que analizando lo alcanzado en el quinquenio de 75 a 80 se vio obligada a elaborar las directivas para el siguiente quinquenio con criterios más realistas, pues como expresó Fidel, es mejor "sobre cumplir" que no cumplir, comprometer al partido en lo alcanzable y no en lo inalcanzable (cfr. Castro 1980a:36). Otra de las contradicciones que sufre el PST (que tiene que ver con el problema de la política entre lo que pasa y lo que "debería" pasar) es la relativa a cierto idealismo: si la idea expresada por la dirección no se comprueba de alguna manera no es revisada a fondo.



En el peor de los casos, como ha sucedido en lo de los planes numéricos, la idea no se ve como la equivocada sino la realidad. Así, no se aprendió la lección que dio la experiencia de las elecciones de 1979 y se volvió a incurrir en graves errores de cálculo en las de 1982.

Otro aspecto conflictivo es el referente al ejercicio del poder interno: Arriba hay negociación de cúpula; hacia abajo hay manejo ideologizante que oculta las manipulaciones con razonamientos cambiantes. Se inhibe de hecho la crítica con la apariencia de alentarla, se propalan verdades "oficiales y oficiosas" y se manejan "silencios políticos". Con todo esto se llega a instrumentalizar al partido más que a hacerlo instrumento. A pesar de que la estructura partidaria se combina con la caciquil, no deja de haber elementos que propicien que lo primero se imponga a lo segundo y pueda transformarlo. Como en todo proceso evolutivo, hay formas que se pueden cristalizar y no avanzar, pero la dinámica general las sobrepasará.

#### *La obstinación contra la unidad de la izquierda*

Es indudable que la apreciación general del PST en cuanto a que la unidad de la izquierda deba fundarse en la unidad del pueblo combatiente, es correcta. Pero soslaya un condicionante básico; que dicha unidad se alcanza a través de la unidad de acción de las fuerzas de izquierda. No deja de ser criticable otra vez su falta de dialéctica ante las fuerzas de izquierda. No está demostrado que la unidad del pueblo en medio de una gran apoliticismo se favorezca con la dispersión y lucha de grupos autodenominados de izquierda. Es cierto también que en la lucha antiimperialista hay que unir a la mayoría de las fuerzas que puedan entablar esa bata-

lla, pero no es evidente que en razón de eso se excluya a la izquierda que el PST denomina "tradicional".

Si se examinan, por ejemplo, las plataformas electorales de 1979, aun con las más distintas había bastantes coincidencias que podían abrir una discusión unitaria. La plataforma electoral del PST coincidía con la apreciación del PPS en cuanto que a la Reforma Política, aunque limitada, había que aprovecharla. En puntos concretos de programa había muchas coincidencias. Concordaba con el manifiesto electoral del PRT en el sentido de llamar a los trabajadores a las elecciones y en el énfasis que se hacía de que la abstención favorecería a los enemigos de los trabajadores. También concordaba en el llamamiento de derrotar a los candidatos de los capitalistas. En lo que había diferencias era en calificar así a todos los candidatos del PRI. El PRT, por su parte, invitaba a votar por candidatos del PCM, del PPS y del PST donde no hubiera candidatos independientes surgidos de los trabajadores y campesinos. Aclaraba que llamaba a votar por los candidatos de esos partidos para derrotar a los candidatos enemigos de los trabajadores y no porque estuviera de acuerdo con que los programas de dichos partidos fueran consecuentes con los intereses de los trabajadores: en concreto criticaban que tales partidos manejaran la idea de que era posible colaborar con sectores progresistas del gobierno. Y la razón que el PRT aducía en contra de esto era que el gobierno era enemigo de los trabajadores y por lo tanto tal colaboración implicaba tratos con sus enemigos. La plataforma del PST coincidía también con el planteamiento del PCM en el sentido de que México requería un cambio de rumbo. No estaba de acuerdo cuando el PCM proponía al PRI como un bloque unitario que seguía gobernando en beneficio de unos cuantos capitalistas y que daba la

espalda a los intereses populares. Mientras que el PST enfatizaba que el pueblo debía ejercitar plenamente su soberanía, el PCM subrayaba la lucha por las garantías democráticas, pero los tres partidos (PCM, PPS y PST) tenían puntos de convergencia en aspectos concretos de lucha en favor de los intereses de los trabajadores del campo y de la ciudad. Cada programa enfatizaba alguno que otro punto, los cuales tomados en conjunto, presentaban bastante concordancia. Lo que cambiaba era el enfoque que se daba a la vía a seguir: para el PPS, la revolución mexicana, la democratización plena e independencia total del gobierno por parte del PCM, y la vía popular revolucionaria por parte del PST.

No obstante, los tres partidos dicen luchar por el socialismo, por lo que las vías propuestas por ellos no son tan irreconciliables entre sí ni a tal punto contrarias que excluyan de una discusión a fondo que permita coincidencias en la lucha. El PPS ha propuesto tres fases: democracia nacional, democracia del pueblo y régimen socialista (cfr. PPS 1980); apunta que la revolución mexicana no ha cumplido su "ciclo vital" de democrática y antimperialista. Para esto señala la lucha contra el sector de la burguesía reaccionaria, la necesidad de que se amplíen las libertades democráticas para el pueblo y que se logre la participación de la clase trabajadora en el gobierno (*Ibidem*). Señala como enemigo principal al imperialismo y propone un frente patriótico, democrático y antimperialista encabezado por la clase obrera, en pos de la independencia nacional, la elevación del nivel de vida de las masas y hacer avanzar la revolución popular que contendrá nuevas y mejores metas que las de la revolución mexicana. Por su parte, el PCM ha denominado su vía el "camino mexicano al socialismo" (cfr. Pérez 1981).

Las demandas levantadas por el PCM corresponden a la conquista de una fase democrática previa al socialismo, donde se logrará la organización autónoma de las masas, lo que implica la formación de una gran fuerza social y política que pueda hacer la revolución (organización de la clase obrera, movimientos de masas en alianza con las fuerzas democráticas). El paso intermedio sería un gobierno de renovación democrática, "un gobierno integrado por los representantes de las clases y capas del pueblo trabajador que aplique un programa plenamente democrático y que sea [. . .] el fruto directo de una gran alianza o coalición de las fuerzas democráticas y de izquierda" (cfr. Pérez 1981:41). Este gobierno democrático estará todavía dentro de los marcos del sistema capitalista y será una alternativa al gobierno burgués antidemocrático y reaccionario (*Ibid*). Así, la lucha por la renovación democrática se hace de naturaleza revolucionaria.

Aunque no hacen énfasis en lo mismo, las formulaciones del PPS, PCM y PST no están tan alejadas como a veces se les quisiera presentar. En lo estratégico de la conquista del socialismo hay coincidencia total; en la lucha por una etapa de acumulación de fuerzas previas, también al igual que en la clase fundamental que comandará una alianza amplia primera. Las formulaciones son diferentes, pero no irreconciliables ¿Entonces por qué se ha desatado tal virulencia, sobre todo últimamente, de parte del PST hacia los demás grupos de izquierda? ¿Por qué los hostigamientos, los descalificativos, los ataques? ¿Por qué los simplismos para justificar el aislamiento del PST como lo manifestó en una entrevista Aguilar Talamantes en 1981? ¿Obedece, como a veces se expresa en la dirección del PST, a la práctica de Lenin de crítica a los grupos que podían engañar a los trabajadores e impedirles hacer la revo-

lución? Se podría caer en el simplismo de afirmar que o la línea del PST es la justa y tiene que luchar contra la de los demás, o que es incorrecta y hay que criticarla del todo. Pero esta lógica de todo o nada no es tan real. La revolución no consiste sólo en querer transformar la realidad sino en poner los medios concretos para lograrlo. Si las coincidencias pueden ser mayores que las divergencias el problema no estriba tanto en la verbalización de la línea sino en las experiencias personales de líderes que por razones históricas se disgregaron y ahora luchan inmersos en la oposición de la *areté*.

Es cierto que no se pueden minimizar las divergencias. Lenin acotaba que por pequeñas que fueran de hecho se iban agrandando. Tampoco está ausente en la oposición por la *areté*, su superación por madurez política. Hay dos hechos que no libres de contradicciones prueban ambas afirmaciones: por un lado está la constitución del PSUM en el que se integraron orgánicamente el PCM y los demás grupos que habían configurado la Coalición de Izquierda a los que se sumó el MAP, que nació para fusionarse, proveniente de la corriente tendencia democrática de los electricistas, heredera de los planteamientos de Rafael Galván. Pese a las dificultades y no pequeñas divergencias se llegó a la unidad de acción, todavía no contundente, pero al fin unidad. El PMT había estado en un principio en el proyecto y debido a diferencias agrandadas por su dirección se separó del proceso.

Otro esfuerzo de unidad, (entrampado en parte por intentos de lograr la hegemonía del movimiento) es el Frente Nacional de Defensa del Salario, contra la Austeridad y la Carestía (FNDESCAC) que a raíz del agravamiento de la crisis con sus secuelas de desempleo, mayor carga de trabajo para los que logran mantener su

empleo, violaciones a contratos colectivos, bajos salarios, y creciente encarecimiento del costo de la vida se formó en octubre de 1982. En el FNDESCAC y el Comité Nacional para la Defensa de la Economía Popular (CENDEP) se agruparon absolutamente todos los organismos democráticos independientes, que a mediados de 1983 lograron integrar la Asamblea Nacional Obrera, Campesina y Popular. Sólo quedaron fuera, por propia voluntad, el PPS y fiel a su tradición el PST, pues más vale que el gobierno lo vea solo que "mal acompañado", o más bien, cuando aparenta andar solo hay que asegurarse que no falte el respaldo del presidente. O que quede claro: la única izquierda que vale la pena para el PST es la del presidente, aunque éste maneje al país con la derecha. Ya se encontrarán formulaciones que la hagan aparecer de izquierda. . .

#### *Una parte del partido*

Se podría decir que sobre el PST pesan cuatro de los problemas que la izquierda mexicana no ha sabido resolver:

- a) El deslumbramiento y no comprensión de lo que es el estado mexicano;
- b) El peso de la figura de Lombardo Toledano. (En el PST existen muchas formulaciones que pese al desconocimiento de Lombardo están presentes);
- c) La distancia entre lo que se quiere ser y lo que se es, y
- d) Un proceso de atomización en lucha por zonas de influencia dado que el Estado controla a la mayoría de las masas trabajadoras.

Sería una simplificación querer ver al PST como un instrumento inerte en manos de un grupo de funcionarios que lo "pagan", o reducirlo a un instrumento al arbitrio de un grupo de dirigentes comandados por Talamantes. Ni el apoyo de presidentes, gobernadores y funcionarios, ni la figura del líder máximo del PST bastan para explicar la existencia de ese partido. Más allá de declaraciones y orientaciones existen grupos de las masas más depauperadas que en base a demandas de tierra se han acercado a este partido y que en medio de hechos orgánicos y de luchas políticas han irrumpido en la vida política del país. Al parecer, la dirección ha ido tomando su nivel, pero a la base partidaria, aunque las más de las veces supeditada, no se le han agotado las posibilidades ni se encuentra condenada por siempre a no realizar sus propios intereses. Para algunos la situación actual del PST es un proyecto preestablecido por sus dirigentes desde el principio de la organización. No obstante, los hechos acunan más bien un proceso que se ha ido moviendo y encajonando en acciones que a cambio de solución a algunas demandas se ha atado a las directrices del grupo gobernante encabezado por el presidente en turno. Sin embargo, a las masas no se les puede mantener apoyando lo que no les resuelve aspiraciones vitales sobre todo en tiempo de una crisis que las golpea en sus niveles de vida.

Algunos opinan que el presidente Echeverría alentó la formación del PST con la idea de que fuera un relevo del PPS y de restarle posibilidad al PCM. Más allá de las intenciones de gobernantes y dirigentes, los hechos se han mostrado muy diferentes. Se podría decir que la distancia que hay del PPS (que dirigía Lombardo Tolledano) al PST es la que existe entre Lombardo y Talamantes, y sólo se apuntaría una parte del fenómeno.

Además, en ninguna de las dos elecciones federales en las que ha intervenido el PST ha podido quitarle su lugar al PPS. Este, con mayor experiencia electoral, ha sabido aprovechar el encuadramiento de la Reforma Política en base a lo que se consiga en votos. A su vez, el PST se ha mostrado con mayor capacidad en la movilización de masas, pero esa presencia no se ha traducido todavía en los comicios. Otros más no ven más posibilidad al PST que el que juegue el papel de "PARM de la izquierda":<sup>4</sup> que encarne los descontentos que por las contradicciones clasistas y locales se escapan del control del partido del Estado y con una duración mientras a éste le convenga y le dé la ayuda necesaria para que no baje del 1.5% requerido por la ley cada tres años. No obstante, pese a triunfos municipales que extreman semejanzas, la diferencia respecto al PPS y al extinto PARM radica en que, condicionado por los comicios, el PST ha sabido allegarse a las masas a las que ha ido organizando más allá de lo electoral. En ellas están las posibilidades de este partido.

Sus aportes no han sido los que él mismo ha creído y fatuamente proclamado: no inventó lo de la vía constitucional, en sentido estricto, que es una vieja proclama que Lombardo enarbó; tampoco lo ha sido lo de incorporar agrupaciones completas de trabajadores a formas partidarias: desde hace tiempo eso lo ha hecho el partido del Estado. Menos aún lo fue esa formulación infundada que con una crisis que ya movía el piso a la economía y que sufrían los trabajadores proclamaba una "vía de auge" hacia el socialismo. La crisis se encargó de hacer añicos proposiciones basadas en las esperanzas del grupo gobernante.

No obstante, su aporte ha consistido en haber llegado a los grupos más depauperados de las masas y haber levantado luchas en un contexto de formulacio-

nes que abren el horizonte socialista. Es cierto que este mérito no es tan exclusivo ni característico del PST. No ha llegado a todos estos grupos. Su movimiento es limitado, pero tiene capacidad de expansión. Se podría decir que "es un partido con pies de tierra" porque se ha movido en torno a peticionarios de tierra, rural y urbana, que en la mayoría de los casos no han trascendido la demanda concreta; pero se ha movido. Y dada la monopolización del capital agrícola e inmobiliario crecerán las carencias de las mayorías de los campesinos y de los trabajadores en cuanto a tierra para cultivar y para habitar, y la exigencia de solución a estos problemas estará presente para grandes grupos y por largo tiempo.

El PST se ha mostrado capaz de expresar y movilizar necesidades inmediatas sentidas y ha despertado la seguridad de resolverlas. Puesto que la categoría de masas es muy amplia, porque éstas se integran en una constelación de grupos no homogéneos que se mueven de diferente forma y no en el mismo momento, el hecho de que el PST pueda llegar a muchos en torno a una serie de problemas y que les dé una organización atiende una trinchera que es importante en el conjunto, pues el cambio social sobrevendrá en el punto en que el movimiento de los diversos grupos de las masas coincida. Entonces se sentirá su fuerza. Cuando el movimiento del PST hacia las masas empate con el movimiento de masas hacia formas orgánicas de lucha, haga contacto, genere permanencia, colaborará con la tarea de hacer el partido que realice la transformación social.

Ese partido no será, obviamente, un simple crecimiento del PST, ni siquiera lo que el partido ha formulado idealmente. Tal organismo se acercará más a lo descrito por Jordi Borja: "El modelo de partido de

izquierda en el futuro será el heredero de grandes partidos de masas socialistas y comunistas, pero más articulado, con un estado más descentralizado. Más difundido en la sociedad civil y en el conjunto de sus organizaciones y movimientos" (Borja 1983: 48-49). Porque seguirá siendo necesaria esa gran organización militante, ese proyecto unificador de la acción cotidiana para lograr la transformación de una sociedad donde exista la explotación hacia una donde reine la libertad.

En este sentido, ese partido todavía no existe; está por hacerse. Será el representativo de las fuerzas dinámicas del cambio social, implicará la superación de las oposiciones por la *areté* y consecuentemente las pequeñas *hipóstasis*, para conseguir una *hipóstasis* conglomerante y formalizada. Esta tarea histórica circundada y transida de contradicciones se está haciendo en cada lucha emancipadora, en cada victoria popular. En esta forma, el PST es una trinchera de lucha popular, limitada ahora por la supeditación caudillesca que ha hecho imperar formas oportunistas pero que no ha logrado opacar destellos de lucha popular auténtica. Los grupos de las masas que han descubierto al PST de hecho hacen uso de él, se sirven de él mientras este partido les sirve. Pueden ser instrumentalizadas pero su crítica inmediata es la no acción. Pueden no percibir que su misma actuación que se moviliza hacia sus propios intereses de hecho la encaminan hacia otros fines en un rejuego más amplio, pero esto no puede repetirse *ad infinitum*. La ventaja que en sus formulaciones el PST ha ido inculcando —lo cual tarde o temprano prenderá— es el deseo de que las masas utilicen al partido para su misión histórica. Así, las masas del PST podrán contribuir a la formación de ese otro partido que conglutinará, si no

a todos, sí a la mayoría de todas las capas de trabajadores. Si el PST persistiera en dejar encerradas a las masas a las que llega en el ámbito donde la parte se erige en el todo, sus grupos lo desecharán ante el movimiento real de otros grupos de las masas con mayor potencia y claridad, donde en alianza con la mayoría de las fuerzas y dentro de una estrategia unificadora, combatirán por el socialismo.

Es en ese sentido donde es verdadera la formulación del PST según la cual la unidad de la izquierda tendrá que transitar por la unidad del pueblo trabajador. Pero lo que no se anota es que si el dinamismo se trata de impedir, el que lo intente quedará relegado del proceso y borrado como fuerza social. He ahí la posibilidad y el peligro del PST. El juicio histórico del partido lo harán las masas: las que aglutinó y a las que no pudo llegar. Las que lo hagan ser revolucionario o las que lo abandonen porque las traicionó.

Pese a las intransigencias de dirigentes que extremando divergencias hacen dificultoso el proceso unitario —como lo demostraron el proceso de la revolución cubana, de la sandinista y de la salvadoreña—, llegará el momento de la convergencia de las masas organizadas separadamente a las que la lucha obligó a reunirse, en cierta tensión al principio, pero en unidad al fin. Por sus masas el PST es parte de ese partido todavía por construirse y las masas del PST están inscritas en un movimiento en ascenso que romperá las trabas de los mesianismos e irrumpirá en la auténtica democracia de la revolución socialista.

Múltiples y dispersos, no homogéneos ni en el mismo nivel (ideológico y político), los movimientos de los trabajadores apuntan hacia la constitución de una organización propia. No obstante la dispersión centrífuga de oposiciones, impera un dinamismo cen-

trípeto de unificación. Sin embargo, como ya se anotó, la convergencia de todos hacia lo uno no implica sino una tendencia histórica general que no garantiza que cada uno de los grupos tenga asegurado su rumbo final. Hay peligros de desviaciones. La dialéctica entre “*el partido*” y los momentos del partido en procesos de grupos organizados (en vistas a una síntesis evolutiva equivalente al salto cualitativo de las partes al todo unido) va cristalizando.

En lo teórico, el PST tiene abierta la vía a través de su declaración de luchar por el socialismo y en su insistencia por ser una organización instrumento. La negación del PST como todo es la negación que le puede abrir a la síntesis superior de participación partidaria. Como organización que nace, crece y se va desarrollando dialécticamente, se pone en la línea de ser una porción partidaria por las masas que ha aglutinado. Su actividad como fuerza política en el agro, donde ha habido un gran vacío político, le abre posibilidades de organizar trabajadores agrícolas y de acrecentar la lucha de clases en el agro.

En la fase actual de la sociedad capitalista mexicana que, proletarizando todo lo va desmembrando y desvinculando, el PST ha contribuido a organizar, al levantar la conciencia de los trabajadores, —aparte de ese 60% de desocupados y subocupados (doce millones)— en las luchas por la vivienda. Recordando aquello de Lenin de que “la esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única de todo el poder estatal, de todo el aparato de Estado, es la organización de masas precisamente de las clases que eran oprimidas por el capitalismo” (Lenin, 1961d: 152), la gran aportación hecha por el PST por ahora al movimiento revolucionario es haber llegado a parte de esas masas desheredadas, que tienen la potencialidad

de romper la supeditación en la que la actual dirección del PST las tiene sometidas. Despertar en las masas su propia conciencia de clase, ofrecerle armas teóricas y práctica instrumentalizada para que luchen por sus intereses es la mejor garantía de que rompan los obstáculos que les puedan impedir llegar a su cometido histórico. Si el movimiento obrero organizado rompe con las cadenas ideológicas del nacionalismo revolucionario de sus "pseudo profetas de izquierda", si todas las capas de trabajadores encuentran cauce organizativo a su descontento, el conjunto de lucha desde abajo puede unificarse en la gran organización de las fuerzas que ciertamente construirán el socialismo mexicano.

## Notas al capítulo VII

<sup>1</sup> Se ha enfatizado que en los puntos del Estado y de la crisis (dos puntos importantes para el trabajo político) el PST ha mostrado bastante confusión por no haber hecho un análisis económico y político fundado. La reformulación de ciertos puntos de su declaración de principios muestran que en lugar de avanzar en esto, ha caído en la repetición de las tesis que lo han caracterizado, añadiéndoles más elementos contradictorios y confusos. Para la elaboración del PST ha quedado en punto ciego el que el Estado, sin perder su autonomía relativa es el soporte indispensable del proceso de acumulación; que "la creciente participación del Estado en la economía trae consigo una unión estrecha, incluso la fusión del poder del capital monopolista con el Estado". Bajo el CME el Estado ha seguido jugando un papel predominante como centro del poder político. Pero se generan cambios, la composición de la oligarquía y el funcionamiento de la estructura de poder. "Al volverse el capital monopolista de Estado el nuevo eje del sistema, aquella ya no es el resultado solamente de la fusión de la banca y la industria sino una forma más compleja de capital en que la incorporación directa y necesaria del Estado al proceso económico, los mecanismos de relación, entrelazamiento y apoyos mutuos de las grandes empresas y los altos funcionarios del gobierno y los organismos estatales se multiplican y vuelven más sutiles" (Aguilar 1981: 22-23).

Esto, sin embargo, no pone al Estado pasiva y mecánicamente al servicio de los capitalistas. "Lo nuevo en el CME no está tanto en la combinación de los monopolios privados y el Estado, sino en el hecho de que la presencia de éste en el proceso de extracción, apropiación, circulación y uso de la plusvalía se vuelve imprescindible para hacer posible la reproducción del capital y asegurar de esta manera la reproducción de las relaciones capitalistas de producción" (Guillén 1981:89). Así considerado, el análisis del Estado ni cae en reduccionismo economicista ni en la visión de que es simple instrumento; y aunque la crisis obliga al Estado a hacer mayor uso de su autonomía, ésta, de hecho, se reduce respecto al conjunto de la oligarquía. El Estado ciertamente expresa las posiciones de la clase

dominante pero sin que aparezcan propiamente como burguesas. Así puede aglutinar amplias fuerzas sociales contradictorias que combinan necesidades e intenciones antagónicas pero en supeditación. Esto contradice la idea propalada sobre todo por estudiosos del Colegio de México que hacen aparecer al Estado como manteniendo un poder político distinto del de la burguesía. Además, vale la pena recalcarlo, la complejidad del Estado lo hace aparecer no como un instrumento pasivo; pero esto no implica que haya desaparecido toda capacidad instrumental ahora refinada, perfeccionada y más oculta, pero no menos presente. Todo esto sigue estando fuera de la consideración del PST. Además, los dirigentes del PST se engolosinaron con la tesis burguesa del auge en medio de un mundo capitalista en crisis. Pero pronto la misma crisis se encargó de desmentir todas estas ilusiones. Se hizo presente causando estragos en la ya deteriorada economía popular. La baja de la demanda petrolera debida a la disminución económica en los países más desarrollados primero fue reconocida por los gobernantes como "tropezón" para ser admitida como parte de una crisis aguda, después, crisis global y profunda. Los dirigentes del PST a principios de 1983 se tuvieron que olvidar de su "gran aporte": la vía del auge; reconocieron la realidad de la crisis; y con las palabras de De la Madrid, ahora sí convencidos, la calificaron de grave, no coyuntural y persistente. Pero a falta de análisis siguieron atándose a las formulaciones y previsiones de los sectores gubernamentales.

<sup>2</sup> La nacionalización de la banca en septiembre de 1982 en medio de la aguda crisis económica que golpeaba duramente a los trabajadores vino a poner en el tapete de la discusión el problema de las medidas nacionalistas y su repercusión para las capas populares. Mientras algunos opinaban que había que posponer las demandas para apoyar la medida, otros argumentaban que era una simple medida demagógica y aun contraria a los trabajadores. Por su parte el PST en medio de una lucha campesina, al igual que otras organizaciones sindicales opinó que siendo una medida progresista por sí sola no garantizaba nada y que por lo tanto había que proseguir con las demandas urgentes de los trabajadores. En todos estos debates teóricamente el problema de la contradicción nación-imperialismo sigue siendo poco claro para la inmensa mayoría de los militantes del PST. Como señaló Marx el nacionalismo estrecho explota sentimientos patrióticos "a fin de promover intereses especiales de clase", mientras el auténtico nacionalismo debe "expresarse en una adhesión fervorosa a todas aquellas clases y fuerzas que pudieran conducir a la nación a su plena realización y a la desaparición de las clases sociales" (Bloom 1975:210).

Es cierto que los trabajadores no pueden dejar de ubicar los objetivos nacionales dentro de una perspectiva general, y que la lucha nacional no es necesariamente un "cebo para distraer a las clases subalternas de sus conflictos con el bloque social dominante", sino que es capaz de convertirse "en un espacio decisivo de confrontación social" ya que el proceso de "afirmación nacional -con sus altibajos- tiende a identificarse con la instauración y fortalecimiento del bloque social dominado como fuerza alternativa" (Pereyra 1981c:15). En esta forma también hay que aclarar que la nación no está identificada con la burguesía, sino que es más bien el resultado de relación de fuerzas entre clases. Así "en toda circunstancia histórica hay un conjunto unitario de intereses nacionales con el cual se articulan de modo complementario o antagónico los intereses específicos de clase" (*op. cit.*: 18). Por lo tanto es indispensable en toda lucha nacional no perder de vista eso. Si a estas alturas no necesariamente cualquier lucha nacionalista es burguesa tampoco es absolutamente favorable a los intereses de las clases trabajadoras. En cada lucha se debe examinar cómo se articulan los intereses. La clarificación de esto, y más los análisis concretos suelen estar ausentes en la militancia del PST, cosa que puede y ha propiciado de hecho manipulaciones.

<sup>3</sup> Aunque esto último no sea tan contundente, Bartra ha llamado la atención de que "la mayor parte de las corrientes de inspiración social demócrata, a diferencia de lo que ocurre en casi todas partes del mundo, han sido profundamente prosoviéticas" (Bartra 1982:71). Dicho autor analiza el estatismo de izquierda de estas corrientes, la causa de la inexistencia de un partido socialdemócrata, los elementos socialdemócrata existentes al interior del partido del Estado y señala además que "han surgido embrionariamente los elementos constitutivos de un movimiento socialdemócrata al margen, relativamente, del aparato de gobierno" (*op. cit.*: 73).

<sup>4</sup> Para fundar esta apreciación concurren no sólo hechos como las apreciaciones de Heberto Castillo que califican al PST de "Una especie de simbiosis del PARM y del PPS (Castillo 1983), sino aun las mismas declaraciones de algunos candidatos pesetistas vencedores en elecciones de Presidencias Municipales. El 7 de septiembre de 1983, el candidato del PST por Ensenada, B.C.N. aseguraba que no veía diferencia entre el PRI y el PST y que había acudido a que ese partido le prestara el registro porque el partido del Estado lo había hecho a un lado y porque el PARM ya no existía. Tal candidato triunfó no en base a masas pesetistas sino a descontentos del PRI (cfr. Entrevista de Julio Hernández en *Unomásuno*, 8 de septiembre de 1983).



## Bibliografía

- ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA,  
ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS  
s/d *Metodología del Conocimiento Científico*, Ediciones Quinto Sol, México.
- AGUILAR, ALONSO  
1981 "El capitalismo mexicano hoy. III. El Estado y sus relaciones de producción", en: *Estrategia*, marzo-abril: 1-27, México.
- AGUILAR TALAMANTES, RAFAEL  
1981 "Torpe y miope la izquierda", entrevista, en: *Últimas Noticias de Excélsior*, 18 de mayo, México.
- ALMEYDA, CLODOMIRO  
1976 *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ALMOND, G.A. Y G.B. POWELL  
1972 *Política comparada*, Paidós, Buenos Aires.

- ALONSO, JORGE  
1976a *La dialéctica clases élites en México*, Ediciones de la Casa Chata, México.
- 1976b "Tipología del análisis político", en: *Christus*: 37-41, junio.
- 1977a "Estado, clases, élites", en: *Comunidad*: 186-195, mayo.
- 1977b "¿A dónde se encamina el régimen actual?", en: *Comunidad*: 538-549, noviembre.
- 1979 *Necesidad de una visión crítica del III Informe*, Edición privada, Ajusco, México.
- 1981 "La educación y la política", en: *Partido*, junio.
- 1982a "A falta de conclusión un comentario al final", en: Alonso, coordinador, *El estado mexicano*, CIESAS-Nueva Imagen, México: 395-415.
- 1982b *El pueblo ante las elecciones*, Cuadernos de la Casa Chata, México

- ALONSO, JORGE, et al.  
1976 *La coyuntura mexicana 1970-1976*, Ediciones CRT, México.
- ALONSO, JORGE (ed.)  
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*, Ediciones de la Casa Chata, México.
- ALONSO, JORGE (coord.)  
1982 *El estado mexicano*, CIESAS-Nueva Imagen, México.
- ANDERSON, PIERRE  
1978a *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, México.
- 1978b "Alcances y limitaciones de la acción sindical", en: Serge Mallet et al., *Economía y política en la acción sindical*, Cuadernos Pasado y Presente, 2ª ed.,: 57-73, México.
- ARGUEDAS, SOL  
1981 "En torno a la socialdemocracia. Reformismo latinoamericano", en: *Sábado* (suplemento de *Unomásuno*) 20 de abril: 6-8.

- ARIAS, ALAN, *et al.*  
1979 "Estado y contrarrevolución en México", en: *Cuadernos Políticos*: 25-50, julio-septiembre.
- ARISMENDI, RODNEY  
1976 *Lenin, la revolución y América Latina*, Grijalbo, México.
- ARISTÓTELES  
1974 *La política*, Espasa-Calpe, Madrid.
- BAHRO, RUDOLPH  
1979a *La alternativa*, Editorial Materiales, Barcelona.
- 1979b "Crítica de la razón socialista", en: *Nexos*: 3-12, noviembre.
- BALIBAR, ETIENNE, *et al.*  
1980 *Marx y su crítica a la política*, Nuestro Tiempo, México.
- BAMBIRRA, VANIA Y THEOTONIO DOS SANTOS  
1981 *La estrategia y la táctica socialista de Marx y Engels a Lenin* (dos volúmenes), Era, México.
- BANCO DE MÉXICO  
1980 *Informe anual 1979*, México.

- BARKIN, DAVID Y GUSTAVO ESTEVA  
1979 *Inflación y democracia. El caso de México*, Siglo XXI, México.
- BARTRA, ROGER  
1981 *Las redes imaginarias del poder político*, Era, México.
- 1982 *El reto de la izquierda*, Grijalbo, México.
- BENSAID, DANIEL, *et al.*  
1979 *Teoría marxista del partido político/2*, Cuadernos Pasado y Presente, 6a. edición, México.
- BETEILLE, ANDRÉ  
1971 *Caste, class and power*, University of California Press, Berkeley.
- BIRNBAUM, PIERRE  
1975 *Le pouvoir politique*, Dalloz, París.
- BLOCH, ERNST  
1977 *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid.
- BLOCH, MAURICE (ed.)  
1977 *Análisis marxista y antropología social*, Anagrama, Barcelona.

- BLOOM F., SALOMON  
1975 *El problema nacional en Marx, Siglo XXI, México.*
- BOILS, GUILLERMO  
1980 *Los militares y la política en México 1915-1974, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-El Caballito, México.*
- BORJA, JORDI  
1983 "Una izquierda posible", en: *Nexos*, 62: 45-49, febrero.
- BROCCOLI, ANGELO  
1977 *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía, Nueva Imagen, México.*
- BRUNCAN, SILVAN  
1974 *La disolución del poder, Siglo XXI, México.*
- BUCCI-GLUCKSMANN, CHRISTINE  
1975 *Gramsci et l'état, Fayard, París.*
- BUCK-MERSS, SUSAN  
1981 *Origen de la dialéctica negativa, Siglo XXI, México.*
- BUZZI, A.R.  
1969 *La teoría política de Antonio Gramsci, Fontanella, Barcelona.*
- CAMPA, VALENTÍN  
1978 *Mi testimonio, Ediciones de Cultura Popular, México.*
- CARLO, ANTONIO  
1976 *La concepción del partido revolucionario en Lenin, Escuela de Filosofía y Letras, UAP, Puebla.*
- CARMONA, FERNANDO  
1979 "A la mitad del sexenio", en: *Estrategia*, noviembre-diciembre: 25-38.  
1980 "México, la incesante acción imperialista", en: *Estrategia*, julio-agosto: 26-44.
- CARPIZO, JORGE  
1978 *El presidencialismo mexicano, Siglo XXI, México.*
- CARTIER, RAYMOND  
1978 *Hitler: Al asalto del poder, Librería Editorial Argos, Barcelona.*
- CASIMIR, JEAN  
s/d *Teoría y definición de la cultura oprimida a partir del caso haitiano (mimeo.).*

- CASTILLO, HEBERTO  
1983 "Vías paralelas hacia metas comunes", en: *Proceso*, 12 de septiembre: 34.
- CASTILLO, HEBERTO, *et al.*  
1975 *Qué piensan los dirigentes políticos mexicanos* (Entrevistas de Edmundo Domínguez), Fondo de Cultura Económica, México.
- CASTRO, FIDEL  
1980a "Informe central al II Congreso del PCC", en: *Bohemia*, diciembre, 26: 35-67.
- 1980b "Discurso del 26 de julio", en: *Granma*, resumen semanal, 28 de julio: 1-2.
- 1982 "Discurso de clausura del IV Congreso de la UJC", en: Fidel Castro, *Discursos en tres congresos*, Editorial Política, La Habana.
- CERRONI, UMBERTO  
1981 *Léxico gramsciano*, El Colegio de Sociólogos, México.
- CERRONI, UMBERTO, *et al.*  
1978 *Teoría marxista del partido político*, Cuadernos Pasado y Presente, sexta edición, México.
- CHEVALÉRIER, JEAN JAQUES  
1979 *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Aguilar (segunda reimpresión), Madrid.
- CIRESE, ALBERTO M.  
1979 *Ensayos sobre las culturas subalternas*, Cuadernos de la Casa Chata, México.
- CISNEROS, ARMANDO  
1982 "Un partido, una colonia", en: *Unomásuno*, 8 de julio.
- CLAUSEWITZ, KARL VON  
1943 *On war*, Modern Library, Nueva York.
- COCKCROFT, JAMES D.  
1980 *El imperialismo, la lucha de clases y el estado mexicano*, Nuestro Tiempo, México.
- COHEN, RONALD Y MIDDETLON, JOHN  
1967 *Comparative political systems*, The Natural History Press, Garden City, Nueva York.
- COLE, GEORGE Y DOUGLAS HOWARD  
1979 *La organización política*, Fondo de Cultura Económica (séptima reimpresión), México.

- COLE, K.C.  
1982 "Imaginar lo invisible", en: *Sábado* (Suplemento de *Unomásuno*), 18 de diciembre.
- CONCHELLO, JOSÉ ÁNGEL, *et al.*  
1975 *Los partidos políticos de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- CORDERA, ROLANDO Y CARLOS TELLO  
1981 *México: la disputa por la nación*, Siglo XXI, México.
- CÓRDOVA, ARNALDO  
1980 "Regreso a la Revolución Mexicana", en: *Nexos*: 3-8, junio.  
1983 *La lucha de tendencias en el constituyente de 1917 y las tareas actuales para la reforma democrática del estado* (mimeo.).
- CORNFORTH, MAURICE  
1980a *Materialismo y método dialéctico*, Nuestro Tiempo, México.  
1980b *Materialismo histórico*, Nuestro Tiempo, México.  
1980c *Teoría del conocimiento*, Nuestro Tiempo, México.
- DELGADO, ARTURO  
1981 "Historia de una colonia popular", en: *El Día*, 27 de marzo.
- DELICH, FRANCISCO  
1979 "Para el análisis de los fenómenos sociopolíticos coyunturales-premisas y perspectivas", en: *Revista Mexicana de Sociología*: 9-21, enero-marzo.
- DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS DEL BANCO NACIONAL DE MÉXICO  
1980 *México en cifras 1970-1979*, BANAMEX, México.
- DEUTSCH, KARL WOLFANG  
1976 *Política y gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México.
- DURAND, VÍCTOR MANUEL, *et al.*  
s/d *La estructura del proletariado industrial 1940-1970* (mimeo.).
- DUVERGER, MAURICE  
1979 *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica (sexta reimpresión), México.
- ECO, UMBERTO  
1982 *Cómo se hace una tesis*, Gedna, México.

ECHEVERRÍA, LUIS  
1976 *Palabras pronunciadas durante la celebración de clausura del Diálogo Nacional de los Pequeños Cafeticultores*, INMECAFÉ, México.

EDICIONES DE CULTURA POPULAR  
1979 *El registro del PCM*, Ediciones de Cultura Popular, México.

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO  
1979 *La Reforma Política y la izquierda*, Nuestro Tiempo, México.

ESTRATEGIA  
1975-1982 *Revista Estrategia* (de análisis político), núms. 1-48.

EVERS, TILMAN  
1979 *El estado en la periferia capitalista*, Siglo XXI, México.

FÁBREGAS, ANDRÉS  
1976 *Antropología política*, Prisma, México.

FOSSAERT, ROBERT  
1977a *La société. Tome 1- Une théorie générale*, Editions du Seuil, París.

1977b *Tome 2- Les structures économiques*, Editions du Seuil, París.

1978 *Tome 3- Les appareils*, Editions du Seuil, París.

1980 *Tome 4- Les classes*, Editions du Seuil, París.

1981 *Tome 5- Les états*, Editions du Seuil, París.

1983 *Tome 6- Les structures idéologiques*, Editions du Seuil, París.

FOUCAULT, MICHEL  
1978 *La microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.

FURTAK, ROBERT K.  
1974 *El partido de la revolución y la estabilidad política en México*, Facultad de Ciencias Políticas, UNAM, México.

GERSHENSON, ANTONIO  
1976 *El rumbo de México*, Editorial Solidaridad, México.

GILLY, ADOLFO, et al.  
1979 *Interpretación de la revolución mexicana*, Nueva Imagen, México.

GIMÉNEZ, GILBERTO  
1978 *Cultura popular y religión en el Anáhuac*, Centro de Estudios Ecuménicos, Asociación Civil, México.

- 1978 *Teoría de las necesidades en Marx*, Ediciones Península, Barcelona.
- HELLER, HERMANN  
1971 *Teoría del estado*, Fondo de Cultura Económica (sexta reimpresión), México.
- HERMET, GUY, ALAIN ROUQUIE Y J.J. LINZ  
1982 *¿Para qué sirven las elecciones?*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HOBBS, THOMAS  
1940 *Leviatán*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HOBBSBAWN, ERIC, *et al.*  
1978 *El pensamiento revolucionario de Gramsci*, UAP, Puebla.
- HORKHEIMER, MAX  
1970 *Sobre el concepto del hombre y otros ensayos*, Sur, Buenos Aires.
- HOROWITZ, IRVING LOUIS  
1977 *Fundamentos de sociología política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- JAEGER, WERNER  
1978 *Paideia*, Fondo de Cultura Económica (tercera reimpresión), México.

- JARDÓN ARZATE, EDMUNDO  
1983 "PST. Del apoyo al incondicionalismo", en: *El Día*, 5 de enero: 5.
- JIMÉNEZ, RUBÉN  
1975 "El nacionalismo revolucionario en el movimiento obrero mexicano", en: *Cuadernos Políticos*: 47-64, julio-septiembre.
- JUNQUERA, RAFAEL  
1979 *La reforma política*, Biblioteca de Humanidades, Universidad Veracruzana.
- KAPLAN, MARCOS  
1980 *Estado y sociedad*, UNAM, México.
- KAUFMANN, PIERRE  
1982 *Lo inconciente de lo político*, Fondo de Cultura Económica, México.
- KENNETH, B.C.  
1976 *El patetismo del poder*, Fondo de Cultura Económica, México.
- KOVAL, B.  
1978 *La gran revolución de Octubre y América Latina*, Progreso, Moscú.



- KORSH, KARL  
1979 *Teoría marxista y acción política, Cuadernos Pasado y Presente, México.*
- KARFL, KOSIK  
1967 *Dialéctica de lo concreto, Grijalbo, México.*
- KRADER, LAWRENCE  
1972 *La formación del estado, Nueva Colección Labor, Barcelona.*  
1976 *Dialectic of civil society, Van Gorcum, Assen/Amsterdam.*
- LABASTIDA, JULIO  
s/d *Proceso político en México 1970-1976. (mimeo.)*
- LACLAU, ERNESTO  
1978 *Política e ideología en la teoría marxista, Siglo XXI, México.*
- LAURIN-FRENETTE, N.  
1976 *Las teorías funcionalistas de las clases sociales, Siglo XXI, México.*
- LEFEBVRE, HENRY  
1957 *Pour connaitre la pensée de Lénine, Bordas, París.*

1958-1961 *Critique de la vie quotidienne, (T.I y T.II), L'Arche Editeur, París.*

- LENIN, VLADIMIR ILICH  
s/d *El desarrollo del capitalismo en Rusia, Ediciones de Lenguas extranjeras, Moscú.*
- 1950 *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo, Progreso, Moscú.*
- 1961a *Obras Escogidas en tres tomos, Progreso, Moscú.*
- 1961b "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", en: *Obras Escogidas en tres tomos, Tomo III: 61-144, Progreso, Moscú.*
- 1961c "I Congreso de la Internacional Comunista", en: *Obras Escogidas en tres tomos: 145-159.*
- 1961d "Acerca del Estado", en: *Obras Escogidas en tres tomos: 258-274.*
- 1961e *El estado y la revolución, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.*
- 1971 *¿Qué hacer?, Ediciones de Cultura Popular, México.*

- 1973 *La instrucción pública*, Progreso, Moscú.
- 1975 *El marxismo y el estado*, Progreso, Moscú.
- LENIN, VLADIMIR ILICH, *et al.*  
1979 *Clausewitz en el pensamiento marxista*, Cuadernos Pasado y Presente, México.
- LENK, KURT Y NEUMAN FRANZ (eds.)  
1980 *Teoría y sociología crítica de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE  
1981 *La vía de las máscaras*, Siglo XXI, México.
- LÓPEZ, SINESIO  
1979 "El análisis de coyuntura en el pensamiento socialista clásico", en: *Revista Mexicana de Sociología*: 23-58, enero-marzo.
- LÓPEZ MORENO, JAVIER  
1979 *La Reforma Política en México*, Edición del Centro de Documentación Política, A.C., México.
- 1980a *¿Qué es la Reforma Política?*, UNAM, México.
- 1980b "Revolución y reforma política", en: *El Día*, 7 de mayo.

- LÓPEZ PORTILLO, JOSÉ  
1979 *Anexo I. Informe Presidencial*, Secretaría de Programación y Presupuesto, México.
- LOJKINE, JEAN  
1979 *El marxismo, el estado y la cuestión urbana*, Siglo XXI, México.
- LUKÁCS, GEORGE  
1969 *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México.
- MACCIOCCHI, MARÍA ANTONIETA  
1974 *Pour Gramsci*, Editions du Seuil, París.
- MANDEL, ERNST  
1971 *La teoría leninista de la organización*, Era, México.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS  
1941 *El Príncipe*, Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ NATERAS, ARTURO  
1979 *El sistema electoral mexicano*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán.

- 1980 *Punto y seguido, ¿crisis en el PCM?*, Edición del autor, México.
- MARX, KARL Y FEDERICO ENGELS  
1971 *Obras escogidas*, Progreso, Moscú.
- MAYER, GUSTAV  
1978 *Friedrich Engels; una biografía*, Fondo de Cultura Económica, México.
- MEITIN, ENRIQUE  
1981 "La socialdemocracia internacional contemporánea", en: *Bohemia*: 84-89, 20 de febrero.
- MELOTTI, UMBERTO  
1971 *Revolución y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- MERCADO, ÁNGEL  
1981 "Contra la basura, oficios del PST", en: *Unomásuno*, 4 de agosto.
- MICHELIS, ROBERT  
1973 *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires.

- MILIBAND, RALPH  
1978 *Marxismo y política*, Siglo XXI, México.
- MOMMSEN, WOLFGANG  
1981 *Max Weber: sociedad, política e historia*, Alfa, Barcelona.
- MONTEFORTE TOLEDO, MARIO (coord.)  
1980 *El discurso político*, Nueva Imagen, México.
- MOSCA, GAETANO  
1923 *Elementi di scienza politica*, Turín, Italia.
- MOSCOVICI, SERGE  
1975 *Sociedad contra natura*, Siglo XXI, México.
- 1979 *Psychologie des minorités actives*, Presses Universitaires de France, París.
- MOULIN, C.J.  
1967 *El estado y el ciudadano*, Aguilar, Madrid.
- MUSACCHIO, HUMBERTO  
1981 "La prensa y los partidos", en: *Página Uno*: 13 de septiembre.

- OLIVARES SANTANA, ENRIQUE  
1982 *Palabras del Secretario de  
Gobernación en la sesión de  
la CFE, 1º agosto (mimeo.).*
- ORNELAS, JAIME  
1977 *Notas para la caracterización  
del estado mexicano, Escuela  
de Filosofía y Letras, UAP,  
Puebla.*
- PAOLI, FRANCISCO JOSÉ  
1978 "Legislación electoral y el  
proceso político 1917-1978",  
en: *Jurídica*, 10: 166-216.
- PAPPENHEIM, FRITZ  
1965 *La enajenación del hombre  
moderno, Era, México.*
- PARETO, VILFREDO  
1917 *Traité de sociologie générale,  
Payot, París.*
- PARTIDO POPULAR SOCIALISTA  
1980 "Proyecto de tesis sobre la  
Revolución Mexicana", en:  
*El Día*, 19 de noviembre.
- PARTIDO SOCIALISTA DE LOS TRABAJADORES  
1973-1983 *El insurgente socialista (pe-  
riódico del PST), del número  
5 al 100*

- 1975 *Documentos básicos.*
- 1978 *Documentos básicos.*
- PERALTA, MÓNICA  
1972 *Etapas de acumulación y  
alianzas de clase en Argenti-  
na, Siglo XXI, Buenos Aires.*
- PEREYRA, CARLOS  
1979 "Gramsci: estado y sociedad  
civil", en: *Cuadernos Políti-  
cos*: 66-74, julio-septiembre.
- 1981a "Proyecto nacional: estado y  
sociedad civil", en: *Sábado*  
(suplemento de *Unomás  
uno*), 13 de junio: 3-6.
- 1981b "Renuncias al PST. Un par-  
tido en la penumbra", en:  
*Unomásuno*.
- 1981c "La dimensión nacional",  
en: *Nexos*, agosto.
- s/d *Estado y sociedad en México,  
(mimeo.).*
- PÉREZ, J. ENCARNACIÓN  
1981 "La prueba viviente de la de-  
mocracia", en: *El Machete*,  
junio: 39-42.

- PERZÁBAL, CARLOS  
1979 *Acumulación capitalista dependiente y subordinada: el caso de México (1940-1978)*, Siglo XXI, México.
- PIOTTE, JEAN MARC  
1972 *El pensamiento político de Gramsci*, A. Redondo Editor, Barcelona.
- PIZZORNO ALESSANDRO, et al.  
1970 *Gramsci y las ciencias sociales*, Cuadernos Pasado y Presente, Córdoba, Argentina.
- PLATÓN  
1976 "La República", en: *Diálogos*: 443-621, Porrúa, México.
- PORTANTIERO, JUAN CARLOS  
1977 *Los usos de Gramsci*, Cuadernos Pasado y Presente, México.
- 1979 "Gramsci y el análisis de coyuntura (algunas notas)", en: *Revista Mexicana de Sociología*: 59-73, enero-marzo.
- PORTELLI, HUGUES  
1972 *Gramsci et le bloc historique*, PUF, París.

- PORTILLÁ, SANTIAGO  
1981 "Respuesta a Rodríguez Araujo", en: *Unomásuno*, 22 de abril.
- POULANTZAS, NICOS  
1979 *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Madrid.
- PUIG CASAUANC, JOSÉ MANUEL  
1928 *La cosecha y la siembra*, México.
- RAUSCHINING, HERMANN  
1981 "Hitler, ¿realizador del marxismo?", en: *El Machete*, junio: 47-48.
- REYNA, JOSÉ LUIS  
1976 "Estado y autoritarismo", en: *Nueva Política*: 75-98, abril-junio.
- RINCÓN GALLARDO, GILBERTO  
1981 "Contra el Sagrado Monolitismo", en: *El Machete*, junio: 35-38.
- RODRÍGUEZ ARAUJO, OCTAVIO  
1979 *La reforma política y los partidos en México*, Siglo XXI, México.
- ROMO, ARTURO  
1980a "Revolución y movimiento obrero", en: *El Día*, 14 de mayo.

- 1980b "El X Congreso Nacional de la CTM, una alternativa revolucionaria", en: *El Gallo Ilustrado*, 22 de junio.
- ROSSANDA, ROSSANA, *et al.*  
1979 *Teoría marxista del partido político/3*, Cuadernos Pasado y Presente (tercera edición), México.
- ROZITCHNER, LEÓN  
1982 *Freud y el problema del poder*, Folios Ediciones, México.
- SABINE, GEORGE H.  
1979 *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica (sexta reimpresión), México.
- SALDÍVAR, AMÉRICO  
1980 *Ideología y política del estado mexicano (1970-1976)*, Siglo XXI, México.
- SALOMÓN, JEAN JACQUES  
1974 *Ciencia y política*, Siglo XXI, México.
- SAMPSON, RONALD V.  
1975 *Igualdad y poder*, Fondo de Cultura Económica, México.

- SÁNCHEZ CÁRDENAS, CARLOS  
1979 *Reforma Política*, Extemporáneos, México.
- SEPÚLVEDA, BERNARDO, *et al.*  
1974 *Las empresas transnacionales en México*, El Colegio de México, México.
- SMITH, PETER  
1981 *Los laberintos del poder*, El Colegio de México, México.
- SONNTAG, HEINZ RUDOLPH Y H. VALENCILLO  
1977 *El estado en el capitalismo contemporáneo*, Siglo XXI, México.
- SOREL, GEORGES  
1950 *Reflections on violence*, Macmillan, Londres.
- SWINGWOOD, ALAN  
1979 *El mito de la cultura de masas*, Premiá Editora, México.
- TEJA ZABRE, ALFONSO  
1978 *Morelos*, Colección Austral, Espasa-Calpe Mexicana, (4a. edición) México.
- TEXIER, J.  
1975 *Gramsci, teórico de las superestructuras*, Ediciones de Cultura Popular, México.

- THERBORN, GORAN  
1979 *¿Cómo domina la clase dominante?, Siglo XXI, Madrid.*
- THERET, BRUNO, et al.  
1980 *Crítica de la teoría del capitalismo monopolista de estado, Terra Nova, México.*
- TROTSKY, LEÓN  
1972 *El joven Lenin, Fondo de Cultura Económica, México.*
- VELASCO, MIGUEL ÁNGEL  
1976 *El MAUS, su origen y sus fines (mecanografiado).*
- VELLINGA, MENNO  
1979 *Industrialización, burguesía y clase obrera en México, Siglo XXI, México.*
- VILLEGAS, ABELARDO  
1972 *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano, Siglo XXI, México.*
- VILLORO, LUIS  
1982 "De las confusiones de un nacionalismo cultural", en: *Sábado* (suplemento de *Uno más uno*), 18 de diciembre: 1-2.
- VIZCAÍNO, ROBERTO  
1981 "El renacimiento, inauguración de una promesa incumplida", en: *Proceso*, 14 de diciembre.
- WARMAN, ARTURO  
1980 *Ensayos sobre el campesinado en México, Nueva imagen, México.*
- WEBER, MAX  
1969 *Economía y sociedad, Fondo de Cultura Económica (primera reimpresión), México.*
- WOLFE, ALAN  
1980 *Los límites de la legitimidad. Contradicción política del capitalismo contemporáneo, Siglo XXI, México.*
- ZCHICHAO, LU  
1981 "China apoya el pensamiento de Mao", en: *Beijing Review*, reproducido en *Contextos*, 23 de julio: 22-26.
- ZERMEÑO, SERGIO  
1978 *México: una democracia utópica, Siglo XXI, México.*

Se terminó de imprimir en la ciudad de México  
el 29 de mayo de 1985 en los Talleres Gráficos  
de la Nación. Edición de 2 000 ejemplares.